
3 1761 07286253 5

MANUEL GALVEZ

La sombra del convento

NOVELA

SEGUNDO MILLAR

"BUENOS AIRES"
SOCIEDAD COOPERATIVA EDITORIAL LIMITADA
1917

LA SOMBRA DEL CONVENTO

LIBROS DE MANUEL GÁLVEZ

El enigma interior (poemas)..................	1907	*Agotado*
Sendero de humildad (poemas)..............	1909	
El diario de Gabriel Quiroga	1910	
La inseguridad de la vida obrera............	1912	*Agotado*
El solar de la raza..................	1913	*4ª edición*
La maestra normal (novela)..................	1914	*Agotado*
El mal metafísico (novela)	1916	*Agotado*
La vida múltiple (arte y literatura)...........	1616	
La sombra del convento (novela)	1917	

EN PREPARACIÓN

Nacha Regules (novela)
El Apóstol (novela)

MANUEL GALVEZ

La sombra del convento

NOVELA



"BUENOS AIRES"
SOCIEDAD COOPERATIVA EDITORIAL LIMITADA
1917


LIBRARY
NOV 18 1968
UNIVERSITY OF TORONTO

A mis jóvenes amigos de Córdoba:

ARTURO CAPDEVILA, OCTAVIO PINTO y DEODORO ROCA

DOS PALABRAS

Expongo en este libro, imparcialmente, diversos matices del sentimiento religioso. No del problema religioso, que, si lo hay aquí, no puede interesar al novelista en su condición de tal, pues las novelas no resuelven problemas de ninguna clase. En un libro anterior, La maestra normal, *he descrito algunas fases de la vida vulgar en mi patria, y en otro,* El mal metafísico, *he mostrado* cómo se sueña *entre nosotros; ahora intento mostrar* cómo se cree. *En mi aspiración a expresar los múltiples aspectos de la compleja alma argentina, no podía dejar de consagrar un libro al* hecho *religioso. En esta novela, pues, se hace actuar algunas formas características, entre nosotros, del sentimiento de la religión. Y he elegido como lugar de la acción a Córdoba, porque en matices de aquel sentimiento ninguna ciudad argentina me parece tan rica como ella.*

Repito aquí lo que ya afirmé otras veces: en mis novelas no hago estadística, según diría Unamuno. Así como Raselda no sintetiza a todas las maestras normales,—comienza por carecer de espíritu profesional,—así en este libro el padre Mortero no sintetiza a los jesuítas, ni el doctor Belderrain a los católicos de Córdoba, ni el doctor Zurbarán a los liberales, ni Asunción Belderrain a las niñas *de aquella ciudad. En sus páginas se habla de otros jesuítas, otros católicos, otros liberales y otras muchachas, diferentes de los personajes nombrados. Pero como aquí se lee demasiado aprisa y la mala voluntad del prójimo es infinita, he juzgado conveniente hacer la anterior declaración. He presentado algunos seres humanos como serían si viviesen; y cuanto ellos hablan, sienten y piensan es lo que hablarían, sentirían y pensarían en su caso y en la realidad de la existencia. No soy yo quien lo hace por medio de ellos.*

¿Necesitaré agregar que esta novela, como las otras mías, no tiene tesis? El proceso espiritual del protagonista y la forma en que aparece resuelto, sólo me sirven como materia de análisis; no como argumentos en favor de una tendencia determinada.

I

En la sala, fría y austera, del viejo caserón familiar, José Alberto Flores y su tía conversaban junto a la ventana. En frente, el Paseo Sobremonte, melancólico, solitario, se iba envolviendo, cada vez más espesamente, en el ovillo gris de la llovizna. Era en Agosto. Atardecía.

José Alberto, hundido en un ancho sillón, con las piernas estiradas, las manos en los bolsillos y la nuca apoyada en lo alto del espaldar, oía, entrecerrando los ojos, las palabras lentas de misia Isabel, que sonaban, en el silencio del cuarto, como el runrún monótono del agua.

La viejita alababa sin cesar a Córdoba. ¡Lo que había cambiado la ciudad en los diez años que José Alberto estuviera ausente, viajando por aquellas lejanas tierras de Europa! Estaba ahora muy linda, Córdoba: llena de casas espléndidas, de diversiones, de movimiento. Había varios teatros, y grandes hoteles siempre atestados de forasteros. Además, muy pronto iba a ser inaugurado el tranvía eléctrico. Ella no salía sino para ir a las iglesias, pues sus setenta y dos años le pesaban ya mucho. Pero tenía noticia de todos los adelantos y las

transformaciones de aquella ciudad donde había nacido y a la que ella recordaba cuando era casi una aldea. ¡Cómo pasaban los años, Virgen del Valle!

Pero a José Alberto Flores, escéptico, envejecido moralmente en sus treinta años, nada le interesaba; y menos aquella moderna Córdoba de 1906 que le iba describiendo la viejita. Además, su larga ausencia, sus estadas en las ciudades de arte, y el olvido de su pasado en Córdoba, que, voluntariamente, se había impuesto durante el viaje, le hacían ver aún a su ciudad natal como era en el tiempo de su niñez: una ciudad tranquila y eclesiástica, señoril y española, y en cuyas calles dormidas vagaba todavía el alma de la colonia. De este modo, José Alberto creía ponerla de acuerdo con su lasitud espiritual y física, y con aquel extraño desapego hacia la vida, al que le condujeran los excesos de su juventud. Por todo ello prefería no salir. Había llegado hacía quince días, y aún las calles de Córdoba no vieron su persona hastiada y triste. ¿Qué iba a hacer en esas calles que suponía afrentadas por la ignominiosa edificación moderna, entre gentes que no le conocían o que no querrían conocerle? ¡Cuánto mejor era quedarse en aquella casa solitaria y silenciosa, tan llena para él de recuerdos!

La ventana, junto a la cual se había sentado, era alargada y nacía casi a la altura del piso de la sala. Tenía una reja de hierro, vistosa y sutil, que en la mitad superior se abría hacia afuera en dos hojas y que aún conservaba, amortiguado por los años y la intemperie, el plateado que debió cubrirla en otros tiempos. La ventana estaba abierta, y así José Alberto, lleno de viajes, podía gustar, bajo la llovizna excepcional, elegíaca y europea, el encanto del Paseo Sobremonte. Una

verja de hierro, pintada de verde y ahora desteñida, alindaba las cuatro avenidas laterales donde José Alberto, tantas veces, jugara en su niñez. Por una ancha escalinata de amarillenta piedra, frente a la ventana de José Alberto, se entraba en el paseo. Con el agua de la lluvia, la piedra brillaba. Alamos y plátanos señoriales orillaban los lados de las avenidas, y de las hojas, agobiadas de agua y de angustia, caían con pesadez las gotas. En el centro, semejándose a una flor de ocho pétalos, cortos, separados y de bordes geométricos, se ahondaba, ocupando la mayor parte de la hectárea, un lago de aguas bajas y quietas, de las que parecía surgir, inacabablemente, una melancolía de romanza sin palabras. Ni un ser humano cruzaba las avenidas; las casas de la calle opuesta, que se veían al través de la arboleda, aparecían muy vagas; los bancos, mojados y vacíos, adquirían una tristeza lúgubre; en el suelo sin pavimento del paseo los charcos de agua se agrandaban. Y bajo la llovizna que envolvía el paisaje, el Paseo Sobremonte, que en aquel momento parecía replegarse en la hondura de su gran vida interior, evocaba en José Alberto el Minnewater de Brujas: ¡el lago de amor cuyo recuerdo romántico le humedecía el alma de nostalgias sentimentales!

La viejita continuaba hablando, e insistía tan empeñosamente en que su sobrino debía salir a pasear, que él contestó:

—No tengo ganas, tía. Estoy muy bien aquí.

Y como ella hiciera un gesto de duda, José Alberto tuvo que agregar:

—¡No se imagina, tía, cuánto me gusta esta casa!

Era la verdad. El amor a las cosas viejas que adquiriera en sus viajes, el deseo de quietud y de silencio

que sentía su alma, un cierto temor de ser mal mirado por la austera sociedad cordobesa, y hasta su propia desilusión de la vida, le hacían encontrarse a gusto en aquella antigua casa. ¿No se acordaba admirablemente el estado de su espíritu con aquel caserón callado y triste? Un tibio aroma de afecto parecía nacer incesantemente de todos los objetos de la casa y venir hacia él. Se imaginaba que las cosas se convertían en seres vivientes y que le miraban con fraternal cariño; y veía a las horas de su niñez surgir de todos los lugares de la casa. Los cuartos, inmensos y casi vacíos, de anchas paredes conventuales y pisos embaldosados; los muebles oscuros, de formas redondas, bajos, algunos seculares, de jacarandá o de algarrobo; los santos de madera pintada que en los rincones de la casa le asustaron cuando niño y que ahora estaban envejecidos, con sus rostros tristes y primitivos, maltratados por el tiempo; los retratos de familia, amarillos, en aquellos álbumes con cubiertas de terciopelo, que, al ser abiertos, parecían exhalar un aroma de años que se fueron, de alegrías concluidas y de antiguas tristezas; todo cuanto había en aquel caserón de sus abuelos le incitaba a creer que había encontrado allí un refugio contra las intemperies de la vida. Y así, sentado junto a la ventana de la sala, y saturado de la melancolía poética del Paseo Sobremonte, se complacía, un tanto enfermizamente, en recordar los años infantiles pasados en la casa de sus padres y los años de su juventud viciosa en aquella existencia europea que le enfermara el cuerpo y el alma.

Había nacido en Córdoba, en mil ochocientos setenta y seis. Su padre, el doctor Gervasio Flores, fué un hombre desordenado y distraído. Apenas se preocupaba de

las cosas domésticas. Tenía una pequeña fortunita consistente en terrenos y casas y en una bella finca en Mina Clavero. Era abogado, como casi todos los cordobeses distinguidos: pero, incapaz de perseverancia, no ejerció su profesión sino durante cinco años. Muy creyente en religión, confesaba y comulgaba a menudo; pero, a veces, pasaba largas épocas de indiferencia, después de las cuales venían, inevitablemente, algunas semanas de intensa devoción. Entre los hombres de su tiempo fué mirado como liberal, sin duda porque no quiso jamás pertenecer a sociedades religiosas, ni tomar parte en las procesiones. Solía ir de cuando en cuando a Buenos Aires, pero nunca llevaba a su familia; y era al regreso de estos viajes cuando su religiosidad se exacerbaba. José Alberto creía ahora que su padre debió ser un buen hombre atormentado por la carne, y que sus rachas de misticismo y de indiferencia debían provenir de sus pecados. Era muy culto. En su juventud había leído con pasión a Spinoza y había escrito versos y artículos. Tuvo cuatro hermanos. Uno de ellos, sacerdote muy virtuoso, espíritu verdaderamente místico, murió el mismo año que José Alberto naciera; el otro varón, jugador y libertino en su juventud, fué después, y hasta su muerte, un político sin escrúpulos; la mayor de sus hermanas era misia Isabel; y la menor, Rosario, que también vivía, había profesado en *las Teresas.* El doctor Flores se unió en matrimonio, a la edad de veintiún años, con Laura Belderrain, una rubia de ojos celestes, romántica, gorda y extravagante. José Alberto no podía recordarla sino leyendo novelas, enseñándole versos o tocando en el piano una vieja pieza un poco cursi titulada *Myosotis,* y cuyas notas alargaba lánguidamente. El doctor Flores y su mujer no se

comprendieron jamás, y vivieron en casi absoluta indiferencia el uno del otro. Ella murió durante el invierno de mil ochocientos noventa, cuando José Alberto cursaba su último año de estudios preparatorios en el colegio de Santa-Fe. El doctor Flores, impresionado por la visión de la muerte, fué desde entonces un católico fervoroso. Se despreocupó enteramente de las cosas del mundo, hasta de José Alberto, y murió de un derrame cerebral, en mil novecientos, cuando su único hijo se encontraba viajando.

José Alberto pasó su primera niñez en aquel caserón del Paseo Sobremonte. Era un niño inquieto y travieso. Se escapaba a la calle y se iba a jugar con otros niños mayores. A los seis años no sabía aún rezar el padrenuestro, lo que encolerizaba a las cuatro viejas Renguera, que vivían al lado. Su madre no tenía paciencia para enseñarle oraciones y decía que no había para qué entristecer al chico. Sólo su tía Isabel se apenaba; pero como carecía de autoridad para con el mocoso, nada podía hacer. ¡Qué diferencia con Nachito Belderrain, su primo segundo, que era tan devoto, tan seriecito, y que a los seis años se confesaba como si fuera un hombre! José Alberto y Nachito se visitaban muy a menudo. José Alberto le pegaba a su primo, y una vez lo hizo tan concienzudamente que el doctor Belderrain, indignado, prohibió que llevaran a su hijo a la casa de los Flores. Nachito era tímido y enclenque; José Alberto, educado en la calle y en la libertad, tenía buena salud y alegría. A los ocho años le mandaron a la escuela: una escuela particular adonde iba también Nachito. José Alberto aprendió a leer en pocas semanas. La escuela del Sagrado Corazón, como se llamaba, estaba dirigida por dos españoles, ambos carlistas y

devotos tremendos. Los exámenes eran públicos y comenzaban y terminaban con vivas a los sagrados corazones de Jesús y de María y al Papa Rey. Allí terminó José Alberto los grados de la enseñanza primaria. Al año siguiente fué enviado a Santa-Fe, para cursar sus estudios preparatorios, como interno, en el colegio de los padres jesuítas. Junto con él partieron más de cincuenta muchachos cordobeses que iban también a aquel célebre colegio; entre ellos, Ignacio Belderrain. ¡Ah, los años transcurridos en el internado! José Alberto aún se apenaba al recordar el silencio, la oscuridad, la soledad de la pequeña celda donde dormía, cerrada con llave por de fuera y techada con una reja de alambre; el levantarse con el alba, muerto de frío en invierno y de sueño en toda época; el malestar de los primeros días, lejos de sus padres, entre tantos desconocidos, privado por entero de su libertad; la tristeza monótona y el insoportable aburrimiento de las horas de estudio y, sobre todo, de aquellos interminables rosarios que los muchachos rezaban con voz soñolienta y desabrida; el ansia mal satisfecha de ver calle; y el espanto del encierro, aquel cuartucho sombrío, maloliente e incómodo hasta lo increíble, adonde le llevaron tantas veces sus travesuras. De sus maestros, conservaba en general buenos recuerdos. ¡Lo que se habían burlado, él y otros condiscípulos, de aquel santo Padre Bates, tan notable hombre de ciencia como persona distraída, de flaquísima memoria, de escasa pedagogía y de paradisíaca ingenuidad! ¡Lo que se habían divertido en las clases de aquel dicharachero Padre Palau, que suavizaba la atroz aspereza de la Química con ocurrencias y anécdotas que la clase reía a todo reir! ¡Y la bondad del Padre Belarmino y del Padre López, y aquella pers-

picacia del joven Padre Zabaleta, a quien, tal vez por ser argentino, era imposible *leerle* las lecciones y *copiarle* los "concursos"! Mas al lado de estos padres, José Alberto aún veía con terror la figura escueta e inquisitorial de aquel intransigente, autoritario, rígido y omnipotente Padre Mortero, a quien no conmovían lágrimas ni promesas y cuya persona era para los colegiales una cosa siniestra y espantable. Pero el recuerdo más penoso para él, era, no sabía porqué, el de los domingos por la mañana, a la hora de las visitas, cuando en aquella inmensa sala fría y oscura, de muebles negros, no tenía otra conversación que la de su encargada,—una buena mujer que le hablaba temerosamente de devociones y de ropa blanca y le daba santos consejos—, mientras que otros pupilos más felices recibían la visita de sus madres que les regalaban ocultamente con golosinas, y los externos que se marchaban alegres a sus casas metían la cabeza en la sala para curiosear, y desde fuera, desde el gran patio colonial, oliente a diamelas y a jazmines del Cabo, venían en atropelladas sensaciones: las risas y las charlas de los padres jesuitas y de sus visitantes, los mil rumores en que explotaba el contento de los pupilos que tenían salida, los ecos perdidos de la esplendorosa alegría dorada del sol de la tierra, los cantos de los jilgueros y canarios que abundaban en el patio, y la visión turbadora de la plaza cada vez que se oía al hermano portero abrir la ancha puerta del colegio. Pero al lado de estas tristezas inevitables, había verdaderos encantos en aquella existencia colegial. José Alberto sentía una suave nostalgia al evocar los paseos de los jueves y domingos, cuando los internos, vestidos de chaqué y *galerita*,—aquel terrible uniforme que prestaba a los

más pequeños cierta gracia de caricatura —, y acompañados por dos padres, recorrían lentamente, apaciblemente, en una larga y doble hilera, por las veredas solitarias, las calles silenciosas de la entonces vieja Santa Fe; y cuando las chicuelas salían a los balcones para contemplar el anhelado y prodigioso espectáculo del pasar de los niños, y las noviecitas cambiaban con sus novios, a los que no conocían sino de lejos, tiernas miradas que eran para ellos divinos poemas, y algunas dejaban caer el pañuelo o el papelito, amoroso y audaz, que trastornaba a los muchachos por un mes; y cuando al penetrar en la portería del colegio, de regreso, la pena se les anudaba en la garganta porque se les cerraba, hasta el próximo paseo, aquella ventanita por donde habían entrevisto las dulzuras de la vida y las inaccesibles alegrías de la libertad. ¿Y las salidas al campo? Eran varias veces al año. Los doscientos internos y la mayoría de los padres jesuitas, con la charanga del colegio a la cabeza, cruzaban por media calle, a la madrugada, en larga columna, toda Santa Fe, sobresaltando con el brioso estrépito de las marchas marciales a las desprevenidas gentes que dormían; recorrían a pie todo el largo camino, entre música y bullicio; y luego, en la quinta de los padres, pasaban un día para los muchachos inverosímil, pues se les permitía hasta el placer, fabuloso y prohibido, de fumar. Divertida era también la gran fiesta de los premios, con aquel gentío que desbordaba del salón de actos; con la seriedad coqueta de las chicuelas; con las declamaciones, las comedias y los cantos que llenaban de orgullo a las compactas familias de los participantes; y aquel, tan lleno de emoción, repartir de las medallas, entre los aplausos y las exclamaciones del público y el

encogimiento de los premiados, que, tropezando aquí y allí, se internaban entre la concurrencia para que sus padres les colocasen las medallas. ¡Y las *proclamaciones*, con aquellas terribles disputas sobre si en Dios había o no "ciencia de simple inteligencia, de visión y condicionada", y que el público escuchaba entre absorto y aburrido, sin comprender una palabra, pero admirando tanto saber en los muchachos y compadeciéndoles por lo mucho que debían estudiar! ¡Y la Semana Santa, y los ejercicios espirituales, épocas dichosas en que había pocas horas de estudio y se podía disfrutar, en la oscuridad de la iglesia, de confortantes y tranquilos sueños, mientras el predicador tronaba contra los pecados humanos y amenazaba con los castigos del infierno! ¡Y el oficio parvo—monótono y largo—que permitía cantar a plenos pulmones y hacer las más variadas y maravillosas inflexiones de voz, aunque después el Padre, que sin duda no admiraba las habilidades artísticas de los cantores, les condenase al encierro, o a algún molesto *pensum* como escribir mil veces "soy un asno" o copiar de cabo a rabo el oficio!

—¡El Angelus!—exclamó la viejita, persignándose en seguida y poniéndose a rezar.

De diversos lados venían toques de campanas, toques opacos, aterciopelados, toques que se dirían amortiguados por la llovizna y la humedad. Era casi de noche. En el Paseo y en la calle habían encendido las luces de los altos focos eléctricos; los árboles habían adquirido tonos brillantes. En la avenida del Paseo los charcos de agua parecían de plata; y en algunos, los focos incrustaban pequeñas hojas de oro.

La viejita, cuando acabó de rezar el ángelus, se levantó y se fué hacia los cuartos interiores. José Alberto

la miró con tristeza. La pobre tía Isabel, ¡cómo había envejecido en diez años! Sus cabellos estaban totalmente blancos; su alta y bella frente se había llenado de minúsculas manchas amarillas; su nariz, ligeramente corva, parecía acercarse más a la boca; le quedaban pocos dientes; su mentón era una punta huesosa. Arrastraba algo los pies al caminar y divagaba un tanto en sus conversaciones. Sin embargo, no era tan anciana y tuvo siempre buena salud. Pero la muerte de su hermano, el padre de José Alberto, debió abatirla mucho. Y él mismo, José Alberto, ¿no tendría un poco la culpa del estado de su tía Isabel? Durante seis años, mientras viajaba por Europa, la había olvidado casi por entero, no contestando sus cartas sino raramente, no viniendo a acompañarla en su vejez solitaria, a pesar de que tantas veces se lo rogara. ¡Pobre tía Isabel! El no podía recordarla en sus años pasados, si no era junto a la cama de su madre enferma, en aquellos días angustiosos cuando él acababa de ser llamado urgentemente del colegio; y en los días posteriores a la muerte, tratando de inculcarle a él, que era un muchacho nervioso y atormentado, la resignación cristiana que ella tenía.

Una sirvienta, criada en la casa, Rufina, entró para encender la luz; pero José Alberto le dijo que no lo hiciera. No tardó en volver misia Isabel. Le preocupaban las tristezas de su sobrino, y no hallaba modo de saber la causa.

—¿Pero qué estás haciendo tan solo y tan pensativo, criatura?

—Nada, tía; me estoy acordando de cosas pasadas.

—¡Ah!

La viejita se estremeció. Imaginó que José Alberto,

Dios sabía con qué fin, se había puesto a remover aquella espantosa tragedia de la que no debiera acordarse. ¿Pensaría renovarla ahora, para acabar con sus melancolías, con sus desencantos incomprensibles? ¿De qué le había servido, pues, su viaje por las tierras de Europa?

—No se preocupe por mí, tía—dijo José Alberto, que notara la inquietud de la viejita y que había adivinado el motivo.

Misia Isabel se alejó, moviendo la cabeza de arriba a abajo. Apenas la vió irse, José Alberto retornó a sus recuerdos. Cuando ella entrara, él evocaba aquellos sus años de Córdoba que le condujeron a la gran tragedia de su vida.

Terminados sus estudios en Santa Fe, el mismo año en que muriera su madre, José Alberto volvió a Córdoba, donde, en Marzo del año siguiente, ingresó a la Facultad de Derecho. Tenía por entonces diez y siete años y un frenético deseo, del que todavía él no se daba cuenta, de vivir, de ser libre, de seguir sus pasiones. Aquella Universidad casi colonial, que conservaba el espíritu de claustro que le imprimiera su fundador, no significó cambio alguno de ideas para José Alberto. Profesores y alumnos eran todos, o casi todos, buenos creyentes; y los textos de una inconmovible ortodoxia. Durante el primer año, el respeto a su padre, el recuerdo de la muerte de su madre, y, sobre todo, la práctica constante de la religión, que conservaba del colegio, le salvaron de entregarse a sus instintos, a la vida de baja disipasión, de canallería subalterna, que es la sola forma de desenfreno en las ciudades provincianas. Fué un buen estudiante ese año; pero al siguiente comenzó a frecuentar malos lugares,

a olvidar sus estudios y a entregarse al juego. Su padre le daba poco dinero, pero, despreocupado de su hogar, como siempre, no ponía atención en los desórdenes de su hijo, cuya mala reputación comenzaba ya a formarse. Poco a poco fué abandonando José Alberto sus correrías nocturnas por el barrio del Abrojal, para acabar en los más viles garitos, dominado violentamente por la pasión del juego. Al principio ganó buenas cantidades que le permitieron continuar jugando. Pero pronto vino la mala racha, y se vió envuelto en deudas y en remordimientos. Al fin, el doctor Flores tuvo que pagar tres mil pesos que José Alberto debía. Fué en las vacaciones del segundo año. José Alberto había sido aprobado en los exámenes, poco menos que milagrosamente, y, arrepentido de su mala conducta, prometió consagrarse más a sus estudios y enmendarse. La familia pasó el verano en Totoral, y allí el muchacho, arrepentido de sus vicios, frecuentó la sociedad, volvió a sus prácticas religiosas y reanudó sus amores de niño con su prima Teresa Belderrain. Durante el tercer año de Derecho, cuando iba a cumplir veinte, retornó a sus malas costumbres. Era época de elecciones para gobernador, y, como ocurría en tales casos, se toleraba políticamente el juego. Cada comité era un garito donde se jugaba al monte y a la taba, a la guitarrita y al truco. José Alberto frecuentaba uno de los más respetables clubs gubernistas, donde perdía las noches y el dinero en la distinguida compañía de diputados provinciales y jóvenes empleados. Llegó a deber seis mil pesos, suma realmente enorme para él. No se atrevía a pedírselos al padre, que además estaba disgustado por la conducta de su hijo. En el club empezaron a mirarle con desdén, a formar mesa sin esperarle ni solicitar su

concurso. Leía en los ojos de sus colegas cosas odiosas y perversas; ya no le consideraban un caballero, y le miraban como un vividor y un sinvergüenza. No podía soportar la injuria constante de los ojos, las alusiones veladas. Vivía en tan continua agitación, tan enfermo de remordimientos, que ahora no podía recordar, sin sentir un frío de muerte, aquellos días angustiosos. Por fin llegó el momento en que su padre debía enterarse. José Alberto, que no había dormido la noche antes, salió de su casa muy temprano. Anduvo vagando por las calles, medio loco, sin saber a quien referir sus sufrimientos, deseando recurrir a la religión, prometiendo a Dios cambiar de vida para siempre si salía bien de aquel trance. Pero sus pensamientos no hacían sino exaltarle cada vez más. Al atardecer volvió a su casa. Su padre no había llegado. Misia Isabel le dijo que estaba preocupada por su padre, quien debía haber tenido algún grave disgusto. José Alberto no quiso saber más y fué a encerrarse en su cuarto, afirmando que estaba un poco enfermo. Pero su desazón era intolerable. Se paseaba de un lado a otro, dominado por una violenta agitación, maldiciéndose a sí mismo, pensando en acabar la vida como única solución a sus tormentos. Y allí estaba la solución, en su mesa de noche. Abrió el cajón y sacó un pequeño revólver que comprara hacía dos años. Tenía sus cinco balas. No había más que ponérselo en la frente y apretar el gatillo... Se estremeció de horror. Y estuvo luchando con la tentación diez minutos, hasta que de pronto, al oir la puerta de calle que se abría, pensando que era su padre, loco de vergüenza y de desesperación, temblando, se encomendó a Dios y disparó el arma a la altura de la sien. No recordaba nada más. El

padre y misia Isabel debieron entrar inmediatamente. Estaba herido de gravedad en la cabeza, y había perdido el sentido. Durante los días que pasó enfermo, su padre no hizo la menor alusión al suceso. Pero le dijo solemnemente, el primer día de convalescencia, cuando el médico le dió de alta:

—Espero que esto te servirá de lección y que cambiarás de vida. Has deshonrado tu apellido. No puedes continuar en Córdoba. Harás un viaje por Europa, hasta que la gente se olvide. Cuando vuelvas, continuarás tus estudios.

—¡Papá, papá!—había exclamado él, lleno de lágrimas.

Pero el padre no pareció conmoverse. Pocos días después, sin otra despedida que un rápido beso en la frente paternal, José Alberto había marchado para Buenos Aires.

—Ya está la comida—vino a anunciar Rufina.

José Alberto, despertado de sus sueños por estas palabras, volvió a la realidad. Se levantó, miró por última vez el Paseo Sobremonte, y salió. En el comedor, su tía le aguardaba.

Empezaron a comer. José Alberto notó una mayor preocupación en el rostro de su tía, y, temiendo ser él la causa, trató de mostrar contento. Habló de sus viajes, refirió anécdotas, y estuvo locuaz. La viejita le escuchaba con embeleso, pero lo que a ella más le divertía era oír nombres extraños de ciudades y países de cuya existencia no tenía noticia. Así, cuando José Alberto nombraba a Biskra, a Brujas, a Buda-Pest, la viejita exclamaba invariablemente:

—¡Válgame Dios! ¡Por dónde has andado, muchacho!

Pero ella, íntimamente, hallaba en los viajes de su sobrino cierto motivo para compadecerle. ¿Qué podía haber en aquellas tierras, de nombres tan extraños, sino herejes y judíos? Además, no comprendía que fuera un placer viajar solo, entre tantos peligros, con la posibilidad de enfermarse. Le parecía poco cristiano ese afán de correr tierra, de andar de aquí para allí, ¿buscando qué, Señor? ¿Y había iglesias en esos pueblos? ¿Y la gente iba a misa, siquiera?

José Alberto le habló de los moros y sus mezquitas, del fanatismo de los tunecinos, de la entrada con babuchas de alquiler en las mezquitas de Algeria.

—¡Válgame Dios, muchacho! ¿Pero también anduviste entre los moros? ¡Pobre criatura, tanto corretear de un lado a otro!

José Alberto, en verdad, había correteado de un lado a otro. Comenzó su viaje por París, el eterno París de *Chez Maxime* y *Armenonville*, el Paris de los bulevares y de Montmartre. Su padre le enviaba todos los meses ochocientos francos; y como la suma era reducida para la vida que llevaba, tuvo que poner orden en sus gastos, limitar sus fastuosidades de los primeros días. Para ello, dejó el Hotel del Louvre y se fué a vivir a Montparnasse, frente al cementerio, con un pintor argentino. Pagaba ciento ochenta francos por la habitación y la comida, y el resto lo gastaba con mujerzuelas y compatriotas. Aquella existencia junto al pintor, la relación inevitable con otros artistas, el aburrimiento de fin de mes, cuando no tenía otra diversión que ver trabajar a su amigo o acompañarle a los museos, acabaron por desarrollarle una gran afición al arte.

Poco a poco observó, no sin cierto asombro, el des-

pertar de su sensibilidad artística; pero lo que más le llamaba la atención, era que su compañero y los pintores que frecuentaban la casa tuvieran en cuenta sus opiniones y le considerasen como artista. Tomó a lo serio su inclinación, y empezó a ir al Museo del Louvre todas las tardes. Llevaba libros de Gautier, historias del arte, y allí se estaba cuatro horas, analizando cuadro por cuadro. Cuando los guardianes lo echaban, experimentaba la misma alegría que los chicos al concluirse las horas de colegio. Vivió en París un año, y luego realizó viajes por Italia, por España y por Francia. Su pasión por el juego había desaparecido; ahora sólo le interesaban las mujeres y el arte. Conocía infinidad de modistillas de los bulevares y la *rue de la Paix,* pintoras y escultoras de moral fácil que acudían a los bailes de Bullier, y obreritas de Montparnasse y de Montrouge. En uno de sus viajes por España sacó diez mil pesetas en un premio de lotería, y apenas regresó a París emprendió viaje a Rusia. En mil novecientos, cansado de Europa, de civilización y de museos, se fué al Norte de Africa. ¡Ah, las dulces, las inolvidables noches de Blidah en compañía de aquella blanca Fatuma, la bailarina mora de ojos renegridos y palabra lenta, que le cantaba en árabe y le bailaba, entornando los ojos y suspirando, la adormida danza de las Almeas! Luego estuvo en Biskra, en el umbral del Sahara; y fué hallándose en aquel oásis, entre ingleses y camellos, cuando murió su padre. Pero él no tuvo noticia de su muerte sino tres meses después, al volver a París. Aquel lamentable suceso significaba para él la fortuna. Escribió a Córdoba, mandó un poder, y, a poco tiempo, quedó dueño de más de un millón de francos. La muerte de su padre le impresionó hondamente,

y hasta se la reprochó a sí mismo, temiendo ser en parte culpable de ella. Durante el último año, su padre le había llamado varias veces; pero él iba reculando la fecha de su retorno con diversos pretextos: empleó en pagar pequeñas cuentas la suma enviada para el viaje, quedándose sin dinero; esperaba la salida de tal vapor, dentro de tantos meses, porque en él partía un amigo suyo y se comprometieran en regresar juntos; estaba enamorado o medio enamorado de una joven compatriota, millonaria y divina, que vivía en París. Muerto su padre, no pensó en volver a Córdoba. ¿Para qué? No tenía más parientes cercanos que su tía Isabel y aquella tía Rosario que era monja en *las Teresas* y a la que apenas conocía. Recibió su herencia y se entregó a una vida de placeres. Las obreritas de Montparnasse, a las que solía citar en el parque Mont-Souris, siempre lleno de anarquistas rusos y de parejas obreras, fueron sustituidas por "grandes" cocotas, por marquesas de la *Rose Croix* o del *Lys Rouge*. En champaña, en *p'tits souvenirs*, en semanas de Biarritz y de Trouville, se fueron dos casas de Córdoba. Además, hipotecó las restantes y la bella finca de Mina Clavero.

Por fin, un buen día, aquella vida llegó a hartarle Había comprendido el vacío de su existencia, y adquirido la certidumbre de que el trabajo y los ideales eran absolutamente necesarios. Pero él, ¿en qué podía trabajar? No tenía carrera, ni oficio, ni sabía hacer nada. En cuanto a ideales, los había perdido todos.

Además, estaba verdaderamente enfermo. La neurastenia lo avasallaba durante el día entero. Creía que iba a enloquecer, que podían darle ataques de diversa especie. El, que fué antes entusiasta y apasionado y que llegaba tan fácilmente a exaltarse, vivía ahora aba-

tido, displicente, incapaz de interesarse por cosa alguna. En los últimos meses, y coincidiendo con su neurastenia, habían aparecido en su alma torturantes preocupaciones religiosas. La idea de la muerte no le abandonaba. En medio de sus placeres, de cualquier índole que fuesen, sentíase asaltado, inevitablemente, por visiones fúnebres y horribles. Le aterrorizaba, hasta producirle un extraño desasosiego, imaginar la agonía, el cementerio, el estar encerrado entre las tablas negras y espantosas del ataud. Pero no sólo le preocupaba este aspecto de la muerte. La idea del dejar de ser, la posibilidad de que no hubiese otra vida, le inquietaban también muy a menudo.

Alguna vez creyó que el arte le salvaría, y hasta pensó dedicarse a la pintura; pero como no tenía la menor noción práctica de dibujo, desistió. Además, ¿de dónde sacar una voluntad firme, una constancia grande, si estaba penetrado de desconfianza y de desilusión? Mientras tanto, su tía Isabel le llamaba continuamente. El sabía que aquel afecto de la hermana de su padre le representaba otra herencia; pero ni siquiera por interés emprendía el viaje de regreso. La neurastenia le quitaba la voluntad y el ánimo para partir. Había arraigado en París, e imaginaba que jamás tendría valor para salir de aquella ciudad que le tenía tan dominado. En París su cultura iba aumentando sensiblemente. Como salía poco, pasaba largas horas leyendo. Tenía un pequeño departamento en el bulevar Malesherbes, cerca de la Magdalena, y alternaba su tiempo entre libros y amigos, pero muy contados amigos. Se había aficionado a la moderna literatura francesa, y gustaba especialmente de Barrés, de Huysmans y de Loti. El idealismo refinado de Barrés, su prosa

artística, sus sensaciones de Toledo y de Venecia, su situación espiritual frente a la religión, le encantaban y hasta le habían llevado a creer que tenía alguna semejanza íntima con el autor de "*Amori et dolori sacrum*". Pero esta cultura literaria y artística que iba adquiriendo, contribuía a hacerle desgraciado, pues le evidenciaba el fracaso de su vida y le aumentaba su desilusión de sí mismo.

Habían terminado de comer, y José Alberto, acodado sobre la mesa, continuaba hablando de sus viajes, entreteniendo a la viejita. Pero misia Isabel comenzó a entrecerrar los ojos y a cabecear de sueño, y entonces José Alberto, que aquella noche, lleno de sus recuerdos, no hubiera podido acostarse a la hora de costumbre, le dijo a la viejita que iba a salir.

—¿Pero a esta hora, la primera vez desde que estás en Córdoba?—exclamó misia Isabel alarmada.

José Alberto la tranquilizó. No debía tener miedo por él. Aquellas cosas de los veinte años habían pasado para siempre; y si bien estaba triste, sabía que la vida era una cosa buena, y deseaba vivir y acomodarse a ella. Para eso había venido a Córdoba. Aquel día, con tanto hablar de viajes y pensar en ellos, sentía cierta necesidad de ver calle.

—¡Que Dios te ayude, hijo!—bostezó misia Isabel, mientras su sobrino le daba un beso y se preparaba a salir.

Cuando hubo pasado el umbral de la casa y se encontró en la calle, empezó por preguntarse adónde iría. Pensó que tal vez hallara en ciertos rincones de Córdoba un encanto equivalente al de las viejas ciudades de Europa, y que pudiera renovar aquellas intensas sensaciones que conmovieron su alma. Porque al fin

y al cabo, ¿qué sabía él de Córdoba? Cierto que allí había nacido y que allí vivió hasta la edad de veinte años, pero en estas épocas de la existencia humana los ojos apenas ven y el alma está ciega para las cosas de arte. A los veinte años, sin la sensibilidad educada, sin lecturas propicias, no era probable que él comprendiera la poesía de los viejos muros ni la belleza, a la vez sensual y fuerte, de lo colonial. ¿Quién sabía si ahora, después de haber viajado y leído, no hallaba en Córdoba bellezas legítimas y desconocidas? ¿Quién sabía si lo que allí se consideraba viejo y feo, feo por razón de vejez, no le hablaba a su alma?

Había dado algunos pasos y llegado a la esquina de la calle. Ya no lloviznaba, pero el suelo continuaba mojado y desde los árboles caían de cuando en cuando, pesadamente, gruesas gotas de agua. Allí, José Alberto tenía ante los ojos un paisaje que no hubiera imaginado en Córdoba. Estaba frente a la Cañada; aquel hondo tajo abierto en las entrañas de la ciudad y por el cual corría un pequeño arroyo. A pocos pasos de aquella esquina del Paseo, surgían dos puentes de hierro en direcciones encontradas. La Cañada iba en zig-zag por entre los fondos de las casas. Se veían sobre el arroyo inmensos paredones sin revocar, huertas, tejados de casas pobres, una angosta baranda de hierro que subía hasta un techo, un cuarto humilde que asomaba a la Cañada como un balcón. En el cauce, el agua, engrosada por la lluvia, corría negra y manchada a veces por los reflejos de los focos de luz eléctrica. Pasaba el agua bajo un puente y pocos metros después cruzaba bajo el otro puente. En el ángulo formado por ambos, vigilaba un árbol solitario. Y desde los puentes, se divisa-

ban, como formas indecisas, por la oscuridad, otros puentes lejanos.

La noche comenzó a aclararse tenuemente. José Alberto se dió a recorrer las calles, siguiendo la Cañada; se detenía en cada uno de los puentes, y permanececía allí largo rato. Los fondos de las casas, que tienen, para el que los contempla desde lejos, quien sabe qué de íntimo y melancólico; los vastos muros desnudos y sin ventanas, sombríos y extraños a tal hora; los árboles, que, desde lo alto de las huertas o de los patios, se inclinaban como a mirar la hondura en que corría el hilo de agua; los bordes de la corriente, en los que el césped esparcía pequeñas manchas intensamente azules; los lejanos puentes, negros y románticos a esa hora, hacían aparecer a la Cañada, ante los sentidos de José Alberto, como una cosa multiforme, a la vez misteriosa y elegíaca, fantástica, y hasta un poco mística. En su hondura caían los ecos de los rumores de la calle, y se diría que ella hacía sentir intensamente el silencio de la quietud nocturna. Sombras graves, casi corpóreas, yacían sobre el agua y las orillas, cubrían como con crespones los muros y los agrandaban, dormían bajo los puentes. ¡Oh, ensueño, Venecia, Brujas!

Desde aquella noche, José Alberto salió cuotidianamente. Pero como deseaba no ser reconocido, y temía desilusionarse en las calles centrales, sólo dejaba su casa del Paseo al atardecer o a la noche, y no vagabundeaba sino a lo largo de la Cañada o por los barrios pobres del Norte o por las quintas fragantes del pueblecito de Las Rosas. En las vecindades de Alta Córdoba, José Alberto gustaba infinitamente caminar por la orilla del río, de aquel río casi seco cuyas aguas trazaban en el ancho cauce dibujos irregulares y extra-

ños. Detrás de la calle que orillaba el río, se empinaba una larga barranca, sembrada de casitas blancas y de ranchos. Senderos misteriosos se metían barranca adentro, senderos que trepaban entre arbustos tupidos y espinosos. Con el cielo estrellado, con las pequeñas luces de las casitas, y con las aguas del río que plateaban inmóviles, el paisaje cobraba una gran belleza. José Alberto pensaba en Marruecos y en Argelia, y rememoraba los alrededores de Tánger y las aldeas kabilas del Djurjura.

De este modo, en más de veinte días que llevaba en Córdoba, no conocía sino los arrabales y los barrios pobres. Pero una tarde, cuando el sol declinante besaba con su oro triste las más altas cúpulas, José Alberto se allegó hasta la plaza San Martín.

¡Cuánto había cambiado Córdoba! Pero no tanto como él imaginara al oir hablar a su tía. Las casas más características y antiguas permanecían todas en pie, desparramando en la ciudad moderna un poco de aroma colonial. Allí estaba aún, ocupada por un sucio bodegón, la casa de Sobremonte, el último de los virreyes, con su vasto y blanco muro sin adornos y su esquina en cuya angostura se aglomeraba todo el interés arquitectural del edificio: los gruesos dibujos de tendencia barroca que adornaban los cornisamentos; las tres columnas superpuestas y empotradas con rara originalidad en el ángulo; el balcón, acodillado y sostenido por fuertes y elegantes ménsulas, que, al ser cubierto por el hondo alero que prolonga el techo de tejas, da a aquella esquina la semejanza de un encojido y vigilante monje encapuchado. Allí se alzaba todavía, con su piso inferior ocupado por un cafetín, con su frente enjuto y su balcón de hierro forjado, la casa que

fué, hacía dos siglos y medio, la primera capilla de Córdoba. Allí también levantaba su señorial y lujosa puerta y erguía su pináculo, que tiene algo de penacho y de morrión, la blasonada casa de Allende. Y aquí y allí se conservaban, tristes y vetustas, otras casas coloniales, con sus balcones salientes, sus formas achatadas y bajas, sus pardas tejas, y aquel indefinible encanto de un estilo castizo y expresivo, con algo del barroco y del morisco pobre, que no logró, por desgracia, cobrar el desarrollo que merecía. Pero aparte de los edificios coloniales, allí estaban en pie los caserones con sus frentes de colores vivos, de anchas y elegantes puertas con escalones de mármol, de ventanas enrejadas y de inmensos y alegres patios llenos de plantas en macetas y en tinajas pintadas de verde, y de enredaderas que trepaban por las gruesas columnas. También muchas casas nuevas se habían levantado en los antiguos solares, pero no eran las pavorosas casas modernistas que José Alberto creyó encontrar y que tanto abundaban en Buenos Aires, sino casas serias y distinguidas que no quitaban a Córdoba su característico aire de señorío.

Entró en la plaza por la esquina de la calle Colón, pasó bajo las arcadas del viejo Cabildo, y se encontró frente a la catedral. Al llegar junto al último arco del Cabildo, absorbió su atención la cúpula, a la vez fuerte y elegante, grave y ensoñadora y que tenía algo de guerrero y de heroico. Unía al carácter primitivo que ciertos elementos románicos le daban, la inquieta y rebuscada línea del barroco, y un vago aire incáico. José Alberto, frente a aquel trozo de arte colonial, el más bello que existía en el país, sentía renacer su alma de viajero y de artista, y evocaba las catedrales castellanas,

las calles de Avila, los muros románticos de la ciudad de los santos y los caballeros. Las cuatro torrecillas que flanqueaban la cúpula, le daban un vago aspecto de fortaleza medioeval, de castillo-iglesia, y sujerían la idea de que aquellos vanos que agujereaban las torrecillas fueron hechos para emplazar obuses y espingardas. Pero lo que más encantaba a José Alberto, era el poético y suave color ocre que la cúpula tenía en aquel atardecer y el cuadro prodigioso de luz y de armonía que ella formaba al destacarse sobre el intenso azul del cielo. Emociones de tradición, nostalgias de años pretéritos se agregaban a la emoción de arte, y, junto con la vieja Córdoba, sus horas infantiles revivieron en su alma.

Cruzó luego a la plaza, para tener de la catedral una visión de conjunto. Pero apenas puso en ella los ojos, cuando una impresión penosa le inmutó. ¿Cómo era posible que se hubiera equivocado de tal manera? Aquello no era, no, lo que él imaginó encontrar. Trató entonces de recordar exactamente el frontispicio de la catedral. Hostigaba a su memoria sin resultado, y ya comenzaba a impacientarse cuando de pronto lo vió, severo y fuerte, en su belleza de hacía quince años. Manos criminales, con el vil propósito de modernizarlo, habían destruído su encanto. Ya no tenían el frente ni las torres el color de otros tiempos, el color negruzco de las piedras tradicionales, de las piedras que nos hablan al alma de cosas profundas y eternas. Sus muros augustos estaban revocados y pintados, y a lo largo de la calle 27 de Abril, donde antes se levantaban sombrosos y bellos árboles, habían construído, por monstruosa avaricia, execrables casitas de alquiler (1).

(1) El infame atentado contra la Catedral de Córdoba no fué consumado, en realidad, sino cuatro o cinco años después.

José Alberto sintió odio hacia los hombres sin cariño al país, que destruían torpemente la belleza que crearon generaciones de pasados siglos. ¿Cómo era posible semejante falta de amor y de respeto a las cosas del arte y del espíritu, semejante desprecio a la tradición, semejante afrenta a la religión y a la Iglesia, a las que ofendían aquellas casuchas pegadas a los altares y que ocultaban el más bello costado de la Catedral? Y no era sólo la anulación de una parte del valor artístico de la Catedral lo que indignaba a José Alberto, sino la pérdida casi completa de su valor tradicional y afectivo. Como su escritor predilecto, Barrés, creía que las iglesias eran hogares de espiritualidad. Evocaba las generaciones de argentinos que vivieron, entre aquellos muros antiguos, horas profundas y nobles, y parecíale que de la Catedral se desprendían efluvios de misticismo, un leve polvillo de espiritualidad y de fé que se derramaba sutilmente sobre la ciudad. Y este hogar había sido violado ignominiosamente, desposeído de su carácter, de su color, de su línea; valía decir, pues, de su alma.

Pensó, para consolarse, que siquiera la cúpula había sido respetada, tal vez porque no era fácil sacarle utilidad; y cruzó la calle para ver la iglesia por dentro.

En el atrio, frente a la puerta central, muchos jóvenes conversaban en grupo. El interior del templo estaba iluminado como un salón, con miles de lamparillas eléctricas. Desde la puerta, José Alberto adivinaba otros atentados cometidos en lo interior, ahora lleno de dorados que atestaban el techo, las paredes y los altares, y a los que las luces encendían como fuego. José Alberto, parado junto a la puerta de entrada, vió pasar gran número de muchachas. Algunos jóvenes irrumpieron

detrás. José Alberto abrió la puerta para salir, pero tuvo que ceder el paso a dos muchachas. Se apartó, y como una de ellas se volviera para agradecerle, pensó que conocía aquella cara. La muchacha le había reconocido, sin duda ninguna, pues habló algo a su compañera, que volvió la cabeza para mirarle. José Alberto quedó preocupado. No había podido verle bien el rostro, pero su figura y su andar eran los de su prima Teresa Belderrain, cuyo recuerdo perduraba en su alma como el de un perfume inolvidable. La siguió con los ojos y, cuando la vió sentada, avanzó por una de las naves laterales y se colocó detrás de un pilar. Desde allí podía examinarla sin que le viese. Era, en efecto, Teresa Belderrain

Teresa fué su novia de la infancia y de los veinte años. El doctor Flores era primo hermano del padre de ella, y las dos familias tuvieron gran amistad en otro tiempo. La intimidad de José Alberto con Ignacio Belderrain había facilitado aquel noviazgo de niños. El y Teresa se vieron a menudo y jugaron juntos infinidad de veces, mientras fueron niños. Con la adolescencia vino la separación. Pero en las vacaciones solían verse. Durante el año, en el colegio de Santa Fé, él se pasaba las horas pensando en Teresita, escribiendo su nombre en los libros, en los cuadernos, en los bancos. Después, su vida de juego y de crápula, cuando estudiaba Derecho, le alejó de la familia Belderrain, pero, con sus propósitos de reformarse, renació, aquel verano en Totoral, el amor que se iba volviendo cosa seria. Al año siguiente fué su gran caída, a la que le llevaran las malas compañías, y, como consecuencia, la catástrofe de su vida. No la vió más. En Europa supo, por un cordobés muy amigo de Belderrain, que Teresa sufriera horrible-

mente, y que, a no ser una niña de quince años, entrara en un convento.

Mientras tanto, la ceremonia había comenzado. José Alberto, que se olvidara por completo de examinar la iglesia, estaba ahora encantado en la función. Se trataba, al parecer, de una novena; con la voz monótona del sacerdote, que rezaba y leía desde el púlpito, alternaban cantos melodiosos y suaves. La dulzura del órgano, la voz cálida y blanda de las mujeres que llenaban la iglesia, y las palabras del sacerdote, producían en José Alberto una sensación de dulzura, de religiosidad mundana y amable, de tibieza, de salud moral y física. Aquellas mujeres eran muy diferentes, en su religiosidad y sus modos, de las mujeres de Buenos Aires, y le daban la impresión de hallarse en Andalucía. Aquí, se oían infinitos ruidos. Se movían sin cesar y con cualquier pretexto, reían, miraban a los jóvenes, curioseaban a los que pasaban por las naves laterales, espiaban los pasos de la gente que entraba, y se volvían para mirar. Agitaban los labios al rezar, y no cesaban en ello cuando miraban al cortejante o cuando reían de alguien que entrara. Otras rezaban en voz alta, como si estuvieran en sus casas.

Pero no obstante lo mundano, exterior y superficial de aquella religiosidad que veía a su alrededor, José Alberto notaba que un sentimiento nuevo iba penetrando en su alma. El no creía en nada, y apenas si aceptaba la existencia de una divinidad vaga y confusa. Respetaba sí la religión; veía en ella una fuente de belleza y de felicidad, y amaba el catolicismo por su lado artístico. Muchas veces, en sus viajes, le emocionaron las ceremonias religiosas. Pero era un puro efecto estético, del que su creencia quedaba libre. Había deseado creer

más de una vez. Comprendía la necesidad de una disciplina en la vida, y tenía la vaga conciencia de que a él, dada su educación y su temperamento, sólo podía dársela la Iglesia. En su corazón—él lo sabía—, quedaban gérmenes de fe. Pero ¿cómo hacerlos revivir? El escepticismo había penetrado en su alma y le impedía aceptar las afirmaciones religiosas. Sin embargo, aquella tarde, mientras oía el órgano y las blancas voces femeninas, pensaba que seguramente volvería alguna vez a sus antiguas creencias de la infancia. El misticismo de sus tíos, el sacerdote virtuoso y la monja Teresa, las rachas de religión que acometían a su padre, su educación por los jesuítas, que inculcaban para siempre el temor de la muerte, ¿no le determinaban a creer? Por otra parte, él necesitaba de una solución a ciertos problemas trascendentales de la vida humana, y se decía que solamente en la Iglesia se encontraba una solución que, si no definitiva e inobjetable, era la única.

La función había terminado y la concurrencia comenzaba a salir. Una calle de sobretodos continuaba a la puerta, y por ella desfilaban, sonriendo a sus conocidos y parientes, mirando con ojos amorosos a sus novios, las expansivas devotas. Eran, en su mayoría, de estatura mediana, más bien gruesas y bonitas. Algunas llevaban coloretes en las mejillas y en los labios. Vestían casi todas como las porteñas. Mostraban en los ojos, en el andar, en la voz y en los movimientos, las características de la provinciana, que conserva todavía muchas cosas de la mujer andaluza.

José Alberto se agregó a la fila de hombres para ver pasar a Teresa y a sus hermanas. Una bella rubia, que acababa de salir, le había distraído, cuando oyó una o

dos voces, no lo supo bien, que le saludaban afectuosamente. Eran sus primas.

Quiso seguirlas, con el propósito de acercárseles y hablarlas. Pero la imagen del doctor Belderrain se le interpuso. ¡Hombre terrible, su tío! La tentativa de suicidio de José Alberto, su vida libre durante diez años, sus amores con Teresita en aquella época de su tragedia—los que Belderrain no ignoraba—, debían ser razones poderosas para que el hombre riguroso y dogmático que era su tío le odiara con toda su alma. ¿Cómo hablar a sus primas en la calle?

Era de noche y volvió a su casa. En cuanto entró, quiso contarle a su tía el encuentro con las primas.

—¡Ah, Teresa Belderrain!—exclamó misia Isabel, como si ese nombre le recordara un mundo de cosas.

José Alberto habló de ella. La tía refirió cómo la familia había cortado toda relación con los Belderrain, y, aunque no dijo la causa, José Alberto comprendió que era por él. El doctor Belderrain, probablemente, echaba un poco la culpa de la vida de José Alberto a su padre y a su tía. Cuando el padre de José Alberto murió, los Belderrain fueron a la casa. Teresa, en un momento en que se halló sola con misia Isabel, le había preguntado si era verdad que su primo estaba de novio en París.

—Yo vi que te quería, que se acordaba siempre...

Quedaron silenciosos un momento. Misia Isabel, que vivía las veinticuatro horas del día preocupada por las tristezas de José Alberto, se había puesto a pensar que si su sobrino se acordaba aún de Teresa, aquel amor podría ser su salvación. Ella estaba segura de que Teresa quería siempre a José Alberto. Había tenido varios cortejantes, y a todos los había rechazado desde el pri-

mer día. Cierto que se decía que iba a ser monja. ¡Era tan religiosa! Pero si deseara realmente consagrarse a Dios, ya estaría en un convento. ¡Qué mayor placer para Belderrain que tener una hija monja!

—Y su padre ¿siempre el mismo?—preguntó José Alberto.

—El mismito; no te perdona...

José Alberto, en un segundo, tuvo una visión triste de su porvenir. Sintió que iba a enamorarse de su prima, y que un enorme obstáculo se interpondría en su camino: Belderrain. Vió la figura de retrato del Greco de su tío, y recordó sus ojos pequeños y duros, su faz sombría, su actitud austera y grave, y la tenaz expresión de disgusto de sus labios. ¡Diez años sin ponerse en su presencia! Imaginó que en tanto tiempo, todo en aquel hombre se hubiera exacerbado. Y como llegara a evocarlo con los colores negros de un ser de pesadilla, se estremeció de miedo.

II

Los Belderrain se disponían a sentarse a la mesa. Ya habían llegado la señora, el doctor y las tres hijas mujeres; y todos aguardaban de pie, frente a sus sillas, a que vinieran las demás personas de la familia. No tardó en presentarse Ignacio, el hijo mayor, que aquella noche se quedaba a comer en casa de sus padres.

Un lugar continuaba aún vacío; pero nadie se atrevía a mirarlo. Un malestar bien perceptible circulaba en aquel comedor. El doctor Belderrain, con el ceño adusto, los brazos cruzados y apretados con fuerza, tenía los ojos clavados en el mantel. Nadie hablaba una palabra, no se oía el menor ruido, y todos seguían esperando de pie la llegada del que faltaba. La señora, con el rostro inclinado, mostraba un triste aspecto de sumisión y de pena. Las muchachas habían adoptado un aire grave. Por fin, al cabo de unos minutos, el doctor Belderrain movió sus pequeños ojos nerviosos, buscando a la sirvienta. La pobre muchacha, que estaba en el umbral de la puerta no atreviéndose a entrar, tartamudeó, temerosa y como si fuera culpable:

—El niño Francisco Javier no está en la casa.

Belderrain, ásperamente, exclamó:

—¿Por qué no entra? Acérquese.

La criollita, temblando, se acercó, y entonces el doctor, señalando con el brazo rígido y extendido el lugar vacío, ordenó:

—Saque ese cubierto, y no vuelva a ponerlo nunca.

La señora levantó los ojos hacia su marido como rogando; pero al encontrarse con la mirada conminatoria y dura de Belderrain, bajó la cabeza dolorosamente. Mientras tanto, todos se ponían en actitud de recogimiento. El doctor Belderrain se persignó, su mujer y sus hijas hicieron lo mismo, y en seguida se sentaron a la mesa, sin hacer casi ruido. La muchacha empezó a servir.

El doctor Ignacio Belderrain era uno de los hombres más eminentes y representativos que existían en Córdoba por aquel tiempo. Su padre fué un vasco legitimista, perteneciente a una hidalga familia de Zumárraga, y que abandonó España a los veinticinco años, después del fracaso de la primera guerra de sucesión. Establecido el ex guerrillero en la provincia de Córdoba, cerca de la capital, donde se dedicó a la ganadería, entroncó al poco tiempo con una familia de abolengo. Tuvo varios hijos, al mayor de los cuales, nacido el año 40, le puso por nombre Ignacio, en homenaje al patrón de Guipúzcoa y héroe de la raza. El emigrado fué un hombre austero, silencioso, dogmático, y vivió alejado de la vida pública, sin mezclarse en las luchas políticas de aquellas épocas sangrientas. Educó a sus hijos severamente, en las prácticas de una religión sombría. Ignacio estudió Derecho, y, siendo muy joven, ingresó como juez en la magistratura. Era también profesor de Derecho Civil en la Universidad, la que él consideraba como su verdadero hogar espiritual. Como juez del cri-

men, primeramente, y como vocal de la Suprema Corte de Justicia de la Provincia, después, tuvo siempre una indiscutida fama de honorabilidad. Sino le hubiera bastado su concepto de la religión, seguramente su anhelo de imparcialidad y su irreductible amor a la justicia le hubieran llevado a la reclusión a que se condenara. En la Facultad no gozaba de simpatías. Los muchachos respetaban su austeridad, pero la naturaleza hosca y autoritaria del catedrático, y su intolerancia religiosa, habían levantado a su alrededor un cerco de frialdad. Era un insigne maestro. Jamás el Código Civil tuvo un comentador más erudito y penetrante. Conocía a fondo las intenciones de Vélez Sársfield, el autor del Código, y dominaba las fuentes y la legislación comparada. No toleraba a los alumnos ni la intención de defender el matrimonio civil. Si alguno a ello se atrevía, el profesor se indignaba, y, llamando al matrimonio civil "repugnante concubinato", dejaba ver sus garras y asomar aquel odio profundo y absolutamente sincero que experimentaba hacia los legisladores que votaron la ley. Esta cuestión se relacionaba con cierta época de su vida en que, único paréntesis a su judicatura, representara a su provincia en el Congreso Nacional. Era en los años borrascosos en que se trató la ley del matrimonio civil. Formaba él en un célebre grupo parlamentario, entre otros eminentes católicos como el orador Pedro Goyena. Belderrain no tenía facilidad de palabra, y, contra todo su deseo, su ardor religioso y el amargor que se venía amontonando en su alma, no pudo participar en el debate. Los días que pasó Belderrain en Buenos Aires, cuando se discutía la ley, fueron días apocalípticos, días de fiebre, de pasión. Sufrió a fuego lento; y en la sesión en que la ley fué aprobada, bebió su caliz

de amargura. Pocos días después, aprovechando la enfermedad de su mujer, renunció a la banca. Desde entonces no había ido jamás a Buenos Aires. La capital de la República se le representaba como una ciudad maldita, como la sede de la impiedad y la degradación; y la declaraba digna de los bíblicos castigos de Sodoma y de Gomorra. Los mismos católicos de Buenos Aires le merecían desconfianza. Eran hombres que transigían, gentes de manga ancha, creyentes tibios y contagiados por el veneno del liberalismo. Por esto, en su casa no entraba un solo diario de Buenos Aires; allí no se leía sino el diario católico que se publicaba en Córdoba. Tampoco podían entrar novelas en su hogar, y a las hijas les estaba prohibido leer otros libros que los de literatura religiosa y de devoción. Su biblioteca era magnífica, y en materia de Derecho Civil tal vez la más notable que existiera en el país. Pasaba en ella buena parte del día, casi todas las horas que su misa diaria, su clase matinal en la Facultad y su trabajo de magistrado le dejaban libres. Apenas visitaba; no salía nunca de noche. Tampoco hacía vida de familia, pues su carácter retraído, grave y exigente era poco propicio a la charla insustancial de sus hijas y a sus triviales expansiones. Toda la familia le tenía respeto y miedo. En la mesa, los hijos no hablaron sino al llegar a la mayor edad. Su mujer no se atrevía a opinar en su presencia, y menos hubiera soñado jamás en contrariarle. Era el padre y el marido según el concepto bíblico, el *pater familias* del derecho romano, el señor de su casa, donde no sólo los criados sino la mujer y los hijos debían obedecerle ciega y absolutamente.

—Es un déspota, un Felipe II, una siniestra mentali-

dad de la Edad Media—solían decir de él, con indignación y desprecio, los anticlericales de Córdoba.

Practicaba la religión abiertamente, con ardor militante, pues entendía que era deber suyo dar ejemplo. Todas las mañanas, a las ocho en invierno y a las siete en verano, oía misa en la iglesia de los jesuitas; comulgaba una vez por semana, y en ocasiones diariamente; formaba parte de sociedades católicas y de cofradías; llevaba el palio en las procesiones; asistía a sermones y novenas. Sentía hacia el siglo, hacia el liberalismo y el positivismo, y hacia todo cuanto oliese a sensualidad, un odio profundo, permanente, indivisible. No transigía jamás con nada. Le repugnaba el trato con liberales, desconfiaba de las personas que no iban a misa. Cuando en su presencia alguien hacía elogios de un liberal, fruncía el ceño; a su juicio, fuera de la Iglesia no podía haber honradez.

Su mujer le tenía temor, respeto y admiración. Para ella no había en el mundo hombre más sabio que su marido, y aceptaba su dominación como una cosa justa, impuesta por Dios. Era misia Dolores Zabala una mujer de poca inteligencia y de casi ninguna cultura. Pasaba sus horas rezando novenas y regañando a las criadas, a las que obligaba a levantarse con el alba. Estaba todo el día sobre ellas, las hacía confesar los sábados y comulgar los domingos, y, todas las noches, rezar el rosario con la familia. Las criadas, salvo la cocinera, eran muchachas "dadas"—como se decía a las hijas de paisanos o de gentes del pueblo, que las abandonaban para siempre a los señores, sin obligación de pagarles salario alguno —, o sacadas del Buen Pastor. A la que no se conducía al gusto de misia Dolores, o salía enamorada, se la recluía en aquel Buen Pastor que era

una verdadera cárcel para las infelices. Misia Dolores, autoritaria con las criadas, era la sumisión misma con su marido. En cuanto se relacionaba con la educación de los hijos, no podía tener opinión; pero jamás, ni en lo más íntimo de su alma, se quejó. Sabía que Belderrain dispondría siempre lo más conveniente, y que él conocería mejor que ella la voluntad de Dios. Dentro de la casa, misia Dolores era omnipotente. Su marido le daba cada mes sus sueldos, salvo una pequeña cantidad que reservaba para sí, y misia Dolores los administraba con una rara sabiduría. Compraba ella misma la carne y las verduras, que les llevaban a su casa, y pesaba y medía todo personalmente. No adquiría sino lo justo, y a las gentes de la cocina les daba contadas las raciones. No hablaba sino de enfermedades y milagros. Toda mejoría en una enfermedad, todo peligro temido y que no llegó, eran milagros para misia Dolores. Tenía devoción a varias vírgenes y santos, especialmente a San José; y aseguraba que el San José de la Compañía era más milagroso que el San José de la Catedral. Delante de su marido no hablaba de estas cosas, pues sabía que a Belderrain le disgustaban.

—Eso no es religión sino idolatría,—le había dicho su marido, con enojo, en más de una ocasi

En su matrimonio, doña Dolores h a sido feliz; no así Belderrain, para quien su mujer le era tan inferior en cultura y en mentalidad. Doña Dolores se había casado enamorada, pero ahora el amor, aun en el matrimonio, le parecía cosa de pecado.

—No hablen de novios; hablen de santos—solía decir a sus hijas.

Era baja, flaca y enferma del hígado. Tenía modales distinguidos, y cuando había convidados a comer o

visitas sabía agasajarlos y atenderlos. En su casa andaba correctamente vestida, aunque con excesiva economía.

De sus tres hijas, sólo una se le parecía, Dolores, a quien llamaban Lolita. Tenía de la religión y de la economía doméstica un concepto análogo al de su madre. Era supersticiosa hasta lo absurdo. No hacía nada, no decía una sola palabra sin preguntar si era pecado. Había cumplido veintiséis años, y era ya muy difícil que se casara. Despreciaba a la mayor parte de las niñas de Córdoba, porque les gustaba el flirteo, iban a los teatros y leían novelas. Muy orgullosa, tenía el triple orgullo de su familia, de su devoción y de su virtud.

Su hermana Teresa, en cambio, carecía de todo orgullo. Era muy religiosa, pero sentía la religión de un modo opuesto al de su hermana. Sólo rezaba a Dios, a Jesús y a la Virgen, y no iba a las novenas ni las seguía en su casa, sino por excepción. Suave, sencilla y bonita, agradaba a todo el mundo. No se creía perfecta, y por esto no gustaba, como Lolita, de hablar mal de la gente. Excusaba a las criadas, que tenían en ella una protectora. Pasaba gran parte del día estudiando el piano.

De la menor, Asunción, toda la familia se preguntaba que a quién podía haber salido. Era feúcha, negrita, burlona y alegre. Su cara, eternamente de fiesta, contrastaba con la expresión avinagrada de Lolita y la sonrisa triste de Teresa. Era la única persona en la casa que no le temblaba al padre. Las rarísimas veces que la familia iba al teatro, eran exclusiva obra de Asunción. Para prevenir todas las objeciones paternas, se buscaba el certificado de algún sacerdote que conociera la pieza y asegurara que las niñas podían oirla. Tenía muchas

amigas; y multitud de festejantes, de los que se burlaba despiadadamente. A las criadas les tapaba sus faltas y sus amoríos y se les hacía amiga. Las infelices la adoraban de tal manera y gustaban tanto su conversación, que no había para ellas placer más grande que acompañar a casa de alguna amiga a la niña Asunción. Asunción les preguntaba si tenían novios, si les gustaría casarse, si se besaban con sus novios. Con su hermana Lolita no iba ni a misa, pues Lolita, en cuanto sospechaba la proximidad de un cortejante, ponía cara de perro. Teresa, al contrario, le toleraba todo. Leía, a escondidas por supuesto, novelas que le prestaban las amigas. Había estudiado el canto durante dos años, pero jamás cantaba en serio. En cambio sabía infinidad de coplas zarzueleras y de canciones criollas que le enseñaban las sirvientas. Lolita rabiaba cuando la oía machacar algún versito amoroso, y pasó varios días de un disgusto sordo una vez que a Asunción se le pegó al oído cierto *triste* de las sierras, que empezaba:

A la una te miré,
a las dos te empecé a amar,
a las tres te pude hablar,
a las cuatro te adoré...

—No cantes eso, que es pecado—le decía Lolita, irritada.

—¿Y qué quieres que haga? Se me ha pegado, se me ha pegado y se me ha pegado.

En religión era, según Lolita, una calamidad. Rezaba en misa, pero de un modo completamente maquinal, moviendo mucho los labios, a veces en voz alta, y sin dejar de flirtear con los festejantes.

Aquella noche, la comida fué triste y silenciosa. Todos sabían que las resoluciones del padre eran siempre irrevocables, y habían comprendido que la orden de no poner jamás en la mesa el cubierto de Francisco Javier Belderrain, el hijo pródigo, significaba la expulsión del hogar. La madre no podía tragar bocado, y permaneció toda la hora de la comida con los ojos en el mantel o en el plato. No dijo una palabra. Sólo suspiraba de cuando en cuando; a veces, con todo el disimulo que podía, se secaba una lágrima. Teresa estaba sonrosada por la emoción, y en más de un momento temió soltar el llanto. Lolita, parecida en esto a su padre, había adoptado una actitud justiciera, lo mismo que Ignacio, en quien, sin embargo, producía tristeza la expulsión de su hermano. Sólo Asunción parecía no apenarse. Era que, para ella, aquel hermano que se iba a Buenos Aires no merecía lástima sino envidia, y, en su optimismo y en su visión color rosa de la vida, no dudaba de que había de volver cuando quisiera.

Habían terminado apenas de tomar el postre, cuando una de las sirvientas vino a anunciar que estaba el señor José Alberto Flores.

Desde aquella tarde en que por vez primera vió a su prima, José Alberto no había faltado a la novena de la Catedral. Miraba entrar y salir a Teresa, pero nunca se atrevió a hablarla. Cada vez que intentaba acercársele, la imagen de Belderrain, implacable y hosca, se interponía entre sus hijas y él. Además, le molestaba la idea de hablar con Teresa en presencia de su hermanita, que—temía él—pudiera llevar el cuento a Belderrain. Pero una mañana encontró a su prima acompañada de Asunción, en una tienda, una de esas tiendas que co-

mercian en infinita variedad de ramos. El entraba y ellas salían. No hubo más remedio que acercárseles.

—¡Qué encuentro casual!—dijo José Alberto, por decir cualquier cosa, cuando terminaron los saludos y las preguntas por la familia.

—¡Quien sabe si será tan casual!—contestó Asunción, mientras Teresa cambiaba de colores, y ella reía alegremente por el rubor de su hermana.

José Alberto había sentido un placer nuevo e íntimo al oir las palabras de Asunción. Pero la presencia de Teresa le había cohibido un poco y no sabía adonde mirar. El carácter de Asunción, que acababa de vislumbrar, le causó gran alegría, pues vió en ella una probable aliada.

—¿Por qué no vas a visitarnos?—le descerrajó Asunción, muerta de risa, tuteándole naturalmente.

Y como José Alberto hiciera un gesto de vacilación, agregó:

—Anímate; no seas tan desamorado con tu familia.

Teresa, deliciosamente rosada, buscaba la mirada de su hermanita para pedirle que callara.

—Es que me han hecho mala fama—susurró José Alberto, mirando hacia todos lados, con el temor de que alguien le hubiese oído.—Y tu papá...

—Papá tendrá mucho gusto en verte. Yo le he dicho que te hemos encontrado en la Catedral, rezando con mucha devoción—interrumpió la chica, fingiendo disimular una sonrisa, mientras Teresa acababa de enrojecer.

José Alberto, después de este diálogo, ya no pensó sino en visitar a sus primas. Le infundía confianza el carácter franco de Asunción, y pensaba que ella debía haber, efectivamente, preparado el terreno, puesto

que Teresa pareció consentir. Por fin, aquella noche, después de meditar el caso todo el día, se resolvió a la visita.

Cuando la sirvienta anunció a José Alberto, Belderrain preguntó, creyendo no haber oído bien:

—¿Cómo?

Asunción, en su contento, dió un pequeño salto en su silla, que felizmente sólo fué notado por Lolita y Teresa. Luego miró de reojo a su segunda hermana y a su padre, y tuvo que morderse los labios para contener la risa. El doctor Belderrain, al oír de nuevo el nombre de aquel pariente que había deshonrado a la familia, arrugó un poco más el entrecejo e inclinó la cabeza hacia el pecho. Pero no habló una palabra. Entonces Ignacio, le dijo con voz baja:

—Voy a recibirlo yo. ¿No le parece?

El padre movió levemente la cabeza en señal de aprobación, e Ignacio ordenó a la muchacha que hiciera pasar al escritorio al visitante.

Asunción había preparado, en efecto, como sospechaba José Alberto, la visita de su pariente. La primera vez que le vieron con Teresa en la Catedral, ella adivinó, con ese enorme instinto de las mujeres en materia de amor, que a su hermana no le era indiferente José Alberto. Ella apenas conocía a su primo; era una chiquilla cuando él se marchara a Europa. En su casa jamás oyó pronunciar su nombre, pero había oído hablar de él a sus amigas, y, sobre todo, a una amiga de Teresa. Teresa jamás le dijo una palabra, y era tal su reserva que en la familia todos la creían por completo olvidada de aquellos amoríos juveniles. Desde aquella tarde, Asunción intentó sonsacar a Teresa. Le hablaba de Flores, le hacía mil preguntas, le ofrecía intervenir para arre-

glar el asunto. Teresa, creyendo que todo era inútil, no quería contestar a Asunción, pero se complacía en su parloteo, aunque ruborizada por ciertas cosas que le decía su hermanita y que a veces la obligaban a indignarse y a ordenarle callar.

Una noche, en la mesa, Asunción, con toda soltura y desparpajo, exclamó:

—¿A que no saben a quién hemos visto? No adivinarán ni en mil años: a nuestro primo José Alberto Flores. ¿Y a que tampoco saben dónde? ¡Pues rezando con mucha devoción en los recibos del Padre Félix!

Belderrain amonestó a su hija con los ojos. No toleraba la menor palabra irrespetuosa hacia las cosas de religión; y aunque en su fuero interno condenara el exceso de luces y de flores y el carácter mundano de la novena de la Catedral, no podía permitir que su hija la denominase como la insustancial e irreverente comidilla social.

—En... en la novena del Sagrado Corazón—se apresuró a corregir la chica.

La noticia cayó en la familia como una bomba. Teresa deseó hundirse bajo tierra. Lolita fulminó a Asunción con una mirada, y todos se asombraron de la audacia de ésta, que osaba nombrar al lobo. El doctor Belderrain, irritado, movía sus pequeños y brillantes ojos, y se preparaba a decir algo, cuando Asunción, que lo notara, se le adelantó:

—Está muy compuesto, parece—dijo, en el tono más natural.—Nosotras lo hemos visto seguir la novena con mucha devoción. *Sabe* ir con un devocionario y reza todito el tiempo.

Asunción pensó que estas palabras aplacarían a su padre. Y así fué en efecto. El doctor Belderrain la miró

fijamente, y ella, sin el más mínimo rubor, soportó, como si tal cosa, la mirada inquisidora de su padre. Teresa estaba enrojecida hasta la raíz de los cabellos, y pedía a Dios que la sacara de aquel penoso instante. Lolita e Ignacio dudaban de la veracidad de Asunción, y no le quitaban los ojos. Sólo la madre no dudaba, y atribuía la conversión de su sobrino a cosa de los santos.

—Será algún milagro—dijo, con todo convencimiento.

Pocos días después que le encontraran en la calle, Asunción, también en la mesa, manifestó su asombro de que José Alberto no hubiera ido a visitarlos. ¡Hacía un mes que estaba en Córdoba y todavía no se había acordado de sus parientes! Y al pronunciar estas palabras, mostraba cierto resentimiento.

—Más vale que no venga—había dicho Lolita.

—¿Por qué?—exclamó Asunción asombrada, fingiendo ignorarlo todo.

Como era natural, se habló muy poco de José Alberto. Pero la idea de que podía ir a visitarlos ya estaba echada, y éste, solamente, había sido el propósito de Asunción.

Apenas saliera del comedor Ignacio, todos se levantaron, y rezaron, cada uno para sí, salvo Asunción que decía un garabato cualquiera, el *Agimus tibi gratias*...

Mientras tanto, Ignacio y José Alberto conversaban en el escritorio. El encuentro había sido frío, al revés de lo que imaginara José Alberto, que había tendido los brazos afectuosamente a su antiguo amigo. Pero Ignacio le había dado la mano con cierta gravedad que molestó a José Alberto. Porque toda la vida, desde niños, fueron buenos camaradas, no obstante la diversidad de educación y temperamento. En el colegio no hubo mejores amigos, y eso que la diferente conducta de los

dos parecía más indicada a separarlos que a unirlos. Ignacio era un estudiante serio, devoto; no tenía novia, devoraba los libros y gozaba el prestigio de ser "el que comulgaba mejor". José Alberto, por el contrario, era enredador, insolente con los padres, tenía varias novias con las cuales se escribía, e inventaba las más extraordinarias ocurrencias para pasar el tiempo y no estudiar. Como era fuerte y animoso los demás muchachos le respetaban, y en más de una ocasión, con su natural generosidad, había salido a la defensa de su primo, propinando a sus enemigos buena ración de moquetes y puntapiés. Ignacio le recompensaba dándole consejos y favoreciéndole con el lustre de su amistad. José Alberto simpatizaba con su primo, aparte de razones familiares, porque, al revés de todos "los frailones y tragalibros", no iba a los padres con los cuentos de las travesuras que urdieran otros muchachos. A veces, Ignacio tomaba parte en los enredos de José Alberto. Pero sólo cuando estaba seguro de la impunidad. Durante el cuarto y el quinto año, por ejemplo, José Alberto, en las clases de ciertos padres miopes o infelices, organizaba jugadas de truco y nutritivos almuerzos. Se hacía llevar, por medio de los externos, diversos comestibles y bebidas, y así, él y sus amigos, amenizaban las jugadas de truco con sardinas, caramelos, queso, salchichón y largos tragos de ginebra. Ignacio solía participar de estas comilonas, lo que indignaba a algunos. Pero le ofrecían, con todo, "para que no fuese a alcahuetear".

—¿A qué has venido a Córdoba?—preguntó Ignacio a su primo, después de las frases inevitables.

Había en el tono con que Ignacio pronunció estas palabras, y en su gesto, mucho de reproche y hasta un poco de hostilidad. Y así, José Alberto no supo al princi-

pio cómo contestarle. Ignacio, desde el colegio, se atribuía el derecho de amonestarle, y José Alberto, por tal motivo, no creyó oportuno responder con acritud a sus palabras. Además, no era a él a quien quería visitar sino a Teresa. Y por consiguiente, debía soportar con buen modo algunas impertinencias.

—He venido a quedarme en esta tierra, donde he nacido—contestó luego, sencillamente.—Nada más natural. He viajado mucho, he vivido mucho y he sufrido también mucho. La vida casi no me interesa. No tengo ideales ni ilusiones. Necesito descanso para el alma y para el cuerpo.

—¡Me alegro de que te hayas desilusionado, me alegro!—exclamó Ignacio irritadamente.—Ahora aprenderás lo que vale tener un hogar y ser un buen cristiano. ¡Me alegro!

—Yo nunca lo he dudado, Nacho. Pero hay dentro de uno, algo que puede más que la propia voluntad.

—Pamplinas. No vengas aquí con ideas deterministas y materialistas porque te va a ir mal. Cada uno es el único responsable de sus malas acciones. El que obra bien es porque quiere obrar bien; porque tiene temor de Dios. El que obra mal es porque es malo y no teme a Dios ni a los castigos eternos.

José Alberto miraba a su primo con inmenso asombro. Jamás, desde que dejara el colegio, había oído palabras semejantes, y ahora, al escucharlas en boca de un hombre de su tiempo y de su cultura, le causaban un extraño efecto. Ignacio se había levantado y se paseaba por el cuarto. Se detuvo, se le puso enfrente y le dijo:

—Si vienes a Córdoba para trabajar, ser hombre serio y buen cristiano, bienvenido seas. Sino, más vale que

te vayas, que te vuelvas a Europa, o a esa Buenos Aires corrompida y descreída.

Se interrumpió. Después de un breve silencio, José Alberto le preguntó si ejercía. Le contestó, secamente, que era juez y profesor en la Facultad.

—¿Juez? Te felicito. Supongo que me ayudarás cuando yo te necesite en...

—Según tu conducta. Porque si sigues con la vida crapulosa y canallesca que llevabas aquí y después en Europa, no cuentes para nada conmigo.

Estas palabras indignaron a José Alberto. Se levantó.

—¿No te he dicho que estoy desilusionado de la vida? ¿Qué más quieres? Siempre habías de ser él mismo: desagradecido e intransigente.

—¿Cómo desagradecido? Me vas a explicar...

—Dejemos eso ahora. Intransigente, ridículamente intransigente. Hace diez años que no me ves; ha muerto mi padre en este tiempo; vuelvo a Córdoba desilusionado y abatido, enfermo del cuerpo y del alma; te hablo de una posible ayuda, y en vez de tenderme la mano me rechazas y hasta me ofendes. ¡Y a eso llamas cristianismo! Tu cristianismo, como el de muchos cordobeses, es un catolicismo a la española, un sentido feroz de la religión.

—Yo no te he rechazado; te he expuesto la situación—arguyó Ignacio bajando el tono, algo humanizado por las palabras de su primo.

—Un sentido feroz—continuó Alberto.—Debieron haber nacido en tiempo de la Inquisición y de Felipe II. Les falta caridad, verdadero amor al prójimo, simpatía humana...

Quedaron callados. José Alberto temblaba ligeramente. Ya deseaba marcharse.

—Quisiera ver a tu familia antes de irme—dijo, sin rogar.

Y como Ignacio permaneciese inmóvil, agregó:

—No me voy a comer a nadie, hombre. No seas ridículo.

—Voy a ver si pueden recibirte.

José Alberto quedó solo, y se puso a observar el cuarto y la biblioteca. Era una inmensa pieza con escasos muebles. Había un gran escritorio ministro y una mesita muy pequeña con una máquina de escribir cubierta por una funda negra. Los muebles eran relativamente modernos, y sólo como curiosidad, sin duda, estaba allí un sillón frailuno. Una enorme biblioteca, que llegaba casi hasta el techo, rebosaba de libros. José Alberto leyó los rótulos. La mayor parte eran obras jurídicas y religiosas. Entre las literarias, figuraban los libros de Luis Veuillot, los novelas de Pereda y las críticas de Valbuena. A cada momento se interrumpía en la lectura de los títulos de tanto libro para mirar hacia la puerta. Estaba inquieto. La discusión con Ignacio le había excitado, preparándole harto mal para aquella entrevista tan temida. ¿Cómo le recibiría su tío? Desde niño tuvo siempre verdadero temor hacia aquel hombre tan rígido, al que jamás viera sonreír. Recordaba sus enojos cada vez que él cometía alguna travesura de chicuelo, sus palabras terribles, cada vez que le hablara, en aquellos años de su vida de tahur en Córdoba. ¡Qué hombre era su tío! Siempre hablando de religión o de Derecho, condenando las malas costumbres de los jóvenes o el descreimiento de la época. ¿Pero por qué tardaría tanto su primo? Y las mucha-

chas, ¿cómo le recibirían? ¿Tendría que ocultar que las había visto y que hasta las habló en la calle? *Suma teológica, La ciudad de Dios.* ¿Habrá leído estos libros monumentales su tío? ¿Y qué cara pondría Teresa, la adorable Teresa, al verle en presencia de su padre?

Se abrió la puerta que daba al patio y entró Ignacio. En el patio, sentado en una silla de hamaca, vió a su tío. Había otras sillas alrededor y José Alberto pensó que sin duda las muchachas habían corrido a arreglarse. Ignacio le hizo pasar a la sala. Era una vasta pieza a la calle, fría y antipática. Los muebles, forrados de seda, estaban bastante envejecidos y fuera de moda, y en las paredes había tres o cuatro cuadros abominables. No bien se sentaron los dos primos, llegó el doctor Belderrain.

—¡Tío!—exclamó José Alberto al verle, poniéndose de pie.

El doctor Belderrain le tendió la mano friamente y le indicó que se sentara.

—Yo tengo que irme—dijo Ignacio, levantándose.

—¿Ya?—preguntó el doctor.

—Sí.

Era la reunión mensual de la Adoración nocturna, cofradía a que pertenecía Ignacio y cuyo objeto consistía en pasarse la noche entera, una vez al mes, hasta el amanecer, rezando, adorando en turno al Santísimo Sacramento. El doctor Belderrain también era socio, pero sus ocupaciones y sus clases matinales le impedían a veces asistir.

—¡Ah! Yo iré más tarde—dijo.

Y quedaron solos el tío y el sobrino.

Durante algunos minutos no hablaron una palabra. El doctor Belderrain parecía meditar algo que quisiera

decir, y José Alberto no osaba interrumpir el silencio de aquel hombre. Mientras tanto, lo iba examinando, comparando su aspecto actual con el de otros años, mejor dicho con la imagen que de él se había formado.

Era flaco, de mediana estatura, más bien bajo. Vestía de negro, como lo hiciera toda su vida. Sus ojos hundidos y pequeños, conservaban el brillo y la inquietud de hacía diez años; cuando miraban escrutadoramente, adquirían una extraña fijeza. Usaba barba corta y se peinaba hacia atrás. Tenía algunas canas. Al hablar no movía las manos ni las facciones, y daba a veces la sensación de una absoluta rigidez. Recordaba a algunos hidalgos del "Entierro del Conde de Orgaz". Sentado, con el codo izquierdo clavado en el brazo del sofá y la barba apoyada en el codo, permanecía inmóvil, abstraído en pensamientos sin duda dolorosos, a juzgar por aquel entrecejo que cada vez iba arrugándose más y aquellos ojos que habían ido perdiendo casi imperceptiblemente toda su brillantez. Por fin, con voz baja y no del todo segura, sin mirar a su interlocutor, comenzó a hablar.

—La muerte de tu padre, que era un cristiano, aunque no siempre vivió como quien debe morir, fué ejemplar. Un gran dolor tuvo en los últimos tiempos y en especial en la hora de su muerte. Era el no despedirse de su hijo, y, sobre todo, el de saberle dominado por pasiones torpes, entregado al vicio. Conmigo habló de su hijo varias veces, y me dió algunos encargos para él.

Quedó en silencio un instante. José Alberto estaba con los ojos bajos, vencido por la elocuencia, no tanto de aquellas palabras, como de la voz que las pronunciaba.

—Debí escribirte—dijo bajando la voz, como humi-

llándose, como acusándose de una falta.—Pero la ira pudo más que mi obligación. Supe que habías engañado a tu padre, fingiendo un noviazgo que te rehabilitaría, con el fin de quedarte en Europa, en medio de tus desenfrenos. Sin embargo, si yo te hubiera escrito, quien sabe si...

—Tío—dijo José Alberto con voz emocionada—yo estoy arrepentido de lo que hice. Créame que he querido a mi padre. Pero yo no sé; había algo en mí que me llevaba a aquella vida que ahora detesto.

Los ojos del doctor Belderrain brillaron nuevamente, y su ceño se desarrugó un tanto. Ahora habló con voz más natural y tranquila.

—Sabía que vendrías a esta casa. Y como no era tan urgente hablarte y yo no podía ir a verte ni llamarte siquiera, preferí esperar este día. Pero no es hoy el momento oportuno para repetirte las palabras de tu padre. Tú querrás ver a tus primas y tenemos que hablar largamente.

—¿Cuando quiere que vuelva, tío?

—Puedes venir el viernes, de mañana. No tengo clase en la Facultad. Te espero a las nueve.

Se puso de pie, le dijo que aguardara y salió.

José Alberto se había emocionado cuando el doctor Belderrain le hablara de su padre; y le pareció que al expresar su arrepentimiento por su vida ligera y materialista, cumplía una suerte de expiación. Se sentía como liberado de un deber, como si aquel remordimiento, que tanto le molestara, ya no le incomodase. La verdad era que jamás, ni en medio de sus mayores placeres, dejó de remorderle la conciencia. No era sólo por la idea del pecado, que conservaba incrustada en su conciencia, sino también por la certeza de que con ello se

alejaba de ser un hombre honesto y útil. Pero ¿qué eran los remordimientos para un muchacho de su edad y su clase? Fácilmente se ahogaban en los placeres sensuales. Ahora se sentia libre de remordimientos, y hasta feliz por haber salido de aquella entrevista a la que tanto temía. Además, podía volver a la casa cuando quisiera. ¿No lo autorizaba aquella especie de tutela que sin duda su padre había puesto en manos de Belderrain?

La presencia de las muchachas le sacó de sus pensamientos. Habían entrado a la vez Teresa y Asunción. Casi detrás de ellas, aparecieron misia Dolores y Lolita. El encuentro fué lleno de efusiones familiares. Misia Dolores tuvo siempre simpatía por José Alberto, pero se cuidaba bien de manifestarla cuando por rara casualidad se habló de él. Teresa estaba ruborizada, y apenas se atrevía a poner los ojos en su antiguo novio de la adolescencia. Asunción era la que más hablaba, incurriendo, según el criterio de Lolita, en mil impertinencias. José Alberto no hubiera sabido de qué hablar. Imposible recordar los años pasados y menos su vida en Europa. Sus primeras palabras fueron para maravillarse por lo grande que estaba Asunción, a quien dejó siendo una chicuela de ocho años.

—Ya no puedes besarme, te quedarás con las ganas.

—¡Asunción!—rugió Lolita furiosa, mientras Teresa se ruborizaba más aún y misia Dolores meneaba la cabeza.

Lolita no hacía sino observar a Teresa y a su pariente y retar a Asunción por todo lo que decía. Asunción hacía mil preguntas a su primo. Le interrogaba sobre París, quería saber si se había divertido mucho. Pero ponía tal intención en sus palabras que Lolita ya no pudo retarla. Aquello era un pecado, un graví-

simo pecado, y ella debía acusarse, al día siguiente, de haberlo oído. Bajó la cabeza mientras Asunción reía y José Alberto, puesto en grave compromiso, no sabía qué decir. Porque, naturalmente, toda alusión por vaga que fuese a sus desenfrenos, aparte del desagrado que causaría a Teresa, tenía que sonar demasiado mal en aquella casa tan austera.

—¿Y Panchito?—preguntó de pronto José Alberto, acordándose del menor de sus primos.—Debe estar hecho un hombre; tendrá unos veintidós años.

Y como nadie contestara, volvió a preguntar, no obstante haber notado que su interés resultaba, quien sabe por qué razón misteriosa, inoportuno.

—Se va a Buenos Aires—dijo Asunción, mientras la madre levantaba los ojos al cielo y Lolita le echaba una mirada furibunda.—Está harto de Córdoba y quiere divertirse. Yo haría igual si fuese hombre...

Lolita se preparaba para fulminar a su hermana, cuando llegaron palabras sueltas de dos personas que discutían en el escritorio. José Alberto no se daba cuenta de lo que pudiera ser, pero seguramente se trataba de algo grave. Misia Dolores, al llegar las primeras palabras, se había sobresaltado. Su cara de temor y de sufrimiento, las miradas angustiosas que dirigía a sus hijas, una por una, la actitud extraña de todos al oir nombrar a Panchito hicieron que José Alberto entrara en sospechas. Ahora oía las voces más claramente. Uno de los que hablaban era su tío, y la otra voz, juvenil e insolente, debía ser la de Panchito. Teresa parecía avergonzada y aflijida, y miraba a su madre compasivamente. Lolita debía sentirse incómoda, y, no sabiendo contra quien desahogar su fastidio por aquella

escena desagradable que presenciaba un extraño, la emprendió con Asunción.

José Alberto no tardó en comprender toda la escena que ocurría en el escritorio. Su tío amonestaba a Francisco Javier y le expulsaba del hogar. En la sala se había hecho un silencio trágico. Hubo un momento en que hasta Asunción llegó a angustiarse. Ráfagas de escalofrío pasaban por aquella reunión de personas acongojadas y calladas, cada vez que se oía la voz recia del padre. Al cabo de un rato, la voz de Panchito no se oyó. Y las únicas palabras que llegaban hasta la sala hablaban de "condenación eterna", de "vida disoluta y desenfrenada", de la "impiedad del siglo". Eran palabras coléricas, dolorosas, nerviosas y dejaban en el alma de José Alberto un sabor amargo y triste. En la quietud silenciosa de la sala, tenían esas palabras ecos interminables y aflictivos, ahondaban de dolor los rostros, parecían ennegrecer los muebles envejecidos, y empañar la luz y andar por el cuarto como sombras graves y dolientes.

Las voces callaron y entonces se oyó un golpear de puertas y pasos por el zaguán, hacia la calle.

—¡Dios mío!—exclamó misia Dolores cubriéndose la cara y poniéndose a sollozar.

Todos corrieron a atenderla. Asunción fué a buscar agua. Teresa, llorosa, estaba linda como nunca. José Alberto quiso despedirse, pero en el mismo instante llegó su tío. Sus pasos eran menos firmes que cuando entrara para saludar a José Alberto. Sus ojos no tenían brillo; su entrecejo imponía temor y respeto. Al oir sus pasos todos habían vuelto a sus sillas. Nadie se atrevía a pronunciar una palabra. El, todavía de pie, dijo:

—Es hora de rezar el rosario. Tengo que ir enseguida a la Compañía.

Era la tradicional costumbre familiar de rezar el rosario todas las noches. Hacia las diez, se reunía la familia y los criados y rezaban todos juntos, en alta voz. Aquella noche, la reunión de la Adoración nocturna obligaba a adelantar un poco la hora habitual del rosario. José Alberto iba a despedirse, cuando su tío le invitó a que los acompañara. Se acostubraba invitar a las visitas, cuando eran de confianza o parientes. José Alberto no pensó que pudiera aceptar, pero las señas que le hiciera Asunción le pusieron en grave duda. Y vacilaba aún, cuando Asunción, tironeándole del saco, le ordenó en voz baja que se quedara. Teresa misma parecía pedirle su compañía.

—Tendré un gran placer—dijo, pensando en que así vería a Teresa un momento más.

Las mujeres salieron, y poco después Belderrain condujo al visitante a una gran pieza donde ya estaban ellas arrodilladas. Era una sala que hacía las veces de oratorio. En un rincón, sobre una mesita, una Virgen de los Dolores aparecía traspasada de puñales. A su derecha, el Patriarca San José tenía en la mano su fragante y blanca varita de nardo; a su izquierda, un San Roque barbudo, con el sombrero de anchas alas caídas hacia un lado, y un devoto y feo perro a sus pies, mostraba la llaga de su rodilla, sangrienta y milagrosa. Dos velas, en candelabros de plata, iluminaban el cuarto. La familia hacía rueda a los santos, y tres mujeres de servicio, morenas y sucias, se acurrucaban sumisa y devotamente junto a la puerta que daba al patio. José Alberto, casi sin darse cuenta, se encontró arrodillado entre Asunción y Teresa. El

doctor Belderrain, cubriéndose el rostro con una mano, esperaba. Cada noche dirigía el rosario una persona distinta. Esta sólo rezaba la primera parte de los padrenuestros y de las avemarías, y los demás, al unísono, los terminaban. Aquella noche tocaba el turno a Teresa. Tomó el rosario de grandes cuentas negras entre sus dedos que parecían temblar ligeramente, y, con los ojos bajos y humildes, y voz de dulzura, comenzó, tímida y emocionada, a rezar los misterios dolorosos. José Alberto, cuando niño y cuando adolescente, había asistido muchas veces a los rosarios de aquella casa, costumbre que ya se iba perdiendo en Córdoba. Los Belderrain se enorgullecían de conservar una tradición que revelaba la integridad de su fe. Multitud de recuerdos volvían a la memoria de José Alberto, mientras maquinalmente rezaba con toda la familia. El doctor Belderrain se concentraba en sí mismo, ajeno por completo a cuanto le rodeaba. Misia Dolores parecía rogar por alguien; ponía los ojos en blanco y los elevaba al cielo o a San José. Teresa desgranaba su rosario con religiosidad y sencillez. Lolita no cesaba de vigilar a Asunción, a José Alberto y a Teresa. Asunción decía las oraciones como si no las sintiera; miraba a todas partes, hacía señas a José Alberto con los ojos, sonreía al ver a su pariente absorbido en Teresa. A veces se distraía y dejaba de rezar, pero un pellizcón de Lolita la volvía a la devoción. Y entonces era tal el fuego, que su voz pasaba a todas las demás harto sonoramente y atraía una nueva advertencia de su hermana.

—El tercer misterio doloroso es cuando pusieron al Señor la corona de espinas. Un padrenuestro, diez avemarías y un *gloria patri*. Padre nuestro...

José Alberto veía la carita suave de Teresa, apenada por aquellas espinas que pusieron en la cabeza de Cristo, y la encontraba más encantadora que nunca, en la penumbra del cuarto, a la luz mística y grave de los candelabros. ¡Ah, si Teresa lo quisiera! Ahora veía cómo aquella prima le gustaba, ahora recordaba cuánto la había querido, y le parecía que aquel amor, bajo el amparo de los santos y de las avemarías, comenzaba a renacer con un empuje de primaveral adolescencia. La luz ponía una pátina dorada sobre los cabellos castaños de Teresa, y en la sombra religiosa del cuarto sus ojos parecían más negros y más profundos bajo las pestañas trémulas.

—El quinto misterio doloroso es la cruxificción y muerte del Señor...

José Alberto seguía mirándola a su prima, y tan solo le distraían las voces monótonas y gangosas de las tres sirvientas. Arrodilladas bajo el dintel, casi apretadas, miraban a José Alberto, a aquel intruso, con sus ojos llenos de pecado y de sumisión. La voz de su tío era baja y dolorosa, y parecía que rezando ofreciera a Dios el sacrificio de su hijo. José Alberto pensaba que aquel hombre debía haber sufrido horriblemente por la actitud a que le obligara la conducta de Francisco Javier. Pero sin duda Belderrain creía que no podía hacer otra cosa, pues debiendo dar cuenta a Dios de sus actos, tenía que apartar del hogar la manzana podrida, aunque fuese desgarrándose el alma.

Habían terminado los misterios. Teresa rezó un credo y una salve, y una serie de padrenuestros por diversos motivos.

—Un padrenuestro por la conversión de los pecadores y de los incrédulos...

Todos bajaron los ojos y rezaron. José Alberto miró a Teresa, y vió como si el fervor que tuviera durante todo el tiempo del rosario se aumentara ahora hasta el infinito. Había inclinado más la cabeza, cerraba los ojos, unía las manos en actitud de plegaria y las apretaba, y movía los labios como poniendo en ellos toda la intención que cabia en su alma. Un ligero rubor había aparecido en sus mejillas, que, al finalizar la oración, acabaron de colorearse. Sus ojos miraron rápidamente hacia José Alberto. José Alberto no dudó que había rezado por él.

—Un padrenuestro por nuestros amigos y parientes...

Esta vez fué idéntico el fervor, idéntica la intensidad que ponía en sus palabras, idéntico el rubor que la denunciaba. José Alberto la miraba como a una imagen de vidriera, de aquellas vidrieras primitivas que tanto admirara en las catedrales medioevales. Con el rostro inclinado apenas hacia el suelo, su frente amplia y sin flequillo, sus hombros angélicos, tenía una rara semejanza con las vírgenes de los primitivos florentinos. Teresa rezaba ahora las letanías. A José Alberto, algunas de las frases latinas dirigidas a la Virgen le quedaban sonando en el alma. Pero él las aplicaba a Teresa. Y de este modo, ella fué sucesivamente causa de su alegría, rosa mística, torre de marfil, estrella de la mañana, salud de la enfermedad de su alma. En un momento, creyó que rodeaba su cabeza la aureola de las santas. Absorto en ella, ausente de la realidad, le hubiera rezado. Pero pasó la ilusión. El rosario había concluído.

III

Era el ocho de Diciembre, día de la Inmaculada Concepción, y aquella noche tenía lugar, en la Universidad, la fiesta, clásica y amable, de la colación de grados.

No había en Córdoba otra ceremonia más solemne. Todos los años la ciudad esperaba ansiosamente aquel día que parecía justificar ante el mundo la condición de docta con que ella se juzgaba a sí misma. En cada antigua familia era aquella una fiesta propia. ¡Como que desde los viejos tiempos en que el obispo Trejo fundara la Universidad Magna de San Carlos, no había apellido de tradición que no aumentase sus blasones, año por año, con un nuevo título doctoral!

José Alberto había presenciado varias veces aquella fiesta. Pero esta vez ella tenía nuevos atractivos para él. Ante todo, sabía que iba a encontrarse con Teresa y que allí le sería muy fácil hacer que sus palabras y sus ojos revelasen lo que ya no cabía en su corazón. Además iba a hablar Ignacio, quien le anunciara y le recomendara su discurso. Y por último, tenía el interés de ver reunida a la sociedad cordobesa, y de remover, en los claustros doctos y anchos de la casa, sus recuerdos del pasado, de su primer año de estudios, cuando acababa de llegar de Santa Fe y era aún un muchacho creyente y bueno.

Se estaba vistiendo. Su cuarto era el antiguo dormitorio de sus padres, una pieza vasta y oscura que corría a lo largo del patio. Desde hacía muchos años nada había cambiado allí. Los muebles eran los mismos y estaban distribuídos de igual manera que antes. Su tía, cuando él llegara, le propuso otro cuarto con más luz y mejores muebles. ¡Era todo tan negro, tan antiguo en aquel dormitorio! Pero José Alberto se empeñó en ocuparlo, y no quiso que se cambiara un solo detalle. La cama, muy baja y ancha, era de cedro tallado, y el lustre relumbroso apenas se había amortiguado con los años. Las sillas eran chatas, de espaldar y asiento de formas redondas y rígidas, y tapizadas de damasco rojo; se hacían un poco para atrás, como orgullosas de su aristocracia o como si se desperezaran al despertar del largo sueño en que las mantuvieron. Un armario de caoba, augusto e inmenso, guardaba la ropa de José Alberto, y sobre una alta cómoda, con cubierta de mármol, tenía sus útiles de tocador. Contra la pared y bajo un afligente Cristo crucificado se humillaba un reclinatorio, y sobre una mesa de patas cruzadas y retorcidas, negras y brillantes, yacía una caja de ébano con incrustaciones de plata y nácar. Espesas cortinas de damasco, polvoreadas por picaduras de polilla, vigilaban junto a las puertas y ventanas. Aromaba la estancia un perfume exquisito y sensual, con algo de eclesiástico, que misia Isabel acostumbraba quemar de cuando en cuando en su pebetero de plata.

Mientras José Alberto se vestía, pensaba que aquella casa de sus padres, aquel dormitorio, aquellos muebles parecían haber influído sobre su espíritu. La gravedad de las cosas viejas, su serenidad, le habían infil-

trado poco a poco un nuevo sentido de la vida. Ahora comprendía la vanidad de todo su pasado y anhelaba una existencia plácida y seria. Por otra parte, Córdoba le había modificado enteramente. Junto con los días lluviosos, habían desaparecido, para no retornar, aquellas melancolías de la primera semana. Un sol viviente y estruendoso le había calentado el alma, llevándose los fríos que trajera de Europa y de Buenos Aires. Imposible estar triste ni tener ideas enfermizas con semejante sol y semejantes días luminosos y serenos. Un deseo de vivir y de trabajar había sustituído a los luctuosos pensamientos de la neurastenia.

—A ver, quiero verte cómo estás—le dijo su tía, cuando se le presentó en su cuarto, vestido de frac.

Misia Isabel le miraba con encanto, y sólo lamentaba la desaparición de la barba, que José Alberto se quitara hacía unos cuantos días.

—Quedaba hecho un cristo, tía, con semejante barba. Me hacía viejo, créame.

José Alberto se miró en un espejo y se juzgó bien. Era alto, rubio, de ojos celestes, y tenía una expresión seria y a la vez suave. ¡Ah, si Teresa le admirase como su tía! ¡Estaba enamorado de su prima, enamorado a más no poder! Soñaba todo el día con ella, y no veía el instante en que las palabras atestiguasen, definitivamente, las cosas bellas y profundas que dijeron los ojos.

Desde aquella noche, que recordaba con temor y alegría, fué algunas veces a casa de su tío. Su padre le había encomendado a Belderrain una especie de tutela sobre José Alberto, y era de ver con qué gusto y humildad se sometía a las exhortaciones rígidas de Belderrain. Pero nunca pudo hablar a solas con Teresa las pocas veces que la viera. Lolita se instalaba junto

a su hermana y no se apartaba de ellos en todo el tiempo de la conversación.

Fuera de la casa, no tenía en dónde ver a Teresa. Los veinticinco años de su prima, al convertirla en "niña grande", según las costumbres cordobesas, tan distintas en esto a las costumbres de Buenos Aires en que una mujer de treinta años en nada se diferencia de una de veinte, le impedían mostrarse con asiduidad; así no podía ir sino raras veces a las retretas de la plaza. Además Teresa era tímida y le huía. Sin embargo, solía mirarle largamente, abandonando sobre él, cuando creía que él no la miraba, sus ojos enamorados y suaves. Pero bastaba que su primo se le acercara con intenciones de iniciar un aparte, para que buscara el brazo de sus hermanas o de su madre. ¡Y cómo le había cambiado a José Alberto aquella prima dulce y mística! El, que jamás trabajó en nada, se había dado a sus tareas con fervor intrépido. Había comprado una estanzuela cerca de Río Cuarto, parte con el producto de una casa que vendiera y parte con dinero que le prestara un banco. Ya había estado allí varias veces; pensaba sembrar mil hectáreas y dejar el resto para el ganado. También se había puesto a estudiar Derecho y hablaba de dar exámenes el año entrante.

—No se te vaya a hacer tarde, hijito—le dijo su tía, empujándole hacia la puerta.

Era una noche jubilosa. Las campanas llenaban de música el aire, y las voces quedaban resonando largamente. ¡Noche de un día de claridad, de gran fiesta, de bullicio, de niños que hacían la primera comunión, de blancura en los trajes y en los cirios y en las almas y en el aire que se estremecía de contento! Familias de multiformes vestimentas se dirigían a la Universidad.

Junto a los vestidos de las niñas, modernos y frescos, iban los fraques de los doctos y resignados papás. Algunos pertenecían a la edad contemporánea; otros, rejuvenecidos a bencina y plancha, disimulaban inhábilmente su arcaísmo.

En la puerta de la Universidad pululaba un enjambre de doctores. Los más jóvenes esperaban en la puerta la entrada de las familias; los viejos, rígidos dentro de sus fraques históricos y deslustrados, comentaban la decadencia de los tiempos actuales y evocaban los años de su juventud, mucho mejores, por supuesto, que los presentes.

José Alberto pasó el ancho zaguán, y al llegar al claustro se encontró de manos a boca con un viejo canoso y flaco, vestido de uniforme azul con galones. Le saludó afectuosamente y le preguntó que a qué hora comenzaba la ceremonia. El viejo contestó al saludo, humilde y afablemente. Era el campanero de la Universidad, don Federico Domínguez. Ni el propio rector era tan popular en la Córdoba universitaria. Hacía treinta años, había llegado una mañana solicitando un empleo. Como casualmente se necesitaba un campanero y el hombre traía recomendaciones, fué aceptado. Desde entonces vivía en la Universidad, y jamás, ni en época de revoluciones, había querido ver la calle. Todas las mañanas, bajo la torre de piedra de la Compañía, don Federico hacía sonar aquellas campanadas lentas, graves y casi místicas que se difundían por toda Córdoba, llamando a los estudiantes a adquirir la Ciencia y la Verdad. Así pasó los treinta años. Y bajo la torre jesuítica y vetusta, ajeno por completo a la Vida, era como un símbolo de la secular universidad,

ajena a las novedades del pensamiento, dormitando, colonial y dogmática, bajo el amparo de la Iglesia.

—Hasta las nueve y media no empezará, señor. El rector no ha venido todavía.

—¿Y en los años que no nos hemos visto, salió a la calle don Federico?

—¿A la calle? ¿Para qué? ¿Qué me importa a mí de todo eso? Miserias, vanidades.

Levantó los hombros con desprecio, y en seguida, señalando el patio lleno de mesitas, donde la concurrencia se preparaba para tomar pastas y helados, agregó:

—A eso han venido a parar. ¡No quiera Dios castigar tanta corrupción!

Y se alejó entre la muchedumbre, profético y enojado.

José Alberto paseaba sus ojos por el gentío que desbordaba del claustro, y se asombraba de no conocer a nadie. La concurrencia era casi toda gente joven: mocitos y niñas, que tomaban la grave ceremonia como simple reunión social. Habían convertido a la austera y docta casa de Trejo, que tuvo como primeros profesores a los padres de la Compañía, en lugar amable, donde la juventud se sentaba alegremente alrededor de triviales mesitas que afrentaban, con su olor a confitería y a kermesse, la soledad pensativa del viejo claustro. En el jardín, rodeado por una alta verja cerrada, se apiñaban aquellas mesas que horrorizaban a don Federico, y donde los jóvenes, flirteando, se disponían a gustar helados y palabritas amorosas en lugar de discursos académicos. Hasta la estatua del obispo Trejo se hallaba circundada de mesitas. Era una abominación. Y por esto, lejos de las luces, que irradiaban

bajo las bóvedas y desde los altos focos eléctricos del jardín, las torres de la Compañía, severas y devotas, se alejaban con indignación hasta perderse en la noche.

—Hola, muchacho; ¿qué haces por aquí?—exclamó frente a él, abrazándole de la cintura, un hombrón de bigote canoso, ojos movedizos y pelo alborotado.

—¡Doctor Suárez!

Era un pariente de su padre, que frecuentara mucho su casa. Suárez, el doctor Pelagio Suárez, profesor de Derecho Público Eclesiástico, era expansivo y entusiasta. Todo le interesaba, pero sólo le preocupaba realmente cuanto atañía a la religión y a las tradiciones. Hablaba con voz alta y sonora, en tono entre jovial y declamatorio. Usaba latines; hacía citas.

—¿Pero cómo no te he visto antes, muchacho? ¿Te habías escondido? Me alegro, me alegro de verte. Ya sabes cómo quería a tu buen padre. En nuestra juventud fuímos tan amigos como Filemón y Baucis. Y lo mismo después en la edad madura. Ya lo dijo el gran Marco Tulio: *Aliter amicitiæ non possunt permanere stabiles.* ¡Qué perdida ha sido su muerte! En fin, no nos entristezcamos que es día de fiesta. Hermosa ceremonia esta, muy hermosa. Has hecho bien en venir. Esto conforta el espíritu. Aunque, hijo, tú ves: esas mesas, este ambiente... ¡El espíritu del siglo llenándolo todo! Ya se fueron por desgracia las magníficas recepciones de grados, cuando el señor obispo entregaba los diplomas, diciéndole al graduando: *gradus doctoratus in sacra theología facultate per impositionem hujus pilei...*

—¡Sería muy interesante!—exclamó José Alberto, con cierta sorna.

—¡Y tan interesante! Luego el graduando se arro-

dillaba, y el obispo le daba un beso en las mejillas, mientras pronunciaba estas palabras: *accipe osculum pacis in signum fraternitatis et amicitiae*. Después venía la imposición del anillo, en nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo, y decía: *accipe annulum*...

—¡Me asombra su memoria!—interrumpió José Alberto, cansado de tantos latines, y mirando a todos lados por si veía a sus primas.

—... *accipe annulum aureum in signum conjugii inter te et sapientiam tamquam esposam charissimam*—dijo sin resollar, meneando el dedo, echándose a reir al terminar.—Buena memoria, ¿verdad? Pero me extraña que no conozcas una ceremonia tan brillante y que es una de las más conocidas tradiciones de esta casa ilustre. Aunque es cierto que los jóvenes no saben apreciar estas cosas. ¿Tampoco conocerás la ceremonia del cortejo?

—Sí, he leído hace tiempo...—balbuceó José Alberto, distraídamente, deseando dejar al tradicionalista, y sin sacar los ojos de la puerta de entrada.

—Veo que no la conoces, y te la contaré, porque es interesantísima. *Forsan et hæc olim meminisse juvabit*, como dijo el mantuano. Escucha. El nuevo doctor, antes y después de recibir su diploma, recorría las calles principales acompañado de un brillante cortejo de amigos, parientes, compañeros y admiradores. Encabezaban el cortejo los bedeles con sus mazas, los tocadores de atabales y chirimías, y el estandarte de la Universidad; luego iban los profesores, y los doctores con sus capirotes y con borlas en los bonetes. ¿Pintoresco, verdad? El graduando era el último, y marchaba con su capirote blanco, sin bonete, y entre el doctor más antiguo de la Universidad y el padrino.

—Yo tengo que...

—Espera, que falta lo más curioso. Como cordobés no debes ignorarlo. Llegaba el cortejo a la casa del nuevo doctor, y en la puerta, bajo un dosel, se colocaba el estandarte de la Universidad, y otro estandarte de tafetán, con las armas de la familia. ¡Te imaginarás el espectáculo que sería tal fiesta para el pueblo! Las gentes salían a las puertas, las campanas repicaban, y al pasar el cortejo frente a la Compañía, los padres jesuítas que, como no ignorarás, eran los profesores, se reunían en la puerta, en señal de alegría y aprobación. ¡Hermosos tiempos aquellos!

—En que se enseñaba teología—interrumpió José Alberto, fastidiado por la charla.

—Sí, señor y a mucha honra. Teología, la divina teología, la madre de las ciencias, la ciencia de Dios, nada menos.

El doctor Suárez, implacable y erudito, siguió relatando las glorias de la vieja Universidad, el valer de los padres jesuítas, que fueron sus primeros maestros, la decadencia actual, debida a los tiempos menguados y a la ambición. Los muchachos querían pronto un título, cuanto antes, aunque fuese mal adquirido. La cuestión era poder ganar dinero. Después, la ciencia de ahora era superficial, extranjera y a la violeta. ¡Hipótesis por todos lados!

—Nada saben—repitió con alegría—como no sea que descendemos del mono y que no existe el Creador.

Y se echó a reir, sonora y juvenilmente.

—Lo dejo, doctor Suárez; tengo que buscar una familia amiga—dijo José Alberto, tendiéndole la mano.

Suárez se la estrechó fuertemente. Y mientras la tenía entre las suyas, le iba diciendo:

—Supongo que en esos viajes benditos no te habrás liberalizado. Tu padre era un buen cristiano. Y toda tu familia, no faltaba más. Y a propósito, espero con impaciencia el discurso de tu pariente Ignacio Belderrain. Vale mucho ese muchacho. Piensa bien. Dicen que hablará con franqueza y energía. Será un consuelo. Nos confortará el ánimo. ¡Viva la religión! Vaya, te dejo. Tú esperas alguna muchacha, tunantuelo...

—No es eso; es que...

—Haces bien, hombre; *¡crescite et multiplicamini!*

Y se alejó, formidable de tradicionalismo y de citas, dispuesto a seguir hablando hasta el día siguiente.

José Alberto, aliviado de aquella carga, se dirigió a la puerta, que desbordaba de fraques. Se asomó a la calle, por ver si veía venir a sus parientas. Era una noche lírica. Las estrellas, ajenas a las glorias de la casa y a las ciencias humanas, cantaban un dulce epitalamio. José Alberto volvió al claustro. Tal vez hubieran entrado, y anduvieran paseando por las galerías o estuvieran sentadas junto a alguna mesita. Miró al jardín; nada. Recorrió las cuatro galerías del claustro, sin encontrarlas. Un mundo de gente, satisfecha y estival, paseaba por las galerías. Subió a la parte alta, llena de flirteos, y, no encontrándolas tampoco, bajó precipitadamente. ¿No vendrían tal vez? Era extraño. Pero entonces recordó que no las había buscado precisamente en la única parte en que podían y debían estar: en el salón de actos. ¿No iba a hablar Ignacio? ¿Cómo pudo pues, suponer que misia Dolores y Lolita iban a consentir en quedarse sin el discurso entero de Ignacio, sobre todo sabiendo que el anuncio había despertado gran expectativa, y que haría terminantes y salvadoras declaraciones en favor de las antiguas ideas y

en contra de la vana y perversa ciencia que dominaba en la Universidad de Buenos Aires?

Corrió al salón de actos. Había ya gente aglomerada a la puerta. Eran estudiantes que querían oir los discursos, amigos de los colados, que iban por aplaudirlos, y buenas personas con afición implacable e intrépida hacia toda suerte de oratoria.

Mientras le abrían paso, pudo mirar sobre el dintel el viejo escudo universitario. Una corona arriba; debajo las letras I H S y el lema *ut portet nomen meum coram gentibus,* luego una águila y al fin el nombre de la Casa: *Universitas cordubensis tucumaniæ.* Era fácil hallar sitio en el salón, no obstante su pequeñez. Hacía calor, y la gente temía à aquel lugar cerrado; aparte de que los discursos no interesaban a casi nadie. Sólo entraban algunas familias de colados, y gentes de medio pelo que se hubieran encontrado fuera de su lugar en el jardín y que deseaban ver a los académicos y a los graduandos, y unos pocos viejos que amaban la tradición y los discursos. José Alberto halló todo como hacía diez años: el gran retrato de Trejo; los sillones, colocados como en los coros de las catedrales, para los académicos y profesores; las paredes ornadas de aquellos bustos en relieve de Platón, de Aristóteles, de San Agustín, de Santo Tomás, y de otros nombres caros a la ilustre Casa; el púlpito, grave y eclesiástico, desde donde hablaba uno de los colados; y la veintena de bancos donde sudaba y se aburría la concurrencia. Tampoco estaban allí sus primas. Y ya iba a encaminarse hacia la puerta de calle, para aguardarlas, cuando aparecieron.

—No entremos, por favor—decía Asunción sofocada.
—Es un espanto. Vamos a perecer de calor.

—Va a hablar Ignacio, es un deber, es un deber—repetía Lolita, indignada, no tanto por la negativa de Asunción, en sí misma, sino por sospechar que su hermanita quería ir al jardín o a los altos para flirtear cómodamente.

Doña Dolores, aflijida y temerosa, no osaba hablar. Pero como ella no podía dejar de oir a su hijo, pues a eso solamente había ido, ni tampoco podía andar paseando por los claustros como las muchachas, entró, seguida de Lolita, que echaba a su hermana menor miradas apocalípticas. Asunción, apenas notó que su madre y Lolita no podían retroceder, tomó de un brazo a Teresa—¡capaz de querer entrar!—y la llevó al jardín. José Alberto siguió a las dos primas del lado de Teresa, que estaba encarnada por la acción, detestable, según ella, que habían cometido.

—¡Si encontráramos alguna mesita!—exclamó Asunción, con gran alarma de Teresa.

Entraron en el jardín. Y después de buscar un breve instante, encontraron una mesa pequeña, como para dos personas, donde se hallaba un cortejante de Asunción, que reservaba el sitio para ambos. La mesita quedaba bajo la estatua del obispo Trejo, del lado de la puerta del salón de actos. El cortejante de Asunción trajo dos sillas más, y los cuatro se sentaron.

La ceremonia debía haber comenzado, porque las gentes, agrupadas a la puerta, siseaban a los del patio y de la galería para que callasen. El primer discurso era el del rector; luego venía el del nuevo abogado, y, por fin, el de Ignacio, en representación del claustro de profesores y del cuerpo académico.

—Sis... ¡Silencio!—gritó una voz colérica.

En el jardín algunos dejaron de hablar, pero en

cambio hacían ruido con las cucharitas al revolver el azúcar en las tazas o tomar los helados. José Alberto y Teresa fueron de los primeros en callar. Pero el silencio, lejos de perjudicarles, les fué, paternal y cómplice, harto propicio. No pudiendo hablar se miraban, y con los ojos se decían un mundo de cosas. José Alberto tenía miradas audaces, que, cargadas de amor y de promesas, llegaban hasta lo más hondo del corazón de su prima. Pero ella, vergonzosa y tímida, apenas se atrevía a poner los ojos en él. Bajaba la vista y se dejaba mirar, sintiendo en sus mejillas ruborizadas posarse como un beso la fuerte mirada masculina.

De pronto, Asunción comenzó a reirse. Reía como si le hicieran cosquillas, y no tardó en ahogarse. José Alberto miraba hacia todos lados, buscando el motivo de tan intempestivo reír.

—¡Asunción! Te están mirando—decía Teresa.

—¿Qué es lo que hay, Asunción? ¿Qué pasa?—preguntaban José Alberto y el festejante.

—Soy de lo más tentada—dijo Asunción, tratando de ponerse seria.

Pero en seguida estalló de nuevo. Interrogada, acabó por declarar que se reía de imaginarse la rabieta que estaría pasando Lolita.

En este momento llegó del salón rumor de aplausos. Eran aplausos monótonos, académicos, acompasados: los aplausos rituales y fríos que el público solía agregar a las frases finales del rector. La gente se agolpó a la puerta, y, en seguida, nuevas oleadas invadieron la galería. Asunción se fué con su amigo. Teresa se había opuesto; no por Asunción, pues todas lo hacían, sino por el temor de quedarse sola con su primo. Pero no

se atrevió a decir nada, y apenas si denunció sus temores un grado de rubor más.

Quedaron solos Teresa y José Alberto. Hubo un largo silencio. El la miró amorosamente, cariñosamente. Pero algo le impedía hablarla. No era timidez, ni aun irresolución. Era que al verla tan suave y tan humilde, tan buena, tan lejana de las miserias del mundo, le parecía que iba a cometer un crimen mezclándola al mundo por el amor, sometiéndola a los sufrimientos del matrimonio, a lo que hay en él de impuro y de vulgar. Teresa, flor de dulzura, rosa mística, no debía ser para el mundo sino para Dios. Había oído decir que después de su partida a Europa, sólo pensó en ser monja y que, como era entonces demasiado niña, probablemente su confesor no se lo permitió. Ella misma, ahora, en alguna rápida conversación, le había insinuado sus propósitos. Sin embargo, parecía evidente que tenía por él algún cariño. ¿Pero no sería simple cariño fraternal, amor de un alma cristiana?

—Teresa, es necesario que hablemos.

No continuó. Teresa debía sufrir. Seguramente, una gran duda, una gran vacilación había en su alma. Tal vez el deseo del claustro y el amor que ignoraba, estaban luchando en su corazón. Era probable que le quisiera, y que ella misma no supiese la existencia o la intensidad de su amor. En todo caso, si ella le quería, podía afirmarse que aceptaba el amor como un sacrificio, que lo reconocía como la voluntad de Dios.

—Teresa, contéstame.

El pecho de Teresa se levantaba. Tenía los ojos bajos, las mejillas rojas.

—En tantos años que no nos hemos visto, ¿te acordaste de mí?

—Sí.

—¿Deseabas intensamente verme? ¿Deseabas que yo te mirase? ¿Deseabas que estuviese a tu lado?

Ella decía que sí con la cabeza.

—Pero no como hubieras deseado ver a un amigo...

Bajó más los ojos y movió de derecha a izquierda la cabeza.

—Entonces es porque me quieres, ¿verdad? Díme que sí, Teresa, díme que sí, que sí...

Teresa había quedado inmóvil. Ahora estaba pálida, y parecía a punto de llorar. José Alberto la miraba angustiosamente, le clavaba los ojos como si quisiera dirigir aquel pensamiento tímido e inexperto.

—Díme que sí, Teresa. Yo sé que me quieres. Si ocurrió todo eso, es porque me quieres, Teresa. Yo te aseguro que es porque me quieres.

Pero ella parecía dudar aún. Entonces José Alberto vió que era necesario interrogarla otra vez, darle hecha la respuesta. Y así lo hizo.

Ella entonces bajó la cabeza.

Estaban rodeados de mesitas llenas de gente, y más de una persona los observaba. José Alberto comprendió que sin duda por eso Teresa no se había echado a llorar. No quiso continuar con el tema. Era mejor dejarla tranquila un rato. Tal vez se calmara. Entre tanto, José Alberto se imaginaba el hombre más feliz de la tierra. Sólo ahora veía cuánto la había querido, sólo ahora veía de cuánto era capaz por hacerse digno de ella, sólo ahora comprendía el abismo de miserias a que llegara. Una inmensa alegría cantaba en su corazón. Parecía que el obispo, bajo cuya estatua se hallaban, los bendecía en nombre de Dios. Y era extraño. Aquel Trejo y Sanabria, que antes le fuera en absoluto

indiferente, ahora le resultaba simpático; tal vez porque en su casa, y junto a su estatua, hallara la felicidad de su vida. Miró entonces el pedestal, y en una frase, grabada en uno de los lados, leyó la síntesis de su vida: *post tenebras spero lucem,* después de las tinieblas espero la luz. Después de haber vivido en las sombras de la inquietud y del escepticismo, esperando siempre una luz que le volviera a la vida de la ilusión, encontraba ahora un faro luminoso que le mostraba su sendero.

—¿Estás contenta, Teresa? No te imaginas lo feliz que me siento.

Ella, por primera vez, le miró en los ojos. Pero en seguida se puso triste.

—¿Por qué son esas tristezas?

—¡Tengo miedo de tantas cosas!

José Alberto creyó que temía por él. Tal vez tuviera dudas de su futura conducta. Y trató de tranquilizarla. Ahora sería otro hombre distinto. Bueno, trabajador, marido perfecto. Comprendía que era indigno de ella, pero toda su vida, desde ahora, sería para rehabilitarse.

—¿No me crees, Teresa?

—¡Cómo no he de creerte! Pero...

El quedó mirándola, sin comprender.

—Tú no eres buen cristiano, te has olvidado de Dios.

José Alberto quedó pensativo, sin haber qué contestar. Tenía razón, Teresa; se había olvidado de Dios. ¡Pero si ni siquiera creía en Dios! Al perder su fé católica, algo le quedara de aquellas ideas del colegio, algo que él creía haber sentido en las catedrales españolas y en los primitivos flamencos. Pero era ello tan confuso, que no se atrevía a llamarlo Dios. El no dudaba de que existía una alma del mundo, un principio generador de las cosas. Pero ese no era el Dios de Te-

resa. ¡Ojalá él pudiera creer, creer junto con ella, rezar con ella a ese Dios, que debía serlo de veras, ya que ella le amaba y creía en él!

Por no afligirla ocultó sus pensamientos, y sólo le dijo:

—Para ser bueno Teresa, no hace falta creer en Dios...

—Para ser bueno, no; pero para ser feliz, sí.

Nuevamente callaron. José Alberto sintió que un abismo había entre ellos. No era solamente una diferencia de ideas, ni una cuestión de doctrinas. Era algo fundamental, algo que se vinculaba con el fondo mismo del alma. Por esa diferencia de sentimientos, Teresa y él tendrían siempre distintos modos de ver las cosas, de sentir y de concebir la vida. ¡Era triste y doloroso!

—¿Y no esperas que yo llegue a creer algún día, Teresa?

Ella lo miró en los ojos, y, sencillamente, repuso:

—Lo espero porque eres bueno, y todo el que es bueno tiene que llegar a Dios, tarde o temprano.

Y agregó, emocionada:

—Yo no le pido a Dios otra cosa.

—¿Se lo pedías aquella noche, cuando rezabas por los incrédulos?

Ella se ruborizó, y contestó que sí con la cabeza.

Pero la tristeza que sufriera José Alberto fué momentánea. Confiaba demasiado en el amor y en la vida para dudar de su felicidad y la de Teresa. ¿Qué sabia nadie del porvenir? ¿Acaso el amor no bastaba para acercar sus almas, para tenerlas en perpetua unión, para resolver las dificultades de la vida? Sí, había que confiar en el amor; en el amor, que debía ser más poderoso que

todas las discrepencias, más poderoso que la realidad y que la religión.

En ese momento se oyeron aplausos ardorosos. Teresa dijo que sin duda estaría hablando Ignacio, y quiso ir a escuchar. José Alberto no se opuso. El también deseaba oir algunos párrafos para poder darle su opinión a Ignacio.

En la puerta del salón de actos se había aglomerado una cincuentena de personas. Se oía la voz rotunda y un poco declamatoria de Ignacio. Un viejo, enjuto y católico, se volvía, a cada final de frase, hacia los que estaban detrás y les sonreía de satisfacción. "Notable, notable", exclamaba. Otro de los oyentes parecía extático y feliz. No faltaba alguno que torciera la boca, y dos o tres, murmurando, se retiraron. La voz de Ignacio cobraba cada vez más energía. Aprovechando el vacío que dejaron los descontentos, José Alberto se metió en aquel grupo compacto y férvido y pidió permiso para que pasara Teresa. Algunos la conocían, sabían que era hermana de Ignacio. Se abrió un caminito, y ambos pasaron, instalándose junto a la puerta. El salón estaba lleno de gente. José Alberto puso todos sus sentidos en la oratoria del académico. Ignacio debía haber llegado a la parte culminante de su discurso. Su voz tenía acentos proféticos e iracundos. El doctor Belderrain, en su sillón, aprobaba con la cabeza.

Ignacio hablaba de "la llamada ciencia moderna". No había sino hipótesis y orgullo. Teorías audaces, largadas a la vida con gran aparato, conquistaban la opinión durante algunos años, llenaban el mundo, sugestionaban a los débiles, a los ignorantes, y luego se derrumbaban estrepitosamente, quedando la verdad más

pura y fuerte que nunca. ¿Por qué la Universidad de Córdoba, hija de la tradición y de la verdad, había de abrir sus puertas a falsas verdades, a hipótesis no comprobadas, a orientaciones malsanas que no resuelven ni explican nada ni contribuyen a hacer más felices ni mejores a los hombres? No había sino una ciencia, una verdad, y la Universidad de Córdoba se había engrandecido enseñando esa ciencia única, esa verdad única. Necio fuera abandonarla, como, aun dentro de la misma Casa, algunos pretendían; dejarlas a un lado por viejas, como si la ciencia y la verdad pudiera envejecer alguna vez.

—¡Bravo, bravo, soberbio! exclamaron varias voces al unísono, al tiempo que, como una descarga, estallaban nutridamente los aplausos.

—Este sabe lo que dice—exclamó un vecino de José Alberto.

—¡Es un Goyena, un Estrada!—exclamó otro, limpiándose el sudor que le abrillantaba el rostro.

—"Día llegará, señores,—clamaba Ignacio—en que el edificio social del que somos huéspedes incautos, sea conmovido por graves y profundos sacudimientos. La hipótesis que falsea la verdad y la ciencia, el evolucionismo espúreo, que hace del hombre un ser aislado de la sociedad y al quitarle el alma lo reduce a una bestia, y el neoformismo, que destruye la moral, basándola en el criterio utilitario, acabarán por minar el altar de la Patria, atrayendo la ira del Altísimo, y, entonces, en ese derrumbe de la familia, de la moral, de la conciencia, el árbol carolino se agigantará y su ancha copa secular será escudo ante el desastre y sus ramas crecerán infinitamente para producir el fruto del bien en las conciencias estériles."

—¡Qué sublime elocuencia!—exclamó una voz, junto a José Alberto.

—¡Y qué grandes verdades amigo!—dijo el que se secaba el rostro incensamente con el pañuelo.

Ignacio, entre los aplausos que le interrumpían a cada instante, saludó a la ciencia verdadera, que hacía "del hombre, un rey; del mundo, un cetro", a la ciencia, que era madre de la libertad, sendero que nos conducía hasta el Supremo Jerarca. ¡Bienvenida esta ciencia, que siempre señoreó en la gloriosa Casa de Trejo! Pero bien hacía el claustro carolino en rechazar la otra ciencia, la ciencia concupiscente, que se proclamaba libre para negar la libertad, la ciencia que deformaba la virtud, que pretendía borrar las fronteras de la Patria, defendiendo doctrinas disolventes y exóticas, la ciencia preconizada por la razón enferma, fruto de escepticismo y de perversión. Lejos de la Casa de Trejo esa impura idea que quita calor al corazón, "porque el frío de la noche es su cortejo, y el frío en las tinieblas es la soledad que desvaría, es la duda que amarga, es la desesperación que precipita".

Apretados aplausos siguieron a estas palabras. Algunos académicos se levantaban de los asientos batiendo sus palmas ardorosas y tradicionalistas. Un rostro avinagrado, con aire heterodoxo, se movía en uno de los sillones claustrales. Junto a José Alberto la admiración desbordaba en comparaciones arriesgadas y beatíficas. Uno que otro descontento, sin atreverse a hablar, torcía la boca y echaba a los circunstantes miradas de desprecio.

Mientras tanto, Ignacio leía su párrafo final. Evocó los antiguos tiempos de la Universidad, conminó a los nuevos doctores a que fuesen hijos fieles de sus tradi-

ciones y de su espíritu, habló de la fé con frases enérgicas y militantes y acabó, entre abrazos y estrepitoso clamoreo de palmas, citando, con respeto y ardor, el lema de la Casa: *ut portet nomen meum.*

José Alberto y Teresa se vieron empujados por la gente que buscaba el patio para desahogar la sofocación y el entusiasmo. Los académicos abrazaban a Ignacio. El del rostro avinagrado se había escabullido. Misia Dolores y Lolita venían hacia la puerta, para esperar a Ignacio, a quien en ese momento su padre le daba un beso en la frente. Se reunieron los cuatro. Misia Dolores estaba conmovida por aquella fé de su hijo y aquel éxito clamoroso, y Lolita parecía orgullosa de aquel hermano que no transigía con el mundo.

—¿Y Asunción?—preguntó Lolita, volviendo a su rostro habitual.—¿Dónde está? ¿Cómo la dejaste sola?

—Asunción debe estar con...

Un gran murmullo que venía del claustro le cortó la palabra. Algunos hombres corrieron. José Alberto se asomó a la puerta. Era una discusión violenta promovida por el discurso de Ignacio. Un minúsculo grupito de liberales había protestado en voz alta contra las ideas del orador. Las consideraban una vergüenza para la Universidad, una ignominia. Uno de ellos se había trenzado en discusión con dos admiradores de Ignacio. Se oían, en el tumulto, algunas palabras: ultramontano, anarquista, frailón, enemigo de la sociedad. La gente se había arremolinado, y los liberales, vencidos por el número, se retiraron iracundos y superiores.

Entretanto, la inmensa mayoría de la concurrencia, indiferente al discurso y a la polémica, no había interrumpido su bullicioso contento. En las galerías altas

se veían encantadores rostros femeninos, sonrientes, felices, enamorados. Los vestidos estivales, la carne femenina, las luces múltiples, la explosión de la juventud, las miradas de amor, el ruido de tantas voces claras, el perfume de tanta bella mujer, las flores, todo hacía de la casa venerable un lugar de jubilosa felicidad. Aquellas gentes jóvenes desbordaban de la alegría de vivir, e, indiferentes a las querellas doctrinarias, viejas como el mundo y siempre irresolubles, dejaban a sus labios y a sus ojos hablar de amor, lo único permanente, lo único igual para todos. Y así, cuando las voces agrias de las doctrinas exaltadas y de las ideas en lucha se apagaron, el Amor siguió cantando, en el aire exquisito de la noche lírica, su Epitalamio eterno.

Pero Ignacio se acercaba acompañado de su padre. No se oían sino felicitaciones a él y a la familia. José Alberto los felicitó también. Y al entrar en el claustro, oyó la expansiva y ruidosa palabra de Suárez.

—¡Admirable, sublime! Esto conforta el ánimo. Es un gran triunfo para la buena causa. ¡Bravo, bravísimo! ¡Viva la religión!

Misia Dolores, inquieta por Asunción, quería encargar a José Alberto que fuera a buscarla. Lolita, contrariada, ya no escuchaba los elogios que tributaban a su hermano. La mujer de Ignacio, gordota y mal vestida, estaba embobada en su marido. Bajaba la cabeza como si aquellos aplausos la avergonzaran.

—Ahí viene Asunción, me parece—exclamó José Alberto.

Ella era, en efecto. Se acercaba radiante, envuelta en alegría y sonrisa, seguida de su amigo. Saludó con gracia y desparpajo a los que rodeaban a su padre y a su hermano, felicitó a Ignacio, y le dijo que ella no

se había quedado porque no iba a entender una palabra. Le aburría la jurisprudencia. El festejante desapareció como por encanto. Lolita, al tener cerca a Asunción, la pellizcó en un brazo.

—¿No quieren tomar alguna cosa, unos heladitos?—preguntaba Suárez a Misia Dolores, a Belderrain y a la mujer de Ignacio.

—Muchas gracias, muchas gracias.

Misia Dolores, que hacía varios años no se acostaba tan tarde, no veía las horas de marcharse. Ya esperaba hallar la casa incendiada, o que *las chinas* hubieran robado a su gusto. ¡Eran tan desvengonzadas! Lolita, nerviosa y fastidiada, quería irse también. Aquellas mesitas del jardín le parecían cosa de pecado; y si por acaso sus ojos pasaban por ellas, en seguida los bajaba. Además, la conducta de sus hermanas la tenía volada. De Asunción no se extrañaba nada, pero Teresa se había revelado una hipócrita. ¡Quedarse sola con un sirvergüenza como Flores, ¡un hombre que no tenía temor de Dios!

El grupo avanzaba en dirección a la salida. Algunas personas miraban con curiosidad a Ignacio. Un joven elegantísimo, que estaba en un grupo con varías niñas, se levantó de la mesita para verle pasar. Sin duda era algún porteño, por el aire y el corte del frac. Otro le señaló a Ignacio, y él, asombrado y sonriente, le paseó los ojos, como lo hiciera, cuando fué a La Plata, con los enormes esqueletos antediluvianos.

—¿Cuándo nos veremos?—preguntaba José Alberto a Teresa.

Pero ella no contestó. Aquella pregunta, junto a sus padres, le había aterrorizado. Pensó que, por ahora, convenía tener oculto su secreto, y esta ocultación le

parecía una cosa incorrecta, una falta de sinceridad y de cariño hacia sus padres. ¿Por qué había de ocultarse lo que no era malo? Se ruborizó, y tuvo deseos de estar en su casa, acostada en su cama, para poder pensar a gusto en aquel trascendental momento de su vida.

—Pasado mañana iré a tu casa—le dijo su novio al despedirse, apretándole la mano.

Los Belderrain se fueron y José Alberto quedó en un largo rato en medio de la vereda, frente a la gran puerta de entrada, con los ojos en el cielo claro y con el alma luminosa de estrellas.

Salió de la Universidad con tres compañeros del colegio de Santa Fe. Dos de ellos eran médicos, y el otro, que comenzara a cursar derecho, dejó sus estudios para hacerse escribano. José Alberto creyó notar que la presencia del escribano, un tal Maldes, no agradaba a los médicos. Apenas le habían saludado, y ambos se adelantaron, dejando con él a José Alberto. Pero José Alberto lo atribuyó a prejuicios sociales, comunes en aquella ciudad. El escribano no pertenecía a familia distinguida y antigua. Era un individuo bajo y feo. Caminaba un poco agachado, sin que se le sintiera. Hablaba a la sordina, en tono reservado.

—¿Qué gran discurso el de Ignacio, eh?—le preguntó, apenas se hallaron en la calle.

José Alberto declaró que, en cuanto a la forma, tenía cosas buenas y cosas deplorables. Pero las ideas, eran absurdas.

—¿Absurdas? No comprendo bien—dijo el escribano, en tono sumiso, preparándose a escuchar regaladamente.

José Alberto explicó. Para él, aquello no era sino fanatismo. Su primo Ignacio, como muchas gentes de

Córdoba, sentía la religión "a la española", y hacía de sus creencias una cuestión de partido. A él le disgustaba semejante intolerancia, semejante mentalidad. Eran gentes atrasadas, medioevales. Había que ser de su tiempo, no oponerse al progreso de las ideas. Nada más imprudente, anticuado y bárbaro que pretender cerrar una Universidad a las corrientes modernas del pensamiento.

—Pero los católicos, no podemos...—insinuó el escribano.

—Estás en un error, están todos ustedes en un grave error—exclamó José Alberto.—Yo he viajado mucho, y te aseguro que los católicos belgas, los alemanes, los franceses no son como ustedes.

Y citó ejemplos. Habló de la literatura católica francesa, que él conocía y amaba. ¿Qué parecido podía haber entre el sentimiento cristiano de Francis Jammes y el de un cura español o el de un ultramontano cordobés? Los santos, los San Francisco de Asís, los San Vicente de Paul, no fueron fanáticos, sino hombres tolerantes y humanos. Abrir la universidad a las modernas orientaciones filosóficas no implicaba embanderarse en el ateísmo ni en el anarquismo. Una universidad no debe tener ideas inmutables. Pero sí debe conocer y estudiar todas las ideas.

—¡Ah, ah!—exclamaba el compañero, frotándose las manos.

—Yo no creo en nada—proseguía José Alberto;—pero tampoco me considero liberal. El liberalismo, como convicción, me parece una estupidez. Yo soy imparcial. He dejado de creer, y nada más. Pero si fuera católico, no anatematizaría como ustedes a los que no lo son. Respetaría sus opiniones; no trataría de opri-

mirlos, como hacen muchos aquí. La religión es una cosa demasiado noble y profunda, ya ves, lo dice un incrédulo, para que hagamos de ella un instrumento de opresión.

—Pero, ¿es la verdadera o no?—zumbó el escribano:—Si es la verdadera, hacemos un bien a aquellos a quienes la imponemos, como tú dices.

Habían llegado a una esquina, y los cuatro se reunieron. El escribano, que era casado, se despidió. No podía llegar tarde a su casa. Al verle alejarse, uno de los médicos, Matías Blanes, le dijo a José Alberto:

—Has hecho mal en hacerle confidencias a ese tipo.

—No eran confidencias, hombre. ¿Y por qué?

Entonces Matías Blanes, con su cachaza provinciana, su hablar cordobés y su tonada, le preguntó a José Alberto si se acordaba del padre Mortero, cuando estaban en el colegio. Los tenía a los muchachos en un puño, ¿no era cierto? Pues en Córdoba pasaba lo mismo. Mortero, sin ser autoridad en la Compañía, tenía en un puño a media Córdoba.

Y agregó, señalando en dirección a la casa de los padres jesuitas, con su brazo largo, esquelético y severo:

—En *aqueya casa*, en la celda de Mortero, está el gobierno de Córdoba

Fermín Torres, el otro médico, protestó. Matías exajeraba. Mortero tenía prestigio entre las mujeres; y no entre todas, sino entre las hijas de María.

—Pero todo esto—preguntó José Alberto—¿qué tiene que ver con el pobre Maldes?

—Pero mucho, muy mucho, pues—dijo Blanes.

Maldes, lo mismo que en el colegio, era un "alcahuete". Todas las travesuras y conversaciones de los

muchachos se las soplaba a los Padres. Ahora se pasaba la vida llevando informes a Mortero. Era un espía.

—¿Y a mí qué puede importarme? Yo no oculto mis opiniones. Además, no veo en qué pueda perjudicarme Mortero

—Pero en mucho, en muy mucho, pues. ¿No te quedas a vivir aquí? ¿Y entonces, pues? Yo no te digo que vayas a adular a Mortero, pero si él sabe tus ideas, te embromará sin titubear el día que lo *haie* conveniente, pues.

—Pero vamos a tomar algo—dijo el otro.

Fueron a un bar cercano. Había cinematógrafo, y cuando entraron el local estaba oscuro.

—Yo lo creo a Mortero un hombre sincero y bien intencionado.

—Lo es, y muy mucho. Pero no transije jamás con nada. Es lógico, más lógico que nosotros, que somos católicos de agua tibia, pues.

La cinta que se exhibía era un cursi y espeluznante dramón francés. José Alberto aprovechó la pausa en la conversación para meditar un instante. Creía que cuanto dijeron sus compañeros eran puras imaginaciones. Además, estaba demasiado lleno de su felicidad para que otras ideas pudieran preocuparle. Teresa le amaba profundamente; esa era la verdad. ¿Qué más podía desear? Todos los detalles de su diálogo con ella, retornaban a cada momento como un *leitmotiv*. La cinta era cada vez más antipática. Ahora aparecía un restaurante alegre, donde cocotas embadurnadas besaban a unos hombres y se le sentaban en sus rodillas. Tuvo asco de semejante espectáculo. En otra ocasión, nada le hubiera importado; pero ahora, le parecía ofender a Teresa, creía cometer una grave infidelidad. Y pre-

textando ser demasiado tarde y tener sueño, abandonó a sus amigos.

Tomó hacia la calle Ancha, y luego hacia el norte. Eran apenas más de las doce y le hubiera sido imposible pegar los ojos. Tenía el alma penetrada de lirismo, de deseos de bien, de cosas hondas y graves. Caminaba tranquilamente, lleno de paz y de ilusión. Así llegó al puente Centenario. Las estrellas parecían más grandes y más luminosas. Bajo el puente, de anchos arcos de material, el agua pasaba con grave lentitud. La fronda del Parque Las Heras se espesaba en la noche, y las sierras, lejanas y negras, dormían más allá de los puentes. Un perro ladraba con desesperación. En las barrancas de Alta Córdoba, una que otra lucecita brillaba. José Alberto se apoyó en la baranda del puente. Una armonía infinita y múltiple parecía surgir de las aguas, de las sierras, de los árboles, del cielo, de todas las cosas que le rodeaban. ¿Era el alma de la noche? ¿Era la sensación de Dios? Aquella armonía vasta penetraba en su ser y se mezclaba con aquella otra armonía que cantaba en su alma. ¡Ah, como la vida era bella cuando sabíamos comprenderla! Recordó la frase esculpida en el pedestal de la estatua de Trejo: *post tenebras spero lucem*. ¡Qué diferencia entre estas horas, puras y claras, y las que en otro tiempo le trajeron placer. En aquellos placeres de entonces no había verdadera felicidad. Eran impuros y fugaces y en ellos se injertaban pensamientos tristes. El remordimiento por el tiempo perdido y por la juventud que se iba estérilmente, y el temor de morir, y la inquietante convicción del pecado, ahogaban aquellas satisfacciones efímeras y ponían en ellas una nota de sutil tristeza. Pero ahora todo era alegría y luz in-

terior. Ya sabía donde estaba la felicidad. No tenía sino que hacerla totalmente suya. ¡Ah, Teresa, Teresa! La armonía que escuchaba su alma se tornó más suave y más blanca, y sus ojos vieron levantarse, allá sobre las sierras oscuras y lejanas, una alba visión angélica que fué creciendo y acercándose y que, en su infinita y dulce belleza, absorbió lentamente a su ser entero.

IV

El doctor Belderrain solía escribir de tarde en tarde algún artículo. Prefería los temas de moral social y los asuntos de historia cordobesa. Pero solamente tomaba la pluma para complacer al director del diario católico, que no concebía ningún número extraordinario sin la colaboración, austera y docta, de Belderrain.

Aquel día siguiente a la colación de grados, el profesor preparaba un artículo sobre la acción de los jesuítas en Córdoba. Abarcaría cuatro o cinco columnas. El doctor gustaba de las frases largas y un poco ampulosas, y de la complicada y espesa retórica española. En su escritorio se hallaba, desde las tres de la tarde, revisando y ordenando papeles, hojeando libros, tomando notas.

Amaba violentamente a la Compañía. No había sido educado por los Padres, que no tenían colegio en Córdoba. Pero en su fervor militante, comprendiendo que la Compañía era la más fuerte columna de la Iglesia, la admiraba y la veneraba. La austeridad de los jesuítas, que jamás dieron el menor motivo a las murmuraciones, su fuerte preparación teológica, su sentimiento integral de la religión, su disciplina, su intransigencia

con la frivolidad y el liberalismo hicieron de Belderrain el amigo más consecuente y exclusivo de los Padres. No le parecía posible confesarse con sacerdotes que no fuesen jesuítas. A los seglares les desconfiaba; veía en los dominicos algo teatral, y desdeñaba a los franciscanos, que eran amados por la plebe y que en Semana Santa, con un poco de irreverencia, descolgaban al Cristo crucificado, entre los ayes del predicador y la devota aflicción de la multitud. Todas las mañanas oía misa en *la Compañía.* Aquel viejo edificio colonial, austero y duro, se acordaba prodigiosamente con su espíritu. En muchas horas de tribulaciones, bastóle, para sentirse consolado, acercarse a aquellos altos, graves y toscos muros de piedra. Su espíritu, enemigo de la frivolidad, del sensualismo y de todo lo que fuese para el alma simple adorno, encontraba su verdadero hogar entre aquellas paredes rígidas, sin más accidentes que sus pequeñas ventanas; entre aquellas paredes rugosas y fuertes, militantes e intrépidas. Para Belderrain, la fachada de la Compañía se asemejaba a un dique; y era, según pensaba, un dique de doctrina y de virtud que contenía el desborde de la corrupción. No le seducía menos el interior del templo, con su artesonado de arcos dorado que, con el tiempo, habían adquirido un matiz de oro viejo, pálido y fino como el de los antiguos misales.

Pero a los Padres, Belderrain no los visitaba sino los domingos, después de la misa de ocho, que oía junto con los demás congregantes, llevando al cuello una cinta azul y blanca de la que pendía una gran medalla de la Virgen. Nada más grato para su espíritu que aquellas visitas. Los padres, cada uno con sus vi-

sitantes, paseaban por el claustro, o conversaban en grupos. Los más jóvenes, solían acompañar a sus visitantes, en los reposados paseos por los claustros, caminando hacia atrás, frente a ellos, con las manos a la espalda. En estas charlas dominicales se comentaban los acontecimientos más notables de la época, sobre todo los que interesaban a la Iglesia; se recordaba a tal padre que fuera trasladado a Santafé o a Buenos Aires, y a tal otro que ahora se hallaba en Filipinas; se hablaba de literatura; se dialogaba sobre el grado de creencia de los nuevos abogados y de los jóvenes en general. Jamás se discutía. Los Padres eran muy reservados y así no más no opinaban, y nadie se permitía expresar una idea o un sentimiento que sospechase no ser el de ellos. Belderrain era muy respetado en la casa. Los Padres le debían grandes servicios. Pero, aunque esto no fuera así, sobrábales a ellos, para estimar de veras a Belderrain, sus prestigios como hombre y como magistrado y aquella su condición de intransigencia que le destacaba entre la grey católica.

La influencia de los jesuítas en Córdoba fué siempre grande. Pero ahora, el prestigio particular que rodeaba al Padre Mortero la había aumentado. El Padre Mortero no ejercía cargo alguno en la casa, pero su dominio en la sociedad distinguida, especialmente entre las mujeres, era inmenso. Belderrain tenía el mayor de los afectos hacia el Padre Mortero. Le pedía consejo en sus asuntos domésticos, se confesaba con él, le informaba de sus proyectos.

Aquella tarde, Belderrain tenía intenciones de ir a la Compañía. Necesitaba ciertos datos para su trabajo, y no los encontraba ni en sus libros ni entre sus notas.

Le desalentaba un poco el calor, que era sofocante. Decidió esperar hasta las seis, y mientras tanto se puso a corregir los primeros párrafos del artículo. Hablaba en ellos de lo que significaba la Compañía de Jesús para la Iglesia, de su obra en los siglos. Luego refería, a vuelo de pájaro, la conquista espiritual realizada por los Padres en América, civilizando al salvaje, fundando pueblos, venciendo a la selva. Se hallaba satisfecho de esta parte de su artículo. Pero no le agradaban los párrafos que dedicaba al establecimiento de los jesuítas en la provincia de Córdoba. El deseaba datos más concretos que los suyos sobre las primeras casas fundadas por los Padres en la provincia, sus vastas estancias, sus conventos de piedra como el de Alta Gracia, que aún permanecía en pie, y sobre las múltiples obras que debieron realizar para hacer posible la vida en aquellas comarcas áridas y desiertas. Vida original y terrible debieron llevar los Padres, intrépidos y clarividentes, en las soledades de Santa Catalina, de Jesús María o de Alta Gracia, en los siglos diez y seis y diez y siete. Soledad y desierto por todas partes. Las sierras, grises y tristes, inhospitalarias, no tenían más encanto que su belleza salvaje. Los días debieron pasar para los Padres entre oraciones y temores, catequizando a los indios uno a uno, enseñándoles algunos trabajos rurales, utilizándolos en los servicios de la casa. ¿Cómo viajaban aquellos buenos Padres? ¿Cómo proveían a su alimentación? El doctor Belderrain quería noticias exactas sobre los ganados que criaban, sobre los cereales que sembraban, sobre el modo de recoger las cosechas. De tarde en tarde—¿cada año, cada dos años?—debían llegar cartas de España o del Perú, con noticias, que aquellos desterrados devoraban, so-

bre las cosas del mundo. A principios del siglo diez y siete, establecidos ya los Padres en la entonces ciudad de Córdoba la Llana, capital de la Nueva Andalucía, que había comenzado a prosperar y que no tardaría en centralizar el movimiento del interior del país, el obispo Fray Hernando de Trejo y Sanabria fundaba la universidad, encomendando a ellos la enseñanza. La casa de los jesuítas, con tal motivo, adquirió gran importancia. De todas las comarcas del país, desde el Alto Perú, desde Buenos Aires, desde el Paraguay, venían jóvenes intrépidos a cursar en el seminario cordobés, para luego dispersarse por la campaña, evagenlizando a los indígenas en la tranquila posesión de los curatos. ¿Cómo sería en aquellos remotos años la ciudad de Córdoba? Belderrain la imaginaba como una pobre ranchería. Pero en aquella ranchería, una ardiente fe exaltaba las almas y las llevaba hacia Dios. ¿Para qué servía todo el fausto y el oropel de la vida moderna si perdíamos el alma? Este era el principal negocio de nuestra vida, y ello lo realizaba aquella diminuta Córdoba del siglo diez y siete mejor que la Córdoba rica y liberal del siglo veinte.

Eran ya las seis. Guardó los libros que consultara, reunió sus notas y sus originales y los metió en un cajón de su escritorio. El cuarto estaba en una dulce penumbra; al abrir la puerta que daba al patio, una luz cruda le hirió en los ojos. El patio permanecía aún entoldado, y bajo una de las galerías, sentada en una silla de hamaca, Teresa conversaba con Trinita, la hijita de Ignacio, que había ido a pasar con sus abuelos aquel día. Belderrain cruzó el patio y se dirigió a su pieza para arreglarse.

Teresa, al ver a su padre, enrojeció. Temía que Tri-

nita fuera a repetir en ese instante la pregunta que ella acabara de hacerle. Pero la chica, que era perspicaz y vivaracha, miró a su abuelo y a Teresa y no dijo una palabra.

Cuando su padre se hubo alejado, Teresa sentó en la falda a su sobrinita. La quería entrañablemente, como una madre, y se interesaba por cuanto ella hacía o decía. No se interesaba menos por Nachito, su sobrino, pues tenía un gran amor por los niños.

—Trinita: ¿lo vas a querer a *tío* José Alberto?

—Sí, pero más te quiero a vos.

Teresa no había confiado a nadie su conversación con José Alberto ni tenía tampoco a quien confiarla. Además, ella misma no sabía qué le pasaba. Y he aquí que ahora tomaba a Trinita como su confidente. Pero su corazón desbordaba de emociones, y en la mezcla confusa de felicidad y sufrimiento, de alegrías y de tristezas, sólo se le ocurrió aquella pregunta. Besó a su sobrina con agradecimiento, y con lágrimas en los ojos, y después, mientras Trinita, sin comprender, la miraba asombrada, le dijo, todavía llena de rubor y de emoción:

—No hagas caso Trinita, no sé ni lo que digo.

Una de las sirvientas, Juana, comenzó a recoger el toldo. Luego trajo una regadera y echó agua a las plantas. Era una mujer como de sesenta años, criada en la familia de los Belderrain. Teresa la quería mucho, y, como acostumbraba a veces, la ayudó a regar. El patio era cuadrado y grande. Tenía en los cuatro lados columnas pintadas de rojo, baldosas negras y blancas, y una fuente en el centro. Las plantas estaban en macetas, y en grandes tinajas verdes sostenidas por pies de hierro. Las ventanas nacían casi al ras del sue-

lo y tenían rejas de gruesos barrotes. Asunción, que había dormido la siesta hasta muy tarde, salía al patio peinándose. A veces canturreaba.

Belderrain cruzó el patio, y, sin decir una palabra a sus hijas, salió a la calle. Hacía un calor sofocante. Se detuvo en la primera esquina y desde allí vió que venían, tranquilamente, dos jesuítas. Los esperó. Uno de ellos era el Padre Mortero, y el otro el Padre Usandizaga, literato y latinista. Belderrain les dijo que iba a la Compañía, en busca de ciertos datos.

—Pues allá encontrará usted al Padre Fernández—dijo Mortero.—Nosotros regresaremos a las siete.

El Padre Fernández era muy fuerte en la historia de la orden.

—El padre se nos va mañana—dijo Usandizaga, indicando a Mortero.

—¿Adónde?—preguntó alarmado Belderrain.—Pero vamos un momento a casa.

—Un momento tan sólo—contestó Mortero, poniéndose en marcha.

Mientras caminaban los pocos pasos que faltaban para la casa y entraban en ella, hablaron del viaje. Mortero iba a Buenos Aires por un mes. Asuntos de la orden.

Teresa, desde el patio, vió a los jesuítas en el zaguán, y, a una seña de su padre, corrió a abrir la puerta del escritorio.

Teresa miraba con cierto terror al Padre Mortero. Hacía cuatro años le tuvo de confesor durante varios meses, por consejo de Ignacio. Pero a ella no le gustaba tanta intransigencia. Alguna vez, le expresó en confesión ciertas dudas religiosas, de esas que aun los más creyentes tienen. Mortero, airado y terrible,

le había anunciado la condenación eterna. Ella hubiera deseado un tono paternal; necesitaba consejos y no increpaciones, consuelo y no amenazas de castigos eternos. Por eso le había dejado, y desde entonces no podía verle sin enrojecer. Le parecía que había cometido una mala acción en cambiar de confesor y que, aunque creyera que no, su propósito era buscar uno más complaciente, que no la incriminase. ¡Y qué difícil, para ella, encontrar un confesor! Quería ser comprendida; y la mayor parte de los padres, lo ignoraba porqué, no alcanzaban a penetrar su espíritu. Pero ella no los acusaba de falta de inteligencia o de sensibilidad, y atribuía el hecho a culpa suya. Y así, se creía complicada, oscura, hasta orgullosa.

Pero el jesuíta la saludó amablemente. Era un hombre muy distinguido, de modales aristocráticos. Tenía la barba huesuda, pero no angulosa; algunas canas, un rictus en la comisura izquierda de la boca. La negrura de la sotana realzaba su rostro, que era muy blanco y enérgico.

—Con su permiso Padre, — dijo Teresa, cohibida y temerosa, deseando salir de allí, apenas los jesuítas se sentaron.

—Vaya usted con Dios, hija.

Teresa salió preocupada. Ignoraba que su padre hubiese llevado a los jesuítas a su casa, y creía que ellos habían venido expresamente a hablar con él. No sabía por qué, pero aquella visita de Mortero le hacía presentir desgracias. Debía ser algo muy urgente, muy grave cuando el jesuíta no esperaba hasta el domingo, día en que su papá visitaba a los Padres infaliblemente. Pero, ¿qué podría ser? Tal vez se tratara de alguna mala noticia de Francisco Javier, de quien hacía dos

meses no sabían nada. Pensó también en José Alberto, y un doloroso presentimiento le asaltó. Trató de rechazar la mala idea, como si fuese un pecado, y, para distraerse, buscó la compañía de Asunción.

—¿Quién está con papá?—preguntó Asunción, que terminaba de vestirse.

—El Padre Mortero.

Asunción, con el peine entre sus cabellos, saltó hacia la reja de la ventana y se agarró fuertemente con ambas manos, exclamando: "¡Fierro, fierro!"

—¡Pero Asunción, no seas así! — increpó Teresa, avergonzada de su hermana.—Eso se lo has aprendido a Francisco Javier.

—¿Qué quieres? No lo puedo ver, no lo puedo ver y no lo puedo ver. ¿Te acuerdas cuando *sabía* confesarme con los padres jesuitas? Pues una vez que mi confesor estaba enfermo, lo hice llamar a Mortero, y porque había leído una novelita, una inocentada, me mandó una penitencia feroz. Tuve que rezar el rosario hincada y con los brazos en cruz.

—Por algo sería. Seguramente leíste alguno de los libros que tenía escondidos Francisco Javier.

—Era una pavada, te digo. Se llamaba *El hombre de los tres calzones*.

Teresa sonrió, imaginando que, por el título, la novela de Paul de Kock, autor cuyo nombre le era desconocido, sería alguna obrita inocente, para niños, tal vez.

—Te digo que es un tirano, un verdadero tirano. ¿Crees que no? Pero mi hija, ¿y lo que le pasó a Florinda Marín cuando era presidenta de las hijas de María? Acuérdate que Mortero tuvo la culpa. El la hizo expulsar; sí señor, fué él, no me digas que no. ¿Y

todo por qué? Por haber visto representar la ópera *Fausto*. ¡Si es un tirano! Te digo que es un tirano.

A la una te miré,
a las dos te empecé a amar...

—¡Pero Asunción, que están los padres!

—... *A las tres*... Cierto, no me acordaba.

Asunción continuó peinándose. Teresa, entristecida, se había sentado en una silla bajita y dirigía hacia el patio una mirada vaga.

Asunción, ya peinada, entornó las hojas de la puerta y la ventana para vestirse. Vió a Teresa pensativa, y le dijo acercándosele:

—¿Estás preocupada? ¿Por la visita de Mortero, seguramente? No le hagas caso, no ha de ser nada. Tal vez venga con motivo de eso que papá está escribiendo, de ese artículo sobre la Compañía.

Teresa no contestó.

—No quiero que estés triste, santa querida.

Y saltando alegremente hacia su hermana, le dió un gran beso.

Asunción sentía un profundo cariño por Teresa. Solía burlarse de ella, pero jamás la mortificaba. Le tenía respeto y admiración. Sinceramente, la creía de una inteligencia y una virtud excepcionales, y la llamaba *santa*, con gran enojo de ella. Teresa era complaciente con su hermanita, y no se negaba a continuarla acompañando cuando alguno de sus mil adoradores la seguía. Asunción le hacía confidencias, le consultaba sobre sus cortejantes. En esta materia no aceptaba otra opinión que la de Teresa. Las de sus padres no las tomaba en cuenta; y respecto a la de Lolita, bastara que ésta le aconsejase cualquier cosa para que hiciera lo contrario. Teresa, naturalmente, no se confiaba a su herma-

nita, pero le pedía, muy a menudo, que la acompañara a alguna iglesia. Asunción, aunque tuviese interés en ir a otra parte o en hacer otra cosa, jamás dejó de complacer a Teresa. No hubiera sacrificado un placer o un capricho ni por sus padres ni menos por Lolita. Por Teresa, era capaz de dar cuanto tenía.

—Pero, ¡qué sonsa que soy! No me he dado cuenta de que estás preocupada por lo de anoche, santa querida, hipocritísima. ¿Cómo te fué? No me has contado ni una palabra. Le contará, supongo, a su hermanita preferida.

Teresa sonrió tristemente. Asunción se puso seria. Se le acercó y le puso en la frente un beso afectuoso y grave. Teresa estaba emocionada. Toda la escena de la noche anterior se le presentaba, y al pensar que nadie sabía una palabra, que no se había confiado ni a su madre y que Asunción era la primera persona que venía a conocer aquel secreto, su emoción aumentó. Sentía necesidad de hablar con alguien, de que alguien supiese que era amada y amaba; necesidad de oir el nombre de José Alberto y de que alabasen a su novio y le demostrasen afecto.

—Santa, mi santa querida. Cuéntele a su hermanita. ¿Qué le dijo el primo? Que la adoraba, ¿no es cierto?

Teresa se llevó las manos a la cara. No podía más de emoción y tenía deseos de llorar.

—Pero sonsa, sonsita.

Asunción se había sentado junto a Teresa y la abrazaba.

—José Alberto te adora y es muy bueno. Serás feliz, todo lo feliz que mereces ser.

Teresa no había dicho una palabra, pero Asunción

no necesitaba más que haber visto su emoción para saber todo lo que había ocurrido. Ella era un espíritu distinto del de Teresa, absolutamente distinto; pero comprendía a su hermana. La comprendía como ninguna otra persona de su familia, pues Teresa era ignorada por sus hermanos y sus padres. Solo ella, en la casa, había adivinado que Teresa amaba apasionadamente a José Alberto, que sufría por ese mismo hecho de amar y ser ser amada y que tal vez presentía sufrimientos mayores y tristezas hondas. Teresa parecía fría, indiferente, y ella todo lo contrario, y sin embargo, ella no era capaz de amar como su hermana. La intensidad con que amaba Teresa, la pureza, la espontaneidad, la dulzura de aquel amor le encantaban y eran nuevos motivos para admirarla y respetarla. En ese momento sentía un orgullo inmenso por tener tal hermana, y hubiera querido poder gritar al mundo entero cómo era de extraordinaria el alma de Teresa.

—Bueno, tengo que vestirme y no podemos estar asi toda la tarde. ¿Vendrá hoy a visitarnos, santurrona? ¿No te dijo que vendría esta noche el sinverguenzón de tu pariente?

Y siguió en el mismo tono, hasta hacer sonreir a Teresa. Asunción no se emocionaba y hubiera tenido vergüenza de prolongar un minuto más aquel momento sentimental.

—Pues a mí me fué regiamente. Estuvimos un buen rato en la galería alta, en un rinconcito muy especial que mi *peor es nada* tenía elegido. Te ruborizarías, santurrona, si te contara ciertas cosas...

Abriendo los brazos, hizo como si estrechara a otra persona, y dió en el aire un estrepitoso beso. Y en-

seguida se echó a reir, mientras Teresa enrojecía hasta el cuello.

—Lo adoro, lo adoro, y lo adoro. Si vieras qué rico y delicioso es. No hay ninguno más mono en toda Córdoba. Bueno, José Alberto y él son los más monos. ¿Verdad? ¿No piensas lo mismo, hipocritonísima?

Belderrain, que saliera a la calle con los Padres, regresó a su casa al atardecer. Durante la comida no habló palabra. Cuando terminaron se encerró en su escritorio. Teresa conversaba en su cuarto con Asunción, cuando se entreabrió la puerta y Juana asomó su cabeza, amulatada y bondadosa, para anunciar que el señor esperaba en el escritorio a la niña Teresa.

—¡Dios mío, para qué podrá ser!—exclamó Teresa, que palideció repentinamente y empezó a sentir las manos frías y un temblor en las piernas.

Asunción quedó como petrificada. Pero enseguida se acercó a Teresa, diciéndole:

—No tengas miedo; todo se ha de arreglar.

Cuando Teresa entró en el escritorio, su padre, sentado junto a su mesa de escribir, estaba de codos y se cubría el rostro con ambas manos. No había notado a su hija, que entrara sin hacer ruido. Teresa creyó comprender que su padre sufría, que aquella actitud, tan rara en él, denunciaba muy graves y muy hondas preocupaciones. Belderrain se inmutó al ver que su hija le había sorprendido de aquel modo, e, intentando disimular, fingió que arreglaba sus papeles. Teresa, mientras tanto, miraba a su padre con dulzura y amor. Le miraba como pidiéndole perdón por haberle sorprendido en la intimidad de su pensamiento.

Teresa tenía por su padre un gran respeto y un profundo amor. Su padre lo sabía, pero era tal el pudor

de los sentimientos en aquel hombre, era tal su reserva, que jamás le dijo una palabra, jamás tuvo el menor gesto por el que revelara conocer el afecto de su hija. Teresa sufría por su padre. ¿Por qué era así su padre? ¿Por qué ocultaba los movimientos de su corazón? Ella le creía un hombre bueno, una alma no insensible a la ternura. Y sin embargo parecía duro, seco, incapaz del menor afecto. Era una pena tener ese carácter. Era una pena por su padre, que seguramente viviría lleno de amarguras; era una pena por toda la familia; porque ¿cómo ser felices con tanta reserva, con tanta hurañez? Muchas veces Teresa había notado en él una grave preocupación. Sabía que su madre era incapaz de observarla, incapaz de hacer nada por consolar a su marido, incapaz de intentar inmiscuírse en algo que fuera la intimidad moral de Belderrain. Teresa hubiera deseado hablarle, pedirle que le abriera su corazón, tener dulzuras infinitas para su alma atribulada. Y lo intentaba. Se le acercaba, trataba de iniciar conversación. Pero su padre, hosco y sombrío, la rechazaba, y ella se iba a su cuarto para encerrarse y llorar. Había derramado infinitas lágrimas por su padre, había rezado, había pedido a Dios que modificase su carácter, que le hiciese accesible al cariño de sus hijos, que se lo devolviese a su familia. Todo esto lo evocaba Teresa en aquel minuto de silencio, frente a Belderrain que esquivaba los ojos de la hija.

—Siéntate. Necesito hablarte.

Un silencio siguió a estas palabras. Teresa había bajado la frente y miraba al suelo. Estaba enrojecida de emoción. El corazón le palpitaba violentamente y le temblaban las manos. Belderrain parecía no saber cómo empezar. Acomodó algunos papeles dispersos que

había sobre la carpeta y miró hacia la puerta del cuarto; luego tomó un lapiz y se puso a repicar con la punta sobre el escritorio. Teresa permanecía en la misma actitud de humildad y sencillez, con las manos cruzadas sobre la falda y la cabeza baja. Se había acentuado en ella aquel aspecto de figura prerrafaelista, de Virgen de Fra Filippo Lippi que le encontraba su primo. Belderrain seguía vacilando. Vió que su hija no le miraba y se oprimió la frente con fuerza. Un rictus de amargura apareció en su boca. Arrojó el lápiz, sus ojos brillaron y la contracción de su ceño aumentó hasta darle a su rostro un aspecto sombrío y atemorizador.

—He sabido—comenzó, con voz trémula—que has aceptado los galanteos de un hombre... indigno de tí. Todo debe concluir. Ese hombre no es un cristiano. Ni tiene temor de Dios, ni respeta nuestra santa religión.

Se expresaba con dificultad, no encontrando a veces las palabras. Vacilaba entre las ideas que se le ofrecían y el temor de herir a su hija. Teresa le había mirado cuando empezó a hablarle, y se estremeció de terror al ver aquellos ojos que parecían penetrarle hasta el alma.

—Todo ha concluído—repitió.—Te prohibo que pienses en ese hombre sin creencias y sin moral.

Teresa contuvo las ganas de llorar, temiendo que su padre se ofendiera. Era necesario que ella le oyese sin decir una palabra. Sabía que su padre era en esto inflexible; y callaba, callaba dolorosamente, tragando sus lágrimas, dominando sus sufrimientos y su protesta por aquellas cosas que oía. Ella sabía que José Alberto era bueno, correcto, noble. Habría tenido malos mo-

mentos en su vida, como todos los muchachos, pero ahora estaba arrepentido. La amaba con toda el alma. Ella había visto la intensidad de aquel amor que creía no merecer. Y amando de tal modo, ¿no era seguro que sería el mejor de los maridos? ¿Y por qué su padre le consideraba sin creencias ni moral? Cierto que él no iba a misa, que no se decía católico; pero creía en la Divinidad y en el alma.

—Sí, sin moral—afirmó Belderrain con una energía que hizo estremecer a Teresa.—Un hombre sin religión no puede tener moral. El fundamento de la moral está en Dios; el fundamento de la moral es el Decálogo, la Ley de Dios; no puede ser otro.

Teresa estaba aterrorizada. Los ojos de su padre brillaban de odio. Hablaba con voz ronca y cortada, voz preñada de rencores. Las palabras salían de sus labios como si contestaran a supuestas objeciones. Tenían chasquidos de látigo, quedaban vibrando en la quietud trágica del cuarto. Teresa se había llevado las manos a la cara, y rezaba mentalmente. Pedía a Dios por su padre, por su primo, por ella; le pedía que la sacase del tormento angustioso en que se hallaba, que hiciera terminar de una vez el purgatorio de aquellos momentos.

—Yo no quiero en mi familia un hombre así. ¡Lejos de mi casa la iniquidad! En este hogar cristiano, donde siempre se ha respetado a Dios y a su Iglesia, no he de permitir la presencia de un hombre que niega a Dios, que niega a su Iglesia, que niega a Cristo y a los santos, que blasfema, que sería una perpetua ofensa a nuestra religión... Jamás, jamás, lo repito, entrará en mi hogar un hombre así. Antes preferiría que

Dios me llevase de este mundo miserable que consentir en semejante abominación.

—Papá, él no es así...—exclamó Teresa, llorando angustiosamente.

Belderrain quedó en silencio un breve instante, y luego continuó:

—Llora, sufre, pues has ofendido a Dios. Una niña verdaderamente cristiana no acepta los galanteos de ningún hombre sin hablar primero con sus padres. En mis tiempos, jamás hubiera sucedido semejante cosa. ¡Maldita época esta en que me ha tocado vivir! ¡Corrupción, liberalismo por todas partes! Los hijos ya no respetan a sus padres, las mujeres se independizan, la familia desaparece, la sociedad se llena de vicios. ¡Quién me iba a decir a mí, hace veinte años, cuando en los hogares no había más autoridad que la del padre ni más voluntad que la de Dios, que una hija mía iba a pasar por sobre mi autoridad paterna! ¿Y todo para qué? Para hacer oídos a las palabras de un miserable, a las mentiras de un ateo.

Teresa lloraba sin consuelo. Pero al oir las últimas frases no pudo más, y habló.

—Yo no lo he ofendido, papá, no lo he ofendido. Yo he creído que tenía derecho a querer, que era dueña de mis sentimientos. Para mí, José Alberto es bueno y me quiere y lo respeta a usted. José Alberto no es lo que usted dice, papá.

Belderrain, ante las palabras de su hija, quedó sorprendido. No creía que ella fuera capaz de defender a José Alberto en su presencia. Debía quererlo profundamente para atreverse a hablar de esa manera delante de él, a quien temía y ante cuyas palabras de reproche temblaba toda la familia. Se replegó en su asien-

to con los brazos cruzados. Teresa había callado. La miró severamente, durante un largo rato. Luego con el ceño arrugado, permaneció silencioso unos segundos. Teresa, contrita y humilde, había bajado la cabeza y lloraba. Por fin, en un tono más humanizado, Belderrain dijo:

—No creí nunca que en mi presencia te atrevieras a defenderle. Quiero pensar que tus creencias religiosas son verdaderas, que no dudas de Dios ni de la otra vida...

—¡Papá!...

—No me explico, pues, tu ceguera, a menos de que seas más torpe de inteligencia de lo que nunca imaginé. Si aceptas que hay un Dios justo, que hay otra vida después de la muerte, ¿cómo puedes pensar, ni por un solo instante, en unir tu vida a la de un hombre que niega a Dios? ¿Ignoras que quien se casa sin confesión comete un sacrilegio? ¿No ves, pobre criatura, que habrá siempre un abismo entre tú y él? ¿No sabes que en la otra vida, tú, que eres cristiana y cumples como tal, irás a gozar de Dios, mientras él será pasto de Satanás y del infierno? ¿No meditas sobre la muerte? ¿No te preocupa el más allá? ¿No piensas en el horror de estar separada eternamente, por los siglos de los siglos, durante millones de años, sin esperanza ninguna, del hombre a quien amas, del hombre a quien estás unida por Dios, del hombre que será el padre de tus hijos? ¡Teresa, hija mía, díme que nunca has pensado en estas cosas!

—Papá, usted sabe que muchos santos fueron malos o incrédulos antes de convertirse. José Alberto no cree, es cierto. Pero él quiere creer y llegará a creer

por que es bueno. Yo estoy segura de llevarlo al buen camino.

Una sonrisa irónica y terrible asomó a los labios de Belderrain. Sus ojos brillaron siniestramente.

—¡Criatura ignorante y desdichada! Tú no sabes lo que es el incrédulo, el ateo. El hombre que no cree en la divina providencia, que niega la existencia del Ser Supremo tiene que ser un monstruo de orgullo, de vanidad y de ceguera. Sólo confía en sus propias fuerzas y hace de sí mismo su único dios. ¿Qué puede esperarse de estos hombres? ¿Hasta dónde no llegará en el abismo de sus maldades aquel que afirma no existir otra vida? Porque, sino hay premios y castigos para los hombres, ¿con qué objeto vivir cristianamente? ¿Para qué he de mortificarme en esta vida, privarme de placeres si de nada ha de servirme, si habré de desaparecer como un perro? Así lo piensan ellos, aunque no lo digan. Y si no, basta ver cómo viven. Estos hombres tienen el corazón empedernido para el bien. Tienen el alma negra, con la negrura del error. Yo los conozco. He visto sus maquinaciones infames, he oído sus calumnias viles, he adivinado la vida de disipaciones que llevan. ¡Miserables! No son dignos de la misericordia divina.

Cerró los ojos y quedó en silencio, como recordando. Permaneció así un largo rato. Por instantes, contraía el rostro violentamente. Sin duda venían a su recuerdo aquellas memorables sesiones del Congreso en que se discutía la ley del matrimonio civil. Todo el odio acumulado en aquellos días, trágicos para su alma, parecía revivir ahora, después de veinte años. Teresa no se atrevía a interrumpir a su padre en su meditación. Aquel rostro le infundía extraño miedo y le hacía temblar.

—¡Criminales, que han arrojado a Dios de la escuela! Todo el fuego del infierno, todos los suplicios de Luzbel serán poco para sus almas ruines. Han querido deshacer el hogar cristiano. Ya no puede haber virtud en la sociedad, ni respeto a la autoridad paterna y marital. ¡Todo es anarquía y libertinaje!

—¡Papá, él no es así! Eres injusto, él no tiene nada que ver con eso, ni...

No había podido soportar más las palabras de su padre. Pero Belderrain no la dejó terminar. Su primer movimiento fué de estupor. Luego se levantó bruscamente y se dirigió hacia Teresa.

—Es peor, ese canallita, es infinitamente peor.

—Papá...

Los ojos del padre brillaban de odio y de indignación. Sus facciones se le habían descompuesto y hablaba con voz ronca. Su acento recordaba a los ríos de la sierra cuando se desbordan, arrastrando, con estrépito formidable, piedras y peñascos.

—Sí, peor que todo eso. Sábelo de una vez. Ese hombre, que pertenece a una familia cristiana, que ha sido educado en el temor de Dios, llevó una vida crapulosa como jamás se vió en Córdoba. Deshonró a su familia, a la Universidad, a sus maestros, a la sociedad en que vivía. Fué un tahur de la más baja estofa. Arrastró su ignominia por los más viles garitos, en compañía de gentuza encanallada. Jugó lo que no era suyo, el dinero de su padre, quien tuvo que pagar las deudas. Se encenagó en los lugares de perdición, sedujo muchachas, se ligó con mujerzuelas de la clase más abyecta que pueda imaginarse. Y todo esto a los diez y ocho años, a los veinte años. No, jamás se vió en Córdoba un insulto más grande a nuestros hábitos

cristianos, un mayor desprecio de Dios y de la sociedad. Luego, fingió arrepentimiento y yo cometí el error de creerle. ¡Dios me perdone aquella grave culpa!

—Eso no es cierto papá, no puede ser cierto. El no es capaz de fingir.

—Cállate, insolente—rugió Belderrain.

—Papá, perdóneme, no he querido ofenderlo—clamaba Teresa sollozando.

Pero Belderrain no la escuchaba.

—Y por fin...

Se interrumpió, como si no se atreviera a decir lo que pensaba. Una espantosa lucha debía haber en su espíritu.

—Es preciso terminar con esto, y para siempre, para siempre—decía como hablando consigo mismo.—Que no quede la menor posibilidad, sí, eso es...

—¡Papá, papá!

—Sí, sábelo, pues tú lo has querido. Todos los crímenes que ahora conoces no son nada al lado de otro mayor, que hasta hoy se te ha ocultado. Solamente yo y alguna persona más lo supimos en toda Córdoba. Sábelo por fin. Sabe de una vez qué especie de hombre es ese. Sabe que cometió el mayor de los delitos que puede cometer hombre alguno, aquel que es tal vez el único que no tiene perdón: atentó contra la vida que Dios le ha dado.

Teresa cerró los ojos y se desvaneció.

—¡Teresa!

Belderrain se inclinó hacia su hija. La movió, le habló. Luego abrió las puertas que daban al patio y a los cuartos interiores, y gritó:

—¡Dolores, Lolita, vengan pronto!

Asunción fué la primera en entrar. Había estado

junto a la puerta del patio y había oído todo. Estaba roja de indignación contra su padre. En seguida aparecieron las sirvientas con vasos de agua, y misia Dolores y Lolita.

—A ver qué hay... ¿Qué pasa?—decía misia Dolores.

—¿Qué quiere que sea, mamá? No tiene importancia —contestó Lolita.

—Hija mía, Teresa, agua. Traigan más agua, pues. Pero ¿qué ha sido? Teresa... No me explico, no entiendo nada. Vayan a llamar al médico.

Entre todos, habían sentado a Teresa, con la cabeza hacia atrás. Unos le desabrochaban las ropas, otros le daban aire. Lolita se llevó a la chica de Ignacio. Belderrain, con una mano en el rostro, se paseaba por el cuarto.

—Pero hablen, díganme lo que ha sido. Yo quiero saber por qué le ha pasado esto a mi hija. ¿Quién estaba con ella? Asunción, ustedes, contesten.

—Mejor es que no sepa lo que ha sucedido, mamá. —dijo Asunción.

—¿Por qué?

—¿Para qué quiere saber? ¿Qué sacaría con saber? Lo único que puedo decirle es que en esta casa mandan personas de afuera. Han hecho una iniquidad con Teresa. Una iniquidad, una iniquidad y una iniquidad. He de decirlo a gritos.

—¡Silencio!—rugió Belderrain, agarrando de un brazo a su hija.—He de castigar tu insolencia.

—Yo digo lo que sé. Teresa es una víctima. He oído todo, he estado oyéndolo todo.

—Te callas o...

—Pero, ¿qué hay, Dios mío? No entiendo nada, no

comprendo una palabra ¿Qué ha sucedido en esta casa?

—Ha sucedido que Teresa está enamorada de José Alberto y que el Padre Mortero...

—Te ordeno que te calles. Si Teresa ha sido imprudente, tú no debes gritar su imprudencia. Y sobre todo, que has de respetarme.

Ignacio, que llegaba de la calle entró en ese momento seguido de Lolita. Teresa comenzaba a volver en sí.

—¿Qué es lo que ocurre?—preguntó Ignacio.

—¡Señor, señor, preferiría morirme!—clamaba misia Dolores.

—Yo lo he respetado siempre papá,—decía Asunción,—pero usted no tiene el derecho de hacer sufrir a Teresa. Por que Teresa es una santa. Es una santa que lo adora a usted. Y usted le ha dicho que José Alberto era un canalla, un criminal y hasta que atentó contra su propia vida. Se lo dijo, se lo dijo, y yo lo he oído desde la puerta... ¡Ay! Perversa...

Era que Lolita le había dado un pellizco en un brazo. Al mismo tiempo, Ignacio, rojo de ira, tartamudeando insultos a Asunción, la abofeteó en el rostro. Asunción se echó a llorar.

—Cobarde, cobarde, como todos los frailones—gritaba Asunción a su hermano.—Hipócrita, cobarde, perverso. Porque soy mujer me has pegado. Cobarde, cobarde y cobarde.

Todos hablaban a un tiempo. Misia Dolores no cesaba de acordarse de Dios y de los santos. Hacía promesas en voz alta a San José y a la Virgen del Valle. Ignacio increpaba a su hermana, diciéndole que era el deshonor de la familia y que no había en toda Córdoba ninguna niña capaz de insolentarse con su padre en esa forma.

—¡Silencio!—ordenaba Belderrain.—Véte fuera, Ignacio; no es a tí a quien corresponde hacer justicia. Tú también Lolita, vete afuera. Déjanos solos.

Belderrain temblaba. Al dirigirse a Asunción, le señaló la puerta sin decirle una palabra. Misia Dolores lloraba. Teresa, que acababa de volver en sí, miraba a su madre y a su padre, como si no comprendiera nada, como asombrándose de verlos allí. Luego, pareció darse cuenta de todo, principalmente al ver a su padre que se le acercaba y le tomaba una mano. Nadie hablaba. Belderrain se presentaba a su mujer y a su hija bajo un aspecto para ellas completamente nuevo y desconocido. Había perdido aquella rigidez de su figura. Sus facciones no guardaban la línea habitual y tenían una expresión extraña. Sus ojos estaban llenos de lágrimas y mientras con una mano se ocultaba el rostro, con la otra acariciaba a su hija inhábilmente.

Teresa parecía pensar. Miraba con ojos vagos y lejanos. Permanecieron todos en silencio, casi inmóviles, un largo rato. Por fin, Teresa, al mismo tiempo que le tomaba una mano a su padre, habló. Con acento suave y tranquilo, con una infinita serenidad en el rostro y una gota de alegría en los ojos, dijo sencillamente:

—Papá, acabo de ofrecer a Dios mi vida. ¿Me permite que entre en las Adoratrices?

Belderrain, en un brusco movimiento, le tomó la cabeza con ambas manos y la besó en la frente.

V

Aquella tarde de verano, a la hora en que comenzaba el sol a declinar, el Parque Las Heras tenía una tonalidad de oro viejo. Bajo sus frondas, el aire, contrastando con el ambiente estival de la ciudad, era suave y fresco. Fuentes de mármol, abandonadas y amarillentas, daban, no obstante la falta de agua, sensación de frescura. El aspecto señoril y castellano del parque cobraba, con la hora, un nuevo encanto. Su habitual tristeza de jardín descuidado adquiría, con el oro del sol que penetraba a través de los ramajes, y con la dulce calma del ambiente, la gracia de un antiguo jardín clásico, de aquellos jardines florentinos de tibio sol y de elegante melancolía. A lo lejos, cortada por las estrías que simulaban los árboles, se divisaba, polvorosa y blanca, la sierra. A un lado, el ancho cauce del río detenía, en su sed, la marcha del fino hilito de agua; a la otra parte del jardín, se erguían, cubiertas de árboles y plantas, las barrancas de Alta Córdoba. Cerca de la gran puerta del parque, un camino, horadando la barranca, pasaba bajo un puente de arco romano.

José Alberto encontraba en la soledad y la melan-

colía del parque lo que su espíritu desolado necesitaba. Había dejado su casa para huir a las preguntas de su tía, ya que encerrarse en su cuarto fuera aflijirla. Y en la ciudad el calor de Enero abrumaba. Aparte de que ¿dónde podría refugiarse con su inquietud y su tristeza?En un bar, rodeado de moscas, oyendo tangos o carambolas, no habría podido meditar. Por esto había pensado en aquel Parque Las Heras. Allí no se veía un alma vagar por la sombrosa avenida, ni descansar en los bancos, ni frente a las fuentes abandonadas. Todo hablaba de paz.

José Alberto, sentado en un banco de la larga avenida de álamos, cuyas copas la techaban, quería explicarse la actitud de los Belderrain. Dos días después de la fiesta en la Universidad había ido a visitarles, y la sirvienta, que saliera a su llamado, le había dicho, cohibida y roja, que Teresa estaba enferma y que no podían recibirle. Luego había enviado a preguntar por Teresa repetidas veces, y, por las respuestas, había comprendido que su enfermedad no existía. Había vuelto a la casa, había pedido hablar con el doctor Belderrain o con Ignacio, y de nuevo había recibido la misma negativa.

—Pero... no me explico—había exclamado él.—¿Le han dado orden de no dejarme entrar? Hable. Dígame la verdad. ¿Tiene orden?

—Así ha de ser, niño—contestó la muchacha, cerrándole la puerta en el rostro.

Había quedado estupefacto. ¿Qué ocurrió? ¿Por qué le cerraban las puertas de aquella casa? Un mundo de conjeturas le asaltó. No sabía qué pensar, no comprendía nada, y había permanecido aturdido, sin ver ni oir, parado en medio de aquel ancho zaguán que ahora le

parecía verlo estrecharse para arrojarle a la calle. Poco después, sufriente, salió de allí. Una gran congoja le subía a la garganta. Toda la felicidad de la pasada noche de fiesta había instantáneamente desaparecido.

Se levantó del banco, pensando en irse del parque, pero en seguida volvió a sentarse. Sacó un cigarrillo, pero no lo fumó enteramente. Acabó por arrojarlo con fastidio. De nuevo se levantó y se internó en el parque. Se detuvo frente a una fuentecilla que tenía un surtidor de bronce. El surtidor era de dos tazones superpuestos. En el agua escasa de la fuente flotaban algunas hojas secas. Más tranquilizado, con los ojos en la fuente abandonada, recordó que desde aquella tarde casi no había tenido noticia alguna de Teresa. En vano pasó largas horas en la esquina, espiando la salida de Asunción o de alguna de las sirvientas.

Siguió su vagar por el parque, bajo la frescura de los grandes árboles. En el centro de un *rond-point*, una vasta fuente de mármol, amarillenta, destacaba su elegante y majestuosa arquitectura. Agua verdosa y espesa, llena de musgo, yacía en su fondo. En el ancho borde inclinado, hecho de piedrecillas, otras piedrecillas de colores diversos formaban el nombre del Parque. José Alberto se sentó en un banco del *rond-point*, y, mirando aquella fuente que parecía destilar una lenta y sutil tristeza, pensó en la versión circulante que daba a su prima como encerrada en un convento.

La primera noticia la tuvo por Suarez. El tradicionalista le había abordado en la plazuela de San Roque, una mañana en que él recorría las iglesias, con la vaga esperanza de encontrar a Teresa.

—¡Hola, muchacho! ¡Cuánto me alegro de verte! Ibas a San Roque, por lo visto. Bien, hombre, bien.

Vuelves a tus antiguas ideas. Perfectamente. Serás feliz. Pero es preciso que siempre pienses bien. Sigue por este camino. Penétrate de nuestras santas doctrinas. ¡Y a ver, hombre, a ver si te conviertes en un adalid de la sagrada religión de tus padres!

José Alberto, preocupado, apenas había escuchado a Suarez. Tenía aquella mañana un aire sombrío, y comenzaba a sentir en su corazón un odio sordo y confuso. No sabía qué era lo que odiaba. Tal vez fuese a la Sociedad; tal vez al ambiente de su ciudad natal, que él consideraba estrecho e intolerante; tal vez a la religión; tal vez a sí mismo. El cuadro de color que veía en la plazuela de San Roque le distrajo un tanto. Estaba bajo los árboles, junto a una fuentecita de cuyo surtidor salía un insignificante hilo de agua. Los frentes de las casas, cuya línea formaba una escuadra, cerraban la plazuela. Eran casas bajas y chatas, pintadas de rojo y de azul. Frente a la plazuela, San Roque elevaba su ancha y tosca arquitectura. Era una iglesia antigua, y tenía un extraño color amarillento, parecido al de las casas de Segovia y de Salamanca.

Mientras tanto, Suarez no dejaba de hablar. Enhiesto, con la cabeza levantada, el vientre saliente, el sombrero en la mano, los cabellos duros y cortos cepillados para arriba, la voz sonora y jovial, peroraba. Accionaba mucho, trazando en el aire con los brazos magníficas elipses y parábolas y palmeando a José Alberto. A cada rato, estallaba en risas estrepitosas que hacían mirar a los transeuntes.

—¿Y qué me cuentas de tu prima Teresa Belderrain?

José Alberto se estremeció.

—¿Es verdad lo que dice la *vox populi*?

—¿Qué dice? Hable bajo, hombre...

José Alberto miró en los ojos a Suarez fijamente. Fué para él un minuto de inquietud, de intensidad. Su corazón daba saltos violentos; las manos le temblaban; debía estar pálido.

—Pues dice la *vox populi* que tu prima Teresa ha ofrecido su vida al Señor.

—No entiendo, hable claro—interrumpió José Alberto, en tono conminatorio y gesticulando con cierta incoherencia.

A Suarez le asombró un poco la actitud de José Alberto, pero no imaginó que fuera él la causa de la decisión de Teresa. Y contestó, con su habitual jovialidad:

—Pues parece que la niña ha entrado como postulanta en las Adoratrices. No te maravilles, hijo. Los conventos de Córdoba están llenos de niñas distinguidas; llenos ¡Ojalá fuera cierto lo de Teresa! ¡Qué triunfo para la religión, para nuestra causa veneranda! ¡Gran obra la de las Adoratrices! Orden cordobesa, como sabes. ¡Qué triunfo! Pues no es nada: una Belderrain; lo mejor entre lo mejor. Alcurnia, inteligencia, virtud. Una perla. ¡Brava conquista la de las monjas!

José Alberto había empalidecido mortalmente. Se había llevado la mano a la frente y buscado el apoyo de un árbol próximo. Mientras Suarez hablaba, se le iba formando a él un nudo en la garganta. Sentía deseos de dejarse caer en el suelo, de maltratar a Suarez, de echar a correr hacia el convento. El odio iba penetrando en su corazón, y tuvo miedo de sí mismo.

—Pero no hay derecho, no, sépalo, para obligar a Teresa. ¿Quién le dió semejante noticia? Es una crueldad, una villanía.

Hablaba con palabras balbuceantes por la indignación. Se había acercado a Suarez y le gritaba en el rostro, como provocándolo.

—¡Miserables, son unos miserables! ¡Esa es su religión!

Suarez protestó. Nadie obligaría a Teresa a ser monja. Cierto que Belderrain, como cualquier padre cristiano, estaría muy contento de ver que una hija suya se consagraba a Dios, pero no era hombre de imponerle una vocación. Por lo demás, según siempre se dijo en Córdoba, Teresa demostró desde muy niña su inclinación al claustro.

De pronto Suarez calló. Sin duda había recordado el noviazgo de niños entre Teresa y José Alberto, y cómo aquella inclinación al claustro había aparecido, o se había hecho aguda, cuando la partida para Europa de José Alberto.

Después de Suarez, otras personas le habían preguntado sobre la resolución de Teresa. Algunos lo hacían con placer, con cierta voluptuosidad refinada. Parecía que en la sociedad distinguida no se hablaba de otra cosa. José Alberto llegó a saber que, según las gentes, él era el causante directo de la determinación de Teresa. Pero, ¿por qué? Fuera de aquel atentado contra sí mismo, cometido en un momento de locura, perdida toda responsabilidad, nada grave había hecho en su vida. Vivió en Europa como todos los hombres jóvenes, y desde que llegó a Córdoba llevaba una existencia ejemplar. ¿Habría de por medio algún pretexto religioso de parte de Belderrain? Pero, ¿por qué no se lo decían francamente? ¿O sería que la propia Teresa hubiera sabido que él atentara contra su vida, y, horrorizada, ya no quería que él la amase?

Estos pensamientos, mientras los recordaba en el parque, le excitaron mucho. Sentía fuego en la cara. El cuello de la camisa le ahogaba y estuvo por arrancárselo. Se abanicaba con el sombrero de paja furiosamente. No podía estar sentado. Se levantó con brusquedad, cortó una rama de un arbusto y, castigando el aire, fué hacia la puerta. Deseaba correr, caminar leguas. Pero ya en la puerta decidió volver al interior del Parque. ¿Adónde iría con tanto calor? Recorriendo de nuevo el parque, se acercó a un puente que cruzaba un lago diminuto.

La belleza del paisaje le aplacó un tanto su inquietud. Era un delicioso laguito de aguas verdes. Hojas de plátanos navegaban muy lentamente en el agua, y su blancura cenicienta ofrecía un contraste de color con el agua y el ambiente. Plátanos y pinos circundaban el lago. Sus bordes, de piedras redondas, caían perpendicularmente. Frente al lago, un banco parecía soñar en su soledad. Se veían desde allí las casitas azules y rosadas de las barrancas. El puente, de ladrillos sin revocar, tenía muy altos escalones de mármol. A José Alberto aquel puente inconcluso y melancólico, tan elevado y solemne, le hizo recordar los paisajes antiguos y suntuosos de Claudio Lorrain. Permanecer en esta serenidad, le pareció contemplar el alma de Teresa. Y allí quedó un largo rato, vencido por aquel recuerdo dulce y dominador.

A veces, en medio de su contemplación, se preguntó si Teresa le amaría de veras. Su respuesta fué siempre afirmativa. Teresa le adoraba, no tenía dudas. Pero era tan humilde, tan sumisa, tan creyente en la voluntad de Dios, que jamás se hubiera revelado contra una imposición o un consejo paterno. Hubiera aceptado cualquier sacrificio pensando que el matrimonio

era también un sacrificio para ella. Pero Teresa—él lo había adivinado—amaba el claustro, amaba el ideal de consagrar su vida a Dios, y, seguramente, miraba a su ideal religioso como más bello, más puro que el otro. Ella le quería, no podía dudarlo; pero en su amor veía un renunciamiento a sus ideales, y lo aceptaba creyendo que era la voluntad de Dios. Y he aquí que ahora algo se interponía entre ella y el amor: un inmenso obstáculo que le impedía seguir amando libremente. Y para ella, estos obstáculos que la rodeaban, ¿no debían ser una muestra patente de la divina voluntad?

Una pareja de enamorados se acercó a aquel lugar de recogimiento. La muchacha era joven y bonita y tenía aire de modestia. Sin duda ninguna, se trataba de gentes humildes. Parecían no advertir la presencia de José Alberto. Pero a él aquella felicidad le causó un punzante dolor. Además, no podía pensar ni soñar tranquilamente delante de otros. Y abandonó el melancólico rincón.

Siguió caminando por el parque, pensando siempre en Teresa. Los novios que acabara de encontrar le hacían recordar la escena de la Universidad, cuando él y Teresa, casi sin palabras, se dijeron el secreto de sus almas. Todo eso le parecía ahora tan lejano, tan lejano. Y sin embargo, no habían transcurrido ni ocho días. ¡Era fatalidad la suya! Venía de un largo viaje, sin ideales, sin entusiasmo, sin fe en la vida. El, que fué en su adolescencia todo pasión, no se interesaba por nada ni por nadie, dominado por un escepticismo corrosivo y enfermizo. He aquí que de pronto encuentra su camino. Recupera su entusiasmo, sus ideales, su fe en la vida. Se entrega al trabajo y se dispone a recons-

truir su existencia. Todo por el amor de una mujer. Y un buen día, sin que él sepa los motivos, alguien destruye todas sus ilusiones. El palacio de ensueño y de felicidad que iba construyendo se ha desmoronado bruscamente. Su vida está deshecha, aniquilada, perdida otra vez para siempre.

Pasó junto a una fuente formada de piedrecillas y luego junto a otra fuente cuyo surtidor salía entre grandes piedras amontonadas en pirámide y como al desgaire. Cerca, había un horrible kiosko para la música, y en frente una gruta artificial. Entró después en un rinconcito silencioso y propicio a la intimidad de sus sufrimientos. Era una especie de salita formada por árboles y arbustos. En el centro, sobre un alto pedestal revestido de piedrecillas, una estatua erguía un farol. Allí se oía el ruido tenaz y melancólico de una acequia. A pocos pasos había una gran jaula llena de pájaros, una enorme canasta de piedra con plantas, y algunas palomas. Allí permaneció un rato, recostado al farol. Comenzó a sentir un aplastamiento que ya experimentara otras veces, una tristeza profundísima, un gran dolor de vivir. Salió a la avenida de la entrada, y se arrojó en un banco. La sombra se iba extendiendo bajo los altos álamos. José Alberto, penetrado de lasitud, apoyó la nuca en el espaldar del banco.

Atardecía. Un hombre, con un diario en la mano, entró en el parque. Se sentó en un banco y se puso a leer En seguida llegó una pareja elegante. Debía ser algún matrimonio de porteños que pasaba para las sierras y venía a conocer el parque. José Alberto notó que le miraban con extrañeza, observándole descaradamente. Se sintió molesto y abandonó el parque. El sol había desaparecido, pero una gran claridad duraba todavía so-

bre la sierra. Siguió caminando a la vera del parque; luego cruzó un puentecito de madera, pequeño y temblante, y, continuando a lo largo del río, llegó hasta las proximidades del puente Avellaneda. Las barrancas caían sobre el cauce casi seco. En el arroyo, algunos caballos bebían agua. El cielo, intensamente azul, parecía un cielo de Africa. Del otro lado del río, en Alta Córdoba, sobre las barrancas, algunas casuchas dispersas matizaban la espesura de la vegetación; por el camino, pasaba un carro levantando una inmensa polvareda. Sobre el fondo claro de las sierras, se destacaba un macizo de árboles. La ciudad comenzaba a apretarse a algunas cuadras del lugar. Todo el paisaje, gris y austero, seco y polvoroso, evocaba en la imaginación de José Alberto a Castilla la Vieja.

Su espíritu, frente a aquel paisaje, se iba llenando de una sorda irritación. Paseándose lentamente junto al río, sentía nacer un odio extraño hacia los Belderrain, hacia la Iglesia, hacia sí mismo. ¿Por qué le quitaban a Teresa? ¿Por qué le arrebataban inhumanamente su felicidad? En ese momento, para él Belderrain era el culpable. Hubiera deseado tenerle allí, en aquella soledad, ante aquel paisaje seco y duro como su alma. Le veía con su ceño siempre arrugado, con sus ojos penetrantes, con su faz reconcentrada y triste de retrato del Greco. Le hubiera dicho lo que merecía, hubiera castigado su infamia.

Y levantó el puño hacia el paisaje que miraba, como si de él fuese a salir el propio Belderrain. De nuevo le vino un deseo de correr, de desahogar la energía ficticia de ese instante. Se encaminó a la ciudad, costeando el río. Era ya de noche y comenzaban a encender las luces. Cerca del Puente Avellaneda, desembocaba la

Cañada. Venía la zanja por entre altísimos muros, que tenían en la hora un aspecto irreal y grandioso. Eran paredes de barracas. Al fondo, se levantaba un puente. Caían sobre el puente árboles inmensos. Las casas ascendían escalonándose detrás del puente, y, al fondo de todo, un vasto caserón, con aspecto de hospital o de convento, erguía su maciza arquitectura. A corta distancia, una docena de casuchas, muy bajitas y extrañas, pintarrajeadas de colores chillones, se alineaban separadas unas de otras por pequeño espacio. José Alberto, con el fin de distraerse, se acercó. Era una barriada pobre, una aglomeración de ranchos miserables. Una de las casitas del frente parecía decoración de teatro de títeres. José Alberto penetró en el barrio. Las callejas eran tan estrechas que tres hombres en fila no hubieran podido pasar; estaban formadas por cercos de tablas, latas y arbustos. Las casas no tenían ni siquiera la altura de un hombre. Miseria, suciedad, caras siniestras y hostiles por todas partes. Una vieja renegrida por el sol, con la piel seca y arrugada como una bruja, pasó con un balde y le miró enojadamente. La acompañaba una chicuela vestida de amarillo. Se veían camas y catres al aire libre. Una bandada de chicos había en cada rancho. Eran chicos inmundos, desnudos y silenciosos. Algunas casitas tenían corredores con pilares de material, cuadrados y pintados chillonamente de rojo, de azul o de amarillo. Inmensas pencas llenaban el barrio, ocultando a veces las casas.

José Alberto, penetrado de asco y de dolor, y olvidado un tanto de sus propios sufrimientos, salió del barrio. Llegó al Bulevar Mitre y esperó el tranvía. No hacía dos minutos que aguardaba, cuando alguien le puso una mano en el hombro. Era Matías Blanes.

—¿A estas horas por acá? ¿En qué andas? Yo vengo de ver un enfermo, una pobre muchacha que se ha de morir mañana de tifoidea.

—Dichosa ella. Daría cualquier cosa por estar en su lugar...

—¿Qué te pasa? Me das miedo. Veo que has hablado en serio.

—Vamos, vamos de aquí. ¡Qué me ha de pasar, Matías! La vida es una pura miseria. Me repugna vivir. Tengo ganas de hacer un disparate.

—No seas loco, hombre. La vida es buena, pero hay que aprender a tomar los reveses con filosofía.

José Alberto miró a su amigo impacientemente y le dijo con irritación:

—¿Tú qué sabes, hombre? ¿Tú qué sabes de mis dolores, de mis sufrimientos? Me han robado lo mejor que tenía, la única esperanza de mi vida, y todavía vienes a molestarme con tus consejos. ¿Me has oído?

Blanes quedó estupefacto. Comprendió que su amigo hallábase en un mal momento, y como en ese instante pasara un tranvía le hizo subir. No iba nadie en el tranvía y pudieron conversar. Blanes demostró a José Alberto lo insólito de su actitud. José Alberto le pidió que le perdonara.

—Es que no sabes, Matías, hasta donde llega mi desgracia.

—Sí, hombre. Ya lo sé. Has estado reservado conmigo que soy tu compañero y tu médico, y has hecho mal. Pero acá en Córdoba todo se sabe.

—¿Se sabe? ¿Qué es lo que se sabe? Quiero que me lo digas todo, ahora mismo, pronto...

—Pero no te agites de ese modo. Si sigues así, no te contaré nada.

José Alberto estaba pálido. Miraba a su amigo en los ojos, con una mirada insistente y rara. Blanes, esperando que José Alberto se calmase, empezó refiriendo vaguedades. José Alberto devoraba sus palabras, y a cada momento hacía gestos de impaciencia. Por fin, Blanes mencionó al Padre Mortero.

—¿Mortero, Mortero dices? Pero, ¿qué tiene que ver ese hombre? Habla, cuéntame todo lo que sepas. ¿Qué has oído?

—¿Recuerdas aquella noche de la colación? Salimos de la universidad con Maldes, y tú, hablando con ese individuo, criticaste el discurso de Ignacio Belderrain y opinaste como un liberal. Nosotros te dijimos que habías hecho mal en hablar delante de Maldes, que es un correveidile del Padre Mortero.

José Alberto quedó en silencio. Matías Blanes siguió hablando sobre la influencia que ejercía en ciertas casas de Córdoba el padre Mortero. Pero al ver el mutismo de su amigo y su mirada singular se arrepintió de lo que había dicho.

—No es para tanto, hijo; no te preocupes de esa manera. Todo tiene su remedio en esta vida.

En ese momento, el tranvía llegaba a una esquina y un sacerdote subió. Blanes le saludó amablemente. José Alberto estalló en palabras sarcásticas contra "los frailes". Hablaba a gritos, mirando al sacerdote.

—No llegaremos nunca—dijo Blanes,—y es demasiado tarde. En nuestras casas han de estar esperándonos.

Y tomando de un brazo a su amigo, le obligó a bajar.

Estaban en el centro, cerca de la plaza San Martín. José Alberto iba excitadísimo. Blanes notó que a su amigo le temblaban las manos. Detuvo un carruaje y dió las señas de la casa de Flores. Cuando estuvieron den-

tro del carruaje, José Alberto se oprimió la cabeza con ambos puños. Tenía movimientos convulsivos y mascullaba cosas incomprensibles.

Cuando llegaron, misia Isabel, inquieta por la tardanza, esperaba a su sobrino, espiando desde la ventana entreabierta. José Alberto, al ver a su tía, trató de aparentar tranquilidad. Pero se hallaba demasiado nervioso. Blanes mandó a la droguería por un remedio para los nervios y rogó a su amigo que se acostara. José Alberto se recostó vestido.

—¿Qué es esto, Matías? ¿Qué le pasa a este muchacho?—preguntaba sin cesar la viejita.

El médico consideró conveniente no ocultar nada a misia Isabel. Lo que su amigo tenía era una grave enfermedad nerviosa. Aquella neurastenia que, según él contaba, le había dominado durante los últimos años, acababa de tomar una forma aguda que podía serle muy molesta y hasta peligrosa.

—Y esto, ¿de qué le viene, Matías? ¡Mire que aquí lo cuidamos, Señor! Un muchacho que está de novio...

Matías refirió a misia Isabel lo ocurrido con los Belderrain. Ella no sospechaba nada. José Alberto se lo había ocultado todo.

—¿Pero es posible que se hagan tales cosas, Dios mío? ¡Qué hombre ese Ignacio! Por que eso es cosa de él, no tengas duda. La pobre Teresa es una santa y tiene adoración por José Alberto. ¡Señor, Señor! ¡Lo van a matar a este infeliz muchacho, tan enamorado que está! ¿Y por qué lo han echado de la casa? ¿Por qué, Matías?

—Ya puede imaginarse. El no es buen cristiano, como ellos dicen. No oye misa, no se confiesa y todavía tiene ideas liberales.

—¡Dios santo! Y mire que se lo he dicho a ese muchacho. ¡De qué podían servirle las ideas que tiene? ¡No sabes las horas que he rezado a San José y las promesas que he hecho por él! Una criatura buena como es él, educada en familia cristiana, ¿por qué no ha de creer? Eso se deja para los extranjeros, para los que no tienen padres conocidos. ¡Dónde se ha visto que un mozo de buena familia no crea en nada!

La sirvienta anunció que estaba la mesa servida. Blanes iba a despedirse, cuando apareció José Alberto. Vacilaba al caminar y tenía una expresión inquietante.

—No te vayas, Matías. Acompáñanos.

La viejita apoyó el pedido de José Alberto y el médico ocupó un lugar en la mesa.

Durante toda la comida, José Alberto pareció tranquilizado; pero no habló nada. Apenas contestaba con monosílabos a las preguntas de su tía y de su amigo. No comió sino muy poco. Blanes habló de la conveniencia de que salieran al campo, a las sierras. A José Alberto le vendría bien una vida al aire libre, una vida un poco animal. Era preciso que anduviese a caballo, que se bañase en el río, que tomase leche recién sacada. Misia Isabel aprobaba.

—Pero tienen que apresurarse porque ya todo el mundo se está yendo al campo; pueden quedarse sin casa.

Hablaron de diversos puntos de la sierra: de los pueblecillos veraniegos vecinos al dique San Roque, que parecen penetrados por la poesía panteista del inmenso lago; de Alta Gracia, polvorienta y gris, frecuentada por familias de Buenos Aires; de otros lugares metidos sierra adentro, donde no había comodidades, pero que tenían una gran belleza. Misia Isabel prefería Totoral. Allá poseía ella una casa; una buena casa, para lo

que era el pueblo. Aquel año no se había alquilado, y podían ir cuando quisieran.

Habían terminado de comer. José Alberto rogó a su amigo que le acompañara a la calle.

—Pero, ¿adónde vas a ir? Es mejor que te acuestes, hombre. Debes cuidarte. Como médico, te ordeno que te acuestes. Tienes que obedecerme.

—Desde mañana te prometo obedecerte, pero esta noche acompáñame.

—¡Pero, hijo!—exclamó la viejita—¿adónde vas a ir?

—Quédese tranquila, tía. Ya ve que me hago acompañar por mi médico.

Salieron a la calle. El paseo Sobremonte parecía dormir bajo un lunar de plata. Un silencio hondo y grave había entre las arboledas. Esperaron un carruaje, y, como no pasara ninguno, subieron a un tranvía en la calle 27 de Abril. Blanes quería saber adónde iban, pero José Alberto se negaba a decírselo.

—He querido que me acompañes porque temo ir solo. Tengo miedo de la noche, tengo miedo de mí mismo, un horroroso miedo de mí mismo. ¿Entiendes, entiendes ahora?

Iban solos en el tranvía abierto. Blanes no contestó y trató de que hablasen de temas ajenos a las preocupaciones de su amigo. Pero era inútil. José Alberto no se interesaba por nada. Iba silencioso y meditativo. De cuando en cuando pronunciaba alguna palabra, sin mirar a Blanes, como hablando consigo mismo.

—Bajemos—dijo José Alberto.

Habían llegado frente a la estación del Ferrocarril Central Argentino, a la esquina de las calles San Jerónimo y Bulevar Wheelwright. En aquel lugar apenas había luces. Una blanca y enorme luna llena vagaba en

un mar de sombras. Silencio profundo, sólo interrumpido por algún tranvía. Las barrancas de San Vicente, cubiertas de pencales y de ranchitos miserables, habían cobrado, bajo la luna, un tono ceniciento y suave. Caminaron una cuadra hacia el norte y se hallaron frente al convento de las Adoratrices. Un altísimo y triste paredón cerraba el vasto terreno destinado al convento. A trechos aparecían tapiadas las aberturas para las puertas y ventanas. En un costado, se levantaba la iglesia y lo único construído del convento. La iglesia era gótica y fea. En el silencio de la hora, la mudez de aquel convento, sin una luz, y la blancura de la iglesia, tenían algo de fantástico y desolador. José Alberto miraba con odio aquel paredón inacabable que daba a dos calles. Quisiera saltarlo, romper su misterio y su mudez. Allí estaba Teresa. Allí dormía a aquella hora, tal vez ajena al gran dolor que causaba.

—¡Qué romántico!—dijo Blanes.—Solamente tú eres capaz, en toda Córdoba, de rondar un convento en trance de amor.

José Alberto no había oído. Con los brazos cruzados, desde la vereda de enfrente, tenía los ojos en los muros tristes del convento. Estaba inmóvil y en sus ojos había un brillo nuevo, una expresión dulce y amorosa que su amigo no le había notado nunca.

—Matías—dijo de pronto, con un tono tan suave y lleno de amor que puso triste a su amigo—¡si supieras cómo la quiero! Iba a ser mía, mía para siempre. Es una santa, una santa adorable y única. ¡La más dulce, la más buena, la más pura, la más ideal de las mujeres!

Y sentándose en el poyo de una ventana, hundió la

cabeza entre las manos y permaneció así un largo rato. Matías quedó en pie a su lado.

—Vamos, vamos de aquí—dijo levantándose bruscamente, frenético de excitación.

—Tranquilízate, hombre. Hace un momento parecías hasta contento, y ahora...

Llegaron a la esquina. Junto a un galpón, un gran fuego lo enrojecía. Todo era silencio y soledad.

—Vámonos bien lejos. ¿Oyes? Odio a este convento miserable. Le pegaría fuego, si pudiese. ¿Para qué sirven los conventos? Para encerrar a las grandes almas como Teresa, para ocultarlas al mundo, quien sabe con qué fines. Malditos sean todos los conventos. Los odio, ¿entiendes? Odio a la religión, a los frailes, a los jesuítas. Tú eres católico, ¿verdad? Sí; tú oyes misa. Pues te odio también a ti, sábelo de una vez. Odio a todos los católicos. Son cómplices de estas infamias. De estas...

—Mira que te oyen. Viene gente. Estás haciendo un papel ridículo. Comprendo tu odio, pero guárdatelo para tu casa.

José Alberto continuó en tono cada vez más exaltado. Blanes se desesperaba. No encontraba manera de tranquilizarle. Quería llevarle a su casa, pero no pasaba ningún carruaje. Mientras tanto, caminaban hacia el norte, siempre por el Bulevar Wheelwright.

De pronto, en un lugar en que el bulevar se une con la calle Santiago del Estero, un extraño espectáculo les asombró. Junto a un alto muro, en el suelo, metidas en la tierra, brillaban encendidas una multitud de pequeñas velas.

—¿Qué es esto? Explícame.

José Alberto había oído hablar cuando niño de la tradición del Degolladito, pero ahora no la recordaba. Bla-

nes explicó. Hacía muchos años, cuarenta o cincuenta, un estudiante riojano pasó la noche en el barrio, en una casa donde vivían algunas mujeres de mala vida. Al día siguiente, el joven apareció degollado. Se atribuyó el delito a la mujer que había pasado con él la noche. Y desde entonces, en desagravio al estudiante, las mujeres de mala vida, que vivían siempre en aquel barrio, encendían velas en el lugar donde apareció el cadáver.

—Acerquémonos a mirar los votos—dijo Blanes.

El médico se había alegrado al ver lo impresionable que era José Alberto. Hacía un instante, parecía medio obsesionado por su contraste sentimental; y he aquí que la imagen pintoresca y simple de una ridícula superstición bastaba para distraerle.

—Fíjate en esta velita,—decía Blanes.—¡Con qué cuidado la han puesto! Le han hecho un cerquito para aislarla de las otras, tal vez para darle carácter de intimidad. Vamos a contarlas. Una, dos, tres...

José Alberto callaba. Parecía haber tornado a sus preocupaciones. Tenía los ojos fijos en las velitas pero seguramente no miraba.

—¡Ciento ochenta y siete velitas! ¡Cosa original! Serán promesas, sin duda. Es curioso, ché, cómo el pueblo se crea sus santos. En Santiago hay la Telesita, una pobre loca convertida en algo así como una deidad de los bosques. Pues el degolladito es también un santo para estas infelices mujeres. Le hacen promesas, le dicen oraciones, y, según creen ellas, les concede cuanto le piden. Hubiera sido lindo verlas venir. Empiezan a llegar desde las ocho, apenas atardece. Algunas mandan su dádiva con un muchacho o con otra mujer. Las promesantes son de distintas categorías. Basta ver las ve-

las. Fíjate en aquella: es un verdadero cirio. Notable, ¿eh? En cambio aquella velita raquítica debe haber sido puesta por alguna pobre. ¡Cosa original! Lo que no comprendo es cómo el dueño de la fábrica permite que le arrimen doscientas velas encendidas a su pared. El día menos pensado se le convierte todo en humo. Pero, ah, ya caigo: seguramente él también cree en el Degolladito...

Blanes rió de su propia frase y miró a José Alberto. Pero José Alberto no le había escuchado. Permanecía con la mirada lejana; su rostro tenía una expresión atormentada. Con los brazos cruzados y los ojos en las luces, movía la cabeza de arriba a abajo, lentamente.

—Pero, ¿qué te pasa, hombre?

—Me pasa...—comenzó, sonriendo de un modo triste e interrumpiéndose, como si tratara de hacer una confidencia y no se atreviera.

—Dímelo todo. Soy tu amigo de la infancia, soy tu médico...

José Alberto clavó los ojos en su amigo. De repente le tomó del brazo, y apretándoselo fuertemente, y con la voz penetrada de sufrimiento y de confidencia, con los ojos llenos de lágrimas, dijo, interrumpiéndose a cada instante por la emoción:

—Me pasa... que envidio con toda el alma a estas mujeres. Yo también quisiera creer como creen ellas, estúpidamente, inconscientemente. Si yo creyera como ellas, nadie me hubiera quitado a Teresa, nadie, nadie, nadie... ¿me entiendes? Sería feliz, y no un pobre desgraciado como ahora. ¿Para qué me han servido mis dudas? ¿Qué beneficio moral, qué beneficio material pueden darme? Solo han servido para causarme inquietudes, para dispersar mi alma, para destruir la uni-

dad de mi ser, para hacerme infeliz, para llenarme de negrura y de dolor. Yo quisiera creer como esas mujeres que vienen a poner velitas junto a esta pared. Quisiera creer como mi tía, la monja *teresa;* como mi tío, que era un místico. ¡Ellos fueron felices, y yo un desdichado!

Blanes trató de calmarle. Pero todo era inútil. José Alberto, cada vez más excitado, hablaba sin cesar, como si quisiera arrojar aquellos sentimientos que había conservado encerrados en su alma.

—Yo no ataco a nadie, no condeno a nadie. Ni mis padres, ni Belderrain, ni menos Teresa, ni siquiera Mortero son culpables. Ellos han sido lógicos, han procedido de acuerdo con sus sentimientos. Solamente yo he sido ilógico, incoherente. La culpa de esto la tengo yo mismo. La tienen mis vicios de otro tiempo, la sensualidad, el paganismo de mi vida. Por ellos he llegado al descreimiento, sino a la negación absoluta. ¿Y de qué sirve el descreimiento? Contéstame... ¿De qué sirven las ideas?

—Pero hombre, no grites de esa manera. Por favor, un poco de calma...

—Sí, de qué sirven las ideas, quiero preguntarte. ¡Cómo si el mundo se rigiera por ideas! Ilusiones, estupideces... No hay más que sentimientos... ¿Entiendes? Hay que vivir de acuerdo con nuestros sentimientos. Pero debemos empezar por crearnos sentimientos, sentimientos útiles, sentimientos que nos sirvan de norma, que nos hagan felices, que nos dén un camino ya hecho.

Siguieron, sin apresurarse, hacia el norte, costeando el Río Primero. Mientras caminaban, Blanes trataba de inculcarle esperanzas. Si la solución del problema con-

sistía en creer, él aseguraba que el asunto se hallaba en buen estado.

—¿Por qué? Tu piensas que si yo creyera, aquel monstruo de Belderrain...

—Yo no puedo afirmarte nada. Eres tú quien lo ha dicho. Pero la solución no me parece imposible. Beldederrain es un fanático; y si tú cantaras la palinodia y llegaras a creer como él cree, se me ocurre que no pondría dificultades a tu noviazgo.

—¿Y Teresa? ¿No está en un convento? ¿No es monja, ya?

—Pero no seas ignorante. Teresa no es sino una postulanta, y tiene que pasar algún tiempo antes de tomar el hábito. Tiene que probar su vocación.

José Alberto quedó pensativo. Blanes agregó, sonriendo:

—Pero lo que quería decirte es otra cosa. Y es que me parece que vas en camino de convertirte. Ya has andado la mitad. Quieres creer, consideras que la religión es necesaria y que ella te haría feliz. ¿Qué te falta?

—Creer, precisamente.

Habían doblado en ese momento la curva del Bulevar Guzmán, que continúa en cierto modo al Bulevar Wheelwright, y tenían ante sus ojos un vasto paisaje. Hacia el frente y hacia la izquierda, espesas masas de árboles aparecían apenas matizadas por las luces de los focos y por la transeunte iluminación de los tranvías. Sobre la arboleda del parque Las Heras, aparecían los enormes diamantes de los dos focos eléctricos del vecino puente. Una luna redonda y casi transparente aparecía solitaria, en una dulce serenidad. Una casa blanca, de un blanco azulado, se levantaba aislada hacia la

parte de la ciudad. En el río casi seco, serpenteaban caminos hollados por carros y animales. Daba sobre el río una baranda muy baja, rota en largos trechos. Un puente ancho, de arcos chatos y toscos, cruzaba el río. De una calle surgía una fulgurante masa de luz. A la derecha no había sino sombras. Se detuvieron en el puente. Hacia la parte de las sierras, apenas visibles en la noche, el paisaje tenía algo de místico. Una chimenea gigantesca que aparecía como detrás del río, con su gran mancha negra en la cúspide; los signos de admiración que escribían las luces en el agua escasa y quieta; la dulzura panteísta del lugar; el silencio austero y grave de la hora, recordaban a José Alberto los paisajes de Whistler. En el puente, se apoyó en uno de los balcones redondos en forma de barbacana. Se veía la masa de luz de la ciudad a una parte, y hacia la opuesta el Parque Las Heras, vagamente blanquecino bajo la luna. José Alberto se sentía más tranquilo. Su irritación iba desapareciendo y ahora solo experimentaba una tristeza profunda, un gran cansancio espiritual y físico. Hubiera permanecido largas horas en aquel puente, con los ojos en el cauce y en la sierra lejana, dejándose invadir poco a poco por la poesía sutil y misteriosa que desprendían en la hora las cosas circundantes. De cuando en cuando, un tranvía que cruzaba el puente le traía la presencia de la realidad. Pero pasaba tan fugazmente y José Alberto estaba tan sumido en sus sensaciones, que ni se volvía para mirar aquel escándalo de luz que, como un fogonazo de magnesio, golpeaba en el puente y desaparecía.

Blanes quiso que regresasen a sus casas. Eran más de las once. Pero José Alberto se empeñó en que continuaran. Ansiaba meterse en las barrancas de Alta

Córdoba, por entre aquellos senderos de plata en los que puntuaban las pálidas luces de las casuchas dispersas. Blanes, refunfuñando, le siguió.

—Esto me hace mucho bien, Matías—dijo José Alberto tristemente, como si no le agradara la posibilidad de hallar consuelo a su desgracia.—Todo lo que tú has hablado para tranquilizarme fué inútil, y ya ves lo que ha conseguido la naturaleza con una sola palabra que me ha dicho en voz baja...

Se hallaban frente al Parque Las Heras. La gran verja de la puerta estaba cerrada, y a través de sus barrotes de hierro se veían las avenidas, las fuentes y los senderos, profundamente melancólicos en su soledad. La luna penetraba hasta el suelo del parque, al través de los ramajes espesos, y cubría las cosas como de un tenue polvillo de cenicienta blancura. En frente, detrás de una tapia baja y larga, asomaban altos cipreses. Por la ancha calle que separaba el parque de aquella tapia, se subía al pueblito de Alta Córdoba. El terreno se iba elevando en cuesta muy pronunciada, y, a pocos pasos del parque, el puente en forma de arco romano daba a Córdoba un carácter de vieja ciudad europea. Se parecía aquel terraplén a las fortificaciones de París, y el arco, tosco y extraño bajo la noche, hacía pensar en aquellas construcciones romanas que atraviesan ciertas ciudades españolas. Debajo del arco, venían, como precipitándose, los tranvías. Pasaron por el arco. Hacia la izquierda, se veía el caserío de Alta Córdoba. En primer plano había algunos paredones hendidos. Una gran soledad les rodeaba. Pero José Alberto quiso explorar el sitio y treparon un camino abrupto que surgía a la derecha. Anduvieron pocos pasos y se volvieron para mirar la ciudad. Allá abajo, aunque a corta

distancia, quedaba hundido el puente de arco romano, y más lejos, y más abajo aún, la gran masa confusa y luminosa de la ciudad. Innumerables torres horadaban el cielo. Hacia todas partes se divisaban las alturas que circundan a Córdoba. La luna, blanqueando en las alturas del barrio Crisol, de San Vicente, de Las Rosas y de otros lugares que rodean la ciudad, hacía ver a esta como un diamante enorme engastado en plata vieja.

El sendero en cuyo principio se habían detenido, subía torciendo bruscamente hacia la derecha. Se internaron, no obstante las protestas de Blanes, que consideraba peligrosos aquellos sitios. Pero no habían caminado diez pasos cuando se detuvieron. Desde allí no se veía ni Córdoba, ni el puente, ni el vecino caserío. No tenían ante los ojos sino el cielo plateado, y tierra, tierra gris y árida, y algunas pencas de formas extrañas y salvajes. Era una visión del yermo, en toda su plenitud. El silencio tenía una hondura infinita y la soledad era de un panteísmo augusto. Fueron dos pasos más hacia dentro, y encontraron dos casuchas miserables y oscuras, y dos caballos bajo un cobertizo. No había ruido ni luz ninguna. Volvieron al primer lugar. José Alberto sentía que una desolación espantosa penetraba en su alma. Se sentía solo en la vida, abandonado, miserable. Se sentó en una piedra y se llevó las manos a la cara.

—Bueno, vamos—dijo Blanes.—¿Hasta qué horas quieres que andemos vagando? Es más de media noche...

—Déjame, déjame...

Blanes volvió a inquietarse un poco por su amigo. Pero enseguida comprendió que la crisis había pasado

y que la situación actual no era sino el fin necesario. Se sentó no lejos de José Alberto, dispuesto a pasar allí todo el tiempo que quisiera su amigo.

José Alberto levantó la cabeza, y miró el cielo y el paisaje. Luego, se puso a hablar. Sus palabras salían a veces en tumulto, a veces con calma. Su voz pasaba por diversos tonos, y tan pronto se hacía tierna y suave como se tornaba iracunda y amarga.

—Yo solo, yo solo tengo la culpa. He olvidado a Cristo, he abandonado a Dios. Y al perder a Dios me he perdido yo mismo y he perdido a Teresa que era mi luz y mi redención. Ahora, ¿qué soy sino una pobre cosa? ¡Una pobre cosa! Más vale morirse. Si alguien viniera ahora y me asesinara, yo le daría las gracias antes de irme de este miserable mundo. Más vale morirse, hundirse en la nada. ¡Quién sabe si el morir no es para nosotros mezclarnos con el alma del mundo, desaparecer en esta armonía infinita... entrar en Dios...!

Blanes le acarició la cabeza sin decirle una palabra.

José Alberto miró a su amigo, y, como creyera que sonreía, le dijo:

—Tú me ves ridículo, y tienes razón. Nada hay más ridículo que una vida como la mía. ¿Qué es el ridículo sino la desproporción entre los medios para conseguir un fin y el resultado conseguido? Yo he querido ser feliz, gozar de la vida como un pagano, y he aquí lo que he conseguido: ¡ser un desgraciado!

—Yo no te encuentro ridículo, sino enfermo. Sencillamente. Todo esto es una crisis nerviosa, muy natural por otra parte. Ya pasará. Ya ha comenzado a pasar. Ahora no tienes otro remedio que cuidar tu salud, y luego someterte a la realidad, que no es mala.

—Odio la realidad, ¿entiendes? Por eso he querido esta noche venir a este lugar, lejos de la realidad. ¿Sabes lo que es la realidad?

Blanes se sintió llevado de un brazo hasta el comienzo del sendero, al punto en que se veía la masa luminosa de la ciudad, allá abajo. Su amigo le señaló la ciudad dormida, y con el puño cerrado la amenazó. Allá estaba la realidad, formada por el montón infinito de las pequeñeces humanas, por prejuicios que dividían a los hombres y falsificaban la vida, y por la múltiple miseria de la existencia cuotidiana. Allá estaba la realidad, mala y dominadora. Y allá dormía, bajo las torres cómplices, su sueño de orgullo y de injusticia, descansando ahora para seguir mañana en su oficio de crear sufrimientos y rencores.

VI

A seis horas de Córdoba, más o menos, y en dirección al norte, el pequeño pueblo de Totoral desparrama su pintoresco caserío. No tiene ferrocarril, y es preciso, para llegar allí, hacer dos horas en carruaje desde la estación Sarmiento, situada en la línea a Tucumán. En tiempos de la Colonia fué lugar de importancia, y no hace aun muchos años, antes que el ferrocarril fuera construído, las antiguas e inmensas galeras hacían un alto en la posta de Totoral para cambiar caballos y seguir luego su marcha, intrépida y monótona, al través del desierto. Ahora, Totoral carece de vida durante ocho meses del año; pero en verano se anima con los veraneantes de Córdoba. Está situado en terreno casi llano, y apenas si en las afueras aparecen suaves ondulaciones. Las viviendas son en general ranchos, aun aquellas donde habitan familias cordobesas de tradición. Casi todos los ranchos están techados de paja blanca y fina, y aquellos de las familias cordobesas, decentemente amueblados y arreglados, solo tienen de rancho la apariencia. Las calles son angostas y polvorosas. Cuando pasa un carruaje, nubes de polvo, que demoran siglos en asentarse, impiden ver a la distan-

cia. Por estas calles cruzan, casi todas las tardes, largas caravanas de carretas que conducen maderas. Es al atardecer. Desde muy lejos se oye el estrepitoso y bárbaro chirriar. Luego, poco a poco, con una lentitud afligente, el ruido va creciendo, y por fin, gigantescas y antiguas, las carretas aparecen. Los ojos no pueden apartarse de aquella visión, y uno cree que las carretas no acabarán nunca de pasar. Pero ya vienen acercándose, ya están frente a nuestra casa; ya va pasando la primera, ahora va acercándose otra, ya se vé claramente la tercera. Y siempre aquel chirrido descomunal, desesperante, siempre aquel tableteo lúgubre que dura media hora, una hora. De día el sol cae con violencia. Reverbera en los techados de paja, hace cerrar las puertas de las casas, paraliza por completo el movimiento de las calles, resquebraja las paredes. Cuando el sol desaparece, comienza la música eglógica de los sapos. Son sapos enormes que salen de todas partes, que invaden los cuartos en bandadas. Al mismo tiempo empiezan a cantar los grillos, y numerosas alas negras y siniestras pueblan el aire de los cuartos. En los sitios baldíos, un animalito, que nadie sabe cómo se llama, hace, desde su escondrijo subterráneo, un ruido apenas perceptible pero que no se detiene jamás, un ruidito eterno, más afligente aún que el áspero y formidable chirriar de las carretas. Por las noches, sopla viento fresco, y suele oirse serenatas: música de guitarras y canciones melancólicas de la tierra. En las casas hay huertas frondosas y extensas. Tupidos duraznales dejan ver a millares su pequeño y exquisito fruto. Corren por el pueblo leyendas de aparecidos, historias de almas en pena.

Para José Alberto, el primer día de Totoral fué muy

desagradable. No había sol, pero el calor era aplastante. Las casas, las calles, hasta el aire, todo tenía un color gris sucio. El ambiente estaba espeso y asfixiante, y todas las cosas producían una sensación de inmovilidad. No se veía una alma por las calles. Y si por acaso pasaba algún jinete, se levantaba una polvareda gris que penetraba en las casas. A la tarde, el cielo muy bajo y tapado por gruesas nubes de plomo, el vaho del suelo, el chirriar de las carretas, los murciélagos, la soledad, el silencio, parecía que le ahogaban. Desesperado, ansiaba la noche, y la noche llegó con su frescor y sus estrellas.

Poco a poco se fué habituando a aquellas cosas de Totoral, y al cabo de cinco días se había casi adaptado. Llevaba una vida sana y tranquila. Se levantaba muy temprano y se arrojaba a una vasta acequia donde permanecía una larga media hora bañándose en el agua fría y transparente. Luego salía a caballo. Experimentaba un placer nuevo en galopar por aquellos campos solitarios y ondulados, que no carecían de gracia. Dormía la siesta, y hacia las seis, cuando ya el sol no quemaba, se sentaba en la vereda con un libro en la mano. Pasaban muchachas en batón y en cabeza. Alegres cabalgatas de jóvenes y niñas partían desde el barrio. Se acostaba temprano, y casi siempre se dormía oyendo lejanas serenatas que se extendían claramente, bajo la lírica serenidad de la noche.

José Alberto se hallaba satisfecho de aquella vida y tenía esperanzas de normalizar sus nervios. Después de la noche en que saliera con Blanes a rondar el convento de las Adoratrices, había caído gravemente enfermo. La continua excitación de su espíritu durante aquellas tres horas, le habían producido un agotamien-

to nervioso que preocupó a Blanes. José Alberto no quería probar la comida ni podía dormir y permanecía largas horas en una postración alarmante. A la noche le tornaban, pero exacerbadas, sus viejas preocupaciones de la muerte. Algunas inyecciones contra la neurastenia y un severo régimen de alimentación, en el que misia Isabel puso todo su cariño hacia el sobrino, levantaron el ánimo de José Alberto, que pudo partir a Totoral. El cambio de aire, el estar lejos de cuanto le recordaba a Teresa, hasta el calor le habían hecho bien al cuerpo y al alma. Pasada aquella crisis, le parecía que un hombre nuevo había nacido en él.

No pensaba ni quería pensar en su prima. Comprendía que todo era completamente inútil, y, con una energía de que él mismo se asombraba, rechazaba todo pensamiento en Teresa y en aquel infeliz amor de su vida, que ya le parecía cosa antigua. Estaba resuelto, absolutamente resuelto a olvidarlo todo. Lo único que le quedaba, pasada la crisis, era la inquietud religiosa. Había entrevisto, en sus momentos de mayor angustia, la enorme fuerza moral que significaban los sentimientos religiosos. Había comprendido claramente que, de haber creído, hubiera sido consolado en su aflicción. "Porque, para el que tiene la convicción de otra vida, —pensaba,—¿qué tanto pueden afectarle las miserias de la presente?"

Muchas noches las preocupaciones religiosas, sobre todo la idea de la muerte, le impedían dormir. Se desasosegaba, y, acometido de terrores, pasaba malos momentos. A veces intentaba leer, pero no podía interesarse por su lectura. Cierta noche, no pudiendo soportar el lecho, se puso un pijama y salió al patio. La viejita, alarmada, pensó en llamarle, pero no lo hizo te-

miendo disgustarle, y pasó la noche entera, ella también, sin lograr dormirse. A la mañana siguiente, misia Isabel, con habilidad, llevó la conversación al asunto.

—No podía dormirme, tía—contestó José Alberto con displicencia.

—Pensarías en algo, pues. Yo te aconsejaría que rezaras el rosario. No hay cosa mejor para la falta de sueño.

José Alberto levantó los hombros. ¿Para qué iba a rezar? El no creía en nada, ni en Dios. ¿Estábamos seguros de que Dios existía? La viejita se aflijió al oirle hablar así. Dios podía castigarle en la otra vida.

—¡La otra vida! Pero, ¿qué podemos saber de la otra vida?

Y sin embargo, era eso lo que le preocupaba. Le parecía horrible la idea de morir, de volver a la nada, de dejar este mundo. El pensar que hubiese otra vida, que hubiese un castigo para los malos, le torturaba. La agonía, el cajón, el cementerio, la posibilidad de ser enterrado vivo... Todo eso era espantoso. Pero más espantoso aun le parecía que no hubiese otra existencia, que pudieramos acabar como perros, desaparecer para siempre, ¡para siempre! No se conformaba con la idea de dejar a los seres queridos, las ilusiones, la vida misma, y no recuperar nada jamás, jamás. Sí, tenía que haber otra vida. Para él, eran miserables, perversos, aquellos que nos quitaban la ilusión de otra vida: ¡la más confortadora y consoladora ilusión que nos ayudaba a vivir, a nosotros los pobres hombres!

No había dicho nada de estas cosas a su tía, pero ella las adivinó. Y contestando a la pregunta de José Alberto, habló de la otra vida. Ella no dudaba de que hubiese un más allá. Sentía la existencia de los castigos

y la gloria eternos como sentía su propia existencia. Si no fuese así, ¿qué objeto tenía la virtud? Además, el cielo, la naturaleza, todo, en fin, ¿no hablaba claramente de Dios y de la eternidad?

La viejita continuó largo rato con el tema. José Alberto la escuchaba con atención profunda. La sinceridad, el acento de convicción y la sencillez de aquella alma pura, le conmovían. Le hacía un bien inmenso oir tales palabras de fé. Y aunque no lo dijo, le agradeció a su tía en el alma la lección de esperanza que le había dado.

Aquella tarde no durmió la siesta. Era un día delicioso y fresco. Estaba nublado. Salió a la vereda. Y se disponía a leer, sentado en su silla de hamaca, cuando vió venir un gran grupo de jóvenes y de niñas a caballo. El no conocía a nadie de cuantas personas veraneaban en Totoral. No tenía tampoco el menor deseo de conocerlas. Y así quedó asombrado al ver que una muchacha de las que iban a caballo le saludaba con la mano cariñosamente. Clavó los ojos en ella. Era Asunción Belderrain.

Desde ese instante no tuvo otro pensamiento que el de encontrarse con Asunción. No tardó en saber que los Belderrain vivían a tres cuadras de su casa y que todos, salvo Teresa, naturalmente, se hallaban en el pueblo. Asunción era la única persona capaz de informarle con exactitud sobre los hechos que le interesaban. Ella le explicaría la decisión de Teresa, le revelaría su estado espiritual, le diría si en el corazón de Teresa había aun cariño hacia él. Por esto, andaba otra vez preocupado. Había vuelto a pensar en Teresa; y todos los sufrimientos, las dudas, las inquietudes, los odios de los últimos días de Córdoba iban reapareciendo preci-

pitadamente. ¡Pero Asunción le libraría de sus angustias! Ella lo sabía todo, y ella daría una solución a sus mortificantes interrogaciones.

Pero ¿cómo encontrarse con Asunción? Muchas veces pensó en rondar la casa de los Belderrain. Rechazó la idea, pues era peligroso y además comprometedor para Asunción. Vecina a la casa de José Alberto, vivía una señorita original y buena que tal vez hubiese patrocinado su encuentro con Asunción. Era una cuarentona que se vestía de una manera análoga a la de las viejas de hacía treinta años, con bucles y tirabuzones. Hacía flores de papel, paisajitos con hojas y tallos y tenía una alma cándida y simple. Conocía toda la historia de José Alberto, quería mucho a Teresa, y deseaba que aquel asunto se arreglase. Pero José Alberto no se atrevió a un pedido semejante. Temía que los Belderrain se disgustaran luego con su amiga. Decidió escribir dos líneas a Asunción y mandárselas por medio de la sirvienta. Una mañana que, pasando él a caballo frente a la iglesia, viera caminar cerca a una criada de los Belderrain, la llamó. La muchacha titubeaba en acercarse. Sin duda temía ser vista, y avizoraba los contornos. Pero José Alberto, pensando en que probablemente Asunción la hubiera aleccionado, insistió, bajó del caballo y entró en la iglesia. La muchacha le siguió. No había nadie en la iglesia por ser día de trabajo y algo tarde. José Alberto puso en la mano de la muchacha algún dinero para ella y una carta para Asunción.

—¿Y la niña Teresa?—le preguntó, al mismo tiempo.

—Y... en las beatas, pues.

—¿Se fué por su gusto? ¿Qué ocurrió?

—¡Pero qué se va a ir por su gusto, niño!

Y en su lenguaje interminable y vernáculo, explicó

a José Alberto lo que ocurriera aquella tarde, cuando Teresa se desmayó.

Este relato de la criada bastó para que a José Alberto se le exacerbaran sus preocupaciones. Ya no podía pensar sino en Teresa. Ya no dudaba de que Teresa le seguía queriendo. Aquellas palabras de la muchacha: "¡pero qué se va a ir por su gusto, niño!" le revelaban entre otras cosas: el amor de Teresa y su evidencia hasta para los sirvientes de la casa, la seguridad de haber entrado en el convento por imposición tal vez del padre, tal vez de un sin número de circunstancias que ella interpretaba seguramente como la voluntad de Dios. ¡Y he aquí que Dios venía a interponerse ahora en su camino, a ser su enemigo! Encariñado con esta idea, ya no podía concebir otra. No era Belderrain quien había empujado a Teresa hacia el convento. Era Dios, por medio de Belderrain; era el Dios de Belderrain y de Mortero.

Aquella misma tarde tuvo la respuesta de Asunción. Quería hablarle con urgencia y le decía que a la mañana siguiente, apenas aclarase, le esperaba en los fondos de su casa. Ella dormía en el mismo cuarto que Lolita; pero su hermana no notaría su salida, y en todo caso, si la notaba, podía decirle que iba a bañarse en la acequia.

José Alberto no durmió aquella noche. Imaginaba que Asunción le daría los medios para libertar a Teresa, y ya se veía, en la inquietud del insomnio, escalando el convento y robándola. Se le cerraban los ojos; pero apenas comenzaba a dormirse, se despertaba sobresaltado, con pesadillas. Había prevenido a su tía que iba a madrugar. Salió con el alba, mientras misia Isabel dormía.

La casa de los Belderrain ocupaba una esquina. Todas las piezas daban a la calle. Tenía la casa una huerta que llenaba más de media hectárea y se prolongaba en la hectárea siguiente. Era un verdadero bosque de duraznos. Por el fondo, junto al límite, pero dentro de la propiedad, pasaba un arroyo. Grandes árboles de sombra lo orillaban, formando un sitio delicioso y poético. Allí pasaba Asunción largas horas del día, y muchas veces hasta solía bañarse allí. José Alberto, para llegar a aquel sitio, no tenía sino que saltar un alto cerco de ramas.

Así lo hizo.

Asunción, vestida con un batón blanco que realzaba su color moreno, le esperaba recostada en el suelo, bajo un árbol. Apoyaba la cabeza en una mano, cuyo brazo había clavado en la tierra, y con la otra mano, en actitud displicente y moruna, jugaba con el agua del arroyo. Desde allí veía a José Alberto cómo saltaba el cerco; y sus apuros y dificultades la tenían muy divertida. José Alberto llevaba altas polainas de cuero, un elegante traje de hilo gris, un plastrón y se cubría con un gran chambergo de aquel color. Una vez que hubo franqueado el cerco tuvo que pasar el arroyo, que era bastante ancho. Con gran contento de Asunción, no tuvo otro recurso que saltar, y, como era inevitable, fué a caer antes de tiempo. Asunción reía torrencialmente.

—Eso le pasa por enamorado. Venga siéntese aquí,—le dijo, cuando terminó su ataque de risa, tratándole "de usted", en el tono con que se habla a los niños.

Se incorporó e hizo un lugar para José Alberto.

—¿Y Teresa? Cuéntame de Teresa. Estoy medio loco. Asunción.

—Cuidado, no vaya a acabar de enloquecerse aquí. Mire que si le da la locura lo voy a echar al agua.

José Alberto reía también, pero su corazón palpitaba con el ansia de saber noticias de Teresa. Por fin Asunción le refirió todo lo que había visto y oído, comenzando por la visita del padre Mortero. José Alberto, indignado, calificó duramente a Mortero.

—¡Chit! Esas palabras no se dicen; el Padre Mortero es una excelente persona. Yo lo odio, pero reconozco que es buena persona. Fué mi confesor por desgracia. ¡Me mandaba cada penitencia! Y yo no sé por qué, pues con las otras no era así. Una vez me dió rabia y lo dejé. Por eso estoy dispuesta a ayudarte. No por tu linda cara, sino por vengarme de las penitencias de Mortero. ¡Me voy a reir más con la furia de Mortero cuando ustedes se casen!

José Alberto sabía que nada de lo que hablaba Asunción era verdad. Si los protegía a ellos era por que profesaba a Teresa un gran cariño y una inmensa admiración. A él le quería también, pero como una consecuencia del amor a su hermana. Asunción tenía el pudor de sus sentimientos, así fuesen los más naturales.

Según Asunción, Teresa estaba enamoradísima de José Alberto. Pero "la infeliz santurrona", como dijo, no se daba cuenta. Creía que Dios le indicaba el camino del claustro.

—Si será sonsita, ¿no? Como si Dios se fuera a meter en estas cosas. Además, Dios no puede querer que las muchachas se encierren entre cuatro paredes. ¿Para qué? No; Dios quiere que vivan, que tengan novios, que se enamoren, que se casen y que tengan un montón de hijos.

Se echó a reir al darse cuenta de sus últimas palabras, que se le habían escapado. Y agregó:

—Pero la hipócrita de mi hermana no piensa de este modo.

—No hables así de Teresa—exclamó José Alberto, que no podía tolerar que Asunción llamara a su hermana hipócrita, infeliz o santurrona, ni siquiera bromeando.

—Es que es una hipócrita. Y usted otro que tal. Buen par se ha juntado. No merecen mi protección. Y sino fuera por las penitencias de Mortero, no se casarían en la vida. ¡Qué esperanza!

José Alberto se impacientaba. Advirtió a Asunción que el tiempo corría y que iba subiendo el sol.

—Bueno. Mi plan consiste en esperar. Hasta ahora no he podido hablar a solas con Teresa. Pero pronto iré a Córdoba y la veré. Le llevaré un papelito escrito. Teresa tiene dos meses para meditar sobre si tiene o no vocación para el monjío. Y ella, aunque santurrona y todo, no se quedará si tiene dudas. El confesor de las monjas es el Padre Rincón. Sería bueno que hablara con él. Es un infeliz; lo puede sonsacar fácilmente.

José Alberto miraba a lo lejos.

—Escúcheme, pues. Trate de hablar con Rincón. Después, habrá que amansar a mi papá y a toda la sacra familia. Ya tenemos trabajo, mi hijo.

Quedaron en silencio. Los dos pensaban en la dificultad de amansar a Belderrain. José Alberto, menos optimista y más interesado en el asunto, se había puesto triste.

—Pero no ponga esa cara, hombre de Dios. ¡Qué saca con entristecerse! La tristeza no sirve para nada; es una suciedad. Andar triste es como no haberse lavado. Mire: es preciso que vaya a misa. Condición in-

dispensable. Oigase su buena misita todos los domingos. Y vaya a la más concurrida, pues conviene que todos lo vean. Y lleve algún librito de devoción. El que en Córdoba no hace estas cosas, no va a ninguna parte.

—Yo no creo en nada, Asunción. No puedo ser hipócrita.

—¿Y eso qué tiene que ver? ¿Acaso todos creen? ¿Usted se imagina que yo creo mucho? Esas cosas hay que hacerlas porque hay que hacerlas. Y sán se acabó.

—No podré Asunción.

—¿Pero qué te cuesta?

—La conciencia...

—¡Qué conciencia ni qué niño muerto! Cuando se quiere de veras no hay conciencia ni nada. Voy a acabar por creer que no la quiere a Teresa. Bueno; ahora váyase y piénselo bien. Misitas, devocionarios, muchos golpes de pecho. Después nos reiremos juntos. *Adío, sonsorio.*

Y levantándose bruscamente se retiró del lugar. Pero quedó escondida detrás de un árbol, para ver saltar a José Alberto. José Alberto permaneció un instante inmóvil, con los ojos en el suelo y golpeando en sus polainas con el látigo. Luego saltó a la otra orilla y volvió a meter los pies en el agua, mientras Asunción reía a carcajadas. Pasó luego el cerco, y, atravesando el campo, que comenzaba detrás de la casa, se perdió lentamente.

Desde aquella mañana, las inquietudes volvieron a enfermar el alma de José Alberto. Ya no salía a caballo, como antes. Se pasaba las horas sentado en una silla de hamaca o recostado en su lecho, a veces, con un libro en la mano. Pero no leía sino muy poco. El libro tenía por objeto ocultar, a la mirada de misia Isabel, sus preocupaciones y sus tristezas.

Totoral comenzó a hacérsele insufrible. Al llegar la tarde, le venía una opresión en el pecho que le incomodaba. Le irritaba hasta la sola idea del pasar de las carretas. Y cuando oía el chirriar distante y lento, le entraba una desazón insoportable. Tenía deseos de hundirse bajo la tierra para no oir la salvaje sinfonía. Y durante todo el tiempo que duraba el pasar de las carretas, permanecía en una violenta excitación nerviosa y tenía que recostarse para dominar sus nervios y vencer su desesperación. La noche traía algún descanso a su espíritu. Pero apenas dormía, pensando en Teresa, en el modo de recuperarla, y en aquella necesidad de fingir una religiosidad que no sentía y que le aconsejara Asunción. No; él no podría nunca hacer esto. El no podría engañarse ni engañar. Sería una humillación ante sí mismo el practicar una religión en que no creía. Sería perder lo muy poco de estimación que le quedaba.

Una tarde salió a caminar. Le ahogaba la casa. Era domingo y en la plaza se celebraba una procesión. José Alberto no tenía noticia de la ceremonia, y su sorpresa fué grande al ver la multitud que se aglomeraba frente a la iglesia. La tarde estaba dorada y dulce. Una infinita y transparente paz bucólica parecía derramarse en el paisaje. La procesión, sencilla y pobre, daba vuelta a la plaza. Sonaba la campanita, diluyendo en la paz comarcana un encanto de ingenuo misticismo. El sol iba cayendo; y, como lo ocultaban los árboles, no llegaba hasta la plaza su violencia habitual. Había en el aire aromas campesinos que se mezclaban a vagos olores a cera y a incienso. El palio se columpiaba; en cierto momento, la multitud se arrodilló. Era un cuadro franciscano. La pobreza de la iglesita colo-

nial, los limpios y frescos ranchitos circundantes, aquella campanita ingenua, todo, en fin, daba un aire de humildad a la procesión aldeana. José Alberto sintió más agudos sus deseos de creer, y sinceramente, más tarde, cuando la procesión pasó a su lado, se inclinó con respeto. Un optimismo juvenil llenó su espíritu. Vió la vida de otro color y tuvo la certeza, por algunas horas, de que iban a concluir sus sufrimientos.

Misia Isabel notó su contento, y, a la mañana siguiente, no se asombró al verle salir a caballo.

José Alberto tomó el rumbo de la estación. Iba a todo galope, con la cabeza descubierta, bebiendo aquel aire que parecía darle nueva vida, cuando vió venir, en dirección opuesta, a Ignacio Belderrain. En su confianza del momento, había olvidado todo lo ocurrido, y no vió en Ignacio sino a su amigo de la infancia. Detuvo su caballo y le saludó.

—¿Qué quieres?—preguntó Ignacio sin contestar al saludo, y con acento de enojo.

José Alberto recibió con cierto asombro la actitud de su primo. Pero no acabó de caer enteramente en la realidad. Había en su alma demasiado optimismo. Los caballos, a veces, chocaban sus cabezas.

—Ignacio, creo que esto debe terminar.

—Ha terminado ya. No tienes nada que hacer con nosotros.

El tono firme de Ignacio y sus palabras dejaron algo cohibido a José Alberto. Pero en seguida, y como Ignacio se dispusiera a partir, dijo:

—No te vayas, hazme siquiera ese favor. ¿Por qué ha terminado todo, Ignacio? ¿Acaso yo he cambiado en algo? Teresa me quiere...

—Mientes—le arrojó Ignacio en el rostro, como si le escupiera.

—Sí me quiere.

José Alberto se había exasperado. Y lleno de cólera, agregó:

—Me quiere y me he casar con ella.

—Mientes te digo—le gritó Ignacio, clavándole los ojos que relucían.

José Alberto le miró un instante en silencio. Y se estremeció, al ver en los ojos de Ignacio el mismo brillo siniestro y duro que tenían a veces los de su padre.

—Si ella te quisiera no sería mi hermana—agregó Ignacio con rabia y altanería.—Nosotros no consideraríamos nunca como de la familia a una hermana que quisiera casarse con un...

—¡Ignacio! Fíjate bien en lo que dices.

Durante unos segundos se miraron provocativamente.

—¿A qué has venido a Córdoba?—preguntó Ignacio sin quitarle los ojos. — Vivíamos todos tranquilos y ahora la familia está desunida. Has sido causa de maldición. Podías haberte ido a otra parte con tu descreimiento. Cuando no se teme a Dios ni se es un cristiano, no se mete uno en una familia católica. Tú sabías lo que iba a ocurrir. Has hecho un mal a todos nosotros, has hecho un mal a Teresa y te has hecho un mal a tí mismo. Teresa es desgraciada por tu culpa, puramente por tu culpa, ¿entiendes?

—Teresa es desgraciada por culpa de ustedes. Es el fanatismo de tu padre y el tuyo lo que la ha llevado al convento. ¡Fanatismo ridículo y criminal!

—No te permito que juzgues a mi padre.

—Sí, fanatismo ridículo y criminal. ¡Y a eso llaman

ustedes cristianismo! El cristianismo es ley de amor, y ustedes practican la ley del odio.

—No digas estupideces.

—Ley del odio. ¿Dónde está el amor en la religión de ustedes? O creen que el amor consiste en dar cinco centavos a cada pobre que se acerca a las puertas los viernes? El amor es vida, es creación. El amor conduce a la unión, a...

—Te callas—interrumpió Ignacio violentamente.—Ya no puedo soportarte más. Un ateo no tiene derecho a hablar de amor ni de cristianismo. Es blasfemar. Y yo no he de permitirte que blasfemes. Puedes insultarme a mí si quieres. Pero no a la religión ni a Dios.

José Alberto miró a Ignacio despreciativamente. Pensó que aquel hombre no merecía sino el desdén y se preparó para alejarse. Pero antes, quiso decirle una última palabra. Con las riendas prontas para partir y enarbolando el látigo, le dijo:

—Es la última vez que hablamos, probablemente. Ya no existes para mí. Pero te hago responsable de las desgracias que me ocurran.

—Desprecio tus amenazas—exclamó Ignacio, intentando reir ficticiamente.

Ya José Alberto no podía más. Su indignación crecía a cada palabra y aquella risa de Ignacio acabó de exasperarle.

—Eres un imbécil.

—¿Qué dices?

—¡Un imbécil!

Ignacio acercó bruscamente su caballo al de José Alberto, y se preparaba a levantar el látigo cuando sin-

tió un golpe en el rostro. José Alberto le había dado un lonjazo.

Quedó en medio del camino, dolorido y rabioso, mientras José Alberto se alejaba sin apresuramiento. Ignacio pensó en seguirle. Pero el dolor le había paralizado. Abundante sangre le salía de la nariz.

José Alberto comprendió que acababa de jugar su última carta. Los Belderrain no le perdonarían jamás lo que había hecho. Excitadísimo, hizo galopar a su caballo. Ahora deseaba llegar cuanto antes a su casa. Siguió otro camino para no encontrarse con Ignacio y en diez minutos estuvo ya de vuelta. Se recostó, con el pretexto de estar fatigado.

Sentía una impresión indefinida, mezcla de disgusto, de arrepentimiento, de odio. Un profundo asco de la vida había penetrado en su alma. ¡En su alma tan optimista aquella mañana, al salir de su casa y cuando galopaba por los campos! Parecía que una víbora le hubiese mordido y dejado en su sangre el veneno que iba desparramándose por todo su cuerpo y que ya había llegado al corazón. ¡Qué horrible era el mundo y la vida! ¡No había sino negrura, desolación, frío! Deseaba morir. ¿Para qué quería la existencia a un precio tan duro? Si él fuera culpable, todavía podría aceptar su desgracia como una expiación. Había qué sufrir para rehabilitarse, no sólo ante los demás sino también ante uno mismo. Pero en su caso, era el mal que había ido hacia él. Aquella mañana su pobre alma estaba llena de armonía. Algo cantaba en el mundo y él no sabía lo que era. No sabía si la música que le penetraba de dulzura era la armonía de los árboles, de los campos, de los vientos o de los cielos. O si era la total, permanente y cósmica armonía del universo. O si era la ar-

monía de su alma que desbordaba de amor y de alegría. Y, sin embargo, la fatalidad había ido a su encuentro. La fatalidad, esa cosa siniestra e injusta que parecía complacerse en su dolor. Ahora, una eternidad le separaba de Teresa. Todo, absolutamente todo se había perdido. Ya no cabían esperanzas en su corazón. Ya el mal se había adueñado de su alma. No quedaba sino afrontar la desgracia y vengarse como pudiera de su destino.

—Pero ¿qué tienes, hijito?—le preguntaba sin cesar misia Isabel, al oirle que no quería ir a la mesa.

—Estoy enfermo, tía. No sé qué tengo. Un malestar insoportable.

Pasó tres días en un caimiento continuo. No tenía ánimos ni para levantarse del lecho. Estaba aplastado, vencido, descorazonado. A la tarde, cuando pasaban las carretas, se ponía de tal manera excitado que era preciso darle medicinas para calmarle. Blanes, que viniera de Córdoba para verle por llamado de misia Isabel, aconsejó el regreso a la ciudad.

El día en que iba a partir, José Alberto fué a despedirse de su vecina. La encontró bordando una nueva túnica para su niño Jesús, en un cuarto interior. Conversaba con ella cuando oyó voces en el zaguán. Reconoció en seguida la de Asunción. Para no encontrarse con ella se despidió de su vecina y salió; pero tuvo que pasar junto a su parienta, en el zaguán. Ella le llamó. Entraron ambos en la sala.

José Alberto se sentía incómodo. Después de su escena con Ignacio no le era permitido mantener amistad con los Belderrain. Asunción permanecía muy seria, con el hociquito fruncido, demostrando su enojo. "Ahora me va a decir cuatro frescas", pensaba José Alber-

to. Pero viendo que ella callaba, se decidió a hablar:

—Asunción... él tuvo la culpa... créeme...

Asunción le volvió la espalda.

—Aquella mañana yo estaba contento... Le hablé sin rencor... de veras que...

La actitud de su prima le tenía cohibido. Le parecía que sus palabras sonaban en falso, que estaba haciendo un papel ridículo. Se interrumpió, pensando en marcharse, cuando estalló, saltarina y ahogada, la risa de Asunción. José Alberto no sabía si indignarse o nó.

—¡Qué pava soy! No sirvo para hacer papeles. En casa están *fulos* con vos. Pero yo no puedo y no puedo. ¡Dios me ha hecho así!

Y continuaba riendo.

—¿Y Teresa?—preguntó con ansia José Alberto.

—Ah, no hablemos de eso.

—¿No hay remedio?

—Para todo hay remedio, criatura infeliz. Pero... dejemos que pase un tiempito.

José Alberto quedó con la mirada en el suelo. Después le tendió una mano.

—Discúlpame Asunción. Te repito que Ignacio tuvo la culpa. Adiós.

Y mientras se daban la mano, Asunción, como si tal cosa, exclamó:

—No te aflijas por eso. Ni te arrepientas, hijito. ¡Ignacio es más autoritario! Se lo merecía el latigazo. ¡Por chismoso, por frailón y por sonso!

Y se alejó hacia el patio, saltando y riendo alegremente.

VII

Misia Isabel y Matías Blanes se hallaban satisfechos por el estado actual de José Alberto, quien, desde que llegaron de Totoral, hacía una semana, había mejorado mucho. Ahora dormía con tranquilidad y se alimentaba bien. El médico le había ordenado salir todos los días a tomar sol, y él cumplía su deber religiosamente. Prefería el parque Crisol, pero a veces pasaba largas horas en el Paseo Sobremonte o en la Plaza Colón. También gustaba ir en tranvía hasta Las Rosas o hasta San Vicente.

Una sola cosa inquietaba a Matías Blanes. Había notado en José Alberto una tenaz preocupación—¿una idea fija, tal vez?,—que no lograba descubrir cual fuese. Pero más aun se preocupaba misia Isabel. Ella tuvo siempre el temor de que su sobrino volviera a cometer aquella acción desgraciada de los veinte años. Blanes había intentado tranquilizarla, pero sin éxito. Cuando no se creía en Dios ni se temía al infierno, todo era posible, según ella. Más aún: eso le parecía lo natural.

José Alberto, efectivamente, se hallaba dominado por un deseo torturante. Quería entrevistarse con el Padre Mortero. Desde que creyó tener la certidumbre de la intervención de Mortero en aquella catástrofe de su vida,

el propósito de interrogarle se instaló definitivamente en su espíritu. Aun en los raros momentos de Totoral en que se creía olvidado de Teresa y de todo, jamás abandonó por entero aquella idea. No comprendía la intervención del jesuíta. No podía aceptar, en ninguna forma, bajo pretexto alguno, que un extraño interrumpiese su felicidad. ¿Cómo era posible que los Belderrain reconocieran a Mortero el derecho de gobernarlos en su vida social? ¿Qué tenía que ver la religión, la verdadera religión con todo aquello? Estaba bien que los Belderrain mirasen a Mortero como un representante de Dios. Pero este carácter sólo podía tenerlo en el orden religioso, no en el orden social, ni mucho menos en el orden de los sentimientos más íntimos como eran los del amor. El hablaría con Mortero. Trataría de convencerle. Su amor, verdaderamente profundo y grande, le daría la conmovedora elocuencia de toda palabra sincera. Pero si Mortero no se convenciera sería implacable. Le diría lo que pensaba de él, de su intervención en aquel asunto privado, de la crueldad de sus sentimientos, de su falta de caridad, de amor, de benevolencia.

Una tarde de Marzo, cuando ya el sol había desaparecido detrás de las sierras, José Alberto se encaminó hacia la Compañía. Pensaba, mientras iba por las calles, que no había elegido el momento más oportuno para ver al jesuíta. Ahora, casi todo estaba perdido para él. ¿Qué podía esperar después de aquel altercado con Ignacio, que seguramente ya sería conocido por toda Córdoba? El abismo que le separaba de los Belderrain se había ahondado infinitamente en aquella mañana de Totoral. Teresa misma le creería un hombre violento y brutal. Mortero, ... ¿qué pensaría de él su antiguo profesor de Santa Fe? No le veía desde hacía muchos años. Se lo imaginaba co-

mo era entonces: un hombre delgado y distinguido, de cara alargada, nariz fina, ojos azules y hundidos, y perfil de medalla antigua. Debía pertenecer a familia muy principal, tal vez noble. Había nacido en Sevilla, pero sus padres eran de Aragón. En el colegio fué profesor de matemáticas y después prefecto de estudios. Era inexorable para con los muchachos. Su ascensión a aquel cargo señaló una época de rigidez y de penitencias. Era absolutamente insensible a las aflicciones, a las lágrimas, a las promesas de arrepentimiento y de buena conducta. No creía sino en los hechos. Tenía extraordinarias aptitudes de gobernante, y hubiera sido un García Moreno o un Felipe segundo. Los muchachos le miraban con odio y con temor.

Pero ya José Alberto estaba frente a la Compañía. El alto y ancho muro liso de la fachada, sin adornos ni salientes, rugoso y áspero, seco, huraño, era en aquel momento para José Alberto una cosa antipática y hostil, algo tan impenetrable como la *Mónita secreta*. Entró en la iglesia. Apenas se veía, pues no había otra luz que la de las lamparillas de aceite. Algunas mujeres, de negro, estaban pegadas a los confesionarios. José Alberto pasó a la sacristía. Allí encontró a un Hermano, a quien preguntó por el Padre Mortero. El Hermano le condujo por un claustrillo, al que asomaba un parral. Llegaron a una salita pobremente amueblada. Una mesa, un sofá y varias sillas enfundadas, una anaquelería pobre, llena de libros, y fotografías en las paredes. El Hermano le dijo que esperara.

José Alberto se encontraba un tanto desorientado. Su indignación contra Mortero había desaparecido casi enteramente, y no sabía qué pensar ni qué hablaría con el jesuita. Deseó que no viniese; tuvo ganas de escaparse.

Experimentó fastidio contra sí mismo. ¿A qué había venido? Nervioso, comenzó a pasearse por el cuarto. Resolvió pensar las primeras frases, y estaba imaginando la escena que ocurriría cuando oyó pasos. Palideció y perdió el poco ánimo que le quedaba. Las manos le temblaron ligeramente. Era el Padre Mortero.

Con el bonete en la mano el jesuíta saludó desde el umbral. José Alberto se presentó.

—¡Ah, Flores! Ya, ya. Fuíste alumno nuestro en Santa Fe.

Sentado en un extremo del sofá, bien metido en el asiento, el jesuíta aparecía un poco encorvado. Estaba flaco y canoso. Pero no tenía un tipo antipático, como José Alberto imaginara. Por el contrario, parecía sencillo y humilde. En un rincón de su boca había un comienzo de sonrisa. José Alberto se asombraba de que no le mirase, de que no le examinara, sabiendo quien era. No se daba cuenta de que al jesuíta le había sobrado una rápida ojeada para penetrar en el espíritu y el ánimo de su visitante.

Los dos callaban. José Alberto, a medida que los segundos pasaban, se sentía más cohibido. Mortero sacó una bolsita de rapé y tomó un polvo con la punta de los dedos. El silencio se hacía cada vez más molesto para José Alberto. Por fin, resuelto a hablar, balbuceó:

—Bueno, padre. Yo he venido... porque... Usted conoce al doctor Belderrain... Somos parientes y...

El jesuíta escuchaba, impasible. El comienzo de sonrisa había desaparecido de su boca.

José Alberto habló durante cinco minutos. Habló sin orden, enredándose en sus palabras, dando detalles inútiles. Refirió su amor a Teresa y dijo cómo, sin saber porqué, le habían cerrado la casa.

—Y ahora está en las Adoratrices. Por voluntad ajena, según dicen; del doctor Belderrain, o de no sé quién.

Estas palabras, que le salieron espontáneamente, pues de haber pensado decirlas jamás hubieran surjido de sus labios, le infundieron cierto coraje. Miró al jesuita, y, al verle inmóvil y frío, se desconcertó de nuevo. Al cabo de un instante de silencio, Mortero le preguntó:

—Y yo, ¿qué puedo hacer?

José Alberto creyó que el cielo se le abría. Imaginó haber sugestionado al jesuíta y que dominaba la situación. Sus ojos brillaron de contento.

—¡Si usted quisiera, Padre!

Y le pidió que hablara con Belderrain, que le explicara cómo Teresa no tenía vocación.

—Si ambos os queréis, ¿por qué no habríais de casaros?—dijo Mortero, sencillamente.—Su padre consentirá. Tratándose de una persona cristiana, como lo serás, educado por nosotros...

José Alberto sintió por primera vez en su rostro la mirada del jesuíta. Era una mirada fría y punzante, que parecía trepanarle el cráneo y sacar a la superficie sus más íntimos pensamientos. Sus ojos esquivaron los del jesuíta, y luego, aturdido, indefenso, balbuceó:

—Es que... yo creo... tiene que consentir. A él nada le importa. Claro. Se le obligará... Y usted debía... Pero lo que yo digo es que la religión nada tiene que ver en esto. Nos queremos o no nos queremos... Y el doctor Belderrain... Además, Teresa... ¡Me indigna pensar que...!

El mismo no sabía lo que le pasaba. Comprendía la inferioridad de su situación y sentía rabia hacia el jesuíta y hacia sí mismo. Se había levantado de su asiento y se

paseaba por el cuarto. Mortero permanecía tranquilo, un tanto indiferente.

—La religión tiene la culpa de todo. Son fanáticos, intolerantes...

Cada vez más excitado, se enredaba en sus palabras. Y dándose cuenta de su confusión y notando, al mismo tiempo, la actitud impasible del jesuita, acabó por ponerse fuera de sí, por trastornarse completamente.

—¡Es un crimen, sí, un crimen lo que han hecho conmigo!—exclamó, colérico, mirando a Mortero, que en ese preciso instante tomaba otro polvo de rapé.

—En definitiva—dijo el sacerdote, levantándose,—¿a qué has venido a verme?

José Alberto quedó perplejo un instante. Quería decir algo y no se atrevía. Pensó que el jesunta se iba a marchar y que jamás tendría ocasión de encontrarle. Balbuceó algunas palabras, y luego, sin mirar a su interlocutor, exclamó:

—He venido... porque usted, sí, usted... ¡Todo es obra suya!

—¿Cómo dices?

José Alberto, en su creciente exasperación, agitado y semilloroso, estalló en frases sin coherencia, ofensivas para la Iglesia y para Mortero. El jesuita, por toda respuesta, se hizo a un lado, y, cubriéndose, salió del cuarto con fastidio. Mientras tanto, el visitante continuaba arrojando sus furiosas indignaciones; y cuando quedó solo, todavía exclamó con intermitencia algunas palabras aisladas, como aquellos que después de haber llorado con ansia tienen de vez en cuando un resto de sollozo. Luego se arrojó en un sillón. ¡Ahora sí que lo había perdido todo! Pero se levantó en seguida, frenético de rabia y desesperación. Lo que más le atormentaba era el pensar que había estado ridículo

y que el jesuita le había hecho decir lo que quería. ¡Se había burlado de él, le había manejado como un fantoche!

Un Hermano se presentó a buscarle y le acompañó hasta la puerta.

José Alberto abandonó la casa de los Padres en una especie de inconsciencia. La actitud de Mortero, al dejarle con la palabra, le había llevado al colmo del furor. No dudaba de que el jesuita le había hecho hablar para justificarse ante Belderrain. Ahora podía asegurar Mortero que él era un enemigo de Cristo y de su Iglesia, y que había faltado el respeto a un representante de Dios. El jesuita había triunfado, y él quedaba hundido, rabioso y humillado. Iba por las calles como un sonámbulo, hablando solo, deteniéndose a veces a mitad de la vereda para concentrar los pensamientos, que se le iban. Los transeuntes le miraban con asombro. Fastidiado al notar que le observaban, llamó a un carruaje y le dió las señas de su casa. Se encontraba frente a Santa Catalina. El carruaje subió por la calle Rivera Indarte y dobló en Nueve de Julio. Pero al torcer de nuevo para dirigirse al paseo Sobremonte, José Alberto se bajó de pronto. Pagó al cochero y siguió a pie hacia el oeste. ¿Qué iba a hacer en su casa? Sería afligir a su tía. Era preferible caminar por las calles. Si no fuese porque en aquel momento sentía odio por la religión hubiera entrado en alguna iglesia para poder estar sólo con sus pensamientos. Comenzaba a anochecer y los faroles iban encendiéndose. Las sierras estaban tan azules que se confundían con el cielo. Una quietud dulce y honda había en el ambiente.

José Alberto llegó a la Cañada, a la altura de la calle Colón, y tomó hacia el norte. A su derecha, hundido entre las paredes, corría el hilo de agua. Siguió su camino

por un estrecho muelle que en aquella parte, todo a lo largo de la calle Comercio, junto a la calzada, daba sobre el arroyo. Las casas estaban más allá de la zanja, y en una, con frente a la Cañada, se entraba por su puente. En medio de la cuadra, se abría una plazoleta que servía de atrio a una iglesia. Era Nuestra Señora del Carmelo, una abominable iglesia gótica, de mole cuadrada y sin torres. Las campanas de todas las iglesias comenzaron a sonar el ángelus. Eran campanadas lentas, lúgubres, dolientes. José Alberto las veía pasar bajo la noche como enormes pájaros negros. Apoyado en la barandilla del puente que servía de entrada a la plazoleta, con los ojos en el hilo de agua que seguía hacia el norte entre árboles magníficos y tristes, pudo reflexionar. ¡Estaba perdido, perdido irremisiblemente! Ahora, después de su entrevista con Mortero, él sería considerado como un enemigo de Dios y de la Iglesia, y, por consiguiente, de la sociedad. Toda Córdoba se pondría en contra suya. Y sin embargo, ¿qué había hecho él? Todo aquello era causado por la religión. Sentía odio hacia la religión, hacia Mortero, hacia Belderrain y hacia Teresa misma, que aceptaba una imposición brutal y unas ideas absurdas. Su entrevista con Mortero acababa de señalarle su composición de lugar. Ya no le importaba de Teresa. ¿Cómo pudo querer a esa beata ridícula? La detestaba; y la despreciaría si ella mañana le buscara. Pero mientras tomaba esta decisión, le pareció ver surgir, allá sobre los álamos lejanos, la imagen blanca y suave de Teresa. Algunas mujeres que salían de la iglesia, arrebujadas en sus mantos negros, le volvieron a la realidad; y rechazó el mal pensamiento. Era ya tarde, pero no quiso regresar a su casa. Continuó su camino, siguiendo siempre la Cañada. En la calle Santa Rosa volvió a detenerse. Aquí la

calle se cortaba y el arroyo, ahora con bastante agua, se metía por entre las casas. Hacia el norte, y cerca del puente, un árbol patriarcal inclinaba su ancha copa. Había un pequeño muelle y una casucha de listones blancos y azules. José Alberto estuvo allí un largo rato. Era la misma soledad que frente a la iglesia del Carmelo, el mismo silencio, sólo interrumpido por uno que otro tranvía que pasaba de tarde en tarde y por aquel lento vuelo de campanas que ahora parecía penetrarle en el alma y envolver a su corazón en una dulce paz.

Después de comer, en su casa, sentado junto a la ventana de la sala, creyó que continuaría tranquilo toda la noche. Pero era una paz efímera. Apenas se le presentó al recuerdo su entrevista con el Padre Mortero, una avalancha de odios, de rebeldías, de sufrimientos se agolpó en su corazón. Se levantó y se fué de nuevo a la calle. La casa le ahogaba. Necesitaba aire, amplitud para arrojar de sí las ideas que le asaltaban.

En busca de calles poco frecuentadas, tomó por Caseros, y luego por Ayacucho en dirección a Duarte Quirós. Pero no había caminado treinta pasos cuando se detuvo. Allí la Cañada agrupaba con simetría tres puentes. Uno era largo y ancho, y sostenido por enormes pilares de mampostería. Bajo la noche negra, y en el silencio circundante, el lugar cobraba un aspecto lúgubre y romántico. Sentía su corazón desbordando de rencores. Estaba desesperado. ¿Por qué no castigó duramente aquella tarde al Padre Mortero? Imaginó que le apretaba el cuello con sus manos, y que, a punto de ser ahorcado, el jesuíta le pedía perdón y le devolvía a Teresa. Pero luego comprendió la inutilidad de aquellos pensamientos indignos de él. ¿Para qué si todo estaba perdido? Su vida era completamente estéril, y ya no tenía

significado alguno. Teresa sería siempre monja, porque esa era la voluntad de los que oprimían su conciencia. Entre los Belderrain y él, se levantaba una murralla inmensa, una muralla formada por todos los prejuicios de la religión. ¿Cómo echar abajo aquel muro dantesco? ¿Qué podía hacer él, un hombre sin influencia, sin prestigio, contra aquella muralla, cuya demolición necesitaba tan largos años? Vió la fatalidad de su vida, y entonces, por primera vez, desde hacía diez años, la mala idea volvió a presentársele a su espíritu. Al principio la rechazó, pero después la juzgó aceptable. Sólo le aterraba el pensar en su tía. ¿Qué diría la pobre tía Isabel, cuando supiera que su sobrino había realizado tan espantosa acción? Estaba arrimado a la baranda del puente, con los ojos en aquella hondura, negra y fascinadora, que le llamaba. La mala idea iba dominándole cada vez más. Ya había penetrado en todo su ser, y sólo le faltaba un instante de resolución. Pero de pronto, la idea de la otra vida, el pensar que podría existir Dios, y algunos recuerdos de su infancia le salvaron. Se apartó bruscamente de la baranda, y, apresurando el paso, se alejó. Pero el deseo de morir continuaba en él. Recordó que a dos pasos estaba el Abrojal, lugar siniestro en donde nadie se atrevía a penetrar de noche. Era una barriada miserable, el principal foco de la mala vida cordobesa. Proxenetas, rameras y ladrones vivían en los ranchos sucios y desechos. Y se decía que a los osados que penetraban de noche en aquellas calles los asaltaban y robaban, asesinándolos con trinchetes de zapateros o con pedradas de hondas. Sonrió con tristeza. Luego se paró para encender un cigarrillo. Las manos le temblaban. Hizo un movimiento de hombros y se encaminó hacia el Abrojal.

En la esquina de Duarte Quirós y Belgrano se detuvo a mirar la Iglesia y Colegio del Niño Dios. Era una iglesita graciosa, con aire infantil, como de juguete. La pintura imitaba el ladrillo; tenía dos torrecillas mochas. José Alberto pensó que aquella iglesita del Niño Dios, de cuya existencia no tenía noticia, significaba para él, en aquel momento, una advertencia del destino. Intentó olvidar las ideas que le atormentaban y abandonar su vagabundeo por aquellas calles oscuras y solitarias que parecían incitarle al mal. Hasta dió algunos pasos en dirección a la Avenida General Paz, siempre iluminada y concurrida. Pero, arrepentido, volvió sobre sus pasos y se hundió en la soledad tétrica de la calle Belgrano. A su derecha, continuando la reducida edificación de la esquina, se levantaba un murallón de piedra, negro y extraño. Tenía por objeto impedir el desborde de la Cañada en las épocas de las grandes crecientes. Le llamaban el Calicanto. Recordaba las construcciones romanas y las ruinas medioevales, y en la oscuridad de aquella noche, agravada por la escasez de luz eléctrica en el barrio, parecía no terminar nunca y adquirir cierto aspecto legendario, formidable y siniestro. En su estrechez, la calle se tornaba sombría, casi lúgubre, por aquel inmenso muro que la costeaba.

A medida que José Alberto avanzaba, el murallón, como la calle subía, aunque ligeramente, era cada vez más bajo. Cuando la pared terminó, se halló frente a un paisaje extraño, con algo de fantástico y de lírico. Por zanjas, que bajaban bruscamente, se llegaba al hilo de agua de la Cañada, cuyas orillas formaban como un pequeño valle. A un costado estaba el murallón de piedra; al otro, la forma del terreno, en el que aparecían a distintas alturas varias casuchas dispersas, semejaba la falda de un cerro,

coronado, en un extremo, por la mole tristísima y monótona de un gran convento. Al nivel del cauce, y a un tiro de piedra del agua, se enfilaban ranchos y casuchas. Se veía, hundidos en la oscuridad, algunos puentes. Uno que otro caminante pasaba con lentitud. Los puntitos luminosos de algunas casas lejanas horadaban la noche.

José Alberto vadeó el arroyo y se encontró luego en un terreno inverosímil, lleno de hendiduras y montículos, árido y triste. Las lluvias habían formado grandes zanjas que bajaban hasta el arroyo y eran llamadas aguaduchos. Algunas pencas constituían la vegetación del lugar. Uno que otro rancho dormía en la miseria del suburbio. Saltando zanjas, se fué internando en la barriada y recorriéndola lentamente.

Aquella pobreza que veía a su alrededor, la soledad, la oscuridad, el hondo silencio de la hora, le distrajeron algo de sus preocupaciones. A sus sentimientos de rencor y venganza, reemplazaba ahora una sensación de vacío, de derrumbe. Sentía que las fuerzas le abandonaban.

Así anduvo dos largas horas por el barrio siniestro y solitario. Las calles estaban desventradas por hondas zanjas irregulares. Eran calles sin veredas ni pavimento. La luna había salido y extendía sobre el polvo una blancura de pesadilla. Los ranchos no estaban en la misma línea, y casi todos, extraños, oscuros, asomaban apenas en el fondo de los terrenos, ocultos por las pencas y los ombúes. Ningún signo de vida se notaba en ellos, como no fuese la sombra lenta y misteriosa de alguna mujer que, junto al cerco o bajo los árboles, parecía esperar. En cierto lugar, los ranchos, a la vera de la calle, se hundían de tal modo que ésta se hallaba al mismo nivel que los techos. Desde algunas esquinas, se veía a las calles que cruzaban bajar de pronto como si fueran a arro-

jarse al arroyo o subir con furia como a trepar un cerro. En la oscuridad de la calle semejaban sombras algunos individuos que se movían pesadamente, arrimándose a las paredes. Eran borrachos. De cuando en cuando, surgía en una esquina la luz amarillenta de una taberna miserable; dentro, individuos mal entrazados jugaban y bebían.

Entró en una de aquellas tabernas con el pretexto de comprar cigarrillos. Un sujeto que bebía junto al mostrador, le miró fijamente. Llevaba un pañuelo atado al pescuezo y el sombrero en la nuca. Un espeso jopo, bajo el sombrero, le cubría media frente. Tenía la nariz aplastada, las cejas y los bigotes muy escasos, la mandíbula ancha y una cicatriz en el mentón. De la muñeca de la mano derecha le colgaba un rebenque de gruesa lonja.

—¿Qué hay? ¿Por qué me mira?—le preguntó José Alberto.

Deseaba terminar de una vez. Aquel hombre de aspecto criminal parecía colocado allí por el destino. Le provocaría hasta exasperarle, hasta obligarle a que le asesinara. ¿Para qué quería vivir? Se había puesto pálido; el corazón martillaba en su pecho golpes macizos.

El hombre, impasible, no le constestó. Acabó su copa y la puso con calma sobre el mostrador. Algunos concurrentes miraban con ansiedad.

—¿Me tiene miedo?

Una sonrisa feroz apareció en la boca del individuo.

—Le prohibo que me siga mirando, ¿entiende?

El individuo se acercó a José Alberto con pasos pesados. Cuando estuvo enfrente, y aproximándosele cada vez más, le dijo con voz aguardentosa:

—No me busque, mocito. Mire que se va a arrepentir.

—¡No se me acerque!—le gritó José Alberto, al mismo tiempo que le ponía en el pecho la mano abierta y le empujaba violentamente.

El hombre fué a dar contra una mesa, y exasperado y furioso se avalanzó hacia su agresor. José Alberto, resuelto a morir, esperó sin defenderse. Los concurrentes se estremecieron. Aquel mozo iba a ser asesinado. Desafiaba a la muerte con un coraje inaudito, y esto le salvó. El hombre no se atrevió a matarlo. Tenía un puñal en la mano; y al ver a su enemigo indefenso y heroico, quedó ante él como vencido, sin saber qué hacer. José Alberto, en lugar de la muerte, encontró la adhesión de unos cuantos hombres que estimaban la bravura sobre todas las cosas.

Abandonó aquella taberna penetrado de impresiones complejas. Había creído morir, y había tenido ante su espíritu la visión espantable del más allá. No comprendía cómo él, que sentía tanto terror a la muerte, hubiera ido hacia ella sin vacilar. Pero lo que más le daba qué pensar, era el mundo de ideas y de sensaciones confusas que le habían envuelto cuando esperaba la puñalada del malevo. Eran recuerdos y visiones de religión, fragmentos de oraciones, palabras de Teresa y de su tía que le hablaban de Dios y de la otra vida. ¡Hasta creía haberse encomendado a la Virgen, lo mismo que hacía diez años, cuando disparó un revolver junto a su sien! Y todo esto, no era por temor. El no deseaba salvarse de la muerte. Al contrario. Si todas aquellas ideas y sensaciones venían a su espíritu era porque una voz, secreta y misteriosa, le habló a su alma del más allá. En aquellos minutos trágicos, sintió la existencia de una Causa Suprema que gobernaba a los hombres y a las cosas. Y ahora comprendía cómo aquellos gérmenes de fe, que había en el fon-

do íntimo de su alma, podían volver alguna vez, evocados por motivos muy graves.

Emprendió el regreso al centro. En una esquina, vió casi a sus pies a la ciudad. Las calles del barrio, blancas de luna, hondamente silenciosas, envueltas de misterio y soledad, se precipitaban hacia el arroyo. Bajó por una de estas calles.

Era la una cuando llegó a su casa. Su tía, inquieta, le esperaba levantada. Como hacía varias noches que José Alberto no saliera, le había preocupado aquel paseo nocturno tan intempestivo. Y ahora, al ver que no llegaba, imaginó una larga serie de posibles catástrofes.

—¿Pero adónde has ido a estas horas? Me has tenido afligida...

José Alberto trató de tranquilizarla. La convenció de que no había razón para afligirse. Si alguna vez pudo temer por él, no era ahora el momento. Se sentía otra vez fuerte, dispuesto a luchar contra el destino.

No pudo dormirse sino a la madrugada. Se levantó cerca de las once. Los diarios de la mañana que había leído en el lecho, hablaban de un gran movimiento liberal que iba a conmover a Córdoba. Uno de los dos diarios publicaba una carta muy violenta contra el clero. Hablaba de opresiones e injusticias, de escándalos y tiranías y clamaba por la separación de la Iglesia y el Estado. Su autor era Lucas Baldovino, condiscípulo de José Alberto, y uno de los más intrépidos liberales que había en Córdoba. José Alberto, que había tornado a la realidad, sintió renacer de pronto, leyendo aquella carta, su rencor contra Mortero y contra Belderrain. No pensó sino en ver a Baldovino. Le contaría su desgracia, la obra de Belderrain y de Mortero, su escena con el jesuita. Era necesario que él se vengase. Ya que todo estaba perdido,

no le quedaba otro consuelo que aplastar a sus enemigos. Aquella misma tarde se dirigió al estudio de Baldovino. Allí encontró al liberal, que tronaba en un grupo contra el diario católico. José Alberto le llamó aparte.

—¡Pero hay que reventar a esos frailes!—exclamó dramáticamente Baldovino, cuando José Alberto acabó de contarle su desgracia.

—Los reventaremos.

Baldovino, en seguida, le expuso su plan. Se trataba de fundar un gran diario, un gran diario liberal. No sería de un liberalismo contemporizador y equilibrista. Atacaría brutalmente a cuanto oliese a sotana. Por lo pronto, él, Lucas Baldovino, se desayunaría con un fraile en cada número. Serían siluetas extensas, en las que habría de referir, con ironías formidables y zarpazos brutales, la vida de cada fraile. ¡Iban a ver! No quedaría uno en pie. Había que ultimarlos, "exponerlos a la vindicta pública".

José Alberto, no obstante su odio a Mortero, no podía menos que sonreir al contemplar a su amigo que, entre manotones y palabras feas, entre lugares comunes e indignaciones, saboreaba anticipadamente aquella barrida de frailes. Le hacía gracia Baldovino. En la Facultad fué un pobre diablo. Pertenecía a una familia de posición muy humilde, y su pobreza era tal que, durante un mes, asistió a las clases con los zapatos rotos. En quinto año logró un puesto de escribiente. Ahora ganaba su vida trabajando como abogado. Su liberalismo, que ya comenzara en la Facultad al leer a Spencer, le atrajo alguna clientela. Era de escasa estatura y muy flaco. Tenía la nariz puntiaguda y un bigotillo raquítico; siempre estaba con frío y le sudaban las manos inagotablemente. Parecía tuberculoso. Escribía en los diarios cartas abiertas.

—Cuento con tu ayuda—le dijo a José Alberto.—Y desde ahora, te cedo a Mortero. Si lo quieres, es tuyo.

Volvieron al cuarto donde se hallaba el grupito de liberales. Baldovino, en tono semioratorio, los presentó a José Alberto. Baldovino padecía del mal de la oratoria. Se desvivía por hablar en público, y apenas se encontraba entre cinco o seis personas echaba largas tiradas, campanudas y retumbantes. José Alberto le interrumpió para despedirse. Quedaron en que a la noche se verían en el Café de las Sierras.

A las nueve José Alberto se presentó en el Café. Junto a una mesa un poco apartada, situada en un rincón, se hallaban Baldovino y dos personas más. Baldovino los presentó.

—El doctor Zurbarán, el doctor Valladares; José Alberto Flores.

El doctor Zurbarán era un viejo pequeño y flaco. Usaba barba en punta. Tenía siempre la cabeza inclinada hacia el pecho, lo cual le daba un aire de hombre que piensa. Había sido, hacía algunos años, miembro del Consejo de Educación, y gozaba de gran fama como pedagogo. José Alberto conocía mucho de nombre a este sectario oscuro e ininteligente. Anécdotas que revelaban su estulticia circulaban por toda Córdoba. Zurbarán escribía de cuando en cuando. Sus artículos eran modelo de bajeza espiritual y de abominable prosa. Odiaba a las cosas de religión con un odio siniestro, y a juzgar por su prosa debía odiar lo mismo al buen gusto y a la sintaxis. Era positivista, y todo cuanto se apartase de sus opiniones era reaccionarismo y clericalismo. La Metafísica, la Psicología, el pragmatismo, eran manifestaciones disimuladas de la reacción clerical. No concebía que después de la filosofía positivista pudiera haber nada nuevo. "Las ideas nue-

vas" eran para él las que hacía sesenta años sostuvo Augusto Compte. Cada Viernes Santo invitaba a sus amigos a comer un asado con cuero.

—Estábamos hablando de nuestro gran órgano—explicó Baldovino a José Alberto.—Será una obra trascendental para Córdoba.

Zurbarán abrió los labios y todos se dispusieron a oir su palabra venerable. Moviendo mucho las cejas y empequeñeciendo los ojos, al par que acompañaba cada palabra con un golpe de puño en el aire, alargando el brazo y recogiéndolo, dijo:

—Tenemos que... hacerlo... vigoroso... fuerte... eficaz... destructor...

—Y constructor, también. No se olvide, doctor,—expresó el otro personaje.

Valladares era un hombre solemne. Tenía tipo de mulato. Sus grandes bigotes negros, sus labios gruesos, sus ojos saltones y rígidos le hacían poco agradable. No era cordobés. Había nacido en el Paraná y estudiado Derecho en Buenos Aires. Fué a Córdoba como empleado de una Intervención, y allí se quedó. Era profesor en el Colegio nacional, con gran escándalo de toda Córdoba que reputaba subversivas y peligrosas sus ideas liberales. Más de una vez intentaron quitarle sus dos cátedras pretextando razones de economía. Y, sin embargo, el pobre Valladares era el hombre menos peligroso del mundo. Se consideraba el representante de la Ciencia, palabra que escribía con mayúscula, así como escribía Dios con minúscula. Cada tres meses aparecía algún folleto de Valladares sobre *Evolución, Filogenia, Darwin y Moisés, El origen del hombre, La Ciencia y la Iglesia, Positivismo y Democracia* y otras cosas por el estilo. Nadie los leía. Solo el diario católico les consagraba una

columna de refutación, la que ocasionaba una réplica de Valladares y le daba materia para un próximo folleto.

Hablaron de la necesidad de construir. Zurbarán expresó su convicción de que para construir era preciso educar a los niños en las ideas nuevas. Valladares manifestó su fe en la Ciencia. Pero Baldovino se oponía a todo proyecto de construcción. Por ahora había que demoler, destruir. Y daba tales manotones sobre la mesa que parecía querer empezar su obra por las copas y tazas.

—¡Qué construir!—exclamaba.—¡Que no quede un fraile ni un oscurantista, antes que nada! Levantemos una horca frente a la Catedral, colguémoslos a todos y después arrojémoslos a los buitres!

Y se embriagaba con su idea, viendo ya colgados y con la lengua afuera a una docena de jesuitas.

José Alberto no decía una palabra. Aquella gente le resultaba divertida. Los escuchaba con gran atención y aprobaba a todos.

—Ya está, señores, ya lo encontré—exclamó Baldovino, dándose una palmada en la frente:

—¿Qué?

—El título.

—¿Qué título?

—El del diario. Lo denominaremos *La Horca.*

Todos protestaron. Valladares condenó la exaltación de Baldovino. Zurbarán se disponía a hablar cuando aparecieron dos tertulianos más. Uno de ellos era Bustamante, joven abogado, muchacho de familia principal. Bustamante tenía verdadero talento y estudiaba seriamente. Decía paradojas y mostraba un pesimismo negro sobre el país y sobre todas las cosas. Era violentamente idealista. No carecía de algunas creencias, pero detestaba el materialismo de los católicos que conocía, su excesivo ape-

go a los ritos, su falta de misticismo, de caridad. Tenía mucha vida interior.

El otro recién llegado era un estudiante de derecho. Se llamaba Julio Márquez y había venido de Santiago del Estero. Tenía una cabeza de San Juan Bautista y un aire melancólico que contrastaba con su literatura de taberna. Su sintaxis y su gusto literario competían brillantemente con los de Zurbarán. Con la ventaja a favor de Márquez de ser muy ameno, cosa que no logró nunca el otro. Márquez en sus folletos usaba un lenguaje prodigiosamente escatológico y arrabalero; todas sus imágenes tenían alguna relación con las enfermedades secretas. Ningún diario quería publicarle nada, y no tenía más remedio que recurrir a los folletos, como su amigo Valladares. Era epiléptico, nietzschista y pasquinero.

La llegada de Márquez y de Bustamante llevó la conversación a los acontecimientos del día. José Alberto estaba apenas enterado y hubo que explicarle. Un profesor de Buenos Aires, conocido por su liberalismo, había intentado dar algunas conferencias que le pidieran los estudiantes de Derecho. El diario católico realizó una campaña en contra, y los elementos de mayor influencia dentro del catolicismo obtuvieron de la Universidad que no concediese el local al conferencista. Los estudiantes solicitaron el teatro oficial, y el gobierno, pretextando los incidentes que pudieran ocurrir, lo negó también.

—¡Es una vergüenza que pasen estas cosas en pleno siglo XX!—rugía Baldovino.—Yo se los dije, señores, cuando...

Y sin mayor transición comenzó un discurso que duró casi un cuarto de hora. Luego hablaron Zurbarán y Valladares, echando cada cual su trozo de oratoria, a la que eran tan propensos. Bustamante, cuando logró que

le escucharan, arguyó que era necesario hacer algo y dejarse de palabras. La cuestión no estaba en desayunarse con frailes, sino en conseguir un máximo de libertad individual. Cada uno puede creer lo que quiera. Más aún: es preciso creer en algo. Pero no impedir los derechos ajenos. El veía en todo el país un grave problema: el problema de la libertad individual. Y no podía haber libertad porque no había valor, ni conciencia ni personalidad.

—Estamos viviendo una época de cobardía—dijo.—Todos somos unos cobardes. No hay sinceridad, ni entusiasmo, ni valor. Si mañana surgiera un tirano, iríamos a rendirle tributo de admiración.

Todos protestaron, menos José Alberto.

—Tiene razón Bustamante—expresó.—Y eso que aquí en Córdoba hay por lo menos pasión, o si ustedes quieren, capacidad de pasión. Pero en Buenos Aires, no hay ni eso.

El venía de allí. Había pasado varios meses de íntima amistad con un grupo de espíritus muy selectos, muchachos jóvenes, muy cultos, muy inteligentes. ¿Y qué había encontrado en ellos? Escepticismo, ironía, falta de entusiasmo. Su amigo Iturbide, por ejemplo, era un representativo de toda una generación. Como lo eran Gabriel Quiroga, Orloff, y otros.

—Y yo, ¿no he necesitado venir a Córdoba para apasionarme por algo?

—Pues a mí—arguyó Márquez,—esto me llena de asco. Si pudiera echaba abajo toda la ciudad.

—Bien dicho; y empezando por la Catedral—agregó Zurbarán.—Que no quede una iglesia ni un convento.

José Alberto defendió la ciudad. Pero sin insistir demasiado. Las palabras de Zurbarán le habían indignado

tanto que no hubiera podido contestarle sin provocar un incidente. Aquellos sectarios ya le repugnaban. Su espíritu sólo podía congeniar con Bustamante, que tenía sensibilidad y gusto artístico. En su pensamiento acercaba los dos extremos, igualmente empeñados en su obra de destrucción: la gente de la curia y los liberales. Aquellos habían edificado casitas de alquiler, suprimiendo con ellas una parte de la belleza de la Catedral. Estos otros querían echarla abajo. Y he aquí cómo, no obstante estar en puntos opuestos, algo hermanaba a todos ellos: la misma estolidez, el mismo sectarismo, idéntica falta de gusto y de simpatía por las cosas del arte.

Iba a marcharse cuando apareció otro tertuliano con varios libros bajo el brazo. Baldovino se lo presentó a José Alberto:

—Ahí tienes el alma de nuestra causa. Es profeta, hombre de acción, cerebro y brazo. Es el gran Carmelini.

El aludido, con cierto acento napolitano y hablando lenta y suavemente, dijo, inclinándose:

—No haga caso, señor. Yo soy un modesto obrero del pensamiento libre.

Le hicieron lugar para que se sentara. José Alberto conocía de nombre a Carmelini. Era napolitano, sastre y grado treinta y tres de la masonería. Mientras tomaba una medida o probaba a su cliente un par de pantalones, solía desarrollar las ideas del pensamiento libre que iban a salvar pronto a la humanidad. Carmelini jamás faltó a ningún congreso del libre pensamiento, en los que ocupaba cargos de importancia. Tenía el cabello alborotado y silvestre; los bigotes formidables y renegridos; los ojos grandes e igualmente negros. Era solemne y se parecía un poco a Valladares. Había sido socialista. Pero abandonó el partido, lleno de altivez y superioridad, cuando

comprendió que el socialismo no perseguía el exterminio de las religiones.

Apenas se hubo sentado, colocó sobre la mesa los libros que traía. Eran cuatro ejemplares de un folleto encuadernado.

—¿Qué es?—preguntó José Alberto.

—El congreso de Santa Fe, señor—repuso Carmelini alargándole un ejemplar.

Y agregó, melosamente, dirigiéndose a uno por uno de sus amigos:

—Este es para usted, doctor Zurbarán. El suyo, doctor Valladares.

José Alberto, mientras sus compañeros comentaban las sesiones de aquel célebre congreso, recorría el álbum. Allí figuraba Zurbarán, importante y rígido, retratado en la misma página que un libre pensador de Los quirquinchos y una libre pensadora de Chapaleofú. El retrato de Valladares venía en la vecindad de una página de avisos, en la que se elogiaban algunas admirables novelas de un compañero, que llevaban por títulos: *Vida íntima de un cura, Víctimas del confesionario, Justicia sacerdotal* y otros por el estilo. Algunos retratos tenían al pie leyendas elogiosas. A Baldovino le llamaban "notable escritor y propagandista". A Zurbarán le consagraban descomunales elogios. Pero nada tan interesante como la leyenda puesta al pie del retrato de Carmelini.

—Aquí está el señor Carmelini—dijo José Alberto.—Vamos a ver qué le dicen.

—Por favor, señor. No merezco tales alabanzas. Soy un modesto intelectual, y nada más.

Pero José Alberto no hizo caso, y, con voz afectadamente altisonante, leyó:

—"El nombre de este joven intelectual, de este escritor

galano, de este pensador que tiene en sus concepciones ternuras de mujer"...

Márquez interrumpió para decir una grosería. Todos rieron, incluso el propio Carmelini. Zurbarán, como educador y pedagogo, creyó necesario aparecer adusto. Bustamante tampoco rió. Se había puesto triste.

—Adelante—dijo Baldovino, sin cesar de reir.

—"...ternuras de mujer y fibra de varón, eterno poeta..." Bien señor Carmelini; mis felicitaciones.

—Muy amable, el señor. No merezco.

—"...eterno poeta que no quiere creer en la maldad de los hombres y en sus cobardías, es el cantor de todas las posibles uniones entre los liberales, porque su alma, demasiado soñadora, no concibe ni comprende que entre los llamados liberales y masones hay muchos instrumentos del clero y muchos Judas."

Hubo apretones de manos, felicitaciones y hasta abrazos. El buen Carmelini se recogía en su modestia, repitiendo que sólo era un modesto intelectual y un obrero de la Ciencia y de la Libertad.

Luego, comentando el párrafo, hablaron de los Judas. Cada uno citó casos. El eterno poeta, para corresponder a los elogios del folleto, no creía en nada.

—Es que usted es un alma pura—le dijo Zurbarán.

José Alberto estaba a la vez avergonzado y fastidiado. Y se levantó para marcharse. Todos le tendieron la mano como a un nuevo colega. Pero en el instante en que se despedía de Carmelini, llegó, agitado y sudoroso, un nuevo camarada. Era un hombre atlético y congestionado. Apenas podía hablar.

—Señores, algo grave. Muy grave. El diario clerical, ustedes saben... Esta noche... *La liga crema*... El caso es que el gobierno... la policía... no sé bien...

prohibió la representación. Una zarzuela... señores. Representada en Buenos Aires. Indecente... dicen... Una vergüenza...

Todos vibraron de indignación. Aquello era un ultraje a la libertad. Y mientras cedían lugar al recién venido para que diera más detalles, Bustamante tomó del brazo a José Alberto y le llevó fuera del local.

Pocos días después apareció *La Idea*. El primer número contenía un artículo de dos columnas dedicadas al obispo. Había semblanzas de Zurbarán, de Valladares, de Carmelini y de otros conspicuos liberales del país. Al día siguiente tocaba el turno a Mortero. José Alberto se encerró en su cuarto para escribirlo. Había comprado, días antes, algunos libros sobre los jesuítas: el del Padre Mir ,el de Cejador, la novela *Sebastián Roch*, de Mirbeau, y otros. A la verdad, el espectáculo de aquellos liberales y de aquél periódico le había quitado un poco el ansia de atacar a Mortero y vengarse de los jesuítas. Tuvo que pensar en Teresa. La imaginó casada con él, viviendo juntos una existencia de dulce felicidad. ¡Y haberla perdido! Tomó la pluma y empezó a escribir sobre los jesuítas. Les atribuía toda suerte de infamias e iniquidades. A veces la conciencia le hacía interrumpirse. Se acordaba de la bondad del Padre Bates, de la virtud excepcional de los Padres Belarmino y López. La conciencia le decía que el caso de Mortero era puramente personal. En sus cinco años de colegio, entre tantos padres, no conoció ningún otro que fuese autoritario e inquisidor como Mortero. No, no debía atacar a los jesuítas. Era una injusticia la que cometía... Pero veía de nuevo a Teresa. Veía los malos días pasados, sus angustias, sus sufrimientos; y cerraba los ojos, y escribía palabras terribles sobre sus antiguos profesores. Por fin llegó a Mortero. Pero

aquí le fué fácil desahogar su rencor. Le acusó de pretender gobernar a Córdoba, de entrometerse en los hogares, de imponer su voluntad a las mujeres. Estuvo violento e implacable.

—Es genial, inmenso—le dijo Baldovino al leerlo.

En toda Córdoba, durante una semana, no se habló sino de aquel artículo. Como en *La Idea* guardaban el secreto, se ignoraba el autor. El diario católico, "haciéndose partícipe del deseo de toda la población culta y cristiana de Córdoba", pidió la encarcelación del autor. Misia Isabel no leyó el artículo ni quería leerlo. Pero otras viejas conocidas suyas, que encontraba en misa todas las mañanas, se lo contaron.

—El hombre que ha escrito eso debe ser un criminal, un desalmado—le decía la viejita a José Alberto.—Se irá al infierno de cabeza... No tiene perdón de Dios.

José Alberto callaba.

Pero no pasó una semana sin que su nombre comenzara a circular como autor del artículo. Los liberales, regocijados ante un aliado de semejante fuerza, se pasaron su nombre secretamente. De los liberales pasó, siempre secretamente, a los tibios, y de los tibios a los católicos. Al cabo de diez días, Mortero, Belderrain y toda Córdoba conocían el nombre del autor. Misia Isabel lo supo sólo después de todo el mundo.

Fué en Santo Domingo, una mañana, al salir de misa. La viejita había rezado aquel día con intensa devoción. Había comulgado y pedido a Jesús por la conversión de su sobrino. Desde hacía algunas semanas, notaba a José Alberto muy hostil para con las cosas de religión. Hasta había llegado a defender, aunque solapadamente, al autor del artículo contra los jesuítas. La pobre señora sufría en

el alma. Ella no deseaba sino que su sobrino creyese; pero ya que parecía tan difícil, por lo menos que respetase la religión de sus padres. Salía de la iglesia penetrada de satisfacción. Tenía la plena seguridad de que Dios había oído sus ruegos. Sí, sería escuchada. José Alberto se tornaría respetuoso hacia la Iglesia; y ¿quién sabía si no llegaba a creer alguna vez?

Tomaba agua bendita y se persignaba, cuando una conocida se le acercó. Era una mujer de clase media, que frecuentaba las primeras misas. Vivía de lo que le daban en algunas casas, adonde llevaba velas, estampas, rosarios benditos y otros objetos de devoción. Estaba al tanto de todas las novenas, las cuarenta horas y demás ceremonias religiosas. Se metía en las sacristías y colaboraba en el arreglo de los altares. En las casas de familia, no llamaba a la puerta para entrar. Llegaba hasta los cuartos interiores y allí se estaba horas enteras, hablando de milagros y de devociones y aburriendo a la gente, que no sabía cómo echarla. Era vieja, pedigüeña y vestía de beata franciscana.

Las dos mujeres salieron de la iglesia juntas, conversando.

—¿Y qué sabe de nuevo, Rosa?—preguntó misia Isabel, que tenía en aquella mujer, y en otras conocidas que encontraba en misa, su sola fuente de información.

—¡Ah, misia Isabel! Lo que se dice es cosa seria, y no sé si puedo repetírselo.

Misia Isabel se interesó. La mujer se hacía rogar, y con ello aumentaba la curiosidad de misia Isabel. Estuvieron un largo rato, la una rogando y la otra negándose a hablar.

—¿Pero de qué se trata, siquiera?

—Del artículo aquel, contra los Padres de la Compañía,

—¿Se ha descubierto al que lo escribió? Dígame quién es el perverso.

La mujer insistió en sus negativas. Hasta que al fin, poco a poco, insinuó al autor. A misia Isabel le temblaron las piernas. Se puso pálida. Creyó que iba a caerse al suelo.

—Rosa... no es posible... dígame el nombre... no quiero creer que sea él... ¡Dios de mi vida!

—Pues es él señora, su sobrinito. ¡Buen peine parece! Ah, los Padres están furiosos. Dicen que...

Misia Isabel, que desde hacía tiempo no se hallaba bien del corazón, estaba a punto de desvanecerse. Se apoyó en un brazo de la mujer. Temblaba toda entera y su palidez se había hecho mortal. Hubo que llevarla a su casa en un carruaje.

Eran las ocho de la mañana. La sirvienta despertó a José Alberto, que se vistió apresuradamente y corrió a llamar a Matías Blanes, mientras Rosa permanecía junto a su tía. No tardó en volver con el médico, quien puso una inyección a la enferma y la examinó. Blanes llamó aparte a José Alberto. Fueron al cuarto vecino.

—¿Qué tiene?

—Esto es cosa seria, muy seria. El corazón anda mal.

—¿Y qué puede haber sido?

—Alguna impresión desagradable.

José Alberto se inmutó. Recordó las preocupaciones de su tía con motivo del célebre artículo, y notando que llegaba de misa y que la acompañaba aquella Rosa, cuya afición a los chismes le era conocida, no tuvo dudas de que misia Isabel acaba de saber la verdad.

Se apartó del médico y comenzó a pasearse por el cuarto, con creciente inquietud. La cabeza le ardía y experimentaba un malestar enorme. Le pareció que hasta vaci-

laba al caminar, y tuvo que sentarse. Como viera que el médico había vuelto junto a la enferma, se llevó las manos a la cara. Luego se levantó y se fué al patio. Allí quedó, apoyado a una columna, con la faz contraída de dolor y la mirada lejana.

—Niño, pronto; la señora está mal—oyó a su lado.

Y corrió al cuarto de su tía, temblando, enfermo de angustia.

—Me muero, me muero,—susurraba misia Isabel, sencillamente.

—No, no. No es posible que me deje.

La besaba en la frente y le acariciaba la mano. Y en seguida, con lo sojos llenos de lágrimas, le dijo:

—Dios no ha de querer. Yo voy a pedírselo. Yo mismo...

VIII

José Alberto no lograba comprender lo que pasaba en él. Cuando hacía dos horas, el médico le revelara la gravedad de la enferma, creyó que una catástrofe amenazaba su vida. La idea de la muerte, la sospecha de que ella había entrado en la casa y esperaba, y el imaginar la agonía de la enferma, le habían sumido en una compleja situación de espíritu, mezcla de pavor, de desaliento, de angustia y de inquietud. El momento de la muerte le obsesionaba. Deseaba que no llegase en su presencia, o que llegase cuanto antes, puesto que era asunto de horas. Se hallaba cansado, bajo la impresión de una fatiga aplastadora y sin remedio. No había visto nunca morir a nadie, y aquella proximidad del misterio espantoso le tenía como sonámbulo, en un estado casi de inconsciencia. Pensaba en detalles insignificantes: de sus viajes, de sus amores con Teresa, de sus sufrimientos, de su breve campaña liberal. Pero todos estos recuerdos se le presentaban como ciertos elementos de primer plano en los paisajes impresionistas; elementos secundarios que podían estar o no en el cuadro, y que no alteraban el ambiente, constituído por aquella idea de la muerte y por cuanto la ro-

deaba. Esto era lo esencial en el cuadro. Era el fondo, el color, el alma misma del paisaje, lo inmutable y lo permanente. Se diría que a las pequeñas cosas que recordaba, las viese con sus ojos carnales, mientras al mismo tiempo seguía viendo a las otras con lo eterno y fundamental que había en él. Pero su desasosiego no duró mucho, pues el cansancio que experimentaba le aquietó al cabo, por lo menos en apariencia. Además, un poco como en los sueños, cuando después de hallarnos perdidos, encontramos el camino, o como cuando esperamos una catástrofe y las cosas han pasado o comenzado a pasar, le iba invadiendo una calma sedante, un bienestar extraño. Sin duda contribuía a ello el haberse resignado y habituado ya un tanto a la idea de aquella muerte que acechada en la casa. Pero había otra razón. En el fondo de su ser notaba algo que antes no existía. Imaginaba que diversas partes de su alma, hasta entonces separadas, rotas, incoherentes, estaban uniéndose y recomponiendo su ser moral. También le parecía que lo hondo de su alma había salido a la superficie, y que estaba viviendo aquellos minutos con la vida de lo eterno. Estas ideas, sin embargo, eran confusas en su espíritu, que sólo percibía claramente lo concreto. Pero los mil detalles triviales que asaltaban su imaginación, no permanecían en ella sino rápidos segundos y no dejaban huella ninguna en su pensamiento.

Mientras tanto, ayudaba al médico en su trabajo. Las dos sirvientas andaban como atontadas, y eran incapaces de hacer cosa alguna. Rosa, la mujer que trajo a su tía, había ido en busca de un sacerdote. El médico, después de poner a la enferma dos inyecciones y de observar que reaccionaba, se retiró, prometiendo volver al cabo de dos

horas. Quedó él con su tía. Acercó una silla para acompañarla.

—Voy a pedirte un favor—le dijo su tía.—Trae la *Imitación* y leeme un poco. Las sirvientas no son capaces. Está en la cómoda; desde aquí veo el librito.

Era un pequeño volumen encuadernado en tapas negras. José Alberto lo tomó en sus manos y lo miró. No había leído jamás una línea de aquel libro. Sentía curiosidad de saber lo que fuese aquella pequeña obra que perduraba desde hacía siglos y que había llevado a Dios y consolado a millares y millares de almas. Sentado junto a su tía, lo hojeaba con respeto.

—¿Dónde leo?

—En cualquier parte.

Misia Isabel, como muchas personas, tenía la seguridad de que abriendo la *Imitación* al acaso, se encontraría en la página abierta con la meditación que convenía al lector en tal momento.

—*De la meditación de la muerte*—leyó José Alberto.

Mientras leía pensaba que no podía haber elegido nada tan oportuno. Y no sólo para su tía sino también para él. Tal vez aquella lectura calmara a su espíritu atribulado. Por lo pronto, el simple hecho material de leer en voz alta, obligándole a preocuparse de la entonación, de las pausas y de pronunciar con claridad, le fué benéfico, pues contribuyó a que las nieblas de su alma desaparecieran. Ahora ya veía y sentía en su interior con más claridad.

—"Muy presto será contigo este negocio: mira cómo te has de componer. Hoy es el hombre y mañana no parece. En quitándolo de la vista, se va presto también de la memoria. ¡Oh torpeza y dureza del corazón humano, que solamente piensa en lo presente, sin cuidado de lo por venir! Así habías de conducirte en toda obra y pen-

samiento, como si hoy hubieses de morir. Si tuvieses buena conciencia, no temerías mucho a la muerte"...

Se detuvo. Misia Isabel parecía rezar con infinito fervor. No se movía y ni le había mirado cuando él interrumpió la lectura. "Si tuvieses buena conciencia no temerías mucho a la muerte" volvió a leer José Alberto para sí. Durante unos minutos permaneció en silencio, sin poder quitar los ojos de aquellas palabras, en las que descubría una verdad trascendental. Ahí estaba el ejemplo de su tía. Era una santa mujer. Como tenía buena conciencia, aceptaba la muerte con resignación y serenidad. Nada le parecía a él más digno de envidia. ¡Las noches que había pasado sin dormir, imaginando el momento de su muerte! Pensaba que todas sus malas acciones le amargarían de un modo horrible el instante de su agonía. ¡Ah, era tan espantable la muerte que alguna vez deseó no haber nacido! Le parecía que lo único grande que los hombres pudieran inventar, era el hacer menos angustioso aquel momento. Pero todo era inútil. No había sino el remedio que indicaba el pequeño libro que tenía entre sus manos: una buena conciencia. Es decir una vida pura, que le hiciese olvidar eternamente sus veintitantos años de vanidades.

—"Mejor fuera evitar los pecados—continuó, dando a sus palabras un tono intenso y conmovido,—que huir de la muerte. Si no estás dispuesto hoy, ¿cómo lo estarás mañana? Mañana es día incierto: ¿y qué sabes si amanecerás mañana?"

Ahora sentía un grave malestar. Quisiera borrar de un golpe, inmediatamente, toda su vida pasada, y le parecía que podía no llegar el instante de hacerlo. Su intranquilidad contrastaba con la expresión serena de su tía.

Siguió leyendo. Cada palabra se le entraba en el al-

ma y la conmovía profundamente. Al interrumpirse en su lectura quedaba abstraído muy amenudo. Notaba, aunque con vaguedad, que algo iba removiendo violentamente el fondo de su ser. Cuando llegó a la frase: "muchos mueren de repente, porque en la hora que no se piensa vendrá el Hijo del hombre", su corazón latió de un modo tan inusitado que se alarmó. Leía uno de los párrafos finales, cuando la sirvienta apareció en el cuarto.

—"Guarda tu corazón libre y levantado a Dios, porque aquí no tienes domicilio permanente". ¿Qué hay?

—Está el Padre Rincón.

Se levantó, sin dejar el libro, y salió a recibir al sacerdote. No conocía al padre Rincón, y al verle se sintió avergonzado. Era aquel sacerdote que encontrara en un tranvía, yendo él con Blanes, y al cual había mirado con odio mientras insultaba a la religión y a los frailes.

—Gran placer en conocerle. Creo que alguna vez nos hemos visto—dijo el Padre, riendo con una risa franca y simpática.

El Padre Rincón era de mediana estatura, flaco, canoso, de tipo moreno. Usaba anteojos, que solían caérsele hasta la punta de la nariz. A veces hablaba en tono levantado, como si predicase, con un timbre de voz sonoro y cálido. Era el prototipo del clérigo criollo: afable, dicharachero, liberal. Politiquero, fué, hacía mucho tiempo, caudillo en un lejano departamento. Arrastraba a la gente de las sierras con su oratoria fogosa y revolucionaria, y jamás el gobierno logró ganarle una elección. El partido gobernante no tuvo en la cámara de diputados un enemigo más temible. Hasta en sus sermones atacaba al gobierno, por lo cual la curia le prohibió predicar. En ese tiempo intervino en una revolución que fracasó. Al frente de sus gauchos se vino desde la sierra hasta

la capital. Pero llegó tarde y tuvo que volverse. Ahora vivía muy tranquilo en San Vicente. Hacía cerca de treinta años que no politiqueaba. Leía mucho y meditaba. Era capellán de las Adoratrices y poco amigo de los jesuítas. En los últimos años se había vuelto un tanto místico. Su vida era muy pura.

José Alberto le condujo al cuarto de su tía y allí le dejó. Luego se fué al comedor, siempre con el librito. Continuó leyendo. La *Imitación* le interesaba de tal modo que no podía dejarla. Leía aquí y allí, pasando las páginas, pero siempre, fatalmente, todo cuanto en él encontraba pudiera ser aplicado a su situación espiritual. El Padre Rincón apareció en la puerta del cuarto.

—Dentro de una hora vamos a ponerle la extremaunción. En seguida vuelvo.

—¿Pero cree que está tan mal, Padre?

—Ella se siente morir.

José Alberto acompañó al sacerdote hasta la puerta. Sus palabras le habían causado un malestar violento y repentino. No se atrevía a entrar en el cuarto de la enferma. Había aun algo en su conciencia torturada, en que no quería pensar. Era la sospecha, confusa al principio, pero que ahora, al ver más de cerca el último instante de la enferma, se había ido aclarando, de que él tenía la culpa de aquella muerte. Cuando por fin penetró en el cuarto de misia Isabel, las manos le temblaban y un sudor helado las humedecía.

La enferma parecía un poco mejor. Estaba menos pálida y tenía más animación en los ojos.

—¿Por qué escribiste eso?—le preguntó.

José Alberto le tomó una mano y se la besó con emoción. Le dijo que estaba arrepentido, que nunca volvería a hacerlo. Era el cariño a Teresa, el deseo de ven-

garse de los que se la quitaron, lo que le sugirió aquel artículo.

Quedaron en silencio. Pero al cabo de un instante, José Alberto, de pronto, le tomó de nuevo la mano a la viejita y besándola, y con los ojos en lágrimas, se acusó de ser el culpable de su enfermedad.

—No, — decía ella; — si ya estoy muy vieja, muy vieja...

Llegó el Padre Rincón y en seguida comenzó la ceremonia de la imposición del último sacramento. La viejita parecía una santa. Había entornado los ojos y rezaba. No se advertía en su rostro la menor aflicción ni el menor miedo. El sacerdote le mojaba la frente, los labios, las manos, y decía al mismo tiempo algunas palabras en latín. José Alberto no había presenciado jamás esa ceremonia. Pero se hallaba tan acongojado y tan nervioso que apenas podía observarla.

La enferma pasó todo el día en un estado alternante. Varias veces hubo que darle inyecciones. Pero reaccionaba con facilidad. La casa se llenó de gente, sobre todo a la tarde. Eran señoras, en su mayoría parientas, que iban a preguntar por la enferma. Todas se ofrecían para cuidarla. José Alberto no aceptó. Se bastaba él, con la ayuda de las sirvientas. Pero algunas mujeres de clase media, gente protegida por la familia, se habían instalado y mandaban y disponían como en su casa.

A la noche misia Isabel se agravó. José Alberto no hacía sino tomarle el pulso y darle oxígeno. La operación de dar oxígeno le distraía de sus preocupaciones. Notó que se acostumbraba, cada vez más, a la idea de la muerte. Ya no le causaba tanto terror el ver la expresión vaga de su tía, su palidez cadavérica. Ahora, cuando se agravaba y en su rostro imaginaba él ver la presencia de la

muerte, ya no sentía el mismo espanto que a la mañana.

La enferma amaneció mejor. Aquel día José Alberto lo pasó también cuidándola y atendiendo a las visitas. No descansó un instante. A la noche no podía más de fatiga y de sueño. Llevaba dos días y una noche sin descansar y sin alimentarse suficientemente. Jamás había experimentado una sensación igual. Sentía dolorido todo el cuerpo, como si le hubieran apaleado. No podía estar en pié. Rogó a una de las mujeres que velara aquella noche y él se fué a acostar. La viejita durmió y José Alberto no fué molestado. A la mañana se levantó como si hubiera salido de una enfermedad. Tenía la cabeza despejada y el espíritu inteligente y claro. El día anterior no se había dado cuenta de nada. Había rezado maquinalmente, sin comprender el significado de lo que hacía.

Eran las ocho. En el patio los canarios cantaban jubilosamente. Hacía calor. Cuando entró en el cuerto de la viejita, ella acababa de comulgar y el Padre Rincón se despedía. José Alberto saludó al sacerdote y le invitó a tomar con él el desayuno. La enferma estaba mejor. El Padre dijo que le acompañaría con mucho gusto.

Pasaron al comedor. Hablaron primeramente de la enferma, de su serenidad ante el más allá. Rincón atribuía aquella conformidad a la virtud de la señora y a la sinceridad de sus creencias religiosas.

La sirvienta sirvió dos tazas de chocolate. José Albertó le ordenó cerrar la puerta y acompañar a la enferma. Cuando la sirvienta hubo salido, los dos hombres se miraron rápidamente. "¿Qué querrá este pájaro?" se preguntó Rincón. "Según cree la enferma, la procesión le anda por dentro. ¿Será táctica? Veremos por qué lado sale". Pero José Alberto no sabía cómo empezar, y se sentía molesto. El sacerdote notó la turbación de Flores. "Aquí

hay algo serio. Parece que está conmovido. ¡Lindo, me gusta! Aunque no te lo mereces, cura inservible, palpito que vas a tener la gloria de conducir una oveja descarriada al redil. La sacaré del pantano".

Y en voz alta, habló otra vez de la serenidad de la enferma ante la muerte. De allí pasó a las ventajas para la felicidad y la virtud que significaba el creer.

—¿No piensa lo mismo?

José Alberto asintió fácilmente. Y una vez en este terreno y ayudado por el tono franco y cordial del clérigo, que parecía invitarle a la confidencia, no tardó en declararle que deseaba creer. Había visto que sólo la religión le haría feliz. Ya creía en muchas cosas, y en aquellos días hasta había rezado. Pero había otras cosas que no podía aceptar, que no se resignaba a aceptar.

Rincón pensó que era mejor no discutir sobre los puntos que Flores no aceptaba. ¿Para qué? Discutiendo, hasta había el peligro de que el pájaro se escapara. Convenía más demostrarle que para un incrédulo como él, que fué educado en la religión católica, toda la dificultad consistía en "sentir" a Dios. Una vez que él creyera en Dios, todo lo demás vendría naturalmente.

Pidió a José Alberto que le escuchara con paciencia y comenzó una larga disertación. El clérigo criollo y dicharachero que había en él, cedió su lugar al místico. Se olvidó por completo de aquella personalidad, bajo la cual se le conocía casi exclusivamente, pues a la otra no la dejaba ver así nomás, y habló del sentimiento de Dios en una forma que sorprendió y encantó á José Alberto. Según Rincón, nos constaba la existencia de Dios porque lo sentíamos, porque El estaba inmanente en nuestra alma. Sentíamos a Dios en los momentos de gran dicha como de gran dolor, y también lo sentíamos en los momentos

sublimes de la vida y de la historia, en las acciones de los héroes y los santos, en presencia de la muerte, en las bellezas de la naturaleza y del arte.

José Alberto quedó pensativo, pero como deseaba llegar a algo concreto en sus objeciones a la Iglesia, insistió en que no podía aceptar algunas cosas.

—Seguramente—dijo el clérigo,—que hay en la Iglesia muchas imperfecciones. Ella misma lo reconoce. ¿Recuerda el *Cantar de los cantares?* Pues allí hay un verso en que la Sulamita dice: "Morena soy, pero hermosa". La Sulamita, según la interpretación católica del poema, es la Iglesia, y la palabra "morena" significa "imperfecta".

—Pero esas imperfecciones son de detalles — objetó José Alberto.—Según el espíritu de la Iglesia se han de referir más bien a imperfecciones de los hombres. Lo que yo no acepto son cosas relativamente graves.

—¿Y por qué esas imperfecciones han de ser sólo de detalle? Como militante, todo católico debe aceptar y acatar cuanto ordena la autoridad, pero en el fondo de su alma puede aspirar a la perfección de la Iglesia.

José Alberto le interrogó:

—Por ejemplo, ¿puede desear una organización democrática de la Iglesia, más de acuerdo con el espíritu cristiano? ¿Puede desear que ciertas afirmaciones desaparezcan o sean atenuadas?

Estas palabras dejaron perplejo al clérigo. El místico, que acababa de hablar hacía un momento, con lirismo y exaltación, cedió otra vez su lugar al hombre sensato y práctico, desconfiado y sencillo. Cambió de fisonomía, como había cambiado de personalidad, y mirando a su interlocutor por encima de los anteojos, que ahora cabalgaban en la punta de la nariz, pensó: "¡Me has me-

tido en un berengenal! ¿Qué te contesto? Mi opinión no es categórica, ni hacia una parte ni hacia otra. Yo también tengo mis dudas. Si te contesto que sí, me paso de la raya y afirmo lo que en mi espíritu no es sino una vaga aspiración, una cosa no concretada y en la que no quiero ni pensar; y si te contesto que no, te echarás atrás. ¿Cómo podría escaparme por la tangente?".

Y después de un corto silencio, en el que Rincón creyó haber encontrado la escapatoria, dijo:

—En nuestra Iglesia cabe mucho más de lo que imaginan los que no la conocen. Hay mucha libertad, pero nuestros enemigos, y aun infinidad de católicos, lo ignoran. Ahí tiene usted la evolución. Nos están jorobando con esta doctrina, como si con ella fuesen a reventar a la Iglesia. ¿Y sabe quién inventó la evolución? Pues San Agustín, hombre, San Agustín. Y así en muchas cosas. Repito que todo cabe en nuestra Iglesia: desde el más puro espíritu franciscano hasta el catolicismo perseguidor de León Bloy, que insulta a cuanto cura Dios crió, a obispos y hasta al Papa; desde el *fideísmo* por pálpito de mi cocinera hasta el racionalismo de los teólogos; desde la religión humana y tolerante de muchos católicos hasta la de garrotazo y tente tieso de algunos que verían con gusto la Inquisición.

—Yo encuentro—dijo Flores—que la mayoría de los católicos practicantes no son cristianos.

—¿Cómo es eso?—preguntó Rincón, sonriendo.

—El cristianismo se define pronunciando tres o cuatro palabras: fraternidad, piedad, humildad, penitencia ¿Y qué fraternidad existe entre los católicos? Para casi todos, la religión es apenas una opinión política. Un partido. Son católicos del modo que son radicales o auto-

nomistas. Algunos creen de veras, no lo dudo. Llegan hasta ser un poco místicos. Pero no cristianos.

Rincón pensó: "Has hablado como un libro. ¡Si sabré yo eso! ¡Cuarenta años confesando! ¿Y quién tiene la culpa de que no haya más cristianismo? Nosotros los curas, pues".

—Algo hay de cierto en lo que ha dicho— arguyó. —Pero no exajeremos. Su tía, su novia, muchas personas que pudiera nombrarle, unas humildes y otras de copete, son buenos cristianos, hijos de San Francisco de Asís o de San Vicente de Paul.

Se hizo un silencio.

—Una de las cosas que detesto en la Iglesia es ese espíritu de dominación que veo en el clero.

Rincón rió de buena gana, gozándose de que Flores se despachase contra el clero.

—Por lo que veo, a usted no le gustan mucho los frailes—,dijo Rincón, jovialmente.

—Casi nada.

—Pues a mí lo mismo.

Los dos festejaron la ocurrencia. Rincón agregó que para ser buen cristiano no era obligación andar detrás de las sotanas. Si a José Alberto no le gustaban los curas, ellos no se iban a meter en su casa a la fuerza.

La sirvienta entró a sacar las tazas. Cuando se fué, José Alberto, con voz baja y un tanto emocionada, preguntó:

—¿Usted cree, Padre, que yo puedo ser católico?

—Sí, hombre, lo creo—dijo Rincón, poniéndose muy serio;—y hasta pienso que ya lo es. Lo único que le falta es arrodillarse. Hágalo prontito, y verá cómo muchas de esas dudas y disconformidades desaparecen. Poco

ı poco irá entrando en el espíritu de la Iglesia, hasta que legue a ser...

—¿Cómo Belderrain? ¿Cómo el Padre Mortero?—preguntó José Alberto riendo.

—¡Qué horror!

Rincón se había levantado, pensando en marcharse, cuando recordó que tenía un encargo para José Alberto.

—¿Un encargo?

—Sí, de Teresa Belderrain.

José Alberto sintió latirle el corazón. El sacerdote, poniendo una mano en el hombro de José Alberto, le trasmitió el pedido de Teresa: "Dígale que, si todavía me quiere algo, no escriba en esa forma contra la religión y sus ministros".

Al cabo de un instante de silencio, Rincón extendió a mano despidiéndose.

—Dígame, Padre. Si ella le ha dicho eso, es porque se acuerda de mí.

—Naturalmente, hijo. ¿Cree que por cambiar de traje se ha de olvidar de todo? ¡Es muy difícil olvidar, muy difícil!

—Pero ella va a ser monja.

—No es ni será monja. Es apenas postulanta. Y una postulanta que parece no tener mucha vocación. A mi juicio, no tardará en abandonar el convento.

José Alberto se había estremecido. Con la mirada lejana, parecía meditar.

—Si usted se convirtiera en un buen creyente...

—¿Qué? ¿Sería posible?

—¿Por qué no?

—¿Pero Belderrain? ¿E Ignacio? ¿Me perdonarían?

—Ellos son católicos, antes que nada. Por más agravios que tengan contra usted, si usted se arrepiente no

le cerrarán la puerta de la casa. Yo me encargaría de hablarles.

José Alberto creía soñar. Aquellas palabras le sonaban como una música divina. Hubiera abrazado al Padre Rincón, que reía al verle conmovido.

—¿Pero ella? Aconséjele que no sea monja. No debe ser monja, no tiene derecho...

—¡Claro que no debe ser monja!—exclamó Rincón.

Y agregó, tendiendo otra vez la mano a José Alberto y riendo:

—El monjío es para las feas, hombre.

Antes de salir, en el zaguán, el Padre dijo que no volvería hasta el domingo, salvo que la enferma reagravavase. Aquel día era miércoles santo, y el jueves, viernes y sábado tendría todas sus horas ocupadas.

Cuando el sacerdote se fué, José Alberto, con alegría infantil, se puso a saltar. Ya se veía casado con Teresa. Deseó con toda su alma que Dios le enviase la fé que necesitaba. Corrió al cuarto de su tía para contarle todo. Había allí tres mujeres. Misia Isabel estaba muy mejor. Habló con ellas algunas palabras y echó varias indirectas a las acompañantes. Pero éstas no se iban. Nervioso, tenía ganas de sacarlas de un brazo. Por fin, misia Isabel comprendió que su sobrino quería decirle algo importante. Había notado su alegría. ¿Le habría concedido Dios a ella el favor que tanto le pidiera? Rogó a las mujeres que la dejasen con José Alberto.

El día siguiente era Jueves Santo. Misia Isabel había amanecido tan bien aquella mañana, que José Alberto, a la tarde, se animó a dejarla con las sirvientas y a salir. Quería ver las calles y las iglesias. Pero, principalmente, esperaba encontrarse con Asunción y hasta con Teresa. Las palabras del Padre Rincón le habían esperan-

zado. Teresa, según dijo el sacerdote, iba a dejar el convento en aquellos días. Pero ¿no podía haberlo dejado ya? Era fácil que así fuese, y que el sacerdote, por prudencia, no hubiera querido declarárselo.

José Alberto se dirigió a la Catedral. Eran las tres de la tarde. El día estaba un poco nublado y el calor sofocaba. En su camino hacia la iglesia encontró centenares de personas que hacían las estaciones. Beatas con manto a la cabeza, vestidas de azul, de blanco, de ocre, marchaban con pasos desiguales y apresurados y con aire abstraído. Eran, casi todas, mujeres del pueblo, de rostro negruzco y aspecto desagradable. Muchos hombres de todas las clases circulaban también. Todos iban graves y recogidos. Innumerables cofradías pasaban. José Alberto leyó algunos nombres en los estandartes de raso, lujosamente bordados, que llevaban: "Congregación de la Inmaculada Concepción", "Asilo de Huérfanas", Congregación de la Purísima Concepción y de Santa Filomena", "Asociación Católica de San José". Había asociaciones de niños, de mujeres, de niñas, de hombres. Algunas conducían imágenes en andas. Al llegar a la Catedral vió venir una larga y doble hilera de individuos del pueblo. Eran más de trescientos. Llevaban varios estandartes. Tenían las caras compungidas y tristes y algunos jesuítas los guiaban. En las esquinas, vió varias veces grandes grupos preparándose a la marcha, encabezados por un dominico, un franciscano o un jesuíta. Los coches no podían pasar frente a las iglesias. Las campanas estaban mudas. La matraca difundía en el silencio triste su ruido monótono y opaco, llamando a los fieles.

Entró en la Catedral. Habían puesto a un lado los bancos y parecía un salón, listo para el baile. La gente, sin

cesar, entraba y salía. Un grueso chorro de luz penetraba por el vitral del coro y bajaba al centro de la iglesia como una escala luminosa.

Se sentó en un banco para ver pasar la gente. Tal vez llegara Asunción o la propia Teresa. Una extraña cofradía pasó junto a él. Un viejo llevaba una gran cruz al hombro. Delante, dos hombres levantaban faroles encendidos. Luego entraron muchos niños, con una cinta cruzada al pecho.

Se acercó al monumento. Era una alta y ancha escalera de madera blanca, sobre la cual ardía una selva de cirios y de velas. Se acordó entonces del Degolladito. Y en vez de confortarse en su deseo de creer, sintió repugnancia hacia la religión. ¿Era posible que él creyese cuánto creían aquellas gentes que le rodeaban? No; no podía él tener nada de común con ellas. Sería ridículo y disgustante. Quería creer, pero no quería creer con esa gente ni como esa gente. Deseaba irse de allí para aclarar y purificar sus ideas. Pero algo le detenía. Permaneció un instante frente al monumento. Luego pensó que precisamente en esa comunidad residía la fuerza y la grandeza de la religión. Todos éramos hermanos y rogábamos los unos por los otros. Aquellas pobres gentes eran almas como las suyas, eran seres que debían morir, como él. Y esto le hizo pensar que si todos los hombres se amasen de veras y fuesen fraternales ante el destino y el dolor, la muerte sería menos triste. Sintió amor por aquellos cristianos, y rezó un padrenuestro.

Salió de la catedral. Recorrió varias iglesias. Hacía muchos años que no entraba en ellas y las encontraba desconocidas. Frente a un pequeño *square,* donde dos enormes palmeras extendían sus hojas con un gesto fraternal, había una iglesia en cuyas torres brillaban be-

llos azulejos. Entró. Arrodilladas cerca de un vasto púlpito,—en cuya convexidad aparecían sentadas varias figuritas rechonchas, pintadas de colores—, un centenar de mujeres rezaban el rosario. Las agrupaba un estandarte; llevaban cintas y medallas en el pecho. En la Compañía había una multitud de hombres. Todos arrodillados, rezaban fervorosamente. Luego se dirigió a las Adoratrices, y en el camino trató de analizar su conciencia. ¿Creía él realmente? ¿Por qué rezaba? ¡Ah, si la religión fuese una cosa puramente espiritual, sin ritos, sin dogmas, una cosa que sólo viviese en lo interior de las almas! Cerca de las Adoratrices se encontró con Zurbarán y Valladares. Se pusieron a hablar. Zurbarán lamentó la deserción de José Alberto del campo liberal. José Alberto objetó que él era siempre liberal, pero en el buen sentido de la palabra. Sus amigos no contestaron y hablaron de la Semana Santa. Estaban asqueados. Puro fetichismo, superstición. Era intolerable que los coches no pudiesen andar por cualquier calle. Desbordaban de odio. Se sentían pequeños y nulos. Zurbarán confiaba en la Escuela y Valladares aseguró que la Ciencia concluiría pronto con todo eso. José Alberto se despidió.

En las Adoratrices había poca concurrencia. José Alberto entró en la iglesia con emoción. ¿Estaría Teresa en el convento? La idea de que Teresa se hallaba en aquella casa le impidió pensar en otra cosa que no fuese en ella. Entonces recordó cómo era la religión de Teresa, tan lejana de todo fetichismo, tan pura y tan bella. Y si Teresa creía de ese modo, ¿por qué él no había de creer así, también? Todo cabía en la Iglesia, le había dicho el Padre Rincón. Y ¿por qué no cabría él? Ya empezaba a sentir a Dios en su alma. Comprendía que algo nuevo estaba pasando en él, aunque él mismo no se diera

cuenta exacta de ello. "Teresa,—rogaba en su pensamiento,—pídele a Dios que me envíe tu fé". Se arrodilló e intentó rezar. Pero no podía. Maquinalmente dijo el padrenuestro, la única oración que recordaba entera, pero no atendía a las palabras. Pensaba en Teresa; en aquellas cosas de la Iglesia, que no aceptaba; en la estupidez de Zurbarán y de Valladares.

Dejó la iglesia y se fué a su casa. Misia Isabel estaba muy bien. Beatas trajeadas de distintos colores entraban a cada rato, de visita. Cuando no quedó ninguna, al atardecer, la enferma pidió a José Alberto que le leyese de nuevo la *Imitación*.

A la noche, salió a caminar. Casi todas las iglesias estaban cerradas. Frente a la puerta de una capilla, varias mujeres, arrodilladas en la vereda, rezaban. En la Compañía, junto a la verja, un pobre hombre permanecía de pié, con los brazos cruzados y en actitud contrita.

El día siguiente, Viernes Santo, pasó buena parte de la mañana leyendo a la enferma el oficio. Leía en castellano, pero ciertas frases las repetía en latín. Las páginas eran a dos columnas, con el texto en ambos idiomas. Casi al comienzo, en el salmo 26, había leído: "Escucha ¡oh señor! mis voces con que te he invocado: ten misericordia de mí, y óyeme. Contigo ha hablado mi corazón: en busca de tí han andado mis ojos. ¡Oh, señor! tu cara es la que yo busco". Estas palabras quedaron vibrando en su alma durante un largo rato. Pero luego vinieron otras que le impresionaron con igual intensidad. Se había penetrado de la lectura y leía aquellas cosas aplicándoselas. Pasaban fragmentos de los salmos de David, de las lamentaciones de Jeremías, frases de San Pablo y de San Agustín, la Pasión según San Juan. Se afligió por sus culpas con los versículos del rey poeta: *"Domine, ne in*

furore tuo arguas me; neque in ira tua corripias me". Hubiera querido poder decir con el gigantesco poeta de las Lamentaciones: *"Defecerunt prae lacrymis oculi mei, conturbata sunt viscera mea"*. Sintió la belleza infinita de la vida de Jesús al leer la Pasión, y le amó tanto que, al terminar los oficios de aquel día, estuvo a punto de hacer suya la estrofa última del Himno que empieza:

O cruz ave, spes unica;
Hoc passionis tempore...

Después de la lectura quedó contento, casi feliz. Parecía que su alma se iluminaba. Conversó con la enferma largo rato y después de almorzar salió.

Como el día anterior, el gentío llenaba las calles. Pasaban las mismas cofradías. Sonaba otra vez la matraca. La iglesia de los jesuítas estaba atestada de gente. Mujeres que no habían podido entrar, se agolpaban, de rodillas, en el atrio, junto a la puerta. José Alberto penetró por la casa de los Padres, como todos los hombres. La gente entraba y salía incesantemente. Pasó por aquel claustrillo y aquella sala que ya conocía, y, temiendo encontrar a Mortero, se apresuró. Atravesó la sacristía y entró en la iglesia. De pié, frente al altar mayor, veía al jesuíta que predicaba. En aquel momento, el sacerdote describía la agonía de Jesús. No eran sus palabras teatrales ni sentimentales, antes bien secas y enérgicas; pero conmovían a la gente, tal vez por lo simple de su elocuencia. Muchas mujeres del pueblo sollozaban bajo sus mantos negros. Junto a él, un viejo se secaba las lágrimas con un enorme pañuelo. A José Alberto aquel sermón le dejaba frío. Como el día antes, en la Catedral, pensó que él no podía creer lo mismo que aquellos indi-

viduos mugrientos e ignorantes. No creía, no sentía la religión. Miraba a su alrededor, y le parecía encontrarse en un mundo extraño, casi exótico, tan extraño para él como el ambiente de las mezquitas que visitara en África. Se acababa el sermón. Toda la concurrencia se arrodilló, y, con el movimiento de los cuerpos, fué mayor el olor a mugre. José Alberto, incómodo, disgustado, abandonó el templo.

En la calle se sintió libre. Le parecía volver a la realidad, salir de una pesadilla desagradable. A cada paso encontraba cofradías. Multitud de gente se encaminaba hacia la Catedral. Entró. En medio, y a todo lo largo de la nave central, gran número de mujeres formaban rueda. Dos seminaristas, o dos acólitos, pasaban una inmensa tela mitad blanca y mitad azul, que daban de besar a las mujeres. Era "la sábana santa", con la que, según decían, habían tocado el sudario que envolvió el cadáver de Cristo. Millares de personas entraban a la iglesia para besar la sábana. José Alberto sintió aumentar su disgusto y huyó a la calle.

Tomó un carruaje y se dirigió al parque Crisol. Tenía necesidad de aire, de luz. Le parecía que su espíritu se había oscurecido, y quería aclarar sus ideas, ordenar sus sentimientos, saber lo que había en su corazón. Ya no le era posible permanecer en aquella incertidumbre. Urgía saber qué era lo que creía verdaderamente, y cómo y por qué lo creía. El día anterior poco le había faltado para arrodillarse. Y ahora, en algunos instantes, ¡qué lejos se imaginaba de todo aquello!

Llegó al parque y allí despidió el carruaje. Eran las cuatro y media de la tarde. Había mucho sol y el parque estaba casi solitario. Entró, y se sentó en un banco, no lejos de la puerta de entrada. Era magnífico aquel parque,

con la variedad de su flora, sus pequeños lagos, sus jardines sin simetría, su altísima verja señoril.

—Necesito resolver este asunto, urgentemente—se dijo, casi en alta voz.

No podía vivir en la continua inquietud que le atormentaba desde hacía algunos días. Tenía que creer o no. Imposible permanecer en una actitud espiritual que consideraba hipócrita, cobarde. Quería ser sincero para consigo mismo, saber lo que tenía en su conciencia. Era cuestión de honestidad.

Y empezó a recordar todos los sucesos de aquellos días: la impresión que le hiciera el Kempis, sus plegarias a Dios, sus rezos, su conversación con el padre Rincón, las rebeldías de su inteligencia y de su voluntad. Cada palabra, cada acto, eran analizados fríamente. En ciertos instantes, parecía convencido de que creía; en otros, dudaba; en los menos, rechazaba toda idea de conversión. "Pero vamos a ver—se decía,—¿por qué he rezado? ¿No prueba esto que creo en Dios y en su providencia?" No, no probaba nada. Había muchos hombres que no creían y rezaban por rutina, por temor a la muerte, por afecto a su madre. Lo importante era saber si mientras rezaba creía en las palabras de las oraciones. En algunos momentos, cuando le imponían la extremaunción a su tía Isabel, le pareció que sentía a Dios. Pero ¿no sería simple emoción? No había que confundir un desfallecimiento sentimental con un acto de fé. Sin embargo, al desear con tanta vehemencia la vida de su tía Isabel, había deseado que existiese una Causa Suprema que pudiera dársela por sus ruegos. En ese instante había creído en Dios, y al rezar con toda su alma había realizado un acto de fé. Pero luego se argüía que creer en Dios y en Cristo no significaba la conversión, pues no por eso se-

ría católico. Recordó otra vez las palabras del Padre Rincón. Según el Padre Rincón, para todo hombre educado en la religión católica y que luego había dejado de creer, todo el problema de la conversión consistía en sentir a Dios. Con el sentimiento de Dios, entraba en el alma el sentimiento de la divinidad de Cristo, de la inmortalidad, del infierno, del pecado. José Alberto deseaba creer, y deseaba creer así, de golpe, porque de otro modo nunca creería. Pero también le parecía indigno de un hombre intelectual una conversión puramente instintiva, en la cual el convencimiento no entraba para nada.

Se levantó y salió del parque. Se había entrado el sol. Desde la puerta, cerca de la estatua del Deán Funes, se veía el poniente dividido en vastos trozos rojos y verdes, y extendido sobre las sierras como una inmensa bandera bárbara. Luego se dirigió hacia el lago.

En la avenida por donde caminaba, los troncos de los álamos, rectos, blancos, elegantes, le ofrecían cierta semejanza con la columnata de un templo griego. En el lago, un angosto puente de madera conducía a la isleta. José Alberto entró en el puente y quedó un momento de codos en la baranda, mirando el paisaje. Hacia todos lados, masas de árboles; pero de tonos diferentes. El aire era suave y sutil. La arboleda se retrataba en el espejo del lago, y de toda aquella fronda elegíaca y de aquellas aguas quietas parecía desprenderse una penetrante y dulcísima melancolía. José Alberto pensó que la vida era triste cuando no se tenía un rumbo, cuando faltaba una fé. En aquella soledad, lejos de las fealdades y pequeñeces humanas, frente al misterio, creía en Dios. Pero, ¿por qué El no le enviaba su gracia?

Dejó el lago y continuó caminando. Llegó al extremo de las barrancas próximas al parque. Abajo, en la hon-

dura, se extendía la ciudad. Las barrancas, altas y grises caian, desde allí en pliegues profundos, sin una planta ni una piedra. Tenían el aspecto de ruinas antiguas, de restos de murallas ciclópeas. La ciudad cobraba un tono azulino, allá abajo, en lo hondo. José Alberto veía destacándose en la claridad, que como un humo blanquecino se extendía sobre las casas, aquella multitud de torres y de cúpulas que afirmaban el alma católica de Córdoba. Ahora él conocía bien a su Córdoba, y distinguía las iglesias una por una. Desde donde él se hallaba, parecían apiñadas las torres y las cúpulas de las iglesias cercanas a la plaza San Martín. A dos pasos de la Catedral, adivinaba la iglesia colonial de las Teresas, a una cuadra de la cual se levantaban las torres negras de la Compañía. Detrás de la Catedral, Santa Catalina era una simple mancha pálida, y en las dos grandes cúpulas de Santo Domingo, vecinas a la Compañía, perduraban los últimos resplandores de sus azulejos. A una cuadra al sur de la plaza, San Francisco, apenas visible, parecía como si se ocultara humildemente; a una cuadra al norte de la plaza, como dos columnas, se veían las torres delgadas y altas de la Merced, y, cerca de ésta, la masa confusa del Pilar. No lejos de la plaza, hacia el oeste, se percibía el convento de las Adoratrices, oscuro e inmenso, y, entre el convento y la plaza, se perdían los tonos amarillos de San Roque. Hacia la izquierda, un poco apartado de esta selva de torres, el convento de Santo Tomás, con apariencias de castillo, dominaba en una altura. Y todavía había otras iglesias y otros conventos que era imposible distinguir: las Esclavas, las Huérfanas, el Carmelo, y otros y otros muchos aún. En los arrabales, en San Vicente, en General Paz, se levantaban también iglesias y conventos, algunos sin concluir, y allá lejos, en un

extremo de General Paz, dominando la ciudad, José Alberto creía reconocer el inmenso seminario de los jesuítas. Desaparecía la claridad, y de la muchedumbre de templos y capillas que llenaba aquella ciudad de cien mil habitantes, parecía subir un aroma de devoción y de fé, un incesante murmullo de plegarias, un místico silencio de campanas mudas, un religioso y misterioso anhelo de eternidad. José Alberto hundía sus ojos en aquel paisaje y sentía como si todo aquello llegara hasta él y penetrase en su alma, como si aquellas torres le hablasen de Dios, como si aquellas campanas mudas comenzaran a sonar sólo para él, llamándole dulcemente y mostrándole el camino de su vida.

Poco a poco el azul se fué matizando, hasta desaparecer, salvo en las sierras. Entre la fronda del parque, las grandes estrellas de algunos focos temblaban ya. En la ciudad también iban encendiendo las luces. Aparecían por pequeños montones, y se dijera que una inmensa mano invisible fuese arrojando sobre Córdoba grandes puñados de diamantes. Tres altísimas chimeneas, con sus puntas negras de humo, se destacaban en primer plano.

José Alberto retornó a la entrada del parque. Se sentía confiado y contento. Ahora empezaba a ver claro en su conciencia, e imaginaba que una luz interior le iluminaba el espíritu. Mientras caminaba hacia la ciudad, en busca de un carruaje, pensaba en la posibilidad de casarse con Teresa y se prometía ser un hombre perfecto y útil, bajo la disciplina de la religión.

Pasó un carruaje y subió. Pronto estuvo en su casa.

—¿Por qué no vas a San Francisco, a escuchar el sermón de Agonía?—le dijo misia Isabel, a la noche, en cuanto acabó él de comer.

—Sí; me interesa mucho.

A las ocho y media se dirigió a San Francisco. El sermón era al aire libre, en la plazoleta del templo. Un inmenso gentío ocupaba aquella plazoleta y las calles adyacentes. Eran hombres y mujeres del pueblo bajo, en su mayoría. Algunas mujeres, para ganar lugar, habían ido con su comida, que recalentaron en un braserito o en un calentador. Un pestilente olor a mugre llenaba el aire. Las luces de los focos vecinos a la iglesia estaban apagadas. Sólo iluminaban el cuadro los grandes cirios que rodeaban un Calvario allí levantado. Muchos hombres y muchachos habían trepado a las verjas que cuadraban la plazoleta. En la oscuridad no se distinguían los detalles del frente de la iglesia. José Alberto, a codazos, logró avanzar algunos metros por entre el gentío. En el rincón formado por los dos cuerpos del edificio conventual, se levantaban las tres cruces. El Cristo, lívido, sangriento, aparecía entre los dos ladrones. Debajo lloraban la Virgen y la Magdalena. Cerca, una urna de cristales esperaba el cuerpo del Salvador. A poca distancia, entre la puerta del convento y la iglesia, un fraile predicaba. Era un hombre pequeño, que hacía grandes ademanes y hablaba con voz acongojada y llorosa. Iba a concuir su sermón. José Alberto creía asfixiarse, no obstante estar al aire libre. Las pobres gentes lloraban y con sus pañuelos sucios se secaban las lágrimas. El predicador tenía acentos teatrales. Su voz era cada vez más temblona, y al final, en un larguísimo párrafo, pareció que el llanto le estrangulaba. Un fraile, ayudado por sacristanes, subió por una escalera, detrás del Cristo. Puso una sábana doblada bajo los brazos de la imagen, a la que, sosteniendo con cuidado religioso, comenzó a descender de la cruz. Las mujeres creían que aquél era el verdadero Cristo, asesinado por nuestras culpas. Tenían la sensación de haberle

visto morir, de haber presenciado el Descendimiento, y sollozaban afligidamente. Algunas se desmayaron. El fraile y sus ayudantes pusieron a Cristo en la urna.

Después la multitud salió a la calle, para formar en la procesión que ya se había puesto en movimiento. La banda de música tocaba una marcha fúnebre. Detrás de la banda iba una multitud compacta y devota, y de trecho en trecho las imágenes: el Cristo yacente en la urna, María Magdalena, y la Dolorosa, traspasada de puñales. La gente marchaba en silencio, arrastrando los pies, desparramando en el ambiente su insoportable pestilencia. Todas las mujeres vestían de negro y se cubrían con negros mantos.

José Alberto quedó triste. Aquellas cosas que estaba viendo le interesaban por su carácter y su color, pero también le mostraban la imposibilidad de que él las aceptara. Se fué a su casa y se acostó. Pero no pudo dormirse. Durante toda la noche estuvo viendo la ciudad arada por aquellas interminables hileras de gentes que la cruzaban de una parte a otra y que marchaban como hormigas, con su carga de pecados que iban a dejar en las iglesias. José Alberto se sentía otra vez lejos de la luz que ansiaba. Después, para consolarse, pensó que él también tendría que caer como habían caído tantos liberales. Y a la par que se complacía en esta idea, sentía cierto malestar invencible: el temor de lo desconocido, la pérdida de su libertad espiritual, el disgusto de la superstición.

Misia Isabel pasó todo el día sábado un poco inquieta. El médico la vió y declaró sus temores. José Alberto, a causa de esto, recobró su nerviosidad. La viejita durmió un poco aquella noche, pero al amanecer se agravó de pronto. Estaba amarilla, casi como un cadáver. Decía

que se moría y pidió que llamaran al Padre Rincón. José Alberto mandó en un carruaje a una de las sirvientas, con encargo de traer al sacerdote. Se le pusieron varias inyecciones, con lo cual la enferma reaccionó ligeramente. Pero el médico no tenía muchas esperanzas y así se lo dijo a José Alberto.

A las siete llegó el Padre Rincón. La viejecita iba a comulgar. Mientras las sirvientas arreglaban un poco el cuarto, José Alberto, muy agitado, se paseaba por la casa. No se daba cuenta exacta de sus actos. Entraba en un cuarto, como buscando algo, y volvía a salir. Se acercaba al médico, como para decirle alguna cosa, y se apartaba en seguida. El mismo se notó un poco incoherente, y esto acabó de desasosegarle. Creyó que iba a perder la cabeza. Caminaba con vacilación. Se tomó el pulso y observó que volaba. Entró en su cuarto. No sabía a qué había ido. Cerró la puerta, y descolgando un crucifijo que tenía a la cabecera de su cama, lo besó pidiéndole por su tía. El era el culpable de su enfermedad, él la había asesinado. Quería hacer una promesa pero no se le ocurría nada. De pronto, temiendo no presenciar la comunión, corrió hacia el cuarto de su tía. Hasta entonces no había estado presente en la ceremonia. Y hacía años, muchísimos años, que no veía comulgar a nadie. Cuando entró en el cuarto, el sacerdote rezaba las oraciones preliminares. José Alberto se arrodilló detrás de la cama. La viejita tenía una expresión de beatitud. El sacerdote sacó la hostia y la levantó. José Alberto se estremeció. Un escalofrío recorrió su cuerpo. Se acordó de su primera comunión, de sus padres, de su infancia, de su vida corrompida y vana. Su corazón parecía empequeñecerse y agrandarse a cada latido. Un inmenso deseo de

bien envolvía a su alma. Se sentía una pura miseria y se arrepentía de toda su vida. Las lágrimas se iban aglomerando en sus ojos. Bajó la cabeza y la hundió entre sus brazos.

El sacerdote había terminado e iba a retirarse. La viejita estaba abstraída en sus meditaciones. Rincón miró a José Alberto, pero no experimentó extrañeza alguna al verle con el rostro hundido en sus brazos y sollozando acongojadamente. Dios había oído sus ruegos y había enviada su gracia a aquella buena alma necesitada. Tomó la pequeña valija que trajera y se alejó discretamente.

Aquella misma tarde, José Alberto quiso confesarse. Fué a buscar al Padre Rincón, pero no estaba en su casa. Se dirigió entonces a la iglesia de los jesuítas. El templo estaba en la oscuridad. No había un alma. José Alberto llegó hasta los primeros bancos y en uno de ellos se arrodilló. Allí permaneció un rato, recordando sus faltas más graves, pidiendo perdón a Dios. Se consideraba el más vil de los hombres y sentía un gran desprecio de sí mismo. El rememorar su miseria le había llenado de dolor y abatimiento. Quería terminar pronto, librarse de aquella carga de sus pecados que no podía soportar ya más. Pensaba lo que era Dios: Belleza suprema. Bondad absoluta. Perfección única. Y sin embargo, él, un hombre insignificante, desconocido, un átomo perdido entre los millones y millones de hombres, había ofendido a esa Bondad absoluta, había despreciado a esa Belleza suprema. Y todo, ¿por qué? Por placeres de un momento, por placeres bajos y repugnantes, por pasiones que le humillaban en su condición de ser humano. Era infinita su miseria. ¡Haber ofendido a aquel que le dió la vida, que le salvó de morir, que le llenó de beneficios! Había ofendi-

o a su pobre padre, deshonrando su nombre, primero, y espués derrochando malamente la fortuna que él le de-ara. ¿Y no había ofendido, también, a Teresa? Recordó u conducta después que le fué cerrada la casa de Belde-rain. Y al pensar que había injuriado y calumniado al adre de Teresa y que había escrito aquel infame artícu-o contra su antiguo profesor, y que hasta había odiado Teresa, sintió una inquietud intolerable. Se levantó y ué a la sacristía en demanda de un confesor.

En la sacristía, un Hermano arreglaba los armarios. Era el mismo que le condujo a la puerta después de su entrevista con Mortero. Se le acercó resueltamente y le dijo que le llamara un confesor. El Hermano pareció no reconocerle.

Poco después, en el reclinatorio, comenzó a decir sus culpas al sacerdote; pero una enorme congoja le impidió seguir. Y ante la aparente frialdad del confesor, habitua-do a estas tristes tragedias de la conciencia, sollozó con ansia. Toda su vida iba pasando en aquel llanto viril y hondo que parecía borrar sus miserias de hombre, en aquel llanto que era el agua de su perdón, la lluvia del arrepentimiento que lavaba las impurezas de su pobre alma atormentada. Cuando salió a la calle se sintió más ágil y más joven. Una felicidad desconocida cantaba con júbilo en su corazón.

Al día siguiente recibió con emoción a aquel Dios a quien veía como una Luz sin principio ni fin; le rogó hu-mildemente que le diese paciencia para los sufrimientos de la vida triste que tal vez le esperaba; y le pidió que, junto con su gracia divina, pusiera en su alma una gota de la perfecta alegría. En el instante preciso de comulgar creyó que una blancura inmensa se desparramaba dentro

de su alma y que la envolvía, y cuando salió a la calle le pareció que había más luz que nunca, más alegría que nunca, más pureza que nunca, y que las gentes eran más buenas y las cosas más bellas y que el Universo resplandecía como en una celeste Primavera, como si todo hubiera renacido a la Vida y como si aquella gran Luz que él llevaba ahora dentro de su alma fuera la misma que embellecía el mundo.

IX

El Padre Rincón había dejado aquella tarde sus libros y sus meditaciones para trasladarse a la ciudad. Salió de su casita de San Vicente poco después de almorzar, y subió a un tranvía. Contaba estar a las dos en casa de Belderrain.

Aquella visita le tenía preocupado. A él, antiguo caudillo político y viejo conocedor de los hombres, nadie le intimidó nunca, y he aquí que ahora le asustaba la sola idea de tener que hablar con Belderrain. Hubiera deseado que otro sacerdote se encargara de su misión, pero estaba obligado con José Alberto y no había más remedio que cumplir. ¿Y por qué este miedo? se preguntaba, mientras ante sus ojos miopes iban pasando las casitas de San Vicente, rosadas, azules, rodeadas algunas de pencales. ¿Sería por el mal genio del profesor? Pero él había amansado a hombres más chúcaros y ariscos que Belderrain. Y cuando el tranvía pasó bajo los arcos de un antiguo mercado colonial que tenía el escudo de Córdoba, se dijo a sí mismo: "Ya sé lo que te pasa, cura maula, vejestorio inservible; tienes miedo a los jesuítas, y como el doctor Belderrain es amigo de ellos...". Los jesuitas, desde ha-

cía algún tiempo, venían observando Rincón, al que acusaban de liberalismo. Cuatro años atrás, el Arzobispo de Buenos Aires había solicitado del Vaticano un obispado *in partibus* para Rincón, pero el Vaticano, informado por los jesuítas, se negó a concederlo. El buen Rincón, a causa de este asunto, se había puesto en ridículo. Una nutrida y devota comisión de damas, creyendo segura la designación del nuevo obispo, le había regalado todos sus arreos episcopales, incluso un par de eclesiásticas zapatillas bordadas; y todo se hallaba ostentosamente expuesto en una católica vidriera de la calle San Martín, cuando llegó la noticia de la negativa del Vaticano. Toda Córdoba rió a costa del pobre Rincón, que desde entonces no disimuló su antipatía a los jesuitas. Y dadas las vinculaciones de Belderrain con la Compañía, encontrarse con este hombre era, para Rincón, lo mismo que encontrarse con el espíritu de Mortero.

Por esto, cuando Rincón se halló en presencia de Belderrain, su turbación fué visible para el magistrado. "¿Qué pretenderá este hombre que se turba de semejante modo?", se preguntaba Belderrain sin quitarle los ojos.

Hablaron de trivialidades. Rincón trataba de ser agradable; pero Belderrain se manifestaba seco y reservado. El clérigo, en cierto momento, dijo una chuscada, lo que era en él habitual, pensando que si se tratase de otro hombre menos grave que Belderrain, bastara para hacer la conversación más cordial; pero Belderrain puso cara de palo, y el chistoso quedó en ridículo. "Esto no puede seguir así — decía para sus adentros el clérigo — Debo hablar y hablaré. ¡Valor, cura politiquero! Has tenido a la raya a los peores gobiernos de la provincia, has acaudillado a los *guasos* de la sierra, y ahora, ¿te *abatatarás* delante de un hombre pacífico? ¿Te va a comer, acaso?

¿Serás capaz de no cumplir tu palabra de puro miedo? ¿Permitirás que un cristiano sufra por culpa tuya?"

Tosió, se acomodó los anteojos que se le habían caído a la punta de la nariz, se restregó las manos y declaró, con voz temblona, que venía por un grave asunto. Su plan, estudiado y resuelto hacía dos días, era comenzar hablando de cierto incrédulo recientemente convertido y por quien quería pedir gracia. De este modo creía interesar y ablandar a Belderrain. Pero, en su turbación, se olvidó del plan, y comenzó nombrando a Teresa y a Flores. Belderrain, al oir hablar de José Alberto, interrumpió, con modo brusco:

—Si usted ha venido a esta casa con alguna misión de ese enemigo de nuestras ideas, puede ahorrarse la molestia de continuar.

Rincón quedó completamente cortado. "Esto quiere decir que me vaya—pensó.—Pero no me iré ¡canastos! ¡Lindo barro el que has hecho, cura bruto! ¡Cuánto más viejo, más zonzo! Ahora tienes que arreglarlo todo. Vamos a ver cómo te portas". Y enredándose en un sinnúmero de disculpas y explicaciones, consiguió, por fin, que Belderrain aceptara hablar del tema. Como había previsto, lo que interesó a Belderrain fué la noticia de la conversión de Flores.

—¿Lo ha preparado usted?—preguntó el magistrado, clavando los ojos en los del clérigo.

Rincón pensó: "Esto es una indirecta. Ha hablado el espíritu del Padre Mortero. Preparado Flores por mí, claro es, según ellos, que ha de estar mal preparado. Su conversión, pues, no vale un pito". Y dijo:

—No ha habido preparación ninguna, señor. Dios le ha tocado el corazón.

Belderrain, frunciendo el ceño, arguyó:

—Desconfiemos de las conversiones fulminantes. La buena doctrina entra por la inteligencia y no por el corazón.

—Sin embargo... lo importante es la fe. Puede haber ignorancia y hasta divergencia en puntos de doctrina...

—No señor, no puede haberla—exclamó Belderrain enérgicamente, dando en la mesa un golpe con el puño.

—No me he referido a...

—No debe referirse a nada. La doctrina es una e indivisible.

Rincón, aterrorizado, calló. "Apareció otra vez Mortero—dijo para sus adentros. Esta es la obra de la Compañía. Ha hecho más hermética en la Iglesia la unidad de doctrina y ha contribuído a que casi desaparezca la cristiana unidad de sentimiento". No sabía cómo salir de la situación embarazosa, cuando se le ocurrió decir:

—Flores se ha confesado y comulgado.

Y agregó, contento de salir del paso con estas palabras de alta política:

—Se ha confesado en la Compañía.

Belderrain se puso pensativo. Y así permaneció un largo rato, sin escuchar a Rincón, que, triunfante y locuaz, afirmaba la sinceridad de José Alberto y explicaba sus recientes "muchachadas" en Córdoba por la neurastenia y la desesperación.

—Si Dios le ha perdonado—decía,—¿cómo no hemos de perdonarle los hombres? No sería cristiano negar el agua y el fuego a una alma arrepentida, a un hermano que vuelve a nuestra casa.

Y tanto habló el buen clérigo, que Belderrain terminó accediendo a que José Alberto reanudara las visitas a su familia. Pero, previamente, Belderrain quiso saber la opi-

nión de Teresa. Rincón le solicitó que la hiciera venir. Apenas Teresa hubo entrado, su padre le explicó en pocas palabras lo ocurrido y le preguntó si deseaba que volviese Flores a la casa. Teresa, con lágrimas en los ojos, contestó que sí.

—¿Y cuándo... puede venir?—dijo el clérigo.

—Esta tarde... si papá quisiera...

—Bueno; a las seis.

Rincón, despidiéndose embarulladamente, se arrojó sobre la puerta, desesperado por ir a dar la noticia a su protegido. Mientras caminaba por las calles, casi corriendo, se reía solo y hablaba en alta voz, haciendo ademanes.

Teresa había ido a contar a su madre y a sus hermanas la conversión de José Alberto.

—¡Milagro del San José de la Catedral! ¡Tanto que le he pedido por ese muchacho!

—¡Hum!—exclamó Lolita.—Esperemos que pase un año.

—Pues hemos resuelto no esperar para creerle—dijo Teresa riendo.—Esta tarde viene a visitarnos.

Lolita se alejó atufada y refunfuñando.

Teresa fué a despertar a Asunción, que dormía su habitual larga siesta. Su hermana menor andaba, desde hacía tres días, con un humor de perros. Uno de sus cortejantes, el favorito, ya no le paseaba la calle; ella había sabido que gustaba de otra. Pero cuando Teresa le dió la gran noticia, su mal humor desapareció. No quiso dormir más, y se puso a bailar, a charlar descosidamente, a reir y a cantar, con gran indignación de Lolita y vergüenza de Teresa, una milonga con la que parecía aludir a la conversión de José Alberto y que comenzaba:

El demonio son los hombres,
y así dicen las mujeres,
pero siempre están deseando
que el demonio se las lleve.

—¡Por favor, Asunción!—le rogaba Teresa.

Y Asunción repetía el primer verso, en el que ponía toda su malicia, mirándola a Teresa y sonriendo:

El demonio son los hombres...

Pero cuando era Lolita la que le ordenaba callar, le cantaba a su intención, paseándose delante de su hermana hecha una furia y bailándole, los versos últimos:

y así dicen las mujeres,
pero siempre están deseando
que el demonio se las lleve.

Mientras tanto, Rincón había llevado la buena noticia a José Alberto. Pero José Alberto, al contrario de lo que él mismo imaginara, no sintió gran alegría. Escuchó el relato de lo que significaba su felicidad, como quien lo espera, como quien ha pensado tanto en ello que ya escasa impresión puede hacerle. El se asombraba de lo que creía "su indiferencia", y se la reprochaba como una infidelidad hacia Teresa, como una acción inicua. Pero después de irse el sacerdote y de haber hablado del tema con su tía, comenzó a experimentar un deseo violentísimo de ver a Teresa. Recordó la noche en la Universidad, evocó los ojos de su novia, su voz, su aspecto suave y tranquilo; y el contento no tardó en llenar enteramente su alma. Mientras se vestía para ir a casa de Belderrain, pensaba sin cesar en Teresa, y, en algún momento, la alegría puso lágrimas en sus ojos.

Debía estar en casa de Belderrain a las seis, pero en su nerviosidad del momento, ansiando ver a Teresa, se vistió con tanta prisa que poco antes de las cinco estuvo listo. No tuvo paciencia para esperar en la casa, y salió a la calle. Había un sol magnífico. Las sierras, blanquecinas, apenas se distinguían del cielo. El paseo Sobremonte, con sus señoriles árboles dorados por el sol, la glorieta del lago, la escalinata de piedra y la soledad de sus avenidas, hacia pensar en los jardines españoles, a la vez asoleados y melancólicos, de Santiago Rusiñol.

Se dirigió a la plaza San Martín. Caminaba apresuradamente, sin darse cuenta de ello. Pero cuando lo advertía, retardaba el paso con el fin de "hacer tiempo". Sacaba el reloj sin cesar. Había calculado que emplearía un cuarto de hora hasta la plaza San Martín, media hora en tomar el té en cualquier confitería y otro cuarto de hora—y ya serían las seis,—en llegar a la casa de Teresa.

Cerca de la plaza se encontró con Bustamante. Fueron al café de las Sierras. José Alberto informó a su amigo que iba a visitar a los Belderrain.

—Me explico todo—dijo Bustamante sonriendo;—sé que se ha vuelto muy beato.

—Ahora creo, amigo Bustamante.

—¿Y está contento?

—Me parece que he encontrado mi tranquilidad y mi felicidad.

—No se haga ilusiones. Cuando pase su luna de miel con la Santa Madre Iglesia, le volverán, en ciertos momentos, sus inquietudes. Usted las lleva dentro. Y yo creo que en esta materia, la tranquilidad no se encuentra sino en el ateísmo absoluto, sobre todo en el ateísmo de aquellos que no han tenido educación religiosa de ninguna especie.

—Pues, ¡qué quiere, amigo Bustamante! Esa clase de tranquilidad me parece odiosa.

Bustamante asintió levantando las cejas, frunciendo un poco los labios en una singular sonrisa, y moviendo la cabeza con movimientos cortos y rápidos.

—Si a mí—continuó Flores—me dieran a elegir entre ser feliz en el ateísmo y ser desgraciado en la duda o en las inquietudes que provienen de la religión, prefiero ser desgraciado. ¿Por qué tanto empeño en querer ser felices a toda costa?

—Yo creo—habló Bustamante—que es la duda lo que nos deja vivir. Si estuviéramos seguros, absolutamente seguros de que hay un más allá o de que no lo hay, nos sería imposible vivir. Además, la duda es lo más fecundo, lo más noble y lo más humano que pueda haber. Como que dudar es la función natural de la inteligencia del hombre. Yo soy liberal, pero no carezco de preocupaciones religiosas. Y no quisiera que ellas me dejasen, puesto que por ellas vivo en un plano superior.

—Pero es mejor creer, Bustamante, aunque dentro de la creencia uno tenga sus momentos de duda, como nos debe pasar a todos los seres racionales.

Se detuvo un instante, y, con la satisfacción de hacer una frase, agregó sonriendo:

—... a todos los hombres racionales, mejor dicho.

Bustamante volvió a levantar las cejas, a fruncir los labios y a mover la cabeza en señal de aprobación. Luego sentenció:

—Los únicos que no dudan son los imbéciles.

—Y los santos, Bustamante.

Callaron. José Alberto pensó en Teresa y en que ya le faltaba poco para verla. Tuvo el propósito de levan-

tarse, pero, deseando puntualizar uno de los temas interrumpidos, dijo:

—Volviendo a lo que hablábamos primero, le declararé que a mi juicio no hay cosa tan triste, tan negramente triste, como el no creer en nada. Y no hablo de creencias católicas. Seamos teósofos, protestantes, espiritistas, simples deístas, pero creamos en la Divinidad, en el alma, en el más allá. A estos espiritualistas yo los miro como hermanos y los quiero. Yo, católico, tengo, por ejemplo, con el teósofo, un gran fondo común: la creencia en la Divinidad, en la otra vida y en el alma; es decir, que nos une lo fundamental, lo trascendental. Por esto no comprendo que la Iglesia condene con tanta energía a esos hermanos nuestros con los que tenemos tantas cosas comunes. Mis enemigos, nuestros enemigos son los materialistas; los que niegan a Dios; los que han convertido al alma humana en un simple conjunto de funciones, resultado del movimiento de las moléculas, o manifestación de la fuerza o de la energía material; los necios para quienes en el universo no hay ya misterios ni enigmas. ¡No hay misterios, cuando todo es un puro misterio, un maravilloso misterio!

Llamaron al mozo del café para pagar.

—Todo esto significa que usted—dijo Bustamante, cuando el mozo hubo sacado las tazas,—al revés de los católicos aborígenes, está por la tolerancia...

—¿Pero cómo podría yo ser intolerante, mi querido amigo? Créame que ahora, lo mismo que hace un mes, cuando escribíamos en *La Idea,* de triste memoria, continúo odiando el fanatismo. Los dos fanatismos: tanto el de mi futuro suegro como el de Zurbarán y de Baldovino...

—Que es peor que el otro—interrumpió Bustamante.—

El fanatismo de Belderrain deja vivir, creer a sus enemigos; pero el fanatismo anticlerical no dejaría vivir ni creer sino a sus sectarios. Para mí, el fanatismo anticlerical es reo del más grave de los crímenes: peca contra el espíritu y el buen gusto. El fanatismo católico ha producido las magníficas páginas de De Maistre, de Veuillot y de Félix Frías, mientras el otro sólo ha producido los folletos de Valladares, las novelas de Francisco Gicca...

—Y tantas otras cosas: la prosa de burdel de Julio Márquez, la risible sociología de Zurbarán, la filosofía de fogón y mate amargo de Agustín Alvarez, los discursos de Baldovino...

—Además, que todo eso es ineficaz, estéril y ridículo. Estos imbéciles de Zurbarán y Valladares no advierten que el modo de eliminar un fanatismo no es oponerle otro fanatismo.

—¡Claro que no! Como que la tolerancia es un fenómeno de cultura: cultura de la inteligencia y del corazón.

—La tolerancia me parece más bien obra de la inquietud—arguyó Bustamante.—Cuando se ha pasado por diversas ideas, no es posible ser intolerante. Uno llega a comprender a todas y a saber que en todas hay un poco de verdad. Aparte de que un hombre culto no puede creer gran cosa en la verdad con mayúscula. Lo que yo siento con toda mi alma, lo que dirige mi vida y mi corazón, eso es mi verdad, la verdad única para mí.

—Mucho relativismo, amigo Bustamante. Pero lo que no comprendo es que por odio a una doctrina se odie a de instintivo, de subconciente, de corazonada en todas quienes la sustentan. El que ha pasado por opiniones y doctrinas contradictorias o distintas sabe lo que hay ellas.

Se levantaron.

—Hay que propagar la cultura—dijo Flores.

—Principalmente la cultura literaria. Versos, versos, es lo que hace falta. Si los fanáticos de ambos bandos leyeran muchos versos no serían intolerantes. No podrían serlo, aunque quisieran.

Mientras salían del café, Bustamante agregó:

—Hay otro remedio contra la intolerancia: aumentar los ferrocarriles.

—Muy bien, hombre.

Cuando estuvieron en la calle, José Alberto rogó a su amigo que le acompañara hasta la casa de Belderrain. En el camino, Bustamante, sonriendo y mirando en los ojos a José Alberto, le preguntó:

—Y ahora que es usted tan católico, ¿qué opina de la separación de la Iglesia y el Estado, del divorcio, de la escuela laica?

—Casi lo mismo que antes.

—¿Cómo es posible?

José Alberto explicó. Aceptaba sin inconvenientes la separación, que sería ventajosa hasta para la misma Iglesia. El divorcio no podía aceptarlo para los católicos por decreto del Estado, pero pensaba que la Iglesia podría alguna vez llegar a establecerlo en sus cánones, pues nada le impedía desatar lo que ella misma ató. Respecto a la escuela laica habría que ir por partes. El no estaba por la escuela atea, pero sí por la escuela neutral. Creía que en la escuela debía enseñarse un mínimum de religión: aquel fondo de principios que son comunes a la mayoría inmensa de los hombres.

—Pero nada más que un mínimum—agregó.—Lo que acepta el judío, el protestante, el teósofo, el deísta; no una doctrina determinada. El medio mundo que profesa

el catolicismo no tiene derecho a imponer al otro medio mundo que no lo profesa el conocimiento de su catecismo. Además, la religión no es cosa cuya enseñanza corresponda a la escuela. Siendo algo íntimo, su aprendizaje debe hacerse en el hogar o en las iglesias.

—Veo que es usted un terrible hereje—exclamó Bustamante, con su sonrisa singular.

—No, hombre; se equivoca. Todas estas ideas las puede tener un buen católico. Pero se entiende: no un católico de aquellos que quieren hacer de la religión un garrote para disciplinar y romper los huesos a los demás, sino un católico de los que quieren que su religión sea una ley de amor, de paz, de solidaridad humana...

Habían llegado. Y mientras se daban la mano, Bustamante, subrayando su frase con una sonrisa intencionada, dijo:

—Veo también que la tolerancia es una obra del Amor; o mejor dicho que se perfecciona por el Amor. Lo felicito.

Se despidieron alegremente.

Cuando José Alberto entró en el zaguán, y mientras esperaba que acudiesen al llamado del timbre, la emoción le puso grave. El corazón le latía con fuerza, y, a fin de tranquilizarse, intentó acordar su espíritu y la expresión de su rostro con el contento de su alma. Sabía que su emoción no sólo era por Teresa. Había en ella mucho del temor a encontrarse con Belderrain. ¿Qué le diría su tío? Era preferible que le insultase, a que le hiciera reproches. Pero, al fin y al cabo, ¿qué le importaba todo eso? Ahora, él era otra vez el novio de Teresa; ahora Teresa sería suya; ahora alcanzaría aquella felicidad que tanto deseara. Y al pensar estas cosas, recordó la sensación de dolor y desesperación de aquella tarde cuando,

en aquel mismo zaguán, había adivinado que le cerraban la casa. Y así como entonces el zaguán, según imaginó, se había estrechado para arrojarle a la calle, ahora se abría como llamándole, como si extendiera los brazos a un viejo amigo que vuelve.

Acudió a la puerta la misma sirvienta que la última vez. La muchacha, que recibiera ya instrucciones de Teresa para hacer pasar al escritorio a José Alberto, sonrió maliciosamente al verle, recordando, sin duda, lo de aquella tarde.

No tardó José Alberto en verse frente a Belderrain. Al principio imaginó observar cierta desconfianza en el rostro de su tío; pero luego, la franqueza de Belderrain le quitó sus aprensiones.

—Nosotros somos cristianos de buena ley—dijo el doctor sin aspereza,—y no podemos admitir en nuestra casa a un enemigo de Dios, o a quienes le desconocen. ¿Quién me asegura que nietos míos, hijos de un incrédulo, van a ser buenos cristianos? Por esta razón, y por otras, te hemos tratado duramente. Ahora eres de los nuestros. Bien; yo no lo dudo, pues un ministro de Dios me lo ha asegurado. Pero quisiera que no precipitaras demasiado las cosas. Necesito cerciorarme con mis ojos de tus creencias. Mientras tanto, no vendrás sino una vez por semana.

José Alberto aceptaba todo. Pero más que por complacerle o porque le encontrara razón, porque deseaba acabar cuanto antes aquella entrevista y no veía las horas de que llegara Teresa. Por fin se entreabrió una puerta y asomó Asunción su cara hecha una risa.

—¿Podemos entrar, papá? Estamos muy aburridas y queremos conversar con tus visitas.

—Entren.

Asunción se escondió, y José Alberto creyó adivinar

que, detrás de la puerta, su novia y Asunción se negaban a ser cada una la primera en pasar. Asunción, muerta de risa, empujaba a Teresa, y Teresa, que no se animaba a ser la primera, resistía y rogaba a su hermanita para que, por favor, la precediese.

José Alberto, ansiado que saliera Teresa, saboreaba su propia emoción y miraba a aquella puerta con tanta beatitud como si fuese la puerta del Paraíso.

—Pero, ¿qué tonteras son esas, Asunción?—exclamó Belderrain.

La puerta se abrió, y apareció Teresa, avergonzada y sonriente. Detrás, Asunción, con gran seriedad. Belderrain se fué en seguida, y Asunción, apenas le vió salir, dijo a su hermana y a José Alberto:

—Me voy para que aprovechen. No sean zonzos.

Y se fué al balcón de la sala, para ver pasar a sus admiradores, canturreando en voz baja:

El demonio son los hombres
y así dicen las mujeres...

Misia Dolores y Lolita no tardaron en presentarse en el escritorio. Se sentaron todos, al acabar los saludos y las primeras frases.

—Pues sí—dijo misia Dolores, después de un silencio un poco largo, en que nadie sabía de qué hablar.—¡He tenido un alegrón al saber que ahora eras buen cristiano! Después de tantos...

Se interrumpió temiendo decir alguna impertinencia. Notó que Lolita la miraba como indicándole que no siguiera y que Teresa bajaba los ojos, y dijo:

—... después de tantos días sin visitarnos, me imagino que te veremos seguido.

—Ya lo creo. Vendré muy seguido.

—¿Por qué no vamos al patio, mamá?—dijo Teresa.—Hace mucho calor aquí.

Fueron al patio. En el centro había colocadas en ruedas varias sillas. José Alberto y Teresa ocuparon dos mecedoras muy próximas. Desde allí se veía la calle, a través de la puerta cancel. Juana, la más antigua de las sirvientas, mujer de sesenta años, criada en la familia de Belderrain, regaba las plantas. Con la familiaridad de los viejos criados saludó a José Alberto.

—Me alegro de que vuelva por acá, niño. Es una suerte.

—Muchas gracias, Juana.

—¡Quién sabe qué milagro lo habrá traído!

—¿Ha visto?

Misia Dolores, en cuanto oyó hablar de milagros, se puso inquieta, deseando decir alguna cosa que ya no podía soportar más dentro del cuerpo. Por fin, como se levantara Lolita y Asunción no estaba, se animó a decir a José Alberto:

—Ha sido un milagro de San José. Debes tenerle mucha devoción.

—Déjese de milagros, mamá—exclamó Teresa, riendo.

—Estas hijas mías son lo más incrédulas. No le hagas caso. Ha sido un milagro, yo tengo la seguridad de que ha sido un milagro. Te contaré.

José Alberto, que deseaba hablar con Teresa, se preparaba resignadamente a oir la prueba evidente del milagro, cuando vino Asunción.

—Ya me imaginaba que los estaban incomodando—dijo.—Mamá, váyase a rezar su novena del Niño de Praga, y ustedes vengan conmigo a la sala. Yo los voy a cuidar.

Teresa y José Alberto aprovecharon la oportunidad de

hablar a solas que se les ofrecía, y siguieron a Asunción. Misia Dolores se fué a rezar su novena.

—Ahora, antes que nada, cuéntame cómo ha sido. Tengo que saberlo todo, todo—dijo Teresa, cuando se hallaron sentados en un sofá, mientras Asunción esperaba el desfile de sus admiradores.

José Alberto se hacía de rogar. ¿Para qué recordar lo pasado? Había sufrido cruelmente, y algunas de aquellas cosas ¡eran tan desagradables!

—Pero otras son muy agradables. Las últimas, especialmente. Cuéntame todo.

Y como José Alberto no se resolvía, ella, tomándole una mano con naturalidad y sencillez, le dijo:

—Te lo pido con toda mi alma.

José Alberto comenzó el relato de su conversión.

Habló de la impresión dolorosa de aquella tarde, cuando en la casa de su novia se negaron a recibirle; de sus desesperaciones; de su vagar por los lugares solitarios de Córdoba, huyendo de los hombres; de aquella noche, trágica para su alma, en que fué a rondar el convento de las Adoratrices.

—¡Pobrecito! ¡Qué trabajos le he hecho pasar!—exclamaba Teresa.

Luego refirió sus sospechas contra el Padre Mortero, y cómo Asunción, en Toteral, se las había aumentado.

—No creo que el Padre Mortero haya aconsejado nada a papá. El sabe demasiado lo que debe hacer.

—He sido injusto con el Padre Mortero, porque, al fin y al cabo, a mí no me constaba su intromisión.

—Y si así hubiera sido, ¿no te parece ahora que hacía bien? El cumplía con su deber; era lógico...

José Alberto callaba.

—Era natural que te ofendieras, pero... ¿no crees que

hubiéramos sido desgraciados, habiendo esa diferencia tan fundamental entre nosotros?

—Ahora lo voy comprendiendo. Diferencia fundamental, puesto que se refiere al alma misma, al fondo del alma, a lo eterno que hay en nosotros. Teresa: no hubiéramos podido vivir mirando siempre las cosas trascendentales de distinto modo; yo hubiera concluído por creer.

Y se oprimieron la mano, penetrados de emoción, en silencio y mirándose a los ojos.

Luego, después de los inevitables "te adoro", "¿me vas a querer toda la vida?" y otras cosas análogas, Teresa dijo:

—Verás como ahora, que crees en Dios, nos hemos de querer más que nunca. Cuando se tiene amor a Dios. parece que todo es más lindo, todo tiene otro significado... no sé... no sé explicarme.

—Te entiendo, Teresa.

—¡Cómo nos iremos a querer cuando comulguemos juntos!

Quedaron en silencio un rato, abstraídos, soñando. La voz de Asunción, que saludaba con un meloso adiós a uno de sus cortejantes, les volvió a la realidad.

—Pero no has acabado de contarme aquello.

—¿Para qué, Teresa?

—Sí; no seas malo.

José Alberto describió a grandes rasgos, pues no le agradaba recordarlo, aquel odio que sintió hacia la Iglesia. Luego trató de explicar sus nerviosidades, y relató los días de Totoral, la escena con Ignacio, la vuelta a Córdoba, la visita al Padre Mortero y la noche del Abrojal.

Teresa se había aflijido cuando José Alberto, sin darse cuenta, aludió a los deseos de morir que sentía aquella noche.

—No te aflijas, Teresa. Aquella horrible acción mía de los veinte años, que has sabido por tu papá, fué cometida en un instante de locura. En cuanto a las tentaciones últimas... es otra cosa. Te parecerá raro, pero, según afirman los psicólogos, el deseo de morir nos viene muchas veces con el amor. Sobre todo, cuando se trata de un amor sin esperanza, de un amor hondo y desgraciado.

—Bueno; no hablemos de esas cosas. ¿Y después?

Después vino su vinculación con los anticlericales y su artículo en el diario que dirigía Baldovino.

—¡Qué artículo! Fué una injusticia la que cometí publicando aquello. En fin, tal vez haya sido para mi bien. Porque persiguiendo a la Iglesia encontré mi camino de Damasco. Entonces llegué al colmo del odio; y creyendo estar más lejos que nunca de la Iglesia, resultó, al contrario, que jamás me hallé más cerca de ella.

—¿Y después? ¿Lo último? Eso es lo que más quiero que me cuentes. Y con todos los detalles, ¿eh? Sin olvidarse nada.

Y así narró, interrumpido por las preguntas de Teresa y por breves paréntesis sentimentales, la enfermedad de su tía, su entrevista con el Padre Rincón, sus inquietudes, sus indecisiones, sus pensamientos durante la Semana Santa, y, por fin, su conversión definitiva, su confesión y su comunión.

Cuando hubo terminado, quiso saber la vida de Teresa en el convento.

—¿Mi vida en el convento? Rezar siempre y acordarme de lo que no debía.

—¿De veras?

—De veras. Por eso he salido.

—¿Y por qué entraste? La verdad: ¿te obligaron?

Teresa contó cómo había entrado en el convento por su exclusiva decisión. Desde los quince años creía que Dios la llamaba, y esta vez imaginó que el enojo de su padre no era sino un medio de que Dios se valía para hacerle saber su voluntad.

—Pero te convenciste pronto de que...

—El Padre Rincón contribuyó mucho a que yo viera mi error. En las confesiones me hablaba siempre de la vocación. Decía que Dios da a cada ser humano una aptitud, y era necesario que nosotros la descubriésemos, buscando con humildad y con calma y analizando nuestro modo de ser. El Padre Rincón me aseguraba que yo no tenía temperamento de monja.

—¿Y alguna vez hablaron de mí?

—Muchas veces. Es muy bueno el Padre Rincón.

—¿Qué decía de mí?

—Cuando escribiste eso... El no te conocía entonces. Y te excusaba. Decía que había que ponerse en tu caso; que estabas apasionado; que te habían quitado la novia...

Y al decir esto, Teresa le miraba y sonreía.

—Y tú, ¿qué le contestabas?

—Que nadie te había quitado nada. Y que tal vez fuera mejor que te quedaras sin esta novia...—dijo Teresa alegremente.

—¡Qué mala!—exclamó José Alberto, oprimiéndole la mano con infinita ternura.

Luego Teresa refirió cómo el Padre Rincón insistía. No le habrían quitado los hombres la novia a José Alberto, pero se la había quitado la Iglesia, o mejor dicho, los hombres que interpretaban mal a la Iglesia.

—Eso es muy exacto—exclamó José Alberto.

—¿Quién es el malo ahora?—preguntó ella sonriendo.

En ese momento. Asunción, asomando la cabeza, les dijo:

—Les aviso que pronto se va a acabar la visita. Estoy harta de ver pasar a estos zonzos...

—Un rato más, Asunción—rogó José Alberto.

—Me resignaré—dijo ella festivamente.

Empezaba a anochecer. La sala se iba llenando de sombras.

—¿Y qué día saliste?—preguntó José Alberto.

—El lunes de Pascua. Hacía una semana que estaba resuelta. Por eso le dí al Padre Rincón, aunque él no te conocía, aquel encargo...

—¿Lo hiciste con segunda intención?

—¡No me digas eso!—exclamó ella ruborizándose.

Después hablaron del instante en que dejó el convento. Ella había sentido al mismo tiempo tristeza y alegría; tristeza, porque abandonaba para siempre su ideal...

—¿Y alegría?

—¡Tenía tantas esperanzas!

Las sombras iban aumentando. Los ruidos de la calle habían disminuído. Se dijera que la hora los había hecho más graves a los dos.

—¡Qué dolor, Teresa, que te hubieras quedado allá... para siempre... para toda, toda la vida! ¡No tener esperanza alguna! ¡No poder soñar, no poder hacernos ilusiones!

En aquel instante, ambos sintieron, como cosa presente, el horror de la separación. Y esta idea les llevó a imaginar otra separación más penosa, si se hubieran casado siendo sus creencias hostiles: la separación de las almas; y otra más terrible aún: la eterna, la irremediable separación en la otra vida.

Y mientras en silencio, diciéndose apenas una que otra

palabra, adivinándose toda el alma en aquel minuto de vida trascendental, pensaban los dos en aquellas mismas cosas. José Alberto pensó que el convento—al que tanto odiara alguna vez, porque estuvo a punto de ser un insalvable obstáculo en su camino, una muralla gigantesca que impidiera su marcha hacia la soñada felicidad—, se había derrumbado y que ya no era sino *una sombra*: ¡una sombra desvanescente, dispersada, allá muy lejos, por un viento de Vida!

X

En la casa de los Belderrain, un gentío, silencioso y triste, aguardaba el viático aquella mañana. El doctor Belderrain se moría. Una antigua diabetes, agravada de pronto y complicada con otros males, le había destruído en menos de un mes. Los médicos habían ya perdido toda esperanza de salvarle, y así lo dijeron a la familia.

Córdoba entera había querido despedirse de aquel hombre que encarnaba su viejo espíritu. Todas las clases sociales, durante aquellas horas dolorosas, tenían sus representantes en la casa. Las piezas principales—la sala, el escritorio y hasta los cuartos de dormir,—desbordaban de concurrencia distinguida: profesores de la Universidad, miembros del Gobierno, políticos, magistrados, señoras y muchachas que llevaban apellidos ilustres. Entre todo este mundo, rodeados por el afecto y la curiosidad, se veían, sentados e inmóviles, algunos ancianos eminentes, patriarcas de vastísimas proles, que, aunque agobiados de años y de achaques, querían decir su adiós al moribundo, último representante preclaro del espíritu tradicional. En el zaguán, en los patios y en las piezas inferiores de la casa pululaba la gente pobre. Los hombres se apoyaban a las paredes o a las columnas, o permanecían en medio del

zaguán y los patios, silenciosos, alelados, mirando con asombro a todos aquellos personajes. Las mujeres rezaban en los cuartos del fondo, sentadas a veces en los umbrales. Eran antiguos servidores o protegidos de la familia. Algunos vivían en ranchos de propiedad del doctor, quien jamás les cobró alquiler; otros recibían dádivas de su mano generosa. Muchos le debían favores de índole singular: a esta mujer, que viviera amancebada, la había hecho casarse con su hombre; a aquel pobre viejo le había devuelto la hija, seducida por un estudiante; a aquella otra mujer, casada con un perdido que se embriagaba y la apaleaba, le había hecho el bien de transformarle a su marido en hombre de trabajo. Y así, a todas aquellas gentes sumisas, tristes, calladas, que se movían por la casa pesadamente, humildemente. De cuando en cuando, por entre el gentío aristocrático o el plebeyo, pasaba, al ruido de una puerta, o de una voz más alta que las habituales, o del eco de un sollozo, un estremecimiento de misterio, de dolor y de ansiedad.

José Alberto y Teresa, casados desde hacía tres meses, atendían a la vez al enfermo y a la concurrencia, lo mismo que Ignacio, su mujer y Lolita. Teresa había mostrado una gran energía física y moral. Llevaba algunas noches sin pegar los ojos, cuidando a su padre. Estaba relativamente tranquila, en la seguridad de que su padre, hombre austero y buen cristiano, se iba al Cielo. De tiempo en tiempo, se encerraba en algún cuarto para rezar, pues no podía hacerlo en presencia de otros. Misia Dolores no se apartaba de junto al lecho de su marido, sino para ceder su lugar a algún íntimo o algún visitante de importancia. En cuanto a Asunción, no hacía otra cosa que llorar. Se iba adentro, adonde estaban las sirvientas, y allí desahogaba su dolor, dejándose acariciar por aquella Juana que la había visto nacer y que se había criado en la fa-

milia, junto a su padre. Luego volvía a las piezas principales; pero no podía ver a alguna persona amiga de su padre o de la casa, sin soltar el llanto. Y de nuevo retornaba al cuarto de las sirvientas. A veces, entraba en este cuarto como una tromba, diciendo que su padre se moría, y arrodillándose junto con las sirvientas, unidas todas de la mano, como para dar más fuerza a sus plegarias, rezaban en alta voz, mientras el llanto les estrangulaba las palabras.

José Alberto se dirigía al cuarto del enfermo, cuando Ignacio le llamó aparte.

—Es muy raro este retardo—dijo Ignacio.

—Muy raro. Son las once pasadas. Hace más de un cuarto de hora que debe haber llegado el tren.

Después de un silencio, José Alberto interrumpió:

—¿Pregunta por él?

—No; pero se vé que no piensa en otra cosa. Anoche dijo que su gran pena era pensar que podía morirse antes que él viniese.

—Voy a hacer averigüar si ha llegado el tren—dijo José Alberto y se apartó.

Habían hablado de Francisco Javier, que hiciera telegrama desde Buenos Aires anunciando su llegada para esa mañana. Toda la familia le esperaba con ansiedad, sabiendo que el enfermo no moriría tranquilo si antes no perdonaba al hijo pródigo.

Había hecho José Alberto su encargo a uno de los pobres individuos que andaban por el patio, cuando un movimiento de la gente le hizo mirar hacia el zaguán. Vió que todos se apartaban y que abrían paso al Gobernador de la Provincia. José Alberto corrió a recibirle.

Era un hombre muy alto y muy flaco, de modos señoriles. Vestía de levita y sombrero de copa. En la sala se

detuvo a hablar dos palabras con José Alberto y con Ignacio. Un gran número de personas los rodeó. Suarez se le puso al lado.

—¿Y cómo está nuestro enfermo?—preguntó el Gobernador a Ignacio, poniéndole una mano en el hombro.

—Sin esperanzas, señor.

—Yo admiro mucho à su padre. Es el primer ciudadano de Córdoba. Talento, saber, virtud, amor a la justicia y a la verdad...

—¡Alma excelsa!—interrumpió Suarez, buscando en su memoria alguna cita oportuna.

Uno de los oyentes habló del fervor religioso de Belderrain, de su cristianismo. Todos asentían con la cabeza. Ignacio invitaba a su excelencia para pasar al cuarto del enfermo, cuando Suarez, que había dado con la cita que buscaba, detuvo al gobernador tocándole en un brazo, al tiempo que exclamaba, sin lograr ocultar su satisfacción:

—Apliquemos a nuestro excelso amigo los versos del gran Horacio, en su oda vigésima cuarta, cuando lamenta la muerte de Quintilio:

Ergo Quintilium perpetuus sopor
Urget! cui Pudor et justitiae soror,
Incorrupta Fides, nudaque Veritas
Quando ullum inveniet parem?

—Así es, amigo—dijo el Gobernador, sonriendo finamente y siguiendo a Ignacio al cuarto del enfermo.

José Alberto salió al patio, para ver si habría vuelto su mandadero. Estaba esperándole.

—¿Qué dicen del tren?

—Hasta la una no estará en Córdoba, niño. Muy atrasado parece que viene.

—¡Qué fastidio!

E iba a entrar en la sala, cuando el individuo le avisó que iba llegando el doctor Bustamante. Al mismo tiempo oyó varias voces que susurraban:

—¡Don Toribio! ¡El señor don Toribio Bustamante!

Era un anciano de noventa años, poseedor de millones, fundador de pueblos. Sus hijos, sus nietos, uno de los cuales era el amigo de José Alberto, y sus biznietos, constituían la más numerosa familia de Córdoba. Don Toribio Bustamante, achacoso, no salía de su casa hacía diez años. Pero, cuando supo la próxima muerte de Belderrain, ordenó imperiosamente que le llevaran a verle.

Ignacio, José Alberto y muchos hombres acudieron a la puerta. Ya habían acercado al carruaje un sillón, y ahora bajaban al anciano, sosteniéndole de los brazos. Casi todos los hombres que se hallaban en la casa salieron al patio para verle entrar. Las mujeres miraban desde los cuartos. Venía don Toribio Bustamante recostado en el sillón que levantaban cuatro hombres, echado para atrás, rígido y estatuario. José Alberto no le había visto nunca, y en presencia de aquel viejo ilustre que había vivido casi toda la historia de Córdoba, experimentó gran emoción. El señor Bustamante recordaba a los retratos del general San Martín en su vejez. Su cabeza era pequeña y alargada, y se movía sin cesar de arriba a abajo, con movimientos breves. Su rostro, inexpresivo, de una flacura inverosímil, tenía la palidez amarillenta de los viejos marfiles. Sus ojos, sin brillo alguno, erraban con vaguedad o se fijaban pertinazmente en los detalles más triviales.

José Alberto juzgó inútil saludarle. Ignacio le había hablado, pero el anciano no le contestó. Los que levantaban el sillón, llevaron al señor Bustamante hasta el he-

cho mismo del enfermo. Detrás entraron José Alberto y un grupo de amigos de la familia.

El doctor Belderrain, extendido en su gran lecho macizo y negro, esperaba con emoción la llegada del ilustre viejo. Mandó que le pusieran a su lado. Todos los presentes, incluso el gobernador, de pie, en absoluto silencio, aguardaban con interés el diálogo.

—¡Grande honor es para mí esta visita, señor!—exclamó Belderrain, con gran esfuerzo.

El anciano apenas oía, y uno de sus hijos le repitió junto al oído las palabras del enfermo.

—Para mí... el honor—contestó, levantando el brazo dificultosamente y llevándose al pecho la mano que temblaba.

Luego, con palabra casi ininteligible, dijo:

—Necesario... que viva. Haga... esfuerzo. Muy pronto... para irse... El país, el país...

Y quedó con los ojos lejanos y la mano temblando.

Belderrain, levantando la voz cuanto podía, repuso:

—Me siento fuera de este tiempo. Han venido otras ideas, otros principios que me es imposible comprender. Estas ideas dominarán mi patria. Es la gran tristeza que me llevo a la tumba. La separación, la muerte son cosas irremediables, son la voluntad de Dios.

Se hizo un silencio augusto. Nadie se atrevía a interrumpir los pensamientos de aquellos dos hombres, que parecían abstraídos en remotos recuerdos. Se dijera que el aire se poblaba de melancolías: juventudes que se fueron, ilusiones no realizadas, felicidades concluídas, el gran soplo del Pasado que se alejaba para siempre. Los dos hombres que representaban una época ya casi desaparecida, continuaban callados y tristes, y todos los que les rodeaban, en aquel dormitorio de muebles negros

donde pronto entraría Ella, la que jamás espera, bajaban las cabezas pensativas, bajo la sensación doliente del pasar de la vida.

Por fin, como el silencio se tornaba molesto, el gobernador, que no había querido sentarse, dijo:

—Quede tranquilo, doctor Belderrain. Los hombres de ahora, y puedo considerarme uno de ellos, pues sólo tengo cuarenta años, continuaremos la obra de ustedes. Seguiremos la tradición. Respetaremos lo que construyeron las generaciones pasadas.

—Me da una gran alegría—exclamó Belderrain.

El anciano abrio los ojos y miró al Gobernador. Luego, éste se despidió, dando un abrazo al enfermo. En seguida, los hijos del anciano prepararon la partida. Belderrain tomó una mano al patriarca y la tuvo un instante entre la suya. El anciano lloraba. Le llevaron en el sillón y le subieron al carruaje.

Pocos minutos después, un argentino son de campanillas anunció a José Alberto la llegada del viático. Salió afuera, y vió que el Señor Obispo en persona conducía el Santísimo Sacramento. Las gentes del patio y de las piezas se habían arrodillado. Detrás del Obispo habían entrado en la casa representantes de las cofradías a que pertenecía el enfermo, y sacerdotes de todas las órdenes que había en Córdoba. Entre ellos, inmediatamente después del Obispo, venía el Padre Mortero.

El viático entró en el dormitorio de Belderrain. El Señor Obispo se dispuso a administrarlo. La mujer, los hijos, los parientes próximos, los amigos íntimos y algunos sacerdotes rodeaban el lecho, arrodillados y tristes. Sólo faltaba Asunción. Su llanto angustioso venía de cuando en cuando desde las piezas últimas de la casa, como traído por un viento lúgubre.

Cuando la ceremonia hubo concluído, el Obispo se sentó junto al enfermo y quedó algunos minutos conversando con él.

José Alberto, mientras tanto, comparaba las inquietudes y terrores que sintiera cuando la gravedad de su tía con su tranquilidad de ahora. ¿Por qué tanta diferencia? Cierto que a Belderrain no le quería, ni podía quererle como a misia Isabel, y que no se creía culpable de su enfermedad, como se creyó de la de su tía. Pero todo esto no le parecía bastante. ¡Ahora la muerte estaba tan cercana! Y era que el creer y practicar la religión le había cambiado su concepto de la vida y de la muerte. Ahora el morir no era dejar de ser; la separación de los seres queridos era momentánea; y la agonía y el deceso ya no le aterrorizaban porque los consuelos de Dios los hacían aceptables.

El obispo no tardó en irse, prometiendo volver. Casi toda la gente se había marchado a sus casas.

Cerca de la una, Belderrain, que se sentía después del último sacramento con algunas fuerzas, tuvo una de las más intensas emociones de su vida. En una de las puertas había aparecido, con los ojos en lágrimas y la cabeza inclinada al suelo, su hijo Francisco Javier. Esperaba un gesto de su padre. A Belderrain, al verle, se le iluminó el rostro. Dos grandes lágrimas asomaron a sus ojos, y con voz exhausta y temblorosa, sonriendo, dijo al que aguardaba.

—Ven, hijo mío; ven pronto.

Francisco Javier se precipitó hacia su padre. Le besó, le abrazó, le tomó las manos, diciendo sin cesar, en medio de su llanto:

—¡Perdón, papá, perdón, perdóname!

—Te he perdonado hace tiempo, hijo mío. Perdóname también tú a mí.

Todos los presentes, la madre, los hermanos del recién venido, José Alberto y la mujer de Ignacio, estaban conmovidos. Algunos íntimos, que aun quedaban al entrar Francisco Javier, se habían retirado. Misia Dolores y Asunción lloraban inagotablemente.

Cuando terminaron las efusiones y Francisco Javier hubo abrazado a su madre y a sus hermanos, Belderrain mandó cerrar las puertas. Luego, con una calma que asombraba, les dijo:

—Ahora que estamos todos reunidos, acérquense. Quiero hablarles por última vez. Me queda muy poco tiempo...

Asunción soltó el llanto.

—Hija mía, no te aflijas así. Ven a mi lado.

Asunción se sentó en la cama, a la derecha de su padre. Francisco Javier estaba a la izquierda, también sentado en la cama. Ignacio y José Alberto permanecieron en pie. Misia Dolores, Lolita, Teresa y la mujer de Ignacio acercaron sus sillas cuanto pudieron.

—Dolores, hijos míos—comenzó el moribundo—, Dios ha dispuesto que hoy termine mi vida. Resignémosnos a su divina voluntad. Lo que El ordena es siempre lo que conviene, aunque los hombres no podamos comprender sus designios.

Se interrumpió muy fatigado. Entornó los ojos, y al cabo de unos minutos continuó:

—No sufran por mí. Ningún momento mejor que éste para irme, ya que alguna vez tenía que ser. He recibido los santos sacramentos; he visto cómo me estima, sin que yo lo merezca, este pueblo de Córdoba, al que tanto quiero; estoy rodeado del afecto de mi mujer y de mis hijos, a los que sé bien encaminados en el mundo, fieles a Dios

y a nuestra madre la Iglesia. Créanme que soy feliz. Puedo asegurarles que estoy pasando una de las mejores horas de mi vida.

Volvió a interrumpirse. Nadie se atrevía a pedirle que no continuara. Todos comprendían la transcendencia de aquellos minutos, y sabían que él necesitaba hablar.

Con palabra entrecortada y llena de unción, fatigándose cada vez más, agradeció a su mujer y a sus hijos cuanto habían hecho por él. Nunca dudó de que le quisieran, pero jamás pudo pensar que llegaran a tal punto.

—Jamás imaginé que me quisieran tanto—repitió, buscando la mano de Asunción, que lloraba con ansia.

Luego se dirigió a todos, uno por uno, llamándolos para besarles en la frente, pidiéndoles perdón, y, según quien fuese, aconsejándole. A misia Dolores la puso ante sus hijos como un ejemplo de paciencia, de resignación y de sabiduría, pues había soportado su "carácter duro y autoritario durante cuarenta años, sin la más leve protesta, sin la menor señal de fastidio". Tuvo palabras afectuosas para Lolita, para la mujer de Ignacio y para Asunción, a quien pidió que no se casara sino con un buen cristiano. A Ignacio, heredero de su obra, le estimuló a que continuase implacablemente, con la misma austeridad y energía que hasta ahora, su defensa y propaganda de la buena causa.

—Ustedes tres, Francisco Javier, Teresa y José Alberto, tienen mucho que perdonarme. Han sufrido por mi causa. A ti, Francisco Javier, te expulsé del hogar sólo porque no eras bastante disciplinado ni respetuoso. Contigo, Teresa, fuí duro... y hasta cruel...

Ya apenas podía hablar. Cada palabra le costaba ahora gran trabajo.

—Contigo, José Alberto... fuí exigente... cruel tam-

bién... Pero crean todos... que fui así con ustedes... cumpliendo...deber. Alma... desgarrada... sufriendo... ¡Dios lo sabe!

Quedó aniquilado, después de este esfuerzo. Comenzaba a ahogarse, por no poder respirar. En un momento, creyeron todos que se moría. Luego pidió su crucifijo y se lo hizo colocar sobre el pecho, entre las manos. Se disponía a que llegase el último instante. Todavía dijo algunas frases.

—Teman a Dios... Sean buenos cristianos... Obedezcan siempre a la Iglesia...

Después, con los ojos abiertos, invocó el nombre de Jesús y el de María. Y así estuvo un largo rato, hasta cerrar los ojos para siempre.

Eran las tres de la tarde. Teresa, tan fuerte hasta ese momento, sufrió un síncope. Asunción daba alaridos espantosos, penetrantes. La casa se llenó de gente. Campanadas lentas, tristes, hicieron saber a toda Córdoba que el doctor Ignacio Belderrain ya no vivía.

José Alberto pasó gran parte de la tarde acompañando a Teresa, recostada en el lecho de Asunción. Cuando pudo dejarla, recorrió la casa, siempre llena de gente. Habían vuelto el gobernador, el Obispo, el Padre Mortero, sacerdotes de todas las órdenes que existían en Córdoba, monjas, señoras distinguidas, profesores, representantes de todas las clases sociales.

Al otro día, por la mañana, iba a ser el entierro. Antes de llevarle al Cementerio, el Señor Obispo oficiaría una misa de cuerpo presente en la Catedral. El gobierno había decretado grandes honores. En todos los establecimientos provinciales la bandera permanecería a media asta durante ocho días. En el cementerio hablaría el ministro de gobierno. El batallón provincial formaría en el fúnebre cor-

tejo. Las Cámaras se habían puesto de pie, en homenaje al doctor Belderrain. La Universidad había dispuesto, entre otros honores, que el propio rector hablara ante la tumba ilustre. El diario católico apareció todo enlutado, con la primera página ocupada por un gran retrato y una biografía de su colaborador.

Pero nada emocionaba tanto a José Alberto como el homenaje del pueblo. Gentes ínfimas, venidas desde los barrios lejanos, entraban en el patio llorando. Los que no se atrevían a penetrar en la casa, se aglomeraban en la puerta, esperando que sacasen el ataúd. Aquellas gentes, estremecidas, desconsoladas, comentaban la desaparición de su protector.

—¡Un santo!—decían con su tonada cordobesa.—¡Era un santo!

—¡Era el padre de los pobres!

—¡Se va derechito a ver a Tata Dios!

En un momento en que dejaba la sala, donde estaba el catafalco, José Alberto se encontró con Bustamante. Se apartaron, abrazados, para conversar a solas un momento

—Amigo Flores—dijo Bustamante, con pasión—, es una gran desgracia para este país que no haya una docena de hombres como su suegro. Sus ideas eran contrarias a las mías; pero no me importa. En estos momentos en que el país sufre una espantosa crisis del carácter, de la virtud y de la nobleza, la vida de este hombre significaba un ejemplo y un modelo. Nosotros, los hombres de nuestra generación, no valemos nada. Nos falta energía, voluntad, virtud, ¡qué sé yo! Da tristeza pensarlo. Somos incoherentes, neurasténicos, viciosos, cobardes, inservibles... ¡País perdido, amigo!

José Alberto no estaba de acuerdo con las opiniones de Bustamante, pero como el momento era poco propicio para

discutir, no contestó, algo penetrado, también, por el lúgubre pesimismo que destilaban las palabras de su amigo.

—Esto no quiere decir—agregó Bustamante, reaccionando un tanto sobre sus frases anteriores—que debamos llorar demasiado la desaparición de un hombre así. Al fin y al cabo, representaba el Pasado, el espíritu colonial.

—Se va como un símbolo que ya no tiene razón de ser. Un símbolo de la vieja Córdoba. Ahora otra Córdoba está naciendo.

—Qué será peor que aquella—interrumpió Bustamante, volviendo a su natural estado de ánimo.

—No sea tan pesimista, hombre. Hay que creer en el progreso. Piense que esa nueva Córdoba somos nosotros.

—Por eso me parece mala.

—Bueno, no seremos nosotros, si quiere. Serán nuestros hijos.

—¡Ah, eso es otra cosa! Pero no creo que tampoco nuestros futuros hijos construyan una nueva Córdoba.

Y agregó, con acento trascendental y vatídico:

—La nueva Córdoba será hecha por los hijos de esos miles de inmigrantes que en este momento, mientras nosotros divagamos, están rompiendo las tierras cordobesas, abriendo surcos, para sembrar en ellos el trigo que nos dará pan y dinero.

José Alberto, que no podía pasarse media hora sin ver a Teresa, fué a buscarla. Estaba rezando de rodillas, en aquel cuarto que servía de oratorio y donde hacía casi año y medio acompañara a los Belderrain a rezar el rosario, aquella noche en que por primera vez los visitara. Se arrodilló al lado de Teresa y rezó un instante con ella.

Cuando volvió a la sala, se encontró con que estaban disponiendo ya la partida. En el cuarto vecino, misia Dolores y sus hijas lloraban. Levantaron el ataúd y cuando

comenzaban a andar, vieron que Asunción se precipitaba como una loca sobre él, dando gritos desgarradores:

—¡Papá, papá! ¡No lo lleven! ¡Padre mío! ¡Mi padre querido!

Hubo que arrancarla por la fuerza.

Cuando asomaron a la calle, algunas mujeres y hombres del pueblo se arrojaron sobre el ataúd para besarlo. Hacía un día magnífico. En la calle, una verdadera multitud esperaba. Algunas mujeres se hincaron. Los hombres se descubrían al aparecer el ataúd, al que se decidió llevar a pulso hasta la Catedral. Sonaban las campanas con infinita tristeza. El cortejo se puso en movimiento. Los tambores del batallón empezaron a tocar lúgubremente. Una vieja exclamó llorando: "¡Adiós, padre de los pobres!" Venía de la casa un olor a incienso y a cera. Los pasos de la multitud hacían un ruido monótono y opaco. Cargados de angustia, desparramando en el ambiente un trágico escalofrío, llegaban los alaridos de Asunción.

FIN

Imprenta MERCATALI, calle José A. Terry 285 - Buenos Aires


BVENOS-AIRES